



ALFIL  
BLANCO  
FRAN BARRERO



Lectulandia

La acción se desarrolla entre Barcelona en el año 2003 y Madrid en 2014. Alfil sufrirá un eco de sus acciones pasadas, volverá a encontrarse con una persona que supuso el desencadenante de su peor error. ¿Volverá a tropezar con aquella piedra?

La historia, entre momentos de suspense, intriga y persecuciones, con el hilo conductor de una relación de amor épica, nos mostrará los orígenes del genio y del monstruo. Conoceremos todo sobre la familia y el pasado del fotógrafo y le acompañaremos como testigos de lujo en los dos momentos más decisivos de su vida.

¿Puede un alma bondadosa y amante de sus seres queridos perder su humanidad hasta convertirse en un monstruo? ¿Cuánto daño puede soportar el corazón de un hombre hasta destruir su mente? Alfil vuelve con más acción, aventuras, carreras frenéticas, sexo y la mayor historia de amor en la que te hayas sumergido. Una odisea de las que marcan a toda una generación. Dos almas que logran superar océanos de tiempo para reencontrarse once años después.

Si te gustó *Alfil*, esta segunda entrega te mostrará los orígenes del protagonista, los sucesos que forjaron su personalidad. Te provocará un debate interno, una lucha entre la negación y la justificación de sus atroces actos. Una vez más, te garantizo que no resultarás indiferente.

**Lectulandia**

Fran Barrero

# **Alfil Blanco**

**Alfil - 2**

**ePub r1.0**

**Titivillus 15.08.2019**

Título original: *Alfil Blanco*  
Fran Barrero, 2017  
Diseño de cubierta: Fran Barrero

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

## Índice de contenido

Cubierta

Alfil Blanco

Cita

Dedicatoria

A modo de prólogo

Capítulo 0

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Epílogo

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

*«A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto, y de pronto toda nuestra vida se concentra en un solo instante.»*

Oscar Wilde

*«La magia del primer amor consiste en nuestra ignorancia de que pueda tener fin.»*

Benjamín Disraeli



Para Cris.

## A modo de prólogo

Importante: Considero que leer estas líneas es valioso antes de afrontar la compra del libro.

Por suerte, la mayoría de ustedes ya saben que pueden leer el comienzo de cada libro antes de adquirirlo en Amazon. Estos párrafos iniciales tienen como objetivo el hacer saber a los que hayan leído el libro anterior: *Alfil*, que la temática principal de este segundo libro es diferente. Aunque también cuenta con acción, intriga, suspense, persecuciones, sexo..., incluso en mayor medida que el anterior, ya no se trata de una novela negra o de detectives, sino una historia de amor que comienza en el año 2003 y, tras una pausa de once años, vuelve a retomarse en el año 2014.

Este libro narra dos periodos concretos en la vida de Alfil, dos momentos anteriores a los hechos acaecidos en el libro anterior. Pero que nadie se asuste por no haberlo leído, ya que es una historia independiente, no una segunda parte ni una precuela. Así que puedes afrontar la lectura de cada uno de ellos en el orden que desees o solo leer uno de ellos.

Para los que aún no lo sepáis, Alfil narra los tres momentos más importantes en la vida del protagonista de mismo nombre, un fotógrafo de moda que necesita (o cree necesitar) matar para poder hacer sus mejores trabajos. Cada uno de esos momentos es una historia en sí e independiente de las demás, salvo por el hecho de la influencia que cada etapa tiene en la mente del fotógrafo. Mientras en el primer libro vimos a un asesino en serie, que necesitaba matar para lograr el estado mental perfecto para sus creaciones, todo narrado como una novela de detectives o novela negra, en este segundo libro tenemos los motivos u origen que le llevaron a convertirse en quien es.

La historia de este libro comienza en la adolescencia del protagonista, mostrando cómo fue su trato familiar, su formación, su primer amor y las experiencias que le marcaron para toda la vida. También nos muestra a un Alfil adulto (once años después), que ya creía olvidados sus orígenes o raíces,

pero que se ve invadido por fantasmas del pasado y debe revivir sus momentos más difíciles. La narración simultánea de las dos etapas hace que la historia se fusione en una sola, contando con los mismos protagonistas y con un final frenético que no esperarás.

No se trata de dos historias contadas a trompicones, podrás comprobar la suave fluidez con la que se pasa de un año a otro, dentro de una sola historia que ha tenido once años de pausa, once años para macerar no solo amor, también rencor y remordimientos. El tema principal de este libro, y su narración, lleva un relato romántico como eje principal, aunque es un digno sucesor del libro anterior, ya que contiene todos los pasajes oscuros que el protagonista te regala, así como las muy altas dosis de suspense.

Te garantizo que no te dejará indiferente. Y si te resulta atractivo el libro anterior tal como te lo he descrito, puedes afrontar su lectura antes que este y así seguir el orden en el que fueron escritas. Tanto si te gustan los libros de acción, como los de novela negra y policiaca, como si te gustan los románticos, los tres volúmenes serán de tu agrado.

Para finalizar, te agradezco la compra del libro y te invito a ponerte cómodo para disfrutar de su lectura.

El autor

## Capítulo 0

Milán, enero de 2014

La agencia de modelos Major se jactaba de ser la mejor de Europa, no en vano representaba los intereses económicos de los mejores maniqués del mundo en su base de datos, al menos para los trabajos que realizasen en la capital de la moda italiana, e incluso en otras ciudades europeas. Katia Sherman era su orgullosa presidenta y fundadora, y en ese momento se encontraba en su oficina hablando por teléfono con una de sus *bookers*<sup>[1]</sup>.

—¿Cómo has podido rechazar la propuesta? ¿Estás loca?

—Lo siento Katia, no sabía quién era esa tal Leyre. Me pedía un descuento por contratar cuatro modelos, y no solemos hacer descuentos a desconocidos.

—Pero te dije que era la nueva estilista de Alfil, debiste comprobarlo antes de rechazarla. No podemos perder contratos de este nivel, aunque ganemos algo menos de dinero. Ya lo compensamos con la calidad del trabajo y el prestigio que eso supone.

—Llamaré para ver si aún puedo conseguir el contrato, dame unos minutos.

—Ya es tarde, ¡maldita sea! Han anunciado desde la cuenta de Twitter de JoyModels la contratación. Ya lo hemos perdido.

Katia colgó el teléfono con rabia, sabía que mantener el liderazgo y no dejarse adelantar por la inmensa cantidad de agencias que estaban al acecho de asaltar su trono era cuestión de no perder los contratos con los más grandes fotógrafos, revistas y clientes de publicidad. Perder una editorial para Vogue París con el fotógrafo que más estaba despuntando a nivel internacional era algo que no podía permitirse. Si además Alfil obtuviese la portada del mes, asesinaría a su *booker*.

Ya resignada con la pérdida del contrato, al menos intentaría no perder al cliente. Abrió su cuenta de correo electrónico y comenzó a redactar una carta

de disculpa para el fotógrafo, invitándole a continuar sus relaciones con la agencia y ofreciéndole un descuento sustancioso para sus próximos contratos. La mujer tocó madera para que el malentendido quedase en una mera anécdota.

A cientos de kilómetros al sur de la capital de la moda italiana, en la bella isla de Córcega, un equipo de veinte personas se apresuraba en ultimar los preparativos de una sesión de fotos. El despliegue humano no disfrutaba de la hermosa playa, el clima no lo permitía, pero menos aún las tareas que se acumulaban: maquillar, peinar y vestir a las modelos, aparte de montar dos estructuras de tubos metálicos. Una de ellas estaría forrada de tela negra para crear contraste en la luz y la otra con tela blanca para tamizar y suavizar los rayos de sol que se esperaban esa despejada mañana. El horario y las instrucciones dadas por el fotógrafo se debían cumplir a rajatabla.

Leyre llevaba solo dos meses como estilista de Alfil y estaba histérica por controlar que todo saliese bien, necesitaba contentar a su jefe y poder añadir a su currículum una editorial en la mejor revista del mundo; así que gritaba a maquilladores y peluqueros para que se diesen prisa, y estos reaccionaban a su vez con asombro, aún no se habían acostumbrado a los malos modos de la nueva estilista; soportarla era una pesadilla para todos.

El equipo casi al completo estaba alojado en el hotel Saint-Florent, el más cercano a la playa donde realizan la sesión. El fotógrafo, por el contrario, había aprovechado para hospedarse en *U Palazzu Serenu*, el hotel en el que se alojó, siendo un niño, durante un viaje de negocios de sus padres. Le apetecía recordar aquella estancia en la que corría por los viñedos del patio del hotel junto a su madre. La distancia a la playa es de pocos kilómetros por una carretera en línea recta, pero Alfil había preferido dar un rodeo por su famoso y plagado de curvas puerto de montaña; una buena ocasión para disfrutar de las vistas, recorrer bellos pueblos como Poggio-d'Oletta o Barbaggio y, por supuesto, divertirse con el coche que había alquilado.

El pequeño pero potente Lotus Evora dibujaba con sus neumáticos el límite de cada curva de la estrecha carretera. Su conductor disfrutaba de la adrenalina que sentía fluir cuando se acercaba al abismo que suponría una caída mortal. Como una minúscula bala de intenso color amarillo, el pequeño cupé engullía los kilómetros que le separaban de su destino, cuando un BMW Z4 negro surgió en sus retrovisores para adelantarle por el interior de una curva.

En cualquier circunstancia y lugar, ese hecho supondría para Alfil un divertido reto más para ponerse a prueba; en ese caso contaba con el añadido de haber visto a la joven y bella conductora del descapotable sonreír mientras le adelantaba. La persecución estaba en marcha. El chico observaba que la trazada de las curvas por parte del BMW siempre eran las perfectas, oía incluso su motor al límite de revoluciones y los continuos cambios de marcha. Sin duda corría contra alguien muy experimentado y que conocía el trazado, amén de conducir un coche que había preparado a conciencia para la competición.

Intentó en varias ocasiones adelantar a su rival, pero la chica no dejaba el más mínimo hueco. En algunos momentos, cuando se emparejaban los vehículos, podía observar cómo le miraba y sonreía para provocarle. El espíritu terriblemente competitivo de Alfil le quemaba, necesitaba ganar, era vital llegar al final del puerto de montaña en primer lugar. A punto estuvo en dos ocasiones de chocar con el tráfico que circulaba en sentido contrario, la adrenalina le tenía completamente embriagado. Pasaron a un tramo recto, era el momento perfecto para emparejarse y frenar más tarde por el interior de la siguiente curva, tocando madera para que no apareciese otro coche por el carril contrario.

Justo cuando el chico había reducido de marcha para comenzar su maniobra, la conductora del BMW tiró de su freno de mano para acceder a un desvío a la izquierda, sobre un camino de arena pero en aparente buen estado. Alfil no pudo seguirla en ese momento, pero también frenó y giró ciento ochenta grados para incorporarse al camino, sentía curiosidad por saber cómo terminaría esa persecución. Redujeron la velocidad de ambos coches para no destrozarse los bajos contra las piedras, aunque tampoco circularon durante mucho más tiempo, a unos doscientos metros del desvío, y bajo una gran encina, la chica detuvo su coche. Su perseguidor hizo lo mismo, aparcando a unos pocos metros de ella.

Estaban casi en la cima de una alta colina y era invierno pero no hacía un frío excesivo, así que la chica iba sin capota en el coche y con un pañuelo anudado a la cabeza. Alfil pensó en Grace de Mónaco, pero por poco tiempo, el que tardó la chica en quitarse el pañuelo y mostrar su larga y ondulada melena negra; tenía unos rasgos duros, sin duda era italiana. Él permaneció dentro del Lotus a la espera de que ella diese el primer paso, cosa que hizo al instante pero sin darse prisa; el chico comprobó que era de esas mujeres que disfrutaban haciéndose esperar y regalando su imagen a la vista de quienes la contemplan. Vestía un pantalón ajustado de color negro y unos tacones de

charol de veinte centímetros. Imposible conducir a ese nivel con semejante calzado, pensó él, muy sorprendido. También llevaba un *blazer* gris oscuro cuyas mangas, dobladas lo justo, dejaban ver sus pulseras de oro blanco y un Rolex GMT acero y negro. Pero lo que más gustó a Alfil, con diferencia, fueron los guantes de fina piel negra ajustados a las manos de la chica: guantes para conducción deportiva. Bella, segura de sí misma, competitiva, amante de los coches..., ese era el tipo de chica que más le atraía.

La chica paró a un metro de la puerta de su coche y se quitó las grandes gafas de sol, poseía unos enormes ojos negros bajo unas gruesas y definidas cejas e interminables pestañas. Italiana, sin duda era toda una diosa italiana. Por su físico perfecto y belleza, apostó a que se llamaría Romina; una vez fotografió a una modelo italiana llamada Romina Capocasale, que contaba con esa perfección física, aparte de la seguridad y el halo de misterio a su alrededor.

—Con ese coche debiste adelantarme sin problemas. No eres tan bueno como te crees —dijo ella en un francés sin acento, pero recreándose al gesticular con la boca. Y sonreía dejando claro que deseaba continuar con el juego.

—Yo recorro por primera vez esta carretera, tú lo has hecho docenas de veces —respondió él, también en francés. Y bajó de su coche con el mismo lento protocolo que había usado ella. No se dejaría intimidar, ni por físico, ni por habilidades al volante ni por saber jugar a ese juego llamado «A ver quién es el más seguro de sí mismo».

—¿Docenas de veces? ¿Cómo sabes eso? —Alfil creyó percibir un leve atisbo de preocupación en los ojos de la chica, pero no le dio la más mínima importancia.

—Lo sé porque he visto cómo entras en las curvas. Sabes de sobra el punto exacto en el que frenar y la velocidad de entrada, aparte del momento en el que salir acelerando, y eso solo es posible si las has recorrido tantas veces como para memorizar todo el trazado. —Alfil sonrió, había perdido la carrera y lo aceptaba. Sabía que había corrido en desventaja y deseaba dejar claro que en igualdad de condiciones no habrían obtenido el mismo resultado.

—Vaya, eres más listo de lo que pensaba. A ver qué más sabes hacer.

La chica se acercó sin dejar de mirarle a los ojos, con la suave sonrisa de quien sabe que puede conseguir el mundo solo con desearlo y extender la mano para tomarlo. Se colocó tan cerca que cada uno podía sentir el calor que emanaba del cuerpo del otro. Subió sus brazos despacio, para abrazar el cuello del chico y dejar su boca, de gruesos labios pintados de rojo, a escasos

milímetros de la de Alfil. Este, por su parte, no estaba dispuesto a prolongar más su deseo, agarró su cintura y atrajo su estilizado cuerpo hacia él, con tanta brusquedad que hizo gemir a la chica. Y la besó. El instante se prolongó entre caricias, besos y gemidos, subiendo la temperatura de ambos, hasta que ella se separó pero sin salir de sus brazos, deseaba continuar con su juego.

—¿Que tal si comprobamos tu capacidad de reacción ante algo más fuerte? —preguntó ella sonriendo y desafiante, sin dejar de mirar a Alfil con sus intensos ojos oscuros. Luego se separó hasta colocarse a algo más de un metro de distancia. Continuaba con su recital de miradas y sonrisas de superioridad.

—Tal vez. ¿Qué tienes pensado? O mejor aún, sorpréndeme.

Lentamente, metió la mano en su bolso Hermes de color beis y sacó de él un revolver, con el que le apuntó al pecho.

—¡Sorpresa! —dijo con tono jocoso. Y el gesto de su cara, tras dar fin al engaño, adoptó una sonrisa burlona, casi grotesca a los ojos del chico.

—¡Vaya! Reconozco que esperaba algo más dulce y delicado. —Alfil mantenía tanto la sonrisa como la calma. Ella querría dinero o el coche, así que no suponía ningún peligro. Los ladrones no se arriesgan a cometer un asesinato, la prueba de ello es que la chica estaba demasiado cerca de él, un asesino nunca se acercaría tanto como para poder ser atacado por sorpresa. Y si quisiera matarle, solo tendría que disparar, la conversación podría ahorrársela.

—Quiero todo lo que lleves encima, incluido el Patek Philippe de tu muñeca.

—Vaya, has visto el recuerdo de mi padre; le tengo mucho cariño, así que me temo que no podrá ser.

—No estoy negociando. Te lo puedo quitar cuando estés muerto en el suelo. Nadie encontrará tu cadáver en semanas.

—Robar es una cosa, pero quitar una vida es más complicado. ¿Estás segura de que te arriesgarás a hacerlo por un reloj de mil euros?

—Puedes apostar lo que quieras —la chica amartilló el revólver y lo apuntó a su cara—. Haré lo que haga falta por ese reloj de más de ochenta mil.

—Bueno, en ese caso puedo hacer una excepción. —Alfil accedía a entregar el reloj de su padre, aunque su rostro y tono de voz habían cambiado por completo, no deseaba claudicar ante la chica. El valor sentimental del complemento era mucho mayor que lo que podría sacar la ladrona en una



subasta clandestina o lo que le pagaría su perista habitual, a pesar de que quedaban menos de diez unidades de ese modelo en el mundo.

Desabrochó el reloj con calma y extendió la mano para entregárselo; cuando la chica se acercó para cogerlo, él lo dejó caer al suelo en el último instante.

—No te juegues la vida, niño rico. No dudaré en meterte una bala en el estómago por hacer el imbécil. —Toda la belleza seductora de la chica había desaparecido en tiempo récord.

—Disculpa, son los nervios. No me enfrento a una situación así todos los días.

La chica se agachó despacio, no tenía intención de apartar el ojo de su víctima. Palpó el suelo durante unos segundos sin lograr encontrarlo, así que tuvo que bajar la mirada un instante para ver dónde había caído el condenado reloj. Ese momento fue más que suficiente para que una persona con sangre fría y acostumbrado a la rapidez y contundencia de los combates de boxeo pudiera dar un manotazo a la mano que sostenía el arma. La pistola cayó a dos metros de ellos y la chica se recompuso muy rápido para lanzar un puñetazo a Alfil, no logró su objetivo. Desde el momento en que apareció adelantando con el descapotable, esta era la primera vez que no disponía de ventaja; de hecho, no tuvo la más mínima oportunidad. Alfil fue rápido y contundente. No quería jugar más. El reloj de su padre no era algo con lo que negociar. Un directo muy fuerte a la nariz rompió el tabique de la chica y la hizo caer inconsciente hacia atrás.

Él se agachó para recoger el reloj, que por suerte no se había roto, era lo que más le preocupaba. Lo limpió con mimo usando el pañuelo de seda que había cogido del bolsillo del *blazer* de la chica. En ese momento ya no pensaba en la ladrona, sabía que no se levantaría del suelo después de un golpe que hubiera tumbado a un boxeador de 100 kilos. Y no sentía remordimiento alguno por haberla golpeado. No era ninguna dama, se trataba de una simple ladrona y asesina que se había buscado su propio destino.

Tras comprobar que el reloj funcionaba perfectamente y volvía a estar atado a su muñeca, abrió la puerta de su coche para marcharse, no le importaba lo más mínimo lo que le ocurriera a la chica, encendió el motor y comenzó a dar marcha atrás muy despacio.

De repente, algo le hizo frenar y quedarse mirando fijamente el cuerpo de la ladrona, algo en él le preocupaba. Su corazón se aceleró por primera vez desde que sortease las curvas de la carretera unos minutos antes. No se movía, no parecía respirar. «Eso es imposible, pensó Alfil, no le he pegado tan fuerte.

Una nariz rota no mata a nadie». A su mente llegó una rápida imagen del tabique nasal de la chica entrando en su cerebro. «No, eso no puede ser...».

El chico se bajó del coche y se acercó a ella con temor y sigilo, no quería llevarse una nueva sorpresa. A sus pies, la chica no se movía lo más mínimo, a Alfil le pareció estar ante un inerte maniquí de plástico, con los ojos abiertos, sin vida, y con la mirada vacía y perdida en el infinito. Colocó dos dedos en su cuello y comprobó que no tenía pulso. Estaba muerta.

«Pero eso es imposible, no la he golpeado tan fuerte, y su tabique está roto pero torcido hacia un lado. Espera, ¿qué es eso?». Bajo el cuello de la chica comenzó a extenderse una viscosa y oscura mancha de sangre. Alfil comprendió que se había golpeado la nuca con una piedra al caer. Había sido un accidente.

«Dios, ¿cómo ha podido suceder algo así?», se preguntó muy asustado. «Una muerte violenta es algo muy serio, la policía me detendrá y me acusará de asesinato hasta que se demuestre mi inocencia y que la chica murió por el golpe en la nuca. Me costará convencer a un juez de que no pude golpearla con menos fuerza, porque, aunque haya muerto por el golpe de la piedra, mi puñetazo provocó su caída. Al final me acusarán de homicidio involuntario y mi carrera profesional terminará en el sumidero, igual que el apellido familiar, toda mi vida arrojada por la borda... y por una ladrona que me apuntaba con una pistola. Ya no digamos que me tendría que olvidar de la sesión de hoy, de mi equipo que me espera en la playa y del mejor cliente que tengo. Llevo demasiado tiempo trabajando duro para ser el mejor, y esto echa por tierra todas mis pretensiones y mi futuro justo cuando estaba logrando mis metas».

«¿Sería difícil demostrar que la chica era una ladrona? Supongo que no, seguro que hay más personas que han sufrido robos, y es más que posible que la busquen por sus delitos. ¿Pero qué estoy diciendo? Aunque quede en libertad y se demuestre que todo fue un accidente y en defensa propia, nadie me salvará del escándalo. Nunca quedaría libre de sospecha y limpio de la acusación de asesinato. Quedar libre dentro de seis meses no es suficiente, no en un mundo como este».

«Vale, debes conservar la calma, aquí nadie te ha visto y tardarán en aparecer por un sendero como este. Necesito pensar con frialdad y buscar la forma de salir de aquí sin que haya la más mínima consecuencia. No pienso arruinar mi vida por un accidente, y menos cuando todo ha sido provocado por esta ladrona y asesina».

Alfil miró su cuerpo tumbado en el suelo. Nunca había visto un cadáver así, no sabía que su mirada quedaba vacía como la de las modelos al posar.

Contempló el bello cuerpo de la chica en esa postura y comenzó a sentir algo nuevo en su interior, algo que no era capaz de definir ni de frenar; crecía en progresión geométrica para estallar dentro de su cerebro. ¿Era creatividad? Sin duda todo fluía más rápido: las ideas, pensamientos, sensaciones, incluso la fresca brisa de la mañana olía y acariciaba su piel de un modo diferente. Se sentía más despierto que nunca. Se sentía vivo por primera vez en muchos años.

Llevado por la situación y por sus instintos, se acercó a la chica y limpió sus huellas, frotando con fuerza su boca y donde le tomó el pulso; aparte de cualquier otro centímetro de piel donde la hubiese acariciado. Luego miró las marcas de los neumáticos sobre la arena. Los de su Lotus eran unos semi *slick*<sup>[2]</sup> que la policía localizaría en cuestión de minutos.

Arrancó dos ramas del árbol que daba sombra al coche de ella, trabajo que le llevó su tiempo. Una encina es un árbol tan fuerte que casi destrozó su piel durante la tarea. Luego las usó para frotar por todo el suelo hasta hacer desaparecer las huellas de sus pisadas. A continuación las dejó aprisionadas con el portón trasero de su Lotus, asegurándose de que quedaran tocando el suelo tras los neumáticos, algo rudimentario que había visto en alguna película de vaqueros, pero era lo más efectivo y rápido con lo que contaba en ese momento. Alfil subió de un salto a su coche, para no pisar más la arena con sus zapatos. Arrancó el motor y dio la vuelta despacio, asegurándose de que quedasen borradas las marcas de los neumáticos, tanto las que producía al salir del lugar como las que había dejado cuando entró tras la chica. Conducía con cuidado, mirando constantemente a través de los espejos retrovisores, para confirmar que no dejaba huella alguna con su paso. Doscientos metros de lenta agonía le separaban de la carretera, acrecentándose a cada minuto el miedo a que apareciese otro coche, no podía permitir que apareciesen testigos.

Al final no fue así y consiguió alcanzar la carretera del puerto de montaña sin ver más vehículos, aceleró y puso kilómetros entre el mal trago y él. Llevaba la ventanilla bajada y notaba la fresca brisa relajando sus pulsaciones. A los dos minutos recordó que continuaba llevando las ramas del árbol, ya no emitían ruido alguno porque las hojas se habían desprendido con el roce de la carretera. Frenó en una recta y bajó corriendo, allí comprobó que sus neumáticos ya estaban limpios y no dejaban marcas de arena y polvo sobre la calzada. Quitó las ramas y las arrojó más allá de la valla que le separaba del acantilado.

Un sol de justicia castigaba, en pleno enero, al equipo de trabajo en la playa; y las únicas personas que podrían haber disfrutado de su cálido azote, las modelos en bikini, estaban posando a la sombra de la estructura de tela blanca. Frente a ellas se encontraba Alfil, haciendo fotos de pruebas, y a su lado el resto de sus ayudantes, maquilladores, estilistas y peluqueros. El fotógrafo llevaba demasiado tiempo haciendo cambios en la dirección de posado, pero nada de lo que veía en el monitor parecía convencerle. Había algo que no funcionaba.

Las modelos comenzaban a enfriarse, tanto por la temperatura ambiente como por la falta de ritmo; una de ellas mostraba su aburrimiento tratando de no bostezar y perdiendo la mirada al infinito, parecía que su mente hubiese abandonado su cuerpo, o que estuviese durmiendo con los ojos abiertos. Alfil quedó hipnotizado con ese gesto casi inerte. Aún no había conseguido calmar los nervios tras el suceso de unas horas antes, pero ahora que observaba a la modelo, volvía de nuevo esa extraña sensación eufórica. Y su mente comenzó a funcionar más deprisa, sin duda era creatividad lo que sentía, al menos así lo definía en su interior.

—Que todo el equipo venga conmigo —ordenó de improviso—, quiero que las chicas estén tumbadas en la arena. Que parezca que están muertas, pero habiendo caído al suelo con estilo. No sé si me explico, quiero decir que no me vale cualquier postura. Y necesito sus cabellos en aparente movimiento, y sus miradas perdidas al infinito, y...

El chico hablaba deprisa y no cesaba de dar instrucciones milimétricas. Luego hizo traer una alta escalera de aluminio, a la que subió con la cámara mientras sus ayudantes la sostenían, la arena de playa no era una superficie muy estable. Las modelos cumplieron con su cometido y se realizó una prueba de cámara. El resultado entusiasmó a Alfil, le gustaba mucho más que lo planificado días antes. La sesión aceleraba y todos agradecieron haber terminado y vuelto al hotel antes de la puesta de sol.

Alfil regresó a su hotel a través de la misma ruta tomada en la mañana. Estuvo tentado de regresar por la vía más rápida, pero no quería dar motivos de sospecha a la policía en caso de ser requerido para una posible investigación. Al llegar al punto donde se había producido el accidente, observó que había dos patrullas de policía en la zona. Pasó de largo y continuó, algo nervioso, hacia su destino.

Se duchó y comenzó a devorar la cena que había pedido al servicio de habitaciones, desde el pequeño balcón de la habitación oía la televisión aunque no podía verla. Los noticiarios hablaban del suceso local: una chica

encontrada muerta. La fallecida contaba con numerosos antecedentes por robo a mano armada a turistas, gente adinerada que disfrutaba del clima de la isla y de sus famosas curvas, utilizadas en el Campeonato del Mundo de Rally. La policía llevaba meses tras su búsqueda y aún no había datos oficiales sobre las causas de su muerte, pero se sospechaba de un asesinato por posible ajuste de cuentas.

Alfil escuchaba las noticias con aparente frialdad, no sentía remordimientos, ni siquiera había perdido el apetito. En ningún momento se había arrepentido de sus acciones, hizo lo que debía hacer y, si se encontrase en la misma tesitura de nuevo, volvería a golpearla sin dudarlo un instante. Ella se lo buscó; tarde o temprano iba a acabar muerta; él solo le ahorró la espera. ¿Frialdad? ¿Cinismo? No le importaba lo más mínimo dar una imagen u otra, él se sabía práctico, racional y resolutivo. Consideraba haber obrado de la forma más inteligente.

La vibración de un mensaje de texto en su teléfono móvil le sacó de sus pensamientos. Leyre le comunicaba que la directora de la revista había dado el visto bueno a las fotos, se había maravillado al ver la relación de contactos que un ayudante del fotógrafo había enviado por *e-mail*. Le habían otorgado también la portada y tenía asegurado poder trabajar con ellos durante unas temporadas más.

El chico nunca había creído en las casualidades y, aunque le costaba creer que la muerte de la chica le había provocado semejante carambola de suerte y creatividad, no dudó sobre las sensaciones que ese día le habían invadido. El hormigueo del juego de la conquista, la adrenalina durante la carrera de coches, el miedo ante el robo del reloj de su padre, el arma apuntándole a la cara, el golpe seco a la chica, su sangre oscura y densa extendiéndose por el suelo, sus ojos inertes... El recuerdo de todo aquello volvía a avivar las brasas que estaban forjando algo indescriptible en su interior. Sentía que un Alfil diferente se fraguaba dentro de él. ¿Un Alfil mejor? Quién sabe. Diferente, sin duda.

Terminaba de cenar, hacía minutos que había apagado el televisor, y se deleitaba con la puesta de sol y el canto de los pájaros que anidaban en los árboles que rodeaban el hotel. Se alegraba de haber vuelto a ese lugar, no solo había recordado momentos felices de su niñez, también había vivido una experiencia única. Con la copa de vino en su mano y a punto de dar un sorbo, un sonido de zapatos de tacón le hizo desviar su atención. El ritmo era lento pero firme, el de una joven dama con clase. El instinto le decía que no se

trataba de una señora mayor ni de una modelo o niña que hubiera aprendido hace dos días a caminar con soltura.

A través del entramado de hierro forjado de su balcón, observó por fin a la hermosa chica enfundada en un elegante vestido rojo; caminaba hacia la cafetería y restaurante del hotel, que había colocado mesas en el exterior para que sus huéspedes aprovecharan el buen clima que hoy disfrutaban. No se había equivocado, era una bella, joven y alta dama que se reunía con su pareja. Al llegar a la mesa, besó a su enamorado y luego bebieron vino, sin dejar de acariciarse las manos en ningún momento. Alfil podría estar pensando en sus anteriores relaciones, o en los motivos por los que estas nunca habían superado los tres meses. Podría pensar en muchas cosas relacionadas con el amor y sus parejas, pero no eran esas las dudas que rondaban por su mente.

—¿Que pasaría si matara a esa chica de ahí abajo? ¿Qué pasaría si apretase su cuello hasta verla morir? ¿Tendría más ideas fantásticas para mi trabajo? ¿Volvería a tener esas sensaciones que activaron mis sentidos? ¡Dios, pero qué estoy diciendo! Métete en la cama que el cansancio te está afectando demasiado.

Nadie cambia su mente o su personalidad en un instante, nadie cambia de la noche a la mañana. En realidad, la experiencia vivida con la ladrona solo fue la gota que colmó el vaso. Un vaso que comenzó a llenarse muchos años atrás...

Antes de entrar para ir a la cama, volvió a mirar con intriga a la chica del vestido rojo.

# Capítulo 1

Barcelona, febrero de 2003

Eran las once y media de la noche cuando medio centenar de jóvenes amantes de las motos se reunían entre la zona de la universidad y el estadio de fútbol Camp Nou. Tomaban unas copas en plena calle, unos reían, otros discutían y el resto se citaba o desafiaba para una arriesgada carrera por las calles de la ciudad, lo habitual cada noche de jueves. No había normas que seguir en las carreras, el primero que regresase al punto de partida ganaría. La imprudencia de la edad y la necesidad de demostrar su valor les impulsaba a correr el riesgo de provocar un accidente de tráfico o, incluso, morir.

Un grupo de cuatro motoristas, ataviados con negras cazadoras de cuero, estaba ultimando los detalles del trazado que seguirían esa noche. Uno de ellos, que aparentaba más edad que el resto, era Miguel, y el resto parecía orbitar a su alrededor mientras explicaba el recorrido por el que circularían esa noche. Nadie le discutía sus decisiones. Alto, complexión fuerte y mirada indiferente a la vez que burlona a través de sus ojos azules. Cuando terminó de hablar, se apartó con una mano el cabello largo y rubio de la cara y subió sobre su moto. No se tomaba mucha prisa, ya que aún eran pocos los que se habían decidido a participar en la carrera. Esperaría a que apareciesen más participantes para que el bote económico que se embolsase el ganador fuese más atractivo. Y el ganador solía ser siempre él.

Hacía frío, pero eso no evitaba que un grupo de cinco chicas bailasen cerca de un coche que, con el maletero abierto, amenizaba con música el momento. Las minifaldas que vestían eran todo un reclamo para la docena de universitarios que se había concentrado alrededor de ellas; en pocos minutos habían conseguido que las invitasen a beber una copa. Los grupos ahora diseminados por toda la calle, cuando empezase la carrera y a modo de rito ceremonioso, se reunirían en la línea de salida para dar ánimos a los participantes.

Como si de una pequeña pantalla de televisión se tratase, el visor de una cámara de fotos mostraba aquel ritual ante el ojo de un chico de dieciocho años que se mantenía a una distancia prudente y en el extremo de la calle. Vestía una cazadora de ante negro y un pantalón vaquero gris oscuro, mediría algo más de un metro ochenta y estaba delgado, pero no tanto como para no poder manejar la enorme moto sobre la que se sentaba. Su pelo castaño y ondulado, que no llega a ser tan largo como el de Miguel, enmarcaba la cámara de fotos, con cuyo *zoom* observaba todo lo que sucedía a su alrededor, hasta casi ocultarla. Nunca había participado en carreras, a pesar de llevar una motocicleta que muchos allí querrían, una Yamaha V-Max de color negro. De hecho, era la primera vez que asistía a una de las concentraciones. Un compañero de la universidad, Jaume, le habló de las reuniones y ahora comprobaba que el ambiente que se respiraba era aún mejor de lo que había imaginado. Quería pasar desapercibido, así que usaba un teleobjetivo para inmortalizar el momento sin tener que acercarse. También trataba de evitar que le retasen para la carrera, aunque su moto, de un presupuesto que el resto de motoristas del lugar no se podía permitir, estaba llamando demasiado la atención.

El visor de su cámara abandonó al grupo de moteros para seguir los movimientos de unas delgadas y largas piernas que parecían mucho más interesantes, pertenecían a una adolescente de largo y negro cabello que, con su cazadora de piel, jugaba a parecer una chica mala. Con un pantalón vaquero azul completamente ajustado, tacones negros muy altos y una sonrisa de niña buena, había conseguido que la invitasen a una copa, luego regresó a su grupo, donde Miguel la agarró de la cintura y la besó en los labios con brusquedad. Ella trató de resistirse en lo que parecía ser un juego habitual más que un forcejeo. Hipnotizado por sus ojos azules y labios pintados de rojo, el improvisado fotógrafo disparaba sin cesar cada vez que lograba un buen encuadre.

De repente, la chica se giró y le miró fijamente, algo extraño porque la oscuridad, el ruido y la distancia impedían que pudiera haber oído los disparos o haberle visto entre la multitud. El joven apartó la cámara de su cara para comprobar que era todo el grupo el que le miraba en ese momento, incluso uno de los motoristas le estaba señalando con el dedo mientras decía algo a Miguel. Un sexto sentido le susurraba que tenía todas las opciones de haberse metido en un lío. Guardó la cámara en la pequeña mochila a su espalda. Y en menos de un minuto, cuatro motos se aproximaban despacio al universitario. ¿Vendrían a buscar pelea por haberle hecho fotos a la novia del



jefe? ¿Vendrían a retarlo para la carrera? En breve lo sabría. Por si acaso viniesen por la primera opción, el chico bajó de la moto y se apoyó en ella para recibirles.

Los motoristas rodearon la Yamaha a la vez que una veintena de adolescentes se acercaban para ver qué sucedía.

—¿Pero qué tenemos aquí? Menuda moto trae el pipiolo, esto es caza mayor —dijo Miguel a sus amigos.

—Ya tenemos al quinto participante de la noche —añadía otro de los motoristas.

—Pues lo siento por vosotros, porque no he venido a correr.

El chico estaba calmado, pero había rechazado la invitación mirando a los ojos de Miguel con una seguridad que había irritado al mismo. También era consciente de que sería difícil permanecer igual de imperturbable a medida que le fueran provocando más y más.

—Venga tío, con esa moto no puedes ser tan cobarde. Tienes todas las opciones para ganar, y te llevas una pasta —le dijo uno de ellos a su derecha.

—No tengo la moto para competir, ni para demostrar nada a nadie —respondió él.

—Son doscientos euros por cada uno, el bote es de mil euros para el ganador. Con esta moto no hay forma de perder. Además, es poca pasta para alguien que calza una bestia como esta. Ciento cuarenta caballos nos hacen quedar mal a los demás —dijo Miguel. La chica de enormes ojos azules estaba sentada tras él.

Al chico no le importaba el dinero, su familia poseía más del que pudiera gastar. Deseaba rechazar la carrera porque, aunque le encantaba montar en moto, no tenía nada que demostrar a nadie ni deseaba ponerse en peligro o poner a otros conductores.

—El dinero me da igual, tío. Solo he venido a ver cómo se mueve la peña en estos sitios. Me gusta conducir, pero no necesito correr, ¿vosotros sí?

—En estos sitios se viene a correr o a mirar. Esa es la diferencia entre ser el puto amo o un gallina —le respondió Miguel.

—Dejadle en paz. Ya os ha dicho que no quiere correr —protestó de repente la chica.

Él sabía defenderse por sí mismo, no necesitaba su ayuda, aunque le agradó oír su voz, y nada menos que para preocuparse por él. A Miguel no le había gustado que su novia se metiese donde no la habían invitado.

—Calla la puta boca. Cuando quiera tu opinión, te la pediré —replicó a gritos mientras le levantaba una mano de forma amenazante.

—Tranquilo, tío, deja que la chica pueda opinar. Recuerda que estabas hablando conmigo.

—¿Quién coño te ha dado opinión en esto, capullo? —Miguel se había puesto agresivo y se desesperaba porque no conseguía provocar al nuevo; y por si no fuese suficiente, su novia parecía ir en contra de sus intereses.

—Esto es entre tú y yo, ella no tiene nada que ver. Y no me llamo pipiolo, mi nombre es Alfil, ¿lo has entendido, capullo? Si lo que quieres es que compita, aquí me tienes.

Era lo que buscaba el jefe del grupo, ya lo tenía atrapado en sus redes. Ahora tendría que vencer a un desconocido que manejaba una moto con el doble de potencia que la suya, pero también era más pesada y difícil de manejar en las curvas. El insulto y el coraje del nuevo le habían enfadado, más aún por haberlo hecho en sus dominios y ante todos los presentes. Esa falta de respeto la pagaría durante la carrera. Una sonrisa malévola cruzó su cara un instante.

—¿Has visto, nena? Tenemos al señorito Alfil en la carrera. A ver qué es lo que sabe hacer.

El joven no estaba muy seguro de dónde se acababa de meter, no era aquel el objetivo con el que había salido de su casa a hurtadillas para que su abuelo no le viese. Si su mentor se enterase de la participación en la carrera y de haber accedido a una provocación, le tendría castigado durante meses y sin poder usar la moto para ir y volver de la universidad. No deseaba correr, pero tampoco quería que la chica, que lo había defendido, cargara con las culpas y represalias de ese imbécil con complejo de inferioridad. Sacó doscientos euros de su cartera, los entregó al encargado de custodiar el bote, y se colocó en la posición de salida, donde probaría una nueva experiencia.

Docenas de asistentes con vasos de plástico en las manos gritaban agolpados ante una línea pintada con espray blanco en el suelo, sería el punto de salida y también el de llegada de la carrera. Cada jueves, un grupo de cinco a siete chicos se jugaban la vida en un trazado diseñado para sortear el tráfico más difícil posible. Esa noche tendrían que entrar en la avenida Diagonal y recorrerla hasta llegar al paseo de Gracia, al final del mismo, entrarían en la Gran Vía de las Cortes y volverían al punto de partida a través de la Rambla y de las calles estrechas que, pavimentadas con adoquines resbaladizos y atestadas de transeúntes, conducían de nuevo al estadio de fútbol.

Alfil se colocó en la línea junto a Miguel y otros tres motoristas más, uno llevaba una Honda CBR-F y los otros tres montaban motos Custom como la suya, pero de inferior cilindrada y potencia; eso sí, con mucho menor peso, lo

que las hacía más ágiles tanto en curvas como frenando y circulando por calles estrechas.

Una chica rubia con un vestido negro muy corto se colocó frente a ellos para dar la salida. Los cinco competidores estaban listos y acelerando; y, al darse la señal, salieron disparados, sobre todo la Honda CBR, que se colocó en primera posición aunque a poca distancia del resto. El comienzo estaba resultando tal como había contemplado Alfil.

Tras cubrir la larga recta de la calle desde la que habían partido, comenzó un festival de desvíos y sorteo de coches que circulaban en ambos sentidos. Durante esos minutos, y antes de llegar a la avenida Diagonal, las motos Custom se igualaron a la CBR. Ya en la amplia avenida que atraviesa la ciudad, pudieron acelerar más, ya que disponían de varios carriles y a esas horas de la noche no había un tráfico especialmente denso. La mayor potencia y cilindrada de la Yamaha de Alfil hizo que se colocase en cabeza, aunque no duró mucho esa situación; los constantes semáforos en rojo y los coches que se incorporaban desde otras calles les obligaban a frenar, compactando el grupo de motos cada pocos minutos.

El tramo del paseo de Gracia resultó una copia del vivido en la avenida anterior, pero al llegar a la Rambla, los cinco competidores se encontraron con la imposibilidad de avanzar entre tanto turista; aunque eso no fue lo más preocupante, había varias patrullas de mossos d'esquadra. Entre gritos y quejas de los transeúntes, que se veían obligados a correr o saltar para evitar el atropello, las motos trataban de avanzar sin llamar la atención de las autoridades, más centradas en evitar robos de carteristas. Uno de los motoristas atropelló a una anciana, lo que provocó un gran revuelo, Alfil y los otros tres rivales que quedaban aprovechan un hueco entre la multitud para acelerar y tratar de salir de la zona lo antes posible.

Por fin lo consiguieron, aunque las calles estrechas con viejos y resbaladizos adoquines por las que circulaban ahora no mejoraron la situación. Miguel atravesó su moto ante Alfil, cortándole el paso, pero el chico pasó a la estrecha acera sorteando unos pivotes metálicos y aceleró, tocando el claxon de la moto para indicar a los viandantes que se apartasen de su trayectoria, una maniobra suicida por el escueto pasillo que formaba la acera y la enorme anchura de su Yamaha; al menos le sirvió para no perder de vista a los tres pilotos que ahora estaban en cabeza, a unos veinte metros frente a él.

Quedando pocos kilómetros para la meta, habían salido de la zona turística y callejaban por un barrio residencial con poco tráfico y mejor

asfalto. Alfil aceleró al máximo su moto para acercarse a sus oponentes. Tras una curva en la que los tres de cabeza se entorpecieron, el chico aprovechó para entrar por el interior y colocarse entre la moto de Miguel y la de otro competidor, que le cortaba el paso para impedirle que se marchase en solitario. El cuarto corredor se había rezagado al frenar para no estrellarse contra un vehículo aparcado en doble fila.

Miguel no dudó en golpear con su moto la de Alfil, aunque comprobó que la diferencia de peso era demasiado grande en favor del nuevo como para lograr derribarlo, así que optó por darle una patada a su manillar. No quería ni imaginar que pudiera ganarle el desconocido después de la provocación y el insulto que le dedicó ante todos. Alfil se vio obligado a equilibrar la moto ante las embestidas de Miguel, no quería sufrir un accidente ni romper la moto, pero, por encima de todo, no quería perder, su espíritu competitivo se lo impedía.

El corredor de la Honda CBR se quedó dos metros por detrás de ellos, a pesar de tener una moto con suficiente potencia como para colocarse en primera posición. Parecía que el piloto estaba observando las maniobras de su líder, y le dejaba vía libre para sus propósitos; o quizá esperase al fin de la pelea para adelantar al cansado vencedor.

Faltaban quinientos metros para la línea de meta y, en plena recta, la Yamaha V-Max circulaba por la izquierda, la moto de Miguel rugía a la derecha mientras se empezaba a oír el motor de la CBR a tope de revoluciones, que se acercaba rápido para pasarles a los dos. Miguel no dudó en cruzarse en la trayectoria de la Honda y provocar que el piloto cayese al suelo al intentar esquivarle. No había dudado en arriesgar la vida de uno de sus «amigos» para evitar que le adelantase. Pero había cometido un error gravísimo: había perdido unos metros de distancia con respecto a la Yamaha de Alfil justo a pocos metros de distancia de la línea de meta. Acababa de ponerle la victoria en bandeja al nuevo.

Ante la sorpresa de los atónitos asistentes, que no sabían si festejar o guardar las apariencias ante Miguel, las dos motos que habían logrado llegar a la meta frenaron y se reunieron en el centro del grupo que les esperaba. Alfil no sabía aún si para felicitarle o para buscar pelea, aquel no dejaba de ser el territorio de su rival.

—Has tenido suerte esta vez, no la tendrás la próxima —le espetó Miguel con evidente cara de enfado. No olvidaría esa humillación en mucho tiempo. Su chica sonreía al nuevo, y eso lo enfureció aún más.

—Habéis jugado sucio y aún así habéis perdido. Fuiste tú el que me provocó para que participara, no lo olvides —respondió Alfil con mirada desafiante.

—Ya veremos el próximo jueves. No tendrás tanta suerte.

—Venga Miguel, si pierdes, pierdes. No hay más que hablar — interrumpía el que guardaba la recaudación—. El próximo día no le vaciles a un desconocido, y menos llevando una moto como esa.

Ese organizador, que se llamaba Artur, entregó el dinero al ganador tras felicitarle por la victoria, invitándole a participar cuando quisiera en esa carrera o en las que se producían habitualmente en otros puntos de la ciudad. Los allí concurridos golpeaban amistosamente su moto y a él mismo, lo que le provocó sensaciones extrañas que nunca antes había experimentado y ante las que no supo reaccionar.

Alfil se marchó del lugar con los mil euros del bote de la carrera. Y a pesar de las muchas sensaciones y emociones que se habían sucedido en aquella última hora de la noche, en ese momento solo podía pensar en la media sonrisa que le había dedicado la chica y en la cara de frustración de Miguel después de perder ante un novato. Era algo indescriptible, extasiante, y eso que no había adrenalina alguna circulando por sus venas. No había estado nervioso durante la carrera, ni siquiera ante las continuas embestidas de los dos perdedores, tampoco había sentido emoción ante la victoria. Pero las caras de esos tipos y la sonrisa de ella..., eso sí había valido la pena.

Le quedaba media hora hasta llegar a la casa de sus abuelos, en la costa, donde vivía desde hacía trece años, desde que murieron sus padres. Esperaba no despertarles, su abuelo era muy estricto y no aprobaría su salida nocturna. Eso le preocupaba pero no le quitaba la sonrisa de la boca. La cara de la chica había quedado grabada en su mente.

¿Volvería a verla?

## Capítulo 2

La casa de los abuelos de Alfil se encontraba en Tossa de Mar, un pueblo costero al norte de la capital. Se trataba de una enorme mansión de estilo neoclásico, con fachadas de piedra y molduras de color hueso, a la que se accedía a través de una pasarela flanqueada por altas columnas romanas. Una construcción que monopolizaba toda la vista de la ladera de una colina que deriva en el mar. Poseía unas vistas privilegiadas e interminables jardines a su alrededor. Quizá todo aquel lujo y belleza le confiriesen el aspecto de un lugar idílico, pero no traía buenos recuerdos para Alfil, el joven no se sentía tan privilegiado como lo estaría de poder seguir viviendo con sus padres.

Eran las dos de la tarde y alguien subía las persianas de una de las habitaciones del ala este de la casa. La luz del sol despertó al chico, que aún permanecía medio dormido y ahora gruñía a la vez que se cubría la cara con la almohada. La noche anterior llegó muy tarde y decidió no poner el despertador para ir a la universidad, ahora le tocaría poner en práctica sus dotes de negociador para tratar de convencer a su abuelo de los motivos por los que no asistía a clase.

—Vamos cariño, despierta ya. —Sin duda no era el mayordomo de la casa, sino la abuela del chico. Por ese motivo este no continuó con sus quejas.

—¡Abuela! Aún es demasiado temprano y ayer me acosté muy tarde.

—Lo sé, te oí cuando guardabas la moto. Tranquilo, tu abuelo dormía como una marmota y no le he dicho nada —dijo la anciana mientras le guiñaba un ojo, como hacía cuando Alfil era pequeño y le descubría haciendo alguna travesura.

—Gracias, yaya. Espero que no se entere o me matará, o peor aún, me quitará la moto. Gracias por guardarme el secreto, a ver si el servicio lo hace también. —El chico sonrió a su abuela y le dio dos besos en la frente, muy sonoros, como los que ella le daba cuando él era pequeño. Abusaba sin

reparos del cariño y de la ternura que provocaba en ella para que le guardara secretos o le encubriera.

—A ver qué excusa ponemos para no haber ido a la universidad hoy, porque no te vas a quedar aquí encerrado todo el día, tendrás que salir.

—No lo había pensado, pero ya se me ocurrirá algo. No te preocupes.

Tras despedirse de ella, el chico bajó a hurtadillas hasta la cocina de la casa, tocando madera para no cruzarse con su mentor. Pero no tuvo suerte y lo encontró sentado a la mesa como si esperase a alguien, algo extraño porque no solía pisar esa estancia de la casa. A esas horas debería estar trabajando en su despacho.

—Hola, abuelo. Pensaba que a esta hora de la tarde estarías trabajando.

—Yo también pensaba que estarías en la universidad. Siento que los dos nos hayamos equivocado. —Mostraba un semblante muy serio, casi desafiante, como si supiera con exactitud lo que su nieto había estado haciendo la noche anterior.

—Hoy no tenía clase las primeras horas y, como tengo que estudiar para los exámenes, me he quedado en casa.

—¿En serio? Espero que esos exámenes no guarden relación con que llegaras anoche de madrugada. Mi oído no va bien, pero el de mi personal de confianza lo hace de maravilla.

—No podía dormir y fui a dar una vuelta por el pueblo para despejarme, ya sabes. Lo siento si llegué algo tarde pero necesitaba tomar un poco de aire.

—Sabes la importancia que tiene la universidad. Si empiezas durante el primer año con problemas de concentración, o decides que no te gusta, habrás perdido un tiempo valioso de tu vida.

—La universidad está bien, me gusta estudiar Empresariales y me vendrá bien para gestionar los negocios familiares el día de mañana —le dijo lo que quería oír, porque en realidad no le gustaba la carrera. En los meses que llevaba asistiendo a las clases había podido comprobar que las asignaturas no preparaban a nadie para dirigir una empresa.

—Eso espero, creo que hay confianza para hablar de un cambio de planes, ¿no es así?

Ni por asomo. Alfil tenía pánico al anciano desde que se había visto obligado a vivir con él. Jamás le había puesto una mano encima ni se le hubiera pasado por la cabeza hacerlo, pero su educación no pudo ser más estricta desde que sus padres fallecieron. Su abuelo le educó para ser una roca, impasible ante sentimientos y contratiempos, aparte de buscar siempre

la mejor opción a su vida y a su futuro. Y ese «hablar de un cambio de planes» significaba: «vas a seguir asistiendo a la facultad porque lo digo yo».

Lo que su mentor nunca contempló es que en el interior de Alfil se generarían los mismos deseos y metas de cualquier chico de su edad, y que se dejaría llevar por los incentivos, instintos y deseos que revolucionan las hormonas de los adolescentes. Una educación estricta, regia, sin el cariño al que sus padres le habían acostumbrado, acabó favoreciendo el interés del chico por lo que el mundo podía ofrecerle y él aún desconocía por habersele negado. Gracias a la moto y al contacto con la gente en la universidad, estaba conociendo la vida que siempre se le ocultó, debido al aislamiento al que le sometió su abuelo.

Alfil había estudiado en casa con multitud de profesores particulares, permaneciendo hasta sus dieciocho años enclaustrado en esa mansión y a la espera de hacer los exámenes de acceso a la universidad. Y por fin había salido del cascarón, descubriendo todo un mundo de emociones y sensaciones que se había abierto ante él, y sería muy difícil no caer en sus tentaciones.

—Claro, abuelo, no hay nada de qué preocuparse. Ahora te dejo, tengo que comer algo rápido para seguir estudiando.

Eran las cinco de la tarde y el adolescente trataba de concentrarse en el libro de estadística que reposaba abierto sobre la mesa. Se encontraba en su sala favorita de la casa para estudiar: un solárium que hizo construir su abuela con la excusa de tener un lugar donde poder pintar y leer sus novelas, cuando ya se sentía demasiado débil para seguir cuidando las flores de sus jardines, pero sabiendo que podría pasar allí muchas horas con su nieto mientras este estudiaba. Las paredes y el techo de cristal dejaban pasar el sol de invierno, creando una cálida temperatura y la luz perfecta para la concentración del muchacho. Su abuela leía a varios metros de él, llevaba puesto un vaporoso vestido de seda color malva y se sentaba con estilo sobre una gran butaca. Por su vestimenta y sus impecables peinado y maquillaje, nadie diría que llevaba meses sin salir de la casa; se trataba de simple coquetería y del deseo de no perder nunca la feminidad, ella no se resignaba a deambular cada día por la casa enfundada en una bata y unas zapatillas de felpa. Al igual que no había perdido jamás su dulce sonrisa, tampoco había abandonado sus principios.

Alfil tenía con la dama un trato muy diferente al que compartía con su abuelo; o sería más correcto decir que era ella la que trataba de un modo especial a su nieto, pues el chico llevaba más de una década sin recibir más



atención y cariño que el proporcionado por aquella mujer. Desde la muerte de sus padres, no había conocido otra familia que los ancianos, trece años de aislamiento sin disfrutar de la niñez y perdiendo la inocencia, salvo en los instantes en que su abuela le devolvía la esperanza de ser feliz de nuevo. Su mentor, que jugaba con Alfil cuando era pequeño, pasó a ser un estricto profesor de la vida y de las finanzas en cuanto se convirtió en su tutor legal.

Cada tarde disponía de una hora, como mínimo y dependiendo de la disponibilidad de los estudios del chico, para el adiestramiento que recibía de su abuelo; sobre todo en cuestiones empresariales que no se estudiaban en la universidad, como el manejo de clientes, proveedores, acreedores; cómo tratar a empleados, cómo ser un líder y no un jefe, el trato con las administraciones públicas, cómo negociar acuerdos, cómo ser respetado aún siendo mucho más joven que quienes tuviera enfrente en una negociación... Conversaciones infinitas en las que el anciano usaba técnicas de retórica y dialéctica para enseñar al chico el arte de convencer a los demás en una negociación, simplemente usando la palabra. Una hora o más en las que no había concesiones, sonrisas o apoyos. Desde que tenía diez años, negociaba con su abuelo como si fuera un adulto de más de treinta, buscando cada uno el punto débil del otro en su disertación e intentando llevar a su terreno cada uno a su adversario. El abuelo había creado al chico a su imagen y semejanza, mejor incluso de lo que recordaba haber educado a su hijo, el difunto padre de Alfil. Aunque con el paso de los años, el chico comenzaba a pensar que lo estaba adiestrando para lograr lo que él hubiera deseado ser.

Mientras estudiaba, veía frente a él los jardines que daban a la casita de invitados, ese día bañados por el sol. A su derecha, al final de la sala, estaba la anciana sentada en su butaca y leyendo una novela de Agatha Christie. Qué paz y tranquilidad reflejaba, qué diferente era a su marido o, al menos, desde el punto de vista de su nieto. El chico la miraba, allí sentada y con su sonrisa perpetua, y pensaba en lo diferente que hubiera sido (y sería) su vida si su mentor fuese como aquella mujer. Tal vez en el futuro agradecería lo que su abuelo le aportaba, pero en ese momento solo sentía temor hacia él.

—¿Estás listo? —preguntó con brusquedad su abuelo tras aparecer en la estancia—. Acordamos hacer hoy negociaciones a las cinco y media, ¿lo olvidaste?

—No, aunque estoy algo espeso. La estadística es un tostón y me ha dormido un poco el cerebro. Estaría bien que pudiéramos posponerlo o cambiarlo por otra actividad.

—No hay excusas. El día de mañana puedes tener que negociar un trato importante en el momento menos esperado, aunque hayas trasnochado, tengas una resaca, estés espeso o como sea; y tu empresa y la vida de miles de empleados dependerán de tu capacidad negociadora en esas circunstancias.

—¿Y si lo sustituimos por una partida de ajedrez? —El chico sabía de la debilidad de su abuelo por ese juego, así que intentó cambiar la planificación del día.

—No, ahora toca negociación, y eso no es negociable. —Debería saber que era imposible hacer cambiar de planes a alguien tan testarudo.

Ya por la noche, el chico se encontraba en su cuarto, tumbado en la cama y viendo de nuevo *Lawrence de Arabia*; se lo había pedido su abuelo como aprendizaje, al tratar sobre la historia de un hombre enviado a un lugar lejano, rodeado de otra cultura y de personas con animadversión hacia todo lo que él representaba, pero que daba la vuelta a la situación y se hacía con el lugar y sus gentes, se convertía en un líder gracias a su carisma y otras cualidades como el valor y las dotes de mando. Casi siempre era obligado a ver películas clásicas que supusieran un ejemplo de superación en situaciones muy adversas. Como decía su abuelo, el ser humano se adapta a todo tipo de entorno, clima y cultura, pero solo si lo desea o lo necesita realmente para su supervivencia.

Tuvo que pausar la película cuando el tono de un mensaje llegó a su teléfono móvil, era Jaume, el compañero de facultad con el que había entablado amistad:

«Te esperan en Sant Feliú, quieren una carrera de revancha».

Esa noche de viernes los moteros habían cambiado el lugar de reunión por otra zona típica de carreras clandestinas: el polígono sudoeste de Sant Feliú de Llobregat. Según le había contado Jaume en varias ocasiones, hacían carreras por las calles del propio polígono, en las que colocaban contenedores a modo de obstáculos o trampas para que resultasen más divertidas.

Durante unos segundos, no se dignó siquiera a pensar en la posibilidad de volver a participar en una carrera como la del día anterior, pero luego vino a su mente el recuerdo de los ojos azules de la novia de Miguel; sobre la cual, después de haber preguntado ese mediodía por teléfono al propio Jaume, había descubierto que se llamaba Esther. Le aterraba la idea de desobedecer a su abuelo y escaparse por segundo día consecutivo, pero deseaba volver a ver a la chica. Al final, se dejó llevar por el impulso de una nueva aventura.

Salió por la puerta del jardín para evitar pasar ante los ventanales de la biblioteca, donde solía permanecer su abuelo por las noches. Llegó al garaje, sacó la moto y la llevó a la puerta de salida, empujando como pudo los doscientos sesenta kilos de peso, no debía arrancar el motor hasta haber abandonado la finca y recorrido un largo tramo de la calle, y así no delataría su escapada nocturna antes de tiempo a los sirvientes que no dudarían en volver a delatarle.

Cuando por fin hubo dejado lo suficientemente atrás la mansión, puso en marcha el motor y aceleró para que la brisa refrescara su cuerpo acalorado y sudoroso por el esfuerzo. Pensó por segundo día consecutivo que debía haber pedido a su abuela una moto Racing en lugar de esa, así contaría con más potencia y mucho menos peso. Le vendría de perlas tanto para salir a hurtadillas de casa de sus abuelos como para las carreras.

## Capítulo 3

Alfil llegó a su destino casi una hora después. El polígono acogía a más de doscientas personas, nada comparable con la discreta reunión del día anterior en los exteriores del Camp Nou. Después de dar una vuelta y observar los coches con los maleteros abiertos y música a todo volumen cada pocos metros, pudo localizar al compañero de clase que le había enviado el mensaje y se dirigió hacia él. Aparcó la moto a un lado y se bajó para saludarle.

—¡Has venido! Todos pensaban ya que no aparecerías. Aunque no es ninguna sorpresa después de que ayer participaras en la carrera. Hoy en la facultad no se hablaba de otra cosa que no fuese tu victoria. Miguel está muy encabronado —dijo Jaume.

—Tranquilo, ya se le pasará.

—Pues creo que quiere revancha y recuperar el dinero. No ha querido montar aún la carrera de hoy por si venías.

—¿Sí? Pues lo siento por él, yo hoy prefiero beber algo.

—Haces bien. Esos moteros son unos colgados, si te metes con ellos acabarás muy mal. En la próxima carrera harán todo lo posible por tirarte. Nunca te lo había dicho, pero en estas carreras ha muerto gente. Mejor olvídate de ellas.

—Lo haré, tranquilo.

—Tómate un vodka, estás invitado. Qué menos, solo llevas un minuto aquí y ya tenemos tres grupos de tías marcando esta zona. Hace meses que venimos a hacer botellón y éramos invisibles hasta que has aparecido.

Los tres amigos de Jaume, que llevaban todo el tiempo callados, asentían ahora, sonriendo al ver que las chicas se acercaban a ellos; tres de ellas, algo más jóvenes que los universitarios, se dirigían directas hacia Alfil, él se dio cuenta y se incomodó un poco, no estaba acostumbrado a esas situaciones.

—¿Tienes fuego? —preguntó la más alta de las tres, vestía una falda negra muy corta y una camiseta roja escotada, a juego con su lápiz de labios.

—No fumo, no me gusta nada —lo dijo con un tono suave pero con voz grave, sin evitar poner mala cara. Le repugnaba el olor del tabaco y la poca personalidad de quienes necesitan fumar para aparentar ser mayores o mejores que los demás.

—Es para mi amiga, yo no fumo —respondió ella con rapidez y ladeando la cabeza para señalar a la chica de su izquierda.

—Vete a la mierda, Marta, tú sí que fumas —protestó la amiga.

—No le hagas caso Alfil, está borracha. No sabe controlarse con el alcohol —añadía la chica de la camiseta roja.

—¡Serás puta! —Su amiga la miraba sorprendida.

El chico se reía con la escena. Ellas le conocían de la facultad, no cabía duda, o quizás del día anterior, pero a él no le interesaban, así que les presentó a su compañero para que este también presentara a su vez a sus amigos. Las chicas saludaron por compromiso y volvieron rápido a por su presa, pero no contaban con que había otro depredador más fuerte al acecho.

—Por fin has aparecido, te estaba esperando —dijo Miguel, sentado sobre su moto a unos cinco metros de distancia. Volvía a estar flanqueado por sus secuaces.

—¿Qué pasa? ¿No hay nadie más para correr por aquí? Seguro que sí. Vete a buscar a otro. —Alfil ni le miró, ninguneándole con un gesto despectivo con la mano para que se largase.

—Corredores hay muchos, pero yo quiero desquitarme contigo. El circuito de hoy es más difícil y no tendrás opción. ¿O acaso te vas a acojonar, niño rico?

No había situación para la que no se hubiera preparado ante su abuelo y sus otros profesores en casa. Así que sabía de sobra que solo tenía dos opciones: una era correr contra ellos una y otra vez hasta que perdiera o acabase estrellándose con la moto; y la otra era partirle la cara al gallito de Miguel y ganarse, del único modo que allí conocían, su respeto. Ninguna de las dos salidas le gustaba, pero sabía perfectamente que no había una tercera opción. Al final se decidió por la más rápida de las dos.

—Vale, pues tú ganas. Soy un gallina y estoy muerto de miedo —usaba un tono sarcástico, casi riéndose de Miguel—. Y ahora lárgate, me estás estropeando las vistas —añadió mirando con descaro a Esther.

—¿Me estás vacilando? —Miguel se levantó de la moto, muy agresivo. El niño rico pagaría por haberle ofendido delante de sus amigos.

—¿Necesitas a tus novios para defenderte? —le dijo Alfil al ver que sus amigos bajaban también de sus motos—. ¿Vendréis de uno en uno o todos a

la vez, valientes?

Miguel y sus amigos estaban confusos, el chaval no les tenía ningún miedo, incluso sonreía. Era una situación nueva para ellos, ante la que estaban descolocados, y temían por lo que pasara a su alrededor si le daban una paliza cinco contra uno.

—Déjalo en paz, siempre tienes que estropear la noche —dijo Esther a Miguel, rompiendo la tensión del momento, o incrementándola.

Aunque era algo tarde para eso, ya que el corro de personas llegaba a más de un centenar y habían formado un círculo de veinte metros de diámetro en torno a los protagonistas.

—¡Calla la puta boca! Nadie te ha dicho que vengas —gritó Miguel mientras levantaba la mano para darle una bofetada a la chica; estaba fuera de control.

—¿Por qué no te relajas? Hablabas conmigo, ¿no? Deja a la chica en paz. ¿O solo le echas huevos a las tías? —Alfil intentaba distraer la atención del alterado chico para evitar que pudiera golpear a su novia.

—¿Tú de qué vas? ¿De príncipe azul? ¡Gilipollas! Pues la hostia te la llevarás tú. —Miguel se dirigió rápido hacia él.

Alfil no estaba montado en su moto, llevaba todo el rato apoyado sobre un lateral. Ante el ataque, no se separó de su montura, casi ni se movió para esquivar en el último segundo el puñetazo del chico. Miguel se desplomó en el suelo y quedó inmóvil ante la mirada atónita de los presentes. No se levantaba, ni siquiera se movía y nadie sabía qué acababa de pasar. Sus amigos se acercaron a ayudarlo y comprobaron que estaba inconsciente y con la nariz rota. Nadie había visto nada, todos permanecían asombrados alrededor, no tenían ni idea de lo que acababa de ocurrir.

Los tres días a la semana de práctica de boxeo a los que le sometía su abuelo dieron sus frutos. «Aprende a defenderte igual en una conversación que en una pelea», es lo que le decía siempre su mentor para que se esforzase en ejercitar el cuerpo al mismo nivel que su mente. Su abuelo había sido boxeador *amateur* en su juventud y seguía disfrutando viendo cómo entrenaba su nieto con los campeones que tenía contratados para enseñarle.

Esther le miraba con asombro, excitación y miedo a la vez, mientras su compañero de clase y sus amigos no sabían qué hacer, ya que se empezaba a cerrar el círculo de gente alrededor, entre los que había muchos amigos de Miguel que, por el momento, se limitaban a levantarlo del suelo. Alfil sabía que la cosa podía complicarse si continuaba más tiempo allí, lo notaba en la cara de preocupación de Jaume.

Subió sin prisa a su moto y encendió el motor. Miró a Esther, que estaba justo frente a él, aún algo impactada por lo rápido de la escena anterior, y extendió su brazo ofreciéndole el casco.

—Sube, vámonos de aquí.

La chica no lo había oído por el ensordecedor ruido ambiente y del motor de la moto, pero sabía perfectamente lo que le estaba proponiendo. Dudó por un instante, pero luego aceptó el casco y subió a la moto sin colocárselo en la cabeza. Parecía estar aún afectada y no saber muy bien lo que hacía, pero se dejó llevar por el chico que la había defendido ante las caras de enfado de los amigos de su novio. Se agarró a la cintura de Alfil y salieron acelerando lo más rápido que podían sin atropellar a los que allí permanecían mirando.

Un sinfín de líneas de colores volaban alrededor de Esther, eran las luces de la ciudad pasando a toda velocidad mientras ella permanecía con su cabeza apoyada en la espalda del chico. Se aferraba con fuerza a la cintura y el pecho de Alfil, que sonreía al comprobar que había conseguido su objetivo sin siquiera haber tenido que participar en una nueva carrera; aunque no se sentía orgulloso de haber sido protagonista de una situación tan absurda ni de haber usado la violencia.

Tomó un desvío para dirigirse hacia la playa que hay tras el aeropuerto, allí aparcó la moto en el comienzo de la arena y fueron paseando hacia la orilla. Solo se oía el rumor del agua, ya que todo estaba sumido en la más absoluta oscuridad más allá de los metros que las farolas podían iluminar en el comienzo de la playa. Hacía frío y la chica comenzó a temblar, él se quitó la cazadora de cuero para colocarla sobre sus hombros. Sin llegar al agua, se tumbaron en el suelo uno al lado del otro. Miraban al cielo sobre la fría arena cuando les sorprendió un avión que despegaba en ese momento. Pasó tan cerca del suelo que ella gritó asustada, luego rieron a carcajadas.

—Casi podíamos tocarlo. Pensaba que se nos caería encima —dijo ella riendo.

—Ha pasado algo más alto de lo que parece, pero sí que impresiona. Suelo venir a veces y tumbarme aquí para verlos pasar sobre mí. Me hace poner los pies en el suelo. Se siente uno tan pequeño y frágil aquí abajo...

—Sabes que Miguel me matará, ¿verdad?

Ya no había risas. Esther se había incorporado y miraba con preocupación a Alfil. Este podía ver los destellos de las lejanas luces reflejados en sus ojos a escasos centímetros de los suyos.

—No te tocará. Ni siquiera se acercará más a ti, te doy mi palabra. —Alfil apretó con suavidad su mano para darle seguridad.

—No puedes defenderme siempre, tarde o temprano me encontrará a solas. Y la humillación de hoy no nos la perdonará a ninguno de los dos. Nunca le habían pegado. No sabes cómo se pone cuando le miran mal por la calle, imagina qué ocurrirá cuando le digan que le has pegado delante de todos y que luego me he ido contigo mientras él seguía inconsciente en el suelo. No sabes lo vengativo que es.

—Pues iré a verle mañana, a solas. Le dejaré claro que no le interesa molestarte ni seguir buscando revancha conmigo. Deja de pensar en eso ahora y disfruta del momento.

La chica esbozó una sonrisa y le besó con intensidad, se sentía protegida a su lado. Luego se colocó sobre él, tuvo que levantar su falda hasta la cintura para poder sentarse a horcajadas. Comenzaron a desnudarse y Alfil vio su piel erizada por el frío, así que le colocó de nuevo la cazadora sobre su cuerpo desnudo, a modo de manta. Él mismo estaba aterido, pero la situación le dominaba y se abrazó a ella buscando el calor del roce de sus cuerpos.

Esther, más joven pero claramente más experimentada que Alfil, tomó la iniciativa desabrochando la cremallera del pantalón del chico, introdujo una mano y, lanzándole una mirada traviesa, comenzó a acariciar su excitación hasta arrancar sus primeros gemidos. Al cabo de unos segundos, cuando vio que estaba a punto de explotar, sacó su miembro con no demasiada delicadeza. El gruñido de dolor se ahogó tras un largo beso y las atenciones que la chica dedicó a la zona dolorida. Esther seguía sentada sobre la cadera de Alfil y disfrutaba de los besos que este brindaba a sus pechos, y de sus largos y hábiles dedos jugando en su entrepierna, bajo la fina tela de su lencería.

Ella le apartó la mano, muy a su pesar por el placentero masaje que le dedicaba, y levantó su cuerpo unos centímetros sobre él, lo justo para deslizar su tanga hacia un lado y poder usar la zona más tensa del chico en su beneficio, aplicándose un suave masaje en su sexo. Entre gemidos, mordiscos y caricias, Esther no aguantó más y se dejó caer, sintiendo como Alfil se introducía hasta lo más profundo de su ser. Ambos jadeaban al comenzar un baile que incrementaba su ritmo a medida que el calor y los gemidos aumentaban de intensidad, y que culminó entre las convulsiones y abrazos que anunciaron el clímax.

—¡Joder, joder, joder qué frío! ¡Me voy a morir! —gritó ella, casi al instante, mientras se desprendía de él, literalmente, de un salto.

Se notaba la decepción en el chico. También pasaba frío, pero esperaba que su primera vez fuese más romántica, con algunos abrazos y arrumacos



tras el acto. Y no oyendo los gritos malsonantes de la chica mientras corría a vestirse y le abandonaba en la oscuridad.

—Tranquila que ya nos vamos. Te acercaré a tu casa.

—Sí. ¡Corre! No te quedes ahí pasmado —le apremió con no mucha educación.

—No me has dicho nada. Ya sabes... Si te ha gustado o no. No sé, es lo típico, ¿no?

—Mucho, me ha encantado, me ha parecido la leche. Pero ahora vámonos que tengo mucho frío. ¡Venga, joder!

Ella se puso su camiseta corriendo y se abrochó la cazadora de Alfil, se ajustó el tanga y sacudió con las manos su falda para eliminar los restos de arena. Luego corrió hacia la moto junto al chico.

Ambos se perdieron en la oscuridad de la carretera camino del centro de Barcelona.

Para Alfil había sido especial. No conocía el sexo salvo por películas o ver algo de porno en internet, lo típico a su edad; pero no le gustaba la frialdad del porno, prefería lo que veía en películas románticas. Y siempre había pensado que su primera vez se parecería más a esas escenas de amor.

Se sentía muy decepcionado.

Ya de vuelta a casa, después de haber dejado a la chica en la suya, iba pensando en el peso de la moto. Tenía hambre y estaba cansado por las horas conduciendo y por el momento en la playa, así que le costaría una barbaridad moverla desde unos trescientos metros antes de llegar a la casa, empujándola, para luego meterla en el garaje, lo que no era fácil tampoco con el motor apagado. Así comprendió lo poco trascendente del momento que había vivido; estaba más preocupado por no hacer ruido de vuelta a casa y por el peso que debía cargar de nuevo que por haber perdido la virginidad.

## Capítulo 4

Madrid, 2014

En la actualidad, el adolescente que vivía con sus abuelos en Barcelona se había convertido en un reconocido fotógrafo de moda y publicidad que avanzaba con rapidez y paso firme hacia la meta de convertirse en el mejor del mundo. Atrás habían quedado los objetivos de su abuelo, su formación y otros aspectos de su vida que conoceremos muy pronto.

Eran casi las ocho de la mañana y todo el equipo de Alfil se encontraba trabajando en el estudio, en la calle Miguel Moya, un saliente de la Gran Vía a la altura de la plaza del Callao. Debían realizar una sesión editorial por encargo de una revista y quedaban muy pocos minutos para la hora de inicio establecida por el fotógrafo.

A pesar del volumen de la música, de las prisas y de las continuas carreras de colaboradores y ayudantes, lo que más sacaba de quicio a todos era la estridente y aguda voz de Leyre, que, con su habitual falta de tacto, gritaba sin cesar para que todos terminasen sus tareas a las ocho en punto y así comenzar con las fotos. Maquilladores y peluqueros se miraban entre ellos con claros gestos de agobio y complicidad, mientras el propio Alfil contenía el impulso de salir del despacho para hacer callar a su estilista.

El chico no intervino porque se encontraba ultimando y memorizando los apuntes y anotaciones para la sesión. La ropa era toda de piel negra, la temática muy agresiva, con maquillajes oscuros y poses en las que las modelos chicas debían parecer maltratar a los modelos chicos. Todo lo había escrito en una serie de *post-it* durante los días previos y ahora los había pegado sobre la mesa del plató para ir siguiendo la secuencia de información. Dentro de unos minutos comenzaría la parte más importante de su trabajo, que debía salir a la perfección.

Aún quedaba algo de tiempo para empezar la sesión cuando su mente regresó a lo ocurrido dos meses atrás en la isla de Córcega. Tras aquel

episodio, que terminó con la muerte accidental de la ladrona, no paraba de pensar en temáticas más violentas que de costumbre. Se sentía fascinado por esa agresividad que transmitían los modelos cuando los colocaba en posición de lucha, o incluso inmóviles, como si estuvieran muertos. El suceso no trascendió a los medios españoles, aunque tampoco tuvo mucha repercusión en Francia. Desde su casa, y a través de la televisión por satélite, estuvo siguiendo los noticiarios del país vecino. La gendarmería investigó durante algún tiempo, sobre todo a tipos con dinero y un buen coche en propiedad o alquilado que estuvieran por la zona aquel día, por lo que Alfil tuvo que declarar. No tenía coartada, pero tampoco había pruebas contra él, ya que no había huellas sobre la chica ni en el suelo, como si hubiese estado sola, como si se hubiese golpeado ella misma en la nariz. En el camino solo había huellas de los neumáticos del BMW de la joven y por la carretera había marcas de docenas de coches que disfrutaban derrapando en esas curvas. La ausencia de pruebas y el hecho de que la policía de la isla no había llevado un caso de homicidios desde hacía décadas, acabó por provocar el cierre del caso. Dejaron que el fotógrafo regresara a su país, así como el resto de millonarios a los que habían interrogado. Era imposible retenerlos allí sin tener nada contra ellos y arriesgarse a un conflicto diplomático con varios países, amén de soportar legiones de caros abogados protestando por los derechos de sus clientes.

Aquel día, el del trágico (y a la postre beneficioso) accidente, Alfil borró sus huellas para salir indemne de la situación gracias a la improvisación y a dos aspectos desarrollados gracias a su abuelo durante su formación: la inteligencia y el saber mantener la calma. Ahora sabía que hizo bien al no llamar a la policía. Eligió salir de la situación por sus propios medios en lugar de dejarlo en manos de la fortuna y la habilidad de sus abogados. «Si quieres que algo salga bien, hazlo tú mismo», su abuelo repetía constantemente esa frase.

Leyre apareció de improviso por la puerta de su despacho sin haber llamado. Había introducido medio cuerpo en la estancia y se atropellaba al hablar, dio la sensación de que le hubiesen empujado desde el otro lado. Estaba sobresaltada, como si fuese a dar la peor noticia del mundo, pero en realidad su mensaje es positivo.

—¡Ya estamos listos! Podemos empezar cuando quieras.

—Voy enseguida.

El fotógrafo se levantó del sillón y siguió a su estilista. No había nada que le molestase más que la falta de autocontrol de su colaboradora; bueno sí: su

falta de educación y respeto hacia sus compañeros y clientes. Por si eso no fuese suficiente, hoy deleitaba a todo el equipo con su última creación, llevaba sobre su menudo cuerpo, de poco más de metro cincuenta de estatura y cuarenta kilos de peso, un chubasquero transparente sobre un bikini de color rosa fluorescente, botas con plataformas de plástico blanco que llegan hasta sus rodillas, y gafas de cristal transparente con montura de plástico blanco y forma de corazones: el *look* perfecto para complementar su pelo teñido de azul intenso y rapado por la nuca. Para una persona como Alfil, tan reservado y receloso de su intimidad, no era comprensible que hubiese personas con semejante deseo de llamar la atención. No imaginaba qué debían pensar quienes se cruzaban con ella por la calle, aunque estaba seguro de que eso a Leyre le importaba muy poco. Por otro lado, comprendía que no todo el mundo poseía un físico agraciado. Las modelos profesionales, que cuentan con juventud, altura, delgadez y belleza, suelen vestir ropa ancha, zapatillas planas y no se maquillan salvo para trabajar o asistir a fiestas; no tienen nada que demostrar el resto del tiempo. Por esa regla de tres, pensaba, algunas personas que pasan desapercibidas por su físico, acaban teniendo la necesidad de llamar la atención con su vestimenta y su comportamiento. Ya lo decía el diseñador Franco Moschino: «Si no puedes ser elegante, sé extravagante».

En el centro del plató esperaban seis modelos, cuatro chicas y dos chicos, todos vestidos de cuero negro. Había muchas luces alrededor de ellos para provocar el máximo de destellos y brillos en la superficie de su ropa. También una máquina de humo y algunos focos con geles de colores para conseguir emular la ambientación de una ciudad en la noche. Se había creado un escenario simulando una calle de los años ochenta, con una pared de ladrillos llena de grafitis, una farola, acera y una calzada. Alfil se colocó frente a ellos e hizo su gesto característico con la mano para que alguno de sus ayudantes bajase al mínimo el volumen de la música, así no tendría que gritar para dar sus indicaciones. Antes de que los modelos estuvieran listos, ya había hecho las mediciones de luz usando a Leyre, como hacía en cada sesión.

Maquilladores y peluqueros se colocaron a los lados del plató, cerca de los modelos pero sin aparecer en el encuadre de las fotos, así podían estar pendientes de los peinados y maquillajes y corregirlos o retocarlos ante una orden del fotógrafo. Era mucho más rápido que parar la sesión para que el modelo fuese a la zona de maquillaje. Leyre y dos ayudantes de estilismo colocaban la ropa de cada uno de ellos, después de que Alfil les hubiese indicado la pose que debían adoptar, y así garantizar que no se vieran pliegues, arrugas o alguna pinza o alfiler. Partiendo de ese punto, comenzó la

sesión. El fotógrafo pedía más aproximación entre los modelos, más contacto personal, más agresividad en las miradas, más odio, más pasión. La sesión había empezado muy fría y no quería alargarla demasiado esperando a que los modelos entrasen en calor y ganasen confianza. Es muy difícil transmitir emociones, o incluso movimiento, cuando no puedes moverte ni hablar, pero esa es la tarea que deben conseguir los modelos en las fotografías, siempre que su coordinación con el fotógrafo sea perfecta y todos tengan el nivel suficiente. Al cabo de pocos minutos, parecía haber más química entre ellos y empezaron a ofrecer el resultado que deseaba Alfil. La sesión comenzaba a dar sus frutos.

Tras terminar el primer cambio de ropa, todo el grupo humano que había permanecido inmóvil y en silencio se puso en marcha como movidos por un resorte; y, mientras los modelos, maquilladores, estilistas y peluqueros partían hacia la zona de vestuario, los ayudantes del fotógrafo comenzaron a modificar ligeramente el escenario para la siguiente tanda de fotos. Alfil no pudo evitar sonreír al ver aparecer una motocicleta Custom negra que le evocó recuerdos de su etapa universitaria.

—Cuidado, llevadla siempre en vertical. Si la inclináis, aunque sea solo un poco, se os caerá al suelo. No podréis evitarlo, pesan más de lo que parecen. Y cuidado con las marcas que dejan las ruedas en el suelo del estudio. ¿Habéis lavado los neumáticos?

—Olvidaba que te gustan las motos, jefe —bromeó uno de sus ayudantes—. Como siempre vas con el Aston Martin. Yo también preferiría ir en coche si tuviera el mismo, je, je. A ver si algún día me lo prestas para salir de fiesta con él.

Tras esas palabras, el fotógrafo pensó en su coche, pero en otro que sus colaboradores no habían visto: un Audi TT-RS que había modificado a conciencia para poder competir en carreras ilegales algunas noches al mes. Para él era un modo más de competir y quemar adrenalina como lo era también el boxeo. El Aston Martin no le valdría para ese menester, ya que era un coche muy pesado para correr y demasiado fácil de rastrear por la policía. Alejó rápidamente esos pensamientos, ya que no era momento de mezclar el placer con el trabajo, aunque no podía evitar pensar en el tiempo que llevaba sin montar en una moto Custom. La época en la que era su medio de transporte pasó hace años, cuando tenía una Yamaha V-Max que su abuela le regaló en su dieciocho cumpleaños y una Ducati Monster que compró él después, con las que vivió aventuras por Barcelona antes de marcharse a Estados Unidos. En la actualidad tenía una BMW 1000RR, algo mucho más

efectivo si quería correr, aunque le proporcionaba un disfrute de la conducción muy diferente al que le hacía sentir una Custom. Al ver la que habían traído para la sesión de fotos, no pudo evitar el deseo de pausar el trabajo para irse a dar una vuelta. Se contuvo, las responsabilidades eran lo primero.

La sesión continuó con el segundo cambio de ropa y el fotógrafo fue dando órdenes de posado. Pidió a un modelo que subiera a la moto y que posase en actitud de ir muy rápido; hizo montarse detrás de él a una modelo rubia de cara muy angelical. Ella debía agarrarse a la cintura del motorista mientras un ventilador les movía el pelo para dar sensación de velocidad. La chica miraba con agresividad hacia el infinito, gesto que no convencía a Alfil.

—Así no, Clara. Vas a toda velocidad, el chico te lleva y tú debes mostrar algo de miedo e inseguridad. Aférrate lo más fuerte que puedas a su cintura. Y cuando no expreses miedo, quiero ver tus ojos cerrados pero sonriendo, como si fuera tu chico y no te importara la velocidad. Como si no te importase nada en el mundo mientras estás con él.

—Ivette —respondió la modelo con fuerte acento francés.

—¿Cómo dices?

—Que me llamo Ivette, no Clara —le corrigió la chica.

—Discúlpame...

Alfil parecía haber sufrido algún tipo de bajada de tensión o dolencia similar, estaba aturdido y se levantó despacio de su sillón con ruedas (que usaba para hacer las fotos desde la altura que le gustaba y así no tener que trabajar arrodillado o en cuclillas). Se mantuvo en silencio durante unos instantes, mientras todo el mundo le miraba, aunque nadie sabía qué ocurría. El fotógrafo tenía perdida la mirada más allá del suelo y su equipo no se atrevía a interrumpirle. Hasta que logró farfullar en un hilo de voz:

—Hagamos una pausa de cinco minutos.

Entregó la cámara a un ayudante y se marchó a su oficina. Leyre repitió con un grito las palabras de Alfil: «¡cinco minutos y volvemos! ¡Vamos, no quiero a nadie con los brazos cruzados!». Todo el equipo se puso a trabajar, manteniendo maquillajes, peinados, colocando prendas nuevas, todo muy rápido para estar listos cuando el jefe volviera. Leyre no permaneció en la sala mucho tiempo, a los pocos segundos salió en busca del fotógrafo.

—¿Qué pasa, Alfil? ¿Va todo bien? —Había vuelto a entrar sin llamar, como un vendaval.

—Vete, Leyre. Y no entres más en la oficina sin llamar, por favor. —Alfil le hablaba en tono bajo pero claramente enfadado. Quería estar solo. Ni

siquiera la miró a la cara.

—Bueno, me preocupaba por ti. No te había visto así nunca antes de hoy.

—Ahora salgo. Márchate por favor.

Ella obedeció, preocupada, y el fotógrafo quedó pensativo, sentado en su sillón frente a la pantalla del ordenador. La moto y la situación que acababa de contemplar habían rescatado recuerdos que creía olvidados, o que deseó borrar hace muchos años de su mente. Había llamado Clara a la modelo y eso le había transportado a su época de la universidad. Millones de sensaciones descontroladas se cruzaban en su mente y en su estómago en ese momento. Parecía movido por unos hilos invisibles, sin tener poder o control alguno sobre su mente o cuerpo, cuando introdujo la contraseña de su ordenador y comenzó a buscar en los discos duros. Se dirigió a las primeras carpetas creadas hacía más de una década, y tras dos minutos de navegar entre cientos de directorios, por fin encontró lo que estaba buscando. Su mirada cambió bruscamente, permaneciendo serio ante la sucesión de fotos que hizo como aficionado con su primera cámara, cuando no era más que un adolescente.

No sentía fuerzas en las piernas para volver al plató, pero debía hacerlo como fuese, aunque aún no sabía cómo podría terminar aquella sesión, porque su mente estaba a más de quinientos kilómetros y más de diez años de distancia. De entre todos esos pensamientos caóticos que le embargaban, surgió una duda: ¿eligió esta temática para la editorial de forma subliminal? ¿Le había gastado una broma de mal gusto su subconsciente? No podía apartar la vista de la fotografía que mostraba la pantalla, en ella había un retrato en blanco y negro de una adolescente.

—¿Qué habrá sido de ti? ¿Dónde estarás ahora? Bueno, eso ya no importa —el chico acercó su mano al cristal de la pantalla, con un temblor inducido por algún miedo desconocido, y acarició la fría superficie mientras recordaba la calidez de la piel original—. No eres más que un recuerdo, alguien que nunca debió formar parte de mi vida.

A los pocos minutos apareció de nuevo en la sala. Todo estaba listo y aquellas dos docenas de personas le esperaban en silencio; tomó la cámara y continuó con frialdad la sesión, serio, concentrado. Su abuelo le enseñó bien. Aunque todo aquello era una mera fachada: bajo el frío hielo se encontraba un chico muy afectado, un chico que en breve volvería a enfrentarse a los fantasmas de su pasado y debería tomar decisiones demasiado difíciles.

## Capítulo 5

Barcelona, 2003

Pasaban unos minutos del mediodía y Alfil seguía esperando a la salida de un edificio en Cornellá. Le habían dicho que allí vivía Miguel y debía ser cierto, ya que su moto estaba aparcada en la acera, justo al lado de la puerta del edificio. Llevaba esperando varias horas y ya comenzaba a desesperarse. Había cambiado de postura una docena de veces mientras había visto salir y entrar a varias personas en el edificio. No podía pasar todo el día allí, ya había perdido tres clases en la universidad y no deseaba perder el resto cuando Miguel quizá no saliese hasta la noche.

Al hacer el enésimo cambio de postura, apoyándose en un lateral de su Yamaha, vio por fin al motorista. La forma de caminar, como si fuese el *sheriff* de la ciudad, su indumentaria con pantalón vaquero azul y cazadora de piel negra con remaches y el aparatoso vendaje de su nariz le delataron al primer vistazo. En cuanto Miguel vio a Alfil, se dirigió rápido y visiblemente alterado hacia él.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Has tenido huevos de venir para que te parta la cara? —A pesar de sus nervios, logró contenerse y frenar dos metros antes de llegar al tranquilo chico que le esperaba. No quería llevarse otra rápida sorpresa como la de la noche anterior, y tampoco contaba con el apoyo de sus esbirros.

—No quiero hacerte más daño. No vayas por ese camino, no te lo aconsejo. —Alfil se mantenía calmado y gesticulaba mostrando las manos abiertas para que Miguel viese que no había ido a pelear. Usaba un todo de voz bajo, pero advirtiéndole con la mirada que no debía pasarse del límite.

—¿Te crees muy fuerte? Ayer tuviste suerte, me pillaste por sorpresa. Ahora te voy a matar, hijo de puta. —El chico intentó sorprenderlo abalanzándose sobre Alfil todo lo rápido que pudo para tratar de tumbarlo de un puñetazo.



El golpe no alcanzó su destino y Alfil le atrapó el brazo. Sin saber aún cómo había sucedido, se encontró inmovilizado y tumbado en el suelo. Su adversario le apretaba con fuerza la cara contra la acera. Comenzó a sangrar por la nariz, gruñendo para tratar de disimular el terrible dolor que sentía bajo la furia de la impotencia. Alfil se agachó para susurrarle al oído:

—¿Quieres pasar ocho meses en un hospital? ¿Quieres aprender a caminar y hablar de nuevo? —Apretó con más fuerza la cara de Miguel contra el suelo.

—¡Para, para! —Entre la luxación del brazo y su rota nariz sangrando y aplastada, el insoportable dolor le obligó a rendirse.

Alfil lo soltó, dejándole tumbado en el suelo, más dolido por la humillación que por el escozor de la cara. Miguel se giró para mirarle con los ojos inyectados en sangre, con un odio que demostraba que había encontrado a su peor enemigo, pero se mantuvo en silencio. El miedo a recibir una paliza mayor le hizo contenerse.

—He venido solo para hablar, ya te lo he dicho, para hablar de Esther. Si te acercas a ella o lo hace cualquiera de los payasos de tus amigos, te haré otra visita. Pero esta vez no me verás venir, solo desearás y me suplicarás que te mate, ¿lo entendiste? Y si me entero de que le pones una mano encima... usa tu imaginación.

Miguel callaba y miraba al suelo mientras la rabia le consumía; nunca nadie le había hablado en ese tono ni le había dado órdenes. Apretó los dientes con tanta fuerza que parecía que fuese a explotarle una vena en la sien. —A esa puta ya le daré lo suyo—, murmuró al cabo de unos segundos, mirando de reojo a Alfil con una sádica sonrisa que no presagiaba nada bueno.

Aquella no fue una respuesta inteligente. Miguel sintió el impacto contra el duro suelo varias veces más en su cabeza, luego notó correr la sangre de una ceja abierta sobre la cara, tapándole la visión del ojo. Su nariz le dolía más que nunca, pero era su orgullo el que más se resentía, viéndose sometido ante la puerta de su propia casa por aquel pipiolo al que subestimó dos noches atrás. Alfil le agarró con fuerza del pelo para susurrarle de nuevo al oído:

—Estás avisado, payaso. Ya ves que sé dónde vives. La próxima vez que me veas aquí no habrá palabras, ni tampoco te trataré con tanto cariño como hoy.

Le soltó la cabeza y el brazo, por fin, dejándole tumbado en el suelo, muy aturdido por los golpes y sangrando por nariz y ceja. Subió a su moto y se marchó.

## 2

Había pasado un día desde la conversación y Alfil estaba en la Rambla sentado sobre su moto. Llevaba una de sus cámaras y hacía fotos con un teleobjetivo a la gente; disfrutaba de las escenas cotidianas, robados espontáneos que tenían a los turistas y habitantes de la ciudad como protagonistas. Era una de las actividades que más le relajaban, una parte artística que escapaba al control de su abuelo. Según su mentor: «Contemplar el arte te entretiene, crear arte te debilita». Aunque el chico nunca supo el motivo o razones de esas palabras.

Al fondo de la calle aparecía Esther al tiempo que el chico la descubría a través del visor de la cámara. Ella caminaba hacia el punto en el que habían quedado, mirando distraída a los hombres-estatua de la avenida. Llegaba muy tarde pero sabía que la seguían esperando, así que no se dio la más mínima prisa mientras iba sorteando a los turistas que llenaban la zona. Alfil, desde la distancia, la fotografiaba sin parar, cada paso, cada gesto, cada mirada. Se sentía inspirado ante su belleza y su descaro, era una chica segura de sí misma y lo transmitía con su forma de vestir, de mirar, de caminar y de reír.

—¿Llevas mucho esperando? —preguntó cuando estaba a solo dos metros de él. Daba la sensación de preguntarlo por decir algo. Parecía, incluso, disfrutar haciéndose esperar, como un arma más para conquistar a los chicos.

—Algo más de media hora. Parece que la puntualidad no es lo tuyo. —Al chico no le gustaba ese defecto de algunas personas, no le parecía respetuoso con quienes les esperan.

—Una chica siempre se tiene que hacer esperar, solo las feas son puntuales. Tú eres afortunado, suelo tardar más de una hora. —Ella sonrió de forma pícaro, como si hubiera dicho algo divertido o una cualidad admirable de sí misma. Aunque no provocó el efecto que deseaba en él.

Esther le dio dos besos cortos, haciéndose de rogar para un tercero más largo y húmedo, como si eso fuera un premio en forma de caramelo para compensarle por la espera. Luego subió tras él a la moto. La pareja abandonó la calle para dirigirse a la cafetería favorita del fotógrafo: el Café de la Pedrera. Allí se sentaron cerca de un ventanal para disfrutar de las vistas. A Alfil se le veía claramente molesto por el comportamiento anterior de la chica, pero esperaba que fuese algo momentáneo, quizá provocado por la tensión de su ruptura con su exnovio o por problemas de alguna otra índole.

—Ayer me llamó mi amiga Marta para decirme que le habías dado una buena paliza a Miguel —rompía el hielo ella, aunque mostrando una extraña indiferencia al hablar. Parecía que hubiese sacado el tema de conversación por hablar de algo, pues no parecía importarle en absoluto que a su exnovio le hubiesen hecho daño.

—Fui a hablar con él y no me dejó otra opción, no quiso dialogar. No quería causarle ningún daño, pero tampoco debe quejarse, una ceja rota no es una paliza.

—Que se joda. Es un gilipollas —añadió ella mientras daba un sorbo a su café.

El chico se extrañó, no esperaba esa respuesta. Parecía que Esther era tan frívola como bella, y eso era algo que le restaba muchos puntos. Alfil la había imaginado muy diferente. Comenzó a comprobar que, bajo aquella cara angelical, había un carácter y unos valores que se alejaban de lo que él estaba buscando en una relación.

—Pensaba que guardarías más cariño por quien fue tu novio hasta hace solo dos días.

—¿Puedes decirle al camarero que el café no está lo suficientemente caliente? ¡Qué inútiles, por favor! —A la chica no le importó la opinión de Alfil sobre ella y desvió la conversación.

Él la miró atónito durante unos segundos, luego llamó al camarero para pedir otro café, indicando que estuviese más caliente. Esther le estaba decepcionando y mucho, demasiado soberbia, demasiado maleducada y demasiado consentida. El chico se había desencantado, pero aguantaría el tipo hasta llevarla a casa y allí poder despedirse definitivamente de ella. Mientras tanto, debía sufrir la incontinencia verbal que había surgido de su boca, por supuesto para hablar de ella misma, su tema favorito.

Estando ante su insufrible presencia, pensó en lo sorprendente que resulta ver cómo una persona pierde todo su atractivo en cuanto abre la boca. La chica era muy bella, pero él nunca podría estar con alguien tan superficial, tan egocéntrico y con esa falta de modales. Alargar la situación sería una estupidez, sabía de sobra que nadie cambia por nadie y él tampoco pretendía que nadie cambiase su forma de ser para adaptarse a él. Si Esther no cumplía sus expectativas, si no era lo que buscaba en una pareja, la dejaría sin pestañear.

El chico salió de sus pensamientos cuando el camarero apareció con el nuevo café. Le dio las gracias por el servicio, mientras la chica giraba con

desdén su cabeza hacia el ventanal y susurraba: «Inútil». Él lo había oído, y seguramente el camarero también.

—¿No te estás pasando un poco?

—¿Cómo?

—El camarero hace su trabajo, deberías tener un poco de educación y respeto. ¿No te han enseñado nada tus padres? —Alfil había explotado ante su comportamiento y no le consentiría un comentario despectivo más.

—Soy una cliente. Si el servicio no me gusta, tengo derecho a quejarme. —La chica seguía haciendo alarde de soberbia.

—Bien, pues si eres una cliente, entonces paga tú la cuenta y vámonos.

El chico se levantó, cogió la cazadora y el casco y se marchó dejándola sola.

—Pero no he traído dinero —musitó ella, desconcertada por el malestar de quien creía que comía de su mano.

Alfil se dirigía a la puerta, pero pasó por la barra y dejó un billete de veinte euros a un camarero que le respondió con un afectuoso «que tenga buenas tardes». Allí le conocían por su educación y por dejar buenas propinas. Pensó en volver al día siguiente para pedir disculpas al camarero que les había atendido y que había tenido que soportar la mala educación de la chica. Caminó hacia su moto, subió en ella y se puso el casco; cuando Esther apareció corriendo tras él, esperando alguna explicación y permaneciendo con cara de enfado, Alfil arrancó el motor y se marchó a su casa sin siquiera mirarla.

### 3

Al día siguiente en la universidad:

—Dicen que has pasado de Esther. Puto *crack*. ¿Te he dicho que eres mi ídolo? —su compañero de clase, Jaume, le perseguía por el pasillo antes de entrar en la primera clase—. Ella estuvo buscándote anoche por las zonas de moteros, supongo que para formarte un numerito. Y de Miguel ni te cuento, no se separa de sus colegas, como si fuesen sus matones o guardaespaldas. Apuesto a que intentarán darte una paliza entre todos.

—¿Cómo llevas el examen del lunes? —le cortó Alfil.

—¿El de Matemáticas Financieras? Algo mejor que el de Econometría.  
¿No te importa lo que te estaba contando?

—No mucho, la verdad.

—Tío, tienes los huevos de hierro. Yo estaría cagado de miedo si esos capullos fuesen tras de mí.

—¿En serio? Solo son críos jugando a ser tipos duros.

Los chicos entraron en clase.

Pasadas las clases y ya al mediodía, Alfil se marchó en la moto hacia su casa. Llevaba unos días demasiado ocioso y debía centrarse más en la Facultad, no quería ni necesitaba más distracciones. Las salidas clandestinas no habían traído nada positivo, en cambio, le habían valido el enfado de su abuelo, una chica que resultó un fiasco y una pelea con un niño que no aprendía y seguía buscando más guerra. Y encima debía recuperar los días perdidos de estudio.

## Capítulo 6

Madrid, 2014

El fotógrafo seguía preocupado por el momento vivido en la sesión de fotos del día anterior. Aún no se explicaba cómo pudo tener aquel fallo de concentración, cómo pudo permitir que aflorasen semejantes recuerdos (que creía perdidos hace mucho) en un momento de tanta importancia como era su trabajo. Necesitaba recuperar el control de su mente, o al menos intentarlo, por ese motivo salía de casa vistiendo ropa deportiva y una mochila de entrenamiento a su espalda. Meditaba en voz baja para tratar de poner orden a sus ideas; se tomaría la tarde libre para entrenar. Se dirigió hacia la calle Flora, entre la Puerta del Sol y la plaza de Opera. En el gimnasio Arian podría desconectar del mundo sacudiendo a un saco de boxeo durante una hora. Siempre iba al gimnasio a través de la calle de Leganitos, paralela a la Gran Vía, y así evitaba el tener que sortear la gran cantidad de gente que abarrotaba la famosa calle a esas horas. Su ruta alternativa era mucho más apacible y rápida, aunque también debía cruzarse con un buen número de viandantes, generalmente parejas que, al igual que él, deseaban salir del agobio de la Gran Vía.

Ya casi había llegado a la puerta del gimnasio.

Alfil no tenía pareja en ese momento y habían pasado seis meses desde su última relación, que, al igual que todas las anteriores, había acabado por fracasar cuando la chica intentó absorberlo. Las mujeres que conocía siempre terminaban por pedirle que les dedicase un tiempo del que él no podía disponer, al menos sin robárselo a su trabajo, que era su verdadera pasión. La magia de las relaciones se esfumaba en cuanto el chico se sentía condicionado y coaccionado a cambiar sus prioridades, su forma de ser, de pensar... para «avanzar en la relación». Nunca había comprendido esa expresión popular. Él siempre había pensado que una relación surge (o nace) cuando dos personas se sienten atraídas por sus físicos y sus personalidades, entonces, ¿por qué

pedir a tu pareja que cambie cuando llevas unos meses de relación? ¿Acaso no te gustaba cómo era cuando le conociste? ¿Por qué, entonces, decidiste salir con él o ella?

El final de toda relación acababa siendo la rendición de uno de los dos para amoldarse a los deseos y gustos del otro. Una pareja no funciona si uno o ambos integrantes deben cambiar para complacer al otro. Esas no son más que relaciones tóxicas que acaban con la felicidad de los primeros meses, esos en los que la falta (aún) de confianza hace que uno sea feliz bajo el pensamiento de una utopía que no se realizará. Eso pensaba el chico mientras golpeaba el saco, aislado del mundo bajo la capucha de su sudadera. El ritmo de su respiración, al compás del juego de piernas para bailar alrededor del saco, le iban ayudando a ordenar sus pensamientos y prioridades; a recordarle que, a pesar de sus veintinueve años, había recorrido mucho mundo y tenido más experiencias que la mayoría de personas de ochenta o noventa años que había conocido.

Los recuerdos de hace diez o doce años le transportaban a aquella vida más loca, más alejada de metas y obsesiones por su trabajo. Entonces solo se preocupaba por vivir el momento de la forma más intensa posible, por recuperar el tiempo perdido, todo lo que su estricto abuelo no le permitió hacer ni experimentar. El anciano no comprendía los impulsos que movían el corazón de su nieto, como tampoco paraba de martirizarse por considerar que no estaba enseñando correctamente al chico. Veía que este prefería estar haciendo el loco con la moto y saliendo con chicas en lugar de crear los sólidos cimientos de su futuro.

Ya creía haber olvidado aquellos momentos, aquellas sensaciones, aunque el día anterior tuvo un recuerdo que le había mostrado la fragilidad de una mente poco concentrada. Ahora debía recuperar y fortalecer de nuevo su perdido autocontrol. Estaba absorto en mantener el ritmo de los golpes cuando notó algo extraño: le estaba hablando un compañero del gimnasio desde su derecha.

—¿No me oyes? Tío, estás empanado.

Era Javier, un fijo en el gimnasio, un profesional del boxeo con el que nunca había hablado. Dejó de dar golpes al saco y le respondió algo extraño.

—Dime, ¿qué pasa?

—Te he visto muchas veces por aquí, pegas fuerte y te mueves muy bien, ¿has competido alguna vez? ¿Quizás en *amateur*?

—No, no me interesa competir, solo soy un aficionado. Ya sabes, venir a pegarle al saco, pera o al *punching* de vez en cuando.

—¿Y te atreverías a hacer guantes conmigo? ¿Eh? Venga, ánimo.

—¿Contra un campeón de España? ¿No sería muy desigual? Paso, me vale con el saco.

—No seas gallina, coño. Me ha fallado un esparrin y necesito a alguien que se sepa mover. Tú eres el que tiene mejor pinta por aquí, pero no tengas miedo que no te haré daño. —Javier le dedicó una sonrisa de superioridad y luego miró con complicidad hacia su entrenador y otros compañeros.

El día anterior, Alfil habría pasado de largo ante una oferta o provocación así, le importaba muy poco lo que pensasen de él; y la palabra gallina solo le habría sacado una sonrisa pensando en Marty McFly dejándose llevar por Biff en *Regreso al Futuro*. Esa trilogía sí le gustaba cuando era un crío y su abuelo se la ponía como ejemplo de tener la mente fría: «Si te dejas llevar por las provocaciones, perderás el control de la situación, le darás una ventaja para la victoria a tu adversario», decía su mentor. Alfil no tenía nada que demostrar a nadie, ni siquiera a sí mismo.

Pero ese día era diferente, algo había cambiado en su interior y necesitaba estímulos. Se sentía más joven. Una parte de aquel adolescente que corría en moto por Barcelona había vuelto para hacer hervir la sangre dentro de sus venas. ¿Y por qué no? Hacía siglos que no hacía guantes. ¿Por qué no probar? Era una buena oportunidad para ver si su entrenamiento conservaba el nivel que su abuelo pagó hace más de una década.

—Veamos lo que sabes hacer, campeón. —Alfil rompía con las enseñanzas de su abuelo, había entrado en la provocación, como también lo hizo una década antes. Aunque hoy mantenía la mente fría y el *ring* era parte de su vida desde que tenía uso de razón. Nunca había competido, pero no por falta de nivel, sino por no necesitar ese reconocimiento o vanidad de la victoria.

—¡Ya tenemos esparrin! Ponedle un casco protector, que no quiero joderle la cara al niño guapo del gimnasio —reía y bromeaba el boxeador profesional con sus compañeros.

Los dos subieron al *ring* ante la atenta mirada del resto de asistentes, dos docenas de aficionados y *amateurs* que querían ver lo que hacía el campeón y estrella del gimnasio contra el chico callado que llevaban años viendo golpear al saco de un modo muy profesional y duro. No hubo calentamiento previo, Alfil ya había practicado con el saco y Javier con su entrenador. El campeón empezó rápido, lanzando un directo a la frente del fotógrafo; generalmente no



se puede esquivar algo tan rápido, así que se baja la barbilla para recibir el golpe con la frente, de ese modo no hace daño, es la zona más dura de la cabeza; pero Alfil sí lo esquivó, ladeando la cabeza hacia la derecha, para sorpresa de Javier y del resto de personas que observaban desde fuera del *ring*. No habían visto nunca algo tan rápido.

—¡Ostia con el novato! —fue lo único que pudo decir el entrenador, que observaba la pelea desde una esquina.

A Javier no le gustó nada ese gesto, que le había dejado en mal lugar; así que lanzó secuencias de directos y *jabs*, todo lo rápido que pudo, para compensar el orgullo herido. Necesitaba mantener su estatus de mejor boxeador del gimnasio, no en vano era el campeón de España de la categoría de peso semi pesado. Ninguno de los golpes alcanzó a su rival, algunos, incluso, eran detenidos por los codos del chico (que no se pueden usar en boxeo para golpear, pero sí para frenar un golpe en un entrenamiento), detalle que iba enfadando a Javier. Era una clara señal de que el novato era más rápido que él y de que no le sorprendían sus golpes, ni en velocidad ni en potencia.

Alfil pensaba que la pelea sería más desigual, se infravaloraba después de tanto tiempo sin pelear. Pero lo cierto es que llevaba recibiendo clases de boxeo desde que tenía ocho años, tuvo en Barcelona a varios campeones de España y de Europa como profesores en exclusiva, pagados por su abuelo. Miles y miles de horas de entrenamientos y peleas, aunque nunca se había visto en un combate real contra un profesional; una pelea en la que no le estaban enseñando, al contrario, el rival estaba esforzándose por tumbarlo. La idea inicial de una sesión de entrenamiento había evolucionado hasta convertirse en un combate por la necesidad del campeón de ganar ante su público.

Alfil se crecía por momentos, no le estaba lanzando golpes fuertes a Javier, ya que peleaba en calidad de esparrin, pero sí muy rápidos y conseguía que todos impactasen en la cara del campeón; el cual sí estaba dándolo todo, y se estaba cansando al llevar el peso del ataque. Mientras tanto, el fotógrafo le esquivaba con giros de cintura para impedir que le llevase al rincón, donde tendría menos opciones de salir entero de la pelea.

Javier lanzó una secuencia de golpes a la desesperada, atacando con un gancho a la cintura; antes no había lanzado nada más abajo de la cara. Ese golpe no tocó a Alfil, aunque lo sorprendió, y por suerte pudo esquivarlo bajando la guardia y parando con el codo. El campeón aprovechó ese momento en que su esparrin tenía la guardia abajo para lanzar un directo a la

cara. No fue suficiente para tumbarlo, ni siquiera para romperle la nariz gracias al casco protector y a que el chico lo supo encajar. Aunque el golpe de un profesional de más de ochenta kilos se siente y duele.

Ninguno de los espectadores celebró el golpe, sentían que el campeón estaba haciendo el imbécil, empleándose a fondo con un novato. Por no hablar que, de doscientos golpes lanzados, solo había conseguido un contacto, y además empleando una técnica de distracción, no había nada honorable en la acción. El entrenador miró a sus ayudantes con cara de circunstancia, estaba viendo como el aficionado era mucho mejor en técnica que su pupilo, ahora empezaba a preguntarse hasta dónde llegaría el nivel de aquel desconocido si no actuara como esparrin.

Alfil no se inmutó, no le había dolido el golpe, aunque se enfadó consigo mismo porque sabía que había sido muy lento en la esquivada. Se sabía superior y se había confiado en sus posibilidades, fue un error de novato, algo inaceptable. Recordaba su formación: «Hay que bajar la guardia para frenar el golpe al costado, al mismo tiempo que se esquiva con la cabeza hacia un lado». No se podía creer que se le hubiese pasado por alto algo tan básico que había repetido miles de veces.

Javier seguía lanzando golpes sin parar pero no conseguía tocar a su adversario. Llevaba cuatro asaltos y cada vez estaba más cansado, por lo que se volvía más lento; mientras que el chico aguantaba fresco y no atacaba a su rival, lo que hacía parecer a todos una situación inversa, daba la sensación de que el esparrin era el campeón, lanzando golpes a un rival muy superior.

El entrenador de Javier cambió el esquema de entrenamiento. En esos cuatro primeros asaltos, su pupilo había lanzado doscientos golpes sin éxito y estaba muy cansado. Ahora quería verlo esquivar y también sentía curiosidad, de paso, por ver cómo golpeaba en serio el novato. Aunque no era tanta la curiosidad como la seguridad de saber que el chico iba a tumbar al campeón en menos de lo que se dice *Knock Out*.

—¡Chico! ¡Alfil! Te llamas o te llaman así, ¿verdad? —le gritó el entrenador—. Me gusta cómo te mueves esquivando, nadie diría que no eres profesional, caray. Me gustaría ver ahora cómo pegas en serio, no te frenes en rapidez ni en potencia, a ver si eres capaz de tocar a Javi.

Alfil se estaba arrepintiéndole de haber aceptado el desafío, ya no deseaba seguir jugando ni tenía la necesidad de demostrar nada. A esas alturas ya no pensaba de forma visceral, su mente había tomado el control y deseaba marcharse a casa, pero tenía que aguantar un rato más. Hizo un gesto de

asentimiento al entrenador y caminó hacia el centro del *ring* tras sonar de nuevo la campana.

Javier no estaba dispuesto a estirar más el entrenamiento, se sentía humillado y, aunque no debía lanzar golpes, intentaría tumbar al novato a la primera oportunidad que se le plantease. Lanzó un rápido *jab* para mantener su posición, pero más aún para sorprender, porque él no debía atacar, solo defenderse. Alfil bajó la frente para parar con el casco el golpe, sorprendiendo a su oponente que no lo esperaba.

El público congregado alrededor del *ring* murmuró ante la falta de deportividad del campeón. Estaban decepcionados por sus trampas y falta de honor. Todos iban tomando favoritismo hacia el novato, aunque por su forma de pelear, nadie dudaría de que se trataba de un gran profesional.

Ahora era Alfil el que contaba con el factor sorpresa y la iniciativa del ataque. Lanzó un directo y luego otro más, eso hizo retroceder al campeón, que empezaba a acercarse peligrosamente al rincón; intentó escapar del asedio por la izquierda pero Alfil se lo impidió con un duro *crochet* que apenas pudo esquivar. Javier se resignó y decidió demostrar (o aparentar) que podía aguantar a su esparrin en el rincón y salir de allí sin dificultad. Con un directo y dos *jabs* más del novato, el campeón estaba entre las cuerdas y su rival, ahora le tocaba esquivar lo que este le lanzase. Alfil le sorprendió con un básico pero endiabladamente rápido y contundente un, dos, tres que jamás hubiera esperado:

- 1: Directo de derecha a la nariz.
- 2: Directo de izquierda al espacio entre la nariz y la barbilla.
- 3: *Crochet* de derecha a la mandíbula.

La rapidez y la potencia de pegada de Alfil habían sido tales, que tanto Javier como su entrenador y el resto de espectadores (todo el gimnasio en ese momento) no fueron capaces de pronunciar palabra. El silencio se prolongó durante unos eternos segundos, solo roto por el sonido seco del cuerpo de Javier golpeando la lona del *ring*. Se había acabado el juego a los pocos segundos de empezar el asalto. Para Alfil era solo eso, un juego. Su rival no tenía nivel para aguantar siquiera unos segundos y ahora yacía tumbado inconsciente en el suelo.

Nadie allí se movía, nadie asistía al campeón. Alfil se quitó el casco protector y los guantes como si nada, como si no se hubiese esforzado lo más mínimo. Con catorce años y sesenta kilos de peso hacía guantes con profesores que convertirían al tal Javier en una mísera sombra de los que eran aquellos tipos duros de verdad.

El fotógrafo bajó del *ring* y avanzó por el pasillo que se había formado al separarse el silencioso gentío que había sido testigo de su pelea. Habían visto cómo noqueaba sin esfuerzo a todo un campeón de España, de un modo abusivo y con tanta autoridad que había resultado insultante. A Javier le costaría asimilarlo.

—¿De verdad que no eres profesional? ¿No serás algún campeón de Europa o mundial de algún otro país? —le preguntó un chico joven, asistente del entrenador.

—No, pero entrené con algunos amigos hace diez años y desde entonces practico a diario.

—¡Joder con tus amigos! ¿Eran Mike Tyson y Evander Holyfield? Podrías llegar a competir —añadía el entrenador, pensando en cambiar de pupilo.

—Gracias pero no me interesa, hasta luego.

El chico se despidió para marcharse a casa. No quiso ni ducharse allí; y no sabía lo que se encontraría al cabo de dos días cuando volviese a entrenar. Esperaba no tener que enfrentarse a una embarazosa situación de testosterona con ganas de revancha, no conocía lo suficiente al tal Javier como para adivinar sus reacciones.

Mientras salía por la puerta, Alfil no pudo contener una sonrisa al pensar en la diferencia de nivel entre ese tipo y sus entrenadores. Esos amigos con los que entrenaba hace diez años: Javi Castillejos, Jose Luis Navarro y Oscar García Cano. «¡Joder, cómo pegaban aquellos!, pensó. Parece que ahora den títulos de campeón de España a cualquiera». Su abuelo patrocinaba las carreras y combates de aquellos campeones a cambio de entrenar a su nieto. Así que tres días a la semana le tocaba practicar un deporte que odiaba los primeros años, pero que acabó amando con el tiempo.

El fotógrafo regresó por la calle de Leganitos, pero mucho más preocupado que a la ida. Había entrado en la provocación de Javier y luego lo había humillado con su diferencia de nivel. Había regresado a la mentalidad y actitud que tantos problemas le habían causado en su adolescencia, a la forma de ser que su abuelo siempre trató de contener.

Volvía a casa con la imagen desconcertante de Javier, con la nariz rota y sangrando. Pero lo más inquietante es que no era la cara de Javier la que veía en el suelo, en su mente era Miguel, un chico al que pegó una década atrás. ¿Por qué pensaba ahora en eso? ¿Por qué había vuelto esa época a su mente? ¿Tenía algo pendiente? ¿Por qué había vuelto Clara?

¿Clara?

## Capítulo 7

Barcelona, 2003

El denso tráfico en hora punta de la entrada a la avenida Diagonal provocaría que Alfil llegase tarde a la primera clase del día. Para tratar de ganar tiempo, conducía entre los coches en zigzag, algo muy arriesgado para una moto tan pesada y no diseñada para tal fin. No tenía más remedio que afrontar una caída o recibir una multa si no quería llegar tarde, la puntualidad era una de sus debilidades y, además, se divertía poniéndose a prueba al tener que controlar el enorme peso de la moto cuando la inclinaba entre los coches.

Ya quedaba menos de un kilómetro y todo indicaba que lograría su objetivo. O tal vez no, acababa de golpear con el manillar el espejo de un coche, que cayó al suelo hecho pedazos. El vehículo, un BMW serie siete de color gris oscuro, redujo la marcha y se apartó al arcén con los cuatro intermitentes encendidos. Definitivamente no llegaría a tiempo a la primera clase, pero eso ya no le preocupaba, había tenido la culpa en una imprudencia y debía responsabilizarse. Aparcó su moto tras el coche, deseó que todo se solucionase rápido y, sobre todo, que el conductor del coche no se pusiera pesado ni agresivo. El chico observó la maneta del freno y el resto del manillar por si hubiese algún desperfecto y tuviese que llevarla al taller, parecía que estaba todo bien.

—Espero no haberte roto la moto —oyó a su espalda. La voz connotaba enfado e ironía.

El conductor del coche, de unos cuarenta años enfundados en un traje oscuro a medida, miraba su espejo en el suelo y se mostraba molesto ante la actitud de un chico que se preocupaba más por la integridad de su moto que por el destrozo que había provocado en el coche.

—Disculpe, llegaba tarde. Pero bueno, no tengo excusa, le he golpeado y asumo mi responsabilidad. Mi seguro se hará cargo de los desperfectos —dijo

alfil mientras comenzaba a sacar un parte amistoso de accidentes del interior de una pequeña guantera.

—Ya lo creo que se hará cargo tu seguro. ¡Joder! Hay que ver la moto que os compran a los críos, y cómo vais conduciendo como locos. Podéis provocar un accidente grave con esa actitud. Deberían castigar a tus padres por no darte la educación adecuada.

No debió decir aquello. En el cuello de Alfil se marcó una vena a la par que el chico trataba de aplacar la ira; intentó controlarse mordiendo los dientes con fuerza, pero no pudo contener sus instintos y explotó.

—Ya me he disculpado y le he dicho que mi seguro lo pagará todo. No me provoque ni vuelva a mencionar a mis padres o deseará no haber salido hoy de casa. —Alfil había dado dos pasos y tenía su nariz a dos milímetros de la frente del tipo, esperaba una mala palabra más para tener una excusa por la que perder los estribos por completo.

El dueño del BMW se apartó y evitó mirarle, había visto lo agresivo que podía ponerse el muchacho y no quería tener un contratiempo aún peor. El accidente ya le había retrasado bastante en su llegada al trabajo y también en dejar a su hija en clase, así que no volvió a hablar y se limitó a firmar el parte amistoso, que el motorista había rellenado aceptando su culpa.

—Eres un gamberro. No se le habla así a una persona mayor. ¿No te han enseñado modales ni respeto?

La voz, muy dulce, provenía del coche.

Después de una plomiza mañana que había empezado desastrosa, parecía que acababa de salir el sol. Eso pensó Alfil al contemplar a la chica que había bajado su ventanilla en el asiento trasero y mostraba su cara de enfado. Tenía rasgos aññados sobre lo que parecía una camisa con corbata típicos de los uniformes de colegios e institutos; todo un ángel con la piel blanca como la nieve, los labios gruesos y rosados y unos ojos azules que le habían dejado sin habla durante unos segundos. Debía de ser la hija del conductor, ya que este no tenía pinta de chofer.

El enfado de Alfil por haberle mencionado a sus padres de malos modos se había mitigado, pero no del todo. Y ninguna revelación celestial rubia iba a dejarle sin réplica.

—Sí, soy un gamberro, y las niñas buenas como tú no deberían hablar con gamberros. ¿No te lo ha dicho nunca tu padre? —Al chico no se le había ocurrido otra cosa que contestar, aunque se avergonzaba en el acto de decir semejante estupidez.

—¡Clara, sube la ventanilla y cállate! —le ordenó su padre.

—Sí, Clarita, ya oíste a los mayores —le replicó el motorista con una sonrisa burlona.

La chica lo miró con cara de enfado mientras obedecía a regañadientes a su padre. Y Alfil se sorprendió al comprobar cómo había cambiado todo a su alrededor; ya no estaba molesto por el accidente, por llegar tarde a clase o por lo que pudiera decirle su abuelo cuando se enterase a través del seguro. Se sentía sumergido en el mar azul y profundo de los ojos de la chica y había decidido dejarse mecer por él.

Después de firmar el parte y haberse repartido las copias del mismo, se dirigieron a sus respectivos vehículos y se marcharon. Y mientras aquellos ojos azules y enormes labios sonrosados se alejaban en el asiento trasero del coche, el adolescente quedó en silencio en el lateral de la avenida, observando cómo el día volvía a hacerse gris.

«¿Y qué hago ahora? Queda casi una hora para la siguiente clase y no me apetece estar en la cafetería tanto tiempo».

Encendió el motor y salió despacio para incorporarse al tráfico. Aún se veía el BMW a unos veinte metros, y en su cristal trasero se apreciaba la cara de la chica, se había girado y observaba al motorista desde la distancia. Alfil la vio y no pudo contener la sonrisa, ella se avergonzó, aunque no cambió su gesto de enfado antes de volver a girarse.

«Vaya, Clarita, parece que te gusta jugar».

Esa mirada era una invitación, un reto que Alfil no dejaría pasar. De nada servían los consejos de su abuelo para mantener la compostura, ni que la chica aún pareciese enfadada; ya no importaba llegar tarde o perder el día en la facultad. La clase ya estaba perdida y no tenía nada más divertido ni interesante que hacer, salvo perseguir el coche para descubrir el lugar al que se dirigía.

Se mantuvo a una distancia prudente para que no se percatasen de la persecución, y casi estuvo a punto de perderlo en un semáforo que se tornó rojo después del paso del coche, pero consiguió localizarlo dos calles más adelante, tras buscar durante un par de minutos y antes de rendirse y abandonar. Por fin parecía llegar a su destino, el BMW aparcó en la fachada del Liceo Francés.

Clara bajó del coche y Alfil comprobó desde la distancia que la chica no era ninguna niña, ni mucho menos. Poseía la altura de su padre y se movía como una dama sacada de una película clásica, como Jayne Mansfield o la mismísima Audrey Hepburn. Su cursi caminar le hizo sonreír, mientras la

observaba recorrer las escaleras y el tramo de calle hasta la puerta del colegio, momento en que Alfil fue consciente de que había perdido su tiempo.

«Debo dejar de perseguir chicas, no puedo estar haciendo el tonto o mi abuelo será capaz de anular mi matrícula en la universidad y volver a ponerme profesores en casa».

## 2

—Te has perdido la clase de esta mañana. ¿Dónde te has metido? —le preguntó Jaume al verle por el pasillo.

—Tuve un problema con la moto, pero no ha sido nada. Vengo de la biblioteca. ¿Me dejarás los apuntes?

—Claro que sí. ¿Vamos a tomar algo a la cafetería? Te dejo invitarme.

—Ahora no puedo, tengo que ir a casa. Pero te debo ese café, no me olvido. Gracias por los apuntes.

Alfil se marchó mientras trataba de mantener su mente despejada, debía sacarla a flote del mar azul en el que se había dejado sumergir horas antes. A pesar de su nefasta y demasiado reciente experiencia con Esther, clamando a gritos desde su cerebro para que se mantuviese cuerdo, seguía viendo el sol en aquel día ceniciento. Debía tomárselo con más calma para no cometer la misma estupidez de una semana atrás.

## 3

En los días que sucedieron al encuentro de Alfil con Clara, el chico se centró en estudiar y mantenerse alejado de los líos. No volvió a salir a hurtadillas de casa y mucho menos para ir a concentraciones de motos, no tenía el más mínimo miedo a Miguel y sus secuaces pero había aprendido desde pequeño que la única pelea que se logra vencer es la que se consigue evitar. La chica del uniforme y los grandes ojos azules iba convirtiéndose lentamente en un brumoso recuerdo con sensaciones encontradas; por un lado, no debía distraerse de sus estudios, y por otro, no podía evitar una estúpida sonrisa



cuando pensaba en su cara de enfado a través del cristal trasero del coche. ¿Volvería a verla?

Una semana después, como era costumbre de camino a la facultad, circulaba por la entrada de la avenida Diagonal; esta vez sin prisas porque llegaba puntual. Un BMW serie siete gris oscuro, que apareció a su izquierda, le distrajo un instante; no se trataba del mismo vehículo pero la situación avivó el recuerdo de la chica. Alfil sonrió y tomó el desvío para su facultad, pero en su mente empezaba a fraguarse una idea que le mantuvo distante durante todas las clases de la mañana.

El reloj marcaba las cinco menos veinte y el chico tenía claro los motivos por los que nunca estudiaría en una biblioteca de la universidad. Acostumbrado a la calma y soledad de su escritorio o del *solárium* de su casa, no era capaz de mantener la concentración en un lugar con centenares de chicos cuchicheando, levantándose cada dos por tres, risitas por todas partes, Jaume y otros compañeros haciéndose preguntas constantemente entre ellos... Había terminado las clases a las tres y media y en poco más de una hora no había avanzado más de dos páginas en su libro de Econometría. Resopló en un largo suspiro y comenzó a preguntarse si habría accedido a acompañar a Jaume por probar la experiencia o porque quería hacer tiempo para dar un «paseo» con la moto. Unos días antes comprobó por mera curiosidad el horario del Liceo Francés, así que sabía que la chica saldría a las cinco. Si se acercaba por allí no podría hablar con ella estando su padre delante, pero al menos podría verla y, si le parecía divertido, también seguir al coche para saber dónde vivía.

Alfil pensaba en la estupidez de dejarse llevar de nuevo por esos impulsos que siempre acababan por meterle en líos, pero cuando quiso dar marcha atrás ya estaba montado en la moto y llegando a la puerta del colegio. Quedaban dos minutos para las cinco. Aparcó la moto en la acera de enfrente, tras un coche, desde donde podría ver la salida de los alumnos pero manteniéndose a una distancia razonable. Sacó una cámara con teleobjetivo de su mochila e hizo algunos ajustes para adaptar los parámetros a la luz de ese momento. Tras pocos minutos, cuando la zona ya estaba llena de chicos y sus padres con coches aparcados en doble y triple fila, apareció la chica acompañada por dos amigas. Una de ellas se despidió para montar en un coche que la esperaba y la otra para marcharse andando. A las cinco y cuarto la calle ya estaba casi desierta de nuevo. El padre de Clara, por suerte para Alfil, se retrasaba, y eso permitía al chico poder hacer fotos sin cesar. Estaba hipnotizado por el magnetismo que le provocaba la chica. En una calle gris y bajo un cielo

nublado que parecía adelantar la noche, Clara era un melancólico ángel de cabello rubio y piel de blanco mármol. Ya no le parecía tan cursi en sus movimientos, aunque seguía siendo elegante. En su facultad no había visto a ninguna chica que le llamase la atención o que desprendiese el aura que sentía emanar de ella. La chica permanecía en la acera, con su mochila a la espalda y mirando en todas direcciones, parecía preocupada.

A través del visor observó una mirada y movimiento brusco de la chica, su padre habría aparecido. Alfil se equivocaba. Al apartar la cámara de su cara vio que eran dos chicos de unos diecinueve o veinte años, vestidos con ropa punk y parecía que la estaban molestando. Sin pensarlo un instante, arrancó la moto y atravesó la calle parando de un frenazo justo entre la chica y los dos tipos, que tuvieron que apartarse ante la irrupción de la gran motocicleta y el rugido del motor.

—¿Qué pasa Clarita? ¿Te he hecho esperar mucho? —Alfil sonreía ante la cara de sorpresa de la chica.

—¿Tú qué haces aquí? No era suficiente con dos gamberros y ahora ya sois tres. ¿No serán amigos tuyos? —dijo enfadada.

—¿Tienen pinta estos gilipollas de ser amigos míos? —El chico les daba la espalda, seguía mirando fijamente a Clara.

—Mira qué vacilón es el niñato, vamos a tener que enseñarle a no interrumpir a los mayores —dijo uno de los dos gamberros.

—¿Viste la boquita tan sucia de la niña? Con lo niña buena que parecía. A lo mejor nos enseña lo que sabe hacer con ella —añadió el otro.

—¿Qué has dicho payaso? —Alfil se bajó de la moto—. ¿Queréis que os reviente la cara?

—¿Pero de qué vas, gilipollas? ¿Quieres que te rajemos? —contestó uno de ellos mientras ambos sacaban pequeñas navajas automáticas de sus pantalones.

Los dos gamberros se colocaron a ambos lados del chico, rodeándolo y amenazándolo con sus navajas. La chica estaba muda, muy asustada y había comenzado a llorar. Pensaba que, por defenderla, iban a herir o incluso matar al chico.

Alfil seguía manteniendo la calma, observaba a los dos tipos a la vez por el rabillo del ojo, controlando la situación. Se quitó la cazadora sin prisas mientras observaba cómo sus atacantes iban poniéndose cada vez más nerviosos. Tendrían unos dos años más que él e iban armados, pero lo que parecía una desventaja era, en realidad, todo lo contrario. Él sabía que los gallitos que necesitan atacar con superioridad numérica y que portan armas

suelen ser los más cobardes y los que peor pelean. Claro que esa es la teoría, Alfil nunca se había visto en una situación como aquella.

Para no prolongar más la espera, y viendo el estado alterado de la chica, hizo un gesto con sus manos y les invitó a comenzar.

—Venga, vamos a bailar, gilipollas, que no tengo toda la tarde.

Era la primera vez que los dos gamberros se encontraban ante alguien que no se asustaba de sus navajas y, además, les hacía frente. Ellos solo querían asustar a la chica, les gustaba hacerse los gallitos con niñas de uniforme o con algún chico con pinta de niño pijo al que quitaban el dinero que llevara encima, pero nunca llegaban a usar las navajas o entrar en peleas, la intimidación era todo. El chaval fue a por ellos sin parpadear, con más de metro ochenta de estatura y delgado pero esgrimiendo una guardia de boxeo. En cuanto vieron esa actitud, los dos tipos se echaron hacia atrás, se miraron entre ellos y huyeron corriendo. No era una cuestión de ganar o perder contra el motero, simplemente no querían herir a alguien en una calle medianamente concurrida; ya tenían antecedentes por robo y vandalismo y no se querían jugar una estancia en la cárcel por agresión o asesinato.

Cuando Alfil vio que los dos chicos desaparecían al fondo de la calle, se volvió y encontró a Clara llorando. Se acercó a ella para tranquilizarla.

—No tengas miedo, ya se han ido, no te van a hacer daño.

—¡Estás loco, te podían haber matado! —La chica gritaba nerviosa. Estaba preocupada por él.

—Eran solo dos, estaba controlado —dijo él, sonriendo y sin dar la menor importancia. Su calma contrastaba mucho con el estado alterado de ella.

—¿Pero quién te crees que eres? Llevaban navajas. Si te hubieran matado, no me lo habría perdonado nunca.

—Agradezco el interés, niña. Pero deja de llorar, que te pones muy fea.

—¡Serás gilipollas!

—¡Vaya! Si tienes más carácter de lo que parece. Anda, sube a la moto y te llevo a casa.

—Yo no voy contigo a ningún lado.

—¿Te da miedo la moto o te lo doy yo? ¿O es que papá no te deja?

—No hables de mi padre. Puedo hacer lo que me dé la gana. Y ahora quiero que te vayas.

La chica había pasado del miedo al enfado y Alfil ya no sabía qué hacer, aunque le gustaba el juego que habían iniciado. Juego que terminó en ese mismo instante con la aparición del padre de Clara, que bajó del coche a toda

prisa al ver a su hija llorando y a un motero hablando con ella. Corría pensando que la estaban atacando.

—¿Qué pasa aquí? ¿Estás bien Clara? ¿Te están molestando?

—No pasa nada, papá.

—¡Espera! Tú eres el del otro día, el del espejo. ¿Qué haces molestando a mi hija? ¡Contesta!

—Se está usted equivocando. ¿Por qué no se relaja? No vaya a meter la pata.

La chica se interpuso entre su padre, que estaba demasiado nervioso, y Alfil.

—Papá, dos gamberros me han molestado, él ha aparecido y les ha echado. Llevaban navajas y pensaba que podían hacerle daño por defenderme, por eso estaba llorando. Él no me ha molestado, solo me ha defendido.

El padre de la chica no sabía qué decir, era consciente de que se había equivocado. Aunque seguía sin entender qué hacía el chico del accidente allí, era mucha casualidad en una ciudad tan grande como Barcelona. Se disculpó con el motero de un modo no demasiado convincente y le pidió a su hija que entrase en el coche a toda prisa. El BMW desaparecía calle abajo mientras el chico permanecía sentado sobre su moto en la acera. Alfil esperaba una señal, miraba el cristal trasero del coche con la esperanza de recibirla.

—Si te das la vuelta y me miras, te llevas el premio, Clarita —murmuraba observando el coche, recordando el instante en la Diagonal en que ella se giró tras el accidente.

El coche llegó al final de la calle y comenzaba a girar a la derecha cuando se produjo el momento que esperaba Alfil. La chica se había hecho de rogar pero acabó volviendo la cara para mirarle. Esta vez no había enfado en sus ojos, parecía intrigada por aquel chico que había aparecido de nuevo y había arriesgado su vida para salvarla.

—Premio —susurró sonriendo. Arrancó la moto y se marchó a casa.

## Capítulo 8

—¿Estás bien, cariño? Me has preocupado mucho. —El padre de Clara miraba a su hija a través del espejo retrovisor. Iban camino de casa y, ya más calmado, se preocupaba por el estado de la chica y por conocer los detalles de lo que había sucedido.

—Sí. Estoy bien, papá. No tienes que preocuparte, ya te dije que no había sido nada.

—No sabes cómo siento haber llegado tan tarde, la reunión en la oficina se ha alargado mucho. Voy a hablar con el Liceo para que te permitan esperarme dentro del edificio.

—No pasa nada, en serio. El próximo día me quedaré en la puerta en lugar de bajar las escaleras hasta la calle.

—Muy bien. Ha sido una suerte que ese chico apareciera para defenderte... Qué raro que estuviera allí, ¿no? Quiero decir que es mucha casualidad. ¿Le has visto más veces? Me refiero a antes o después del accidente del otro día.

—No, solo hoy y aquel día. No le había visto nunca antes. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, es raro que en una ciudad tan grande te cruces dos veces con un desconocido por casualidad y en tan poco tiempo. Deberías tener cuidado, ya te vas haciendo mayor y eres consciente de que las personas como nosotros..., quiero decir, los que tenemos la suerte de tener una vida acomodada, con dinero, podemos sufrir un ataque o robo. No imaginas el tipo de personas que puedes encontrar en la vida, algunos intentarán hacerte daño. No sé si me estoy explicando.

—No soy tonta, papá. Sé que a los ricos nos pueden robar o secuestrar.

—Me alegro de que lo entiendas, por eso te pido que no hables con ningún desconocido y esperes siempre a verme antes de salir del colegio.

## 2

—Cariño, debes hacer caso a tu padre, no hables ni te acerques nunca a ningún desconocido. —Su madre repetía los consejos de su padre, mientras la chica resoplaba con resignación ante los sermones que le tocaría oír los próximos días.

Era la hora de la cena en casa de la familia Calderón, una vivienda unifamiliar de dos plantas en el barrio de Sarrià Sant-Gervasi. Alberto, su padre, había emigrado desde Extremadura en su adolescencia para trabajar de aprendiz en una fábrica textil. Gracias a su esfuerzo y talento, era dueño en la actualidad de una empresa de servicios turísticos concertados para grupos de extranjeros. Había hecho fortuna con trabajo duro y seguía manteniendo su humildad, aunque vivía en una zona exclusiva de la ciudad. Quería lo mejor para su mujer e hija, ellas eran su debilidad y por ello no dudaba en sobreprotegerlas.

La familia se encontraba reunida alrededor de la mesa del comedor de la vivienda, su empleada doméstica iba sirviendo el primer plato mientras Clara soportaba el mismo aluvión de advertencias que había recibido durante el trayecto en coche.

—Desde hace un tiempo llevo dándole vueltas a la idea de contratar a un chófer que te lleve y te traiga del colegio, y ahora estoy más convencido que nunca. Nos lo podemos permitir sin problemas, y así evitaremos situaciones como la de hoy... o más desagradables incluso. No me malinterpretéis, me gusta conducir y adoro llevarte al colegio, cariño, y luego pasar a recogerte, pero mi horario no me permite tener la puntualidad que me gustaría y no quiero lamentar una tragedia. Aparte de eso, Marta, podrías aprovechar para que te llevase de tiendas o para salir con tus amigas.

—¡Qué tremendo eres, papá! Solo me han molestado unos gamberros, nada más; y un chico me ha defendido, eso es todo. Le pasará a mil chicas cada día. Estás haciendo un mundo de un grano de arena. ¿Secuestros y asesinatos? Madre mía, estáis fatal.

—Escucha a tu padre, él sabe de lo que habla. Estaremos todos más tranquilos si te lleva un chofer que sea también guardaespaldas.

—¡Qué vergüenza, mamá! Lo que quieres es tener a alguien que te lleve y te traiga, eso es muy egoísta.

—¡Niña! Si lo hacemos, es solo por tu bien.

El teléfono móvil de Alberto sonó ante la atónita mirada de Clara y su esposa. Estaba terminantemente prohibido llevar el teléfono a la mesa mientras almorzaban o cenaban. Se disculpó diciendo que lo había llevado por una emergencia y que debía atender esa importante llamada. Volvió tras dos minutos, con una cara diferente, más asombrado que preocupado.

—Bueno, parece que no hay nada que temer, familia —dijo al regresar.

—¿Cómo dices? —preguntó su mujer.

—Cuando hemos llegado a casa, hace tres horas, he decidido llamar a Marc, el abogado de la empresa. Le he pasado por fax los datos del parte de accidente del otro día por si pudiera averiguar algo del chico. Marc tiene contactos en los mossos y otros organismos. No me miréis mal, lo he hecho para sentirme más seguro. El caso es que acaba de llamarme para darme toda la información que ha conseguido. Y no hay que preocuparse por el chico, no creo que esté planeando ningún secuestro.

—No te entiendo —dijo su mujer—. ¿Por qué no debemos preocuparnos por el chico? Dinos de una vez lo que has averiguado.

—¿Has visto, papá? Os estabais volviendo paranoicos.

—Ahora os contaré, aunque aún no sabéis lo mejor. Ni te imaginas quién es el chico, Marta.

—¿Quién? —Madre e hija estaban intrigadas.

—¿Recuerdas el accidente de la familia Ríos-Castro?

—¿Cómo dices? ¿Qué accidente?

—Hace como diez años, una familia millonaria, eran empresarios muy reconocidos.

—No, no lo recuerdo.

—Sí, mujer. Se trataba de un matrimonio que volvía en su avión privado desde Estados Unidos, hace como doce o trece años. Se estrellaron antes de llegar a su casa, era el día del cumpleaños de su único hijo, un niño de unos cinco años que quedó huérfano y al cargo de sus abuelos. Salió por la tele varias veces, incluso los programas del cotilleo hablaban de la fortuna que iba a heredar el niño.

—Algo recuerdo, aunque hace mucho tiempo. ¿El chico de la moto es el niño huérfano?

—Sí, le llaman Alfil y ahora tiene 18 años. Estudia empresariales en la Politécnica y sigue viviendo con sus abuelos en una enorme mansión a las afueras, en la costa.

—¿Seguro? ¿Y por qué no estudiará en una universidad de Inglaterra o Estados Unidos? Siendo tan ricos, no tiene mucho sentido.

—Dicen que su abuelo le educa a diario, aparte de la formación que recibe en la universidad. Es un tipo muy estricto y muy catalán, y eso es muy gracioso, porque nació en Argentina.

—Bueno, entonces aclarado. Si tiene mucho más dinero que vosotros, no querrá secuestrarme, ¿verdad?

Clara quería evitar la vergüenza de ir al colegio con chofer-guardaespaldas, o tal vez no quería que le impidieran hablar con ese tal Alfil, si es que se volvía a encontrar con él. Había algo en ese chico que le llamaba la atención, sentía algo extraño, a la vez que especial, cuando estaba junto a él. ¿Deseaba volver a verlo?

—Ya veremos, Clara, ya veremos —respondieron sus padres, que no descartaban la idea del todo, sobre todo la madre, que ya se había hecho ilusiones de contar con coche y chofer para sus compras y salidas.

### 3

En la mansión de Tossa del Mar, Alfil disponía de un pequeño cuarto oscuro para revelar fotos, se encontraba en él en ese momento. Entre tiras de negativos colgadas de pinzas y música *jazz* de fondo, iba metiendo con calma varias hojas de papel fotográfico, aún blancas, en cubetas con líquidos reveladores y fijadores, realizando un trabajo en cadena, pasando cada foto de cubeta en cubeta y manteniendo los tiempos que necesitaba estar cada lámina de papel en ellas. Al final del proceso, en la última cubeta, comenzaban a aparecer las imágenes. A pesar de la poca luz, y de color rojo de la única bombilla del cuarto, se apreciaba cómo surgía la cara de una chica en cada lámina de papel. Un ángel de cabello claro y ojos enormes que parecía levitar al estar colgada de una pinza, las imágenes goteaban líquido transparente mientras el chico continuaba pasando láminas de papel de cubeta en cubeta.



## Capítulo 9

Alfil se encontraba cenando con su abuela en el comedor del ala oeste en la mansión de los Ríos-Castro, donde siempre celebraban las comidas familiares; mientras el del ala este se reservaba exclusivamente para recepciones y fiestas. El estilo barroco imperaba por toda la casa y no era una excepción en la sala en la que se encontraban. Paredes y techo revestidos de madera de caoba ornamentada en forma de ángeles y querubines en cada esquina, filigranas imitando a hojas de árboles y a juego con los apliques de plata que decoraban e iluminaban las paredes, dos estatuas de venus realizadas en mármol blanco, para flanquear la entrada principal, y una enorme lámpara de araña con miles de cristales tallados que se precipitaban sobre la gran mesa, componían el decorado habitual de los almuerzos y cenas de Alfil y sus abuelos. A pesar de estar diseñada para doce personas, nunca había acogido a más de cinco, que eran los miembros que tuvo la familia en su etapa más feliz.

—¿Cómo va la universidad, cariño? ¿Te enseñan las mismas cosas que el abuelo?

—Va bien, yaya. Mucha teoría, mucha historia de las empresas y de empresarios de hace cien años o más. Es muy diferente a la práctica que enseña el abuelo. Por cierto, ¿dónde está? Qué extraño que aún no haya venido a cenar.

—Ya llegará, estará ocupado en sus cosas. Y no te quejes de las clases, esos antiguos empresarios levantaron el mundo que hoy conocemos. Será importante saber cómo lo hicieron, ¿no?

—Claro que sí —el chico sonreía ante la lógica tan simple pero veraz de su abuela—. Aunque el mundo cambia muy deprisa, lo que funcionaba bien ayer, ya no sirve hoy.

—Seguro que entre las dos formaciones tendrás una educación excelente.

—Seguro que sí. —Alfil asentía, aunque no estaba de acuerdo. Pensaba que el plan de estudios de la facultad no le sería de mucha utilidad en el mundo actual.

Las asignaturas de la universidad le parecían absurdas, no preparaban en absoluto a un empresario para dirigir una empresa, ni siquiera a un pequeño departamento. Pero no deseaba mantener una conversación tan fría con ella ni transmitirle sus quejas. Su propio abuelo conocía su punto de vista y lo compartía al cien por cien, como pensaba también que el título universitario no abre ninguna puerta cuando deseas crear o dirigir una empresa, pero consideraba importante que el chico se adaptara a la disciplina y horarios de los estudios, que cumpliera con sus obligaciones, que comenzara a competir con sus compañeros; así se convertiría en un hombre de bien y conseguiría el ritmo y nivel necesarios cuando estuviese dirigiendo las vidas de sus empleados.

El abuelo entró por fin en el comedor, caminaba deprisa, portaba cara de pocos amigos y se sentó en su silla habitual, presidiendo la mesa. Luego, sin haber dicho una sola palabra, comenzó a cenar. Pasados unos minutos, en los que el silencio y la tensión presidieron la estancia, decidió hablar.

—Alfil, ¿has estado ocupado las últimas semanas? —Era incisivo y mantenía su fría mirada en el plato, sin dejar de comer. El chico sabía que preguntaba sabiendo la respuesta, quería comprobar la honestidad de su nieto.

—Estuve estudiando, ya lo sabes. —Había respondido una verdad a medias. Le desafiaba para averiguar cuánto sabía su abuelo sobre sus recientes actividades extraescolares. Sus conversaciones con él solían ser como partidas de ajedrez, cada uno tratando de descubrir las intenciones del otro.

—¿Solo estudiando?

—Y dando una vuelta con la moto alguna que otra vez.

—Te regalamos esa moto para ir a la facultad, no para que hicieras el imbécil, distrayéndote de tus obligaciones.

El abuelo continuaba sin levantar la mirada del plato, estaba muy enfadado y aún no había hecho más que empezar con el chico.

—Lo siento, siento haberos defraudado. Llegaba tarde a la facultad y golpeé el espejo retrovisor de un coche.

—¡Carreras, Alfil, carreras! Gritó de repente, sobresaltando a su mujer y a su nieto. No me puedo creer que necesites participar en carreras. Son para niños que tienen que demostrar su valía ante los demás, y sabes que lo hacen para ocultar sus complejos o carencias. Los alardes de fuerza solo te

comprometen y te definen como alguien débil. No me importa que tengas un roce con la moto al ir a la universidad, son cosas que pasan; pero que participes en una carrera ilegal con otros niños..., ¡eso es inconcebible! — La ira le dominaba.

Alfil pensaba con rapidez, conocía a su abuelo, todo era una prueba de inteligencia y rapidez mental para él, así que preparó y lanzó su respuesta.

—Lo hice una vez y no he vuelto a ir más. Solo ha sido una experiencia más en mi vida. Me dijiste que acumulara experiencias, mejor malas que buenas, que son las que más ayudan a aprender y a endurecer a un hombre. No fue nada especial, así que no lo he repetido ni lo haré.

—Sé que no lo harás porque no volverás a conducir la moto durante una temporada. A partir de mañana un coche con chófer te llevará y traerá de las clases.

—¡Joder! —El chico golpeó la mesa con sus cubiertos.

—¿Cómo has dicho?

El abuelo miró por primera vez a su nieto y pupilo, con más ira que nunca. Este no le había replicado desde que era un niño pequeño.

—La moto se la regalé yo por su dieciocho cumpleaños —interrumpía la abuela, que nunca entraba en las discusiones pero sentía ahora la necesidad de defender a su niño.

—Eso me da igual.

—Si no confiamos en que el chico sea responsable, ¿qué sentido tiene tanta formación y adiestramiento? Ha dicho que no volverá a hacerlo, es adulto y yo confío en él —añadió la anciana.

—Está decidido. Si pasado un tiempo prudente vuelvo a confiar en él, le devolveré la moto.

Hablaban como si él ya no estuviera allí; y eso le enfadaba lo mismo o más que saber que no tendría la moto. Aquella era una forma más de castigo, tratarle como a un niño, como si no tuviera voz en la conversación por no estar a la altura; así que se limitó a cenar, ya sabía lo que tenía que hacer a continuación, su mente había estado trabajando para adaptarse a su nueva situación.

Lo que desconocían sus abuelos, es que el adiestramiento al que le habían sometido para sortear contratiempos era lo que pensaba usar para esta situación adversa. Alfil tenía a su disposición, desde que cumplió los dieciocho años, una primera parte de la herencia de sus padres: diez millones de euros. Sería más que suficiente. Una vez terminado de cenar, se despidió de sus abuelos para volver a estudiar al dormitorio, allí entró en internet y

localizó un concesionario Ducati cercano a su facultad. Había echado el ojo a un modelo de motocicleta Custom que pesaba considerablemente menos que su Yamaha y, aunque tenía también menos potencia, era más corta y manejable para sortear el tráfico en el día a día y más ágil en una posible carrera. El chico compró, a través de la web, una Ducati Monster 1000 de color negro. Envío los datos de su tarjeta de crédito y su documentación, incluyendo el permiso de circulación. Según le informaban a través de la web, no habría disponibilidad del modelo elegido hasta dentro de dos meses. Alfil dejó un comentario personal en el correo electrónico del concesionario, informando de su visita al día siguiente a partir de las cinco de la tarde.

Nunca había usado esa tarjeta de crédito, que figuraba a nombre suyo y de nadie más, así que su abuelo no debería enterarse de la transacción y de sus planes. A continuación, entró en un portal de alquileres de inmuebles y buscó una plaza de garaje cercana a su facultad, que fuese cerrada y con puerta de seguridad, aislada del resto de plazas del garaje comunitario. Contactó también por *e-mail* con el anunciante y, después de llegar a un acuerdo, le envió una transferencia de 240 euros, para el primer mes y otros dos de adelanto. Quedando con él para recibir las llaves al día siguiente.

No había tardado ni cuarenta y cinco minutos en solucionar el contratiempo que le había ocasionado su abuelo al retirarle la moto. Si este descubriese, diría que fue un ejercicio de búsqueda de alternativas ante un imprevisto, como él mismo le había enseñado a hacer.

Apagó el ordenador y se acostó. Esa noche soñó con Clara.

## 2

El reloj marcaba las cinco en punto de la tarde cuando Alfil llegaba en taxi al concesionario Ducati. Ningún vendedor se acercó a él tras su entrada, le consideraban un chico más, un amante de las motos que visita la tienda para deleitarse con motocicletas que admira pero no puede permitirse. Tras unos minutos mirando las unidades que estaban en exposición, se dirigió al mostrador y dijo su nombre a un tipo con traje, el de más edad de los que trabajaban allí, que parecía el dueño o responsable del negocio.

—Vengo a recoger la Monster que compré anoche.

—¿Cómo dices, chico? ¿Es una broma? —El vendedor miraba a Alfil como si le estuviera vacilando.

Otro empleado, que había estado escuchando la conversación, los interrumpió.

—¡Disculpe! Venga por aquí. Yo me encargo, Emilio. —Y se llevó al cliente lejos del mostrador y del estirado tipo del traje.

—Recibí ayer tu pedido, era tarde y estaba haciendo inventario. Pensé que la comisión era una broma hasta que vi el pago directo por la moto. El extra de mil euros es en serio, ¿verdad?

—Si tienes la moto, de color negro, aquí y ahora, el dinero es tuyo y en efectivo.

—Pues mira lo que te he conseguido después de dar la paliza a la fábrica durante toda la mañana, la han traído en una furgoneta hace media hora. Les convencí de hacer un envío urgente para un cliente especial. Tuve que mentirles para que creyeran que era para un jugador del Barça.

Habían entrado en una zona separada del resto del concesionario por un cartel enorme, que el vendedor apartó para que el chico viese una motocicleta tapada por una funda de color negro y el logotipo de Ducati bordado en plata en el lateral. Luego quitó la funda con cuidado para mostrar la nueva adquisición de Alfil. La Monster no era tan grande como la V-max que le había confiscado su abuelo, pero sin duda imponía con sus líneas y por el color negro incluso en los escapes, que suelen ser cromados. El chico se montó y la hizo oscilar para tantear el peso.

—Ten cuidado, pesa ciento cuarenta kilos —dijo el vendedor, asustado por si el chico la dejaba caer al suelo.

—Sí. No está nada mal —sonreía Alfil. Sin duda era más ligera y sería más manejable que la otra.

Arrancó la moto y todo el concesionario se sumió en el estruendo celestial.

—Parece que las italianas suenan mejor que las japonesas —murmuró tras apagar el motor.

—Lleva el depósito lleno, así que solo queda poner una firmita y «lo mío», y puedes llevártela puesta.

—Pues vamos a ello.

Alfil no disponía de mucho tiempo para probarla, debía estar en media hora en la puerta de la universidad para volver con el chofer a casa. Pero esos pocos minutos, desde el concesionario hasta el garaje recién alquilado, fueron suficientes para hacerle disfrutar de su nuevo juguete. Sorteaba el tráfico con

mucha facilidad, gracias a una moto tan ágil que parecía un *scooter* en sus manos, más aún después de estar acostumbrado a la anterior.

### 3

—¿Todo bien? No has dicho nada en toda la tarde —preguntó su abuelo durante la cena.

—Sí, todo bien. No tengo mucho más que decir. —No se mostraba enfadado, solo indiferente ante la conversación.

—¿Qué tal con el chofer? Es una nueva situación para ti.

—Debemos actuar en consecuencia, ante las situaciones nuevas, para adaptarnos a ellas o buscar alternativas más beneficiosas.

—¿Cómo dices?

—Es lo que me has enseñado, y soy un alumno aplicado. —Alfil desafiaba con sus palabras y mirada a su tutor.

El abuelo desconfiaba; por su expresión, parecía que pudiera saber o intuir algo. El chico no debió dejarse llevar por la ira del castigo impuesto, ahora provocaría que su abuelo estuviese más pendiente de él y no le convenía esa situación. Debía actuar rápido para desviar sospechas.

—Ahora que voy con chofer tengo más tiempo para estudiar y preparar las clases durante el camino, es como me he adaptado a la nueva situación. ¿Te parece mal?

—No, es perfecto.

No sabía si el abuelo se había creído esa explicación, así que trató de distraer su atención:

—Me apetece una partida de ajedrez. No toca hoy, pero me veo con ganas de ganarte.

El abuelo aceptó la partida con una media sonrisa, le gustaban los desafíos como a su nieto. Una hora más tarde, en el salón de la chimenea y a solas, estaban terminándola.

—Tus padres te querían mucho, tanto como yo quería a tu padre. Él era más difícil que tú, más indisciplinado, más distraído. O quizá lo recuerde así después de tantos años. A pesar de eso, llegó muy lejos en los negocios. Disponía de mi apoyo económico, sin duda, pero decidió empezar desde abajo trabajando en dos empresas a la vez. En aquel entonces tendría diecisiete

años. No estudió carreras universitarias, pero al cumplir los treinta ya tenía su propia empresa, y cinco años después un *holding* que llegó a valer cincuenta millones cuando falleció. Tenía un don, y su palabra..., nunca faltaba a su palabra. Sus socios y colaboradores no firmaban contratos con él, les daban la mano y tenían la mayor garantía del mundo. —El abuelo movió un peón blanco para acorralar al rey del chico.

—Eran otros tiempos. Ahora creo que ese apretón de manos no serviría de mucho en la legalidad de una fusión o acuerdo empresarial. —Alfil usó su torre negra para eliminar el peón de su abuelo.

—Ni el apellido ni los contactos. La palabra es y será por siempre lo más valioso de un hombre de verdad. —La torre del chico cayó ante la reina blanca.

—Las palabras son menos valiosas que las acciones. Un hombre siempre será juzgado por lo que ha hecho, nunca por lo que ha dicho. —Alfil movió su rey para acabar con la reina blanca. Se había puesto al descubierto, su abuelo siempre le obligaba a mover al Rey, así lo ponía a tiro para alguna de sus fichas estratégicamente colocadas.

—A veces las acciones de un hombre, aunque sean honestas, acaban en errores que perjudican a dicho hombre y a su entorno. —El abuelo movía un caballo y lo colocaba cerca del rey negro, le tenía acorralado—. Jaque.

—Y otras veces un hombre debe tomar decisiones pensando solo en él mismo y no en su entorno. Solo se vive una vida, no puedes sacrificar tu bienestar por el de los demás. —El chico extendió lentamente su mano y llevó su alfil negro, que mantenía alejado de la zona de acción en el tablero, sobre el rey blanco—. Jaque Mate.

El abuelo parecía perplejo, observando en silencio a su rey tumbado sobre la cuadrícula de madera. Nunca había perdido contra su nieto. Empezaba a pensar que el pequeño Alfil ya no era tan pequeño y había logrado vencerle, y nada menos que usando su alfil. Se había adaptado a sus ataques y tenía preparado un contragolpe que había decantado la partida a su favor.

El chico se despidió de su abuelo y se marchó, no sonreía, no disfrutaba de derrotar a un rival, aunque llevase desde niño esperando ese momento. Su abuelo le había enseñado bien en todas las facetas de la vida.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó el abuelo al chico cuando este estaba a punto de salir por la puerta de la biblioteca.

—Con tus consejos: estudia al adversario, y he tenido muchos años para hacerlo; aprende cómo ataca y cómo defiende, fórmate y ten la motivación

adecuada. Pero el mejor de todos los consejos es: aprovecha su seguridad cuando crea que puede vencerte siempre.

—Pero no lo has hecho tan bien como imaginas.

—¿Cómo que no? Te he vencido.

—No lo has hecho, has descuidado tus movimientos, los has hecho visibles, y por eso te he descubierto en tus acciones.

—¿Cómo dices?

—He sabido que comprabas la moto nueva desde esta misma mañana. No sé si tomarlo como desobediencia y falta de respeto o como un ejercicio de adaptación a las adversidades.

—Eso debes decidirlo tú. Tu enfoque determina tu realidad.

—¿Mi realidad?

—Lo que creas es lo que considerarás como cierto. Pero ya te aseguro que lo hice para adaptarme, para sobrevivir en la partida. Siento no haber tapado bien mis acciones.

—Hoy has ganado al ajedrez, pero no me has engañado con la moto. Debes aprender a ocultar mejor tus rastros, que nadie vea tus movimientos y menos aún tus intenciones. Aún así reconozco que ya no veo en ti a mi pequeño Alfil, aquel que rogaba que le dejaran ganar al ajedrez. Ahora veo a alguien que ha aprendido a matar con el alfil, veo a todo un señor Alfil Negro. Mis respetos. —El abuelo sostenía aún en la mano la figura de su rey blanco.

El chico, con una leve sonrisa, abandonó el salón cerrando la puerta. Su abuelo permaneció en silencio, iluminado por los rescoldos que quedaban en la chimenea y por la suave lámpara con tulipa de seda marrón sobre la mesita del ajedrez. Miró hacia la puerta por la que había salido su nieto, ahora con semblante más serio que nunca, casi enfadado.

Le había dejado ganar.



## Capítulo 10

Madrid, 2014

—Entonces, ¿qué? ¿Vamos a correr un rato o no? —preguntaba Victor a Alfil.

—Aún es muy pronto. No entiendo que tengas tantas prisas cuando vas a perder como siempre.

Estaban en Vallecas, cerca del campo de fútbol del Rayo Vallecano, en un parque que se conoce como el Cerro de las Tetas y sentados sobre el capó de un Toyota Célica del 2004 tuneado de la forma más extravagante posible. Hacía dos horas que las luces de la ciudad habían tomado el relevo tras el ocaso, los dos chicos fueron testigos mientras comían unas hamburguesas que habían comprado en la terraza El Mirador, a su espalda. Observando toda la ciudad de Madrid desde el privilegiado lugar, esperaban a la hora de comienzo de la carrera clandestina que se producirá en Leganés.

—Acabo de sacar al niño del taller y ya tiene más de trescientos caballos, entre eso y las ruedas nuevas, blandas como chicles, esta noche te pienso partir en dos.

—Miedo me das, aunque más miedo tengo de tu coche, parece que ver tantas veces *A todo gas* no te está sentando nada bien. —Alfil miró de reojo, aguantando la risa, el Toyota sobre el que se apoyaba. Sabía cuánto le molestaba eso a su amigo.

—¿Qué dices? Lo guapo de personalizar tu coche es poder reconocerlo desde kilómetros. Colores cantosos, pegatinas, luces de neones por todas partes...

—Sin duda que se ve desde kilómetros. No sé cómo la policía aún no te ha encerrado, pero por mal gusto y distraer al resto de conductores.

—¿La poli? Me suicido si cuatro maderos con monovolúmenes de serie me atrapan en una carrera.

—Ja, ja, ja. No los subestimes, los helicópteros y las barreras de clavos no son para tomarlos a broma.

—Déjate de helicópteros, lo que tienes que hacer es meterle unas luces por debajo al Audi y unas líneas de vinilo por el capó y el techo, verás qué guapo queda.

Alfil miró su coche con una sonrisa, y pensó en lo bien que le caía Victor a pesar de ser tan diferente a él, principalmente por su sinceridad, no tenía filtros. Si le presentabas a un gilipollas, lo llamaría gilipollas a la cara y en el acto. Esa actitud tan llana le encantaba. A Victor no le importaba lo más mínimo lo que pudieran pensar de él, y esa actitud no la observaba Alfil en el sector de la moda, lo único que imperaba allí era hipocresía bajo toneladas de maquillaje, operaciones de cirugía estética y ropa sobrevalorada. Por ese motivo, Victor era la única persona que conocía la identidad del conductor del Audi TT negro aparcado a escasos metros del Toyota y que llevaba unos meses ganando todas las carreras nocturnas. Alfil valoraba mucho su intimidad y no quería que los delitos e infracciones cometidos en las carreras le salpicasen de cara a su trabajo como fotógrafo.

Victor era también el único que había circulado en el interior del TT. La primera vez cuando le llevó al taller de un amigo: TLR Sport, en el pueblo Humanes de Madrid. Allí suelen hacer reprogramaciones de centralita para dar algo más de potencia; o colocan escapes, llantas, asientos, etc. Cuando Alfil llegó con su coche recién comprado, fueron a subirlo al banco de potencia y él les frenó.

## 2

Cinco meses antes:

—¿Entonces, no quieres una reprogramación? Este coche pasaría fácil de sus 340 caballos a 390, y el par sube un porcentaje similar. Ganaría mucho empuje sin forzar en absoluto el motor.

—No es exactamente lo que estaba pensando, quiero que el coche corra de verdad, quiero «tocarlo» entero.

—¿Cómo entero? Este coche es el modelo RS, ya viene preparado desde la fábrica para competir. Por tamaño, peso y potencia, es lo mejorcito del

mercado con diferencia; en un circuito sería difícil batirlo, aún llevando un coche mucho más potente.

—Pero no lo quiero para correr contra los domingueros que van al Jarama los fines de semana a presumir de sus Ferraris. Quiero algo más radical.

—Uf, espero poder ayudarte, aunque no entiendo lo de «más radical». ¿En qué habías pensado? Aquí podemos hacer casi de todo, podríamos encargarte piezas o incluso fabricar artesanalmente otras, como los escapes y la carrocería. Pero piensa que un coche como este no es barato de forzar hasta sus límites.

—El precio lo trataremos después, por ahora quiero que apuntes. —El encargado del taller sacó libreta y bolígrafo—. Quiero la instalación de un compresor volumétrico Garret dedicado exclusivamente a altas revoluciones (de 3 500 en adelante). El turbo actual lo aumentarás de presión de soplado y lo modificarás para dar más rendimiento a bajas revoluciones, que es cuando el volumétrico Garret no estará trabajando. Con ese equilibrado de bloque motor y el incremento de potencia, reprogramaremos la centralita y tendremos que cambiar muchas piezas que soporten el nuevo empuje. Instalaremos un intercooler mayor y otro secundario para refrigerar los compresores. Si fuese necesario, moldearíamos una joroba en el capó para que tapase el exceso de volumen.

—¡Joder!

—Espera que sigo: quiero una caja de cambios electrónica secuencial de la marca Bacci Romano, asientos Sabelt ultraligeros, una línea de admisión y escape nueva y realizada enteramente con titanio, de la marca Remus y con válvulas de cierre; quiero cubiertas semi *slicks*, llantas O.Z. de aleación de magnesio, frenos AP Racing de seis pistones y discos de carbono en las cuatro ruedas...

—Me pierdo tío, más despacio.

—Te lo apunto yo, solo quedan algunos detalles de amortiguación, barra estabilizadora y el aligerado del coche, te pongo la carrocería que quiero que me hagáis y los cristales de plexiglás para sustituir las lunas actuales.

—Tío te estás haciendo algo más rápido que un DTM, qué salvajada. ¿Piensas retar en carrera a un Formula 1?

Durante la conversación, Victor permanecía mudo, no imaginaba que su colega iba a invertir tanto en un coche que ya costaba de serie ochenta mil euros. Desconocía la capacidad económica del fotógrafo.

—Tío, esto te va a costar más que haber comprado un Ferrari nuevo —le dijo su amigo.

—Cuando el Audi esté terminado, superará por mucho los quinientos caballos, pesará mil kilos o menos y llevará un tren de rodaje y frenos de alta competición. No existe Ferrari en el mundo (quitando los Formula 1) que se acerque de lejos a las prestaciones que tendrá —respondió el mecánico.

El dueño del taller estuvo haciendo números en el ordenador y, por el tiempo que tardó, el precio no sería bajo.

—Tío, así a ojo, te costará unos ochenta mil, incluyendo la mano de obra. —El dueño del taller esperaba algún tipo de regateo por parte de Alfil, pero no fue eso lo que oyó de su nuevo cliente.

—¿Cuánto tardará en estar listo?

—Unos tres meses, más o menos.

—Te daré ahora cincuenta mil euros —sacó un cheque de su bolsillo y lo colocó sobre el mostrador, ante las miradas de sorpresa de Victor y el mecánico—. Y te daré otros cincuenta mil en treinta días, pero tienes un mes para hacerlo y llevarte el plus de veinte mil. Aunque ese extra de dinero no es solo por la rapidez, también quiero confidencialidad. No abrirás ninguna ficha a mi nombre, ni DNI, ni harás fotos del coche, y sabré si las has hecho, tenlo por seguro. Ni emitirás facturas; y quiero que nadie ajeno a tu equipo de confianza vea el coche durante el proceso ni acabado, ¿entendido?

—Joder, por ese extra te vendo a mi madre también. —Se dieron un apretón de manos y Alfil se marchó de vuelta con Victor.

Un mes más tarde, en una zona privada del almacén que el dueño del taller había habilitado exclusivamente para ese trabajo, le entregaban el coche al fotógrafo, a las dos de la madrugada y con matriculas pegadas magnéticamente, una más de las muchas especificaciones que pidió.

—Bueno, ha sido un placer. Y una pena que no me dejes mostrar al mundo el trabajo realizado. Este coche es único, el orgullo de mi taller, un hijo concebido y criado con mimo. Una bestia con la que la poli no te pillaré después del atraco.

—¿Atraco?

—Con un monstruo así puedes atracar el Banco de España a las 12 del mediodía y no te pillaría ni toda la policía de Madrid.

—Le daré un uso más divertido y no tan delictivo, tenlo por seguro. — Alfil entregó el segundo cheque.

—Pues no parece tan potente, si está casi igual —dijo Victor, decepcionado al ver que no tenía pegatinas ni luces de neón.

—Aquí te dejo las pruebas de potencia de la bancada. La criatura ha marcado 587 cv y 782 N/m, y un peso de 980 kg. No hay nada mejor en todo

el país. —El dueño del taller mostraba orgulloso las notas de su creación.

Alfil se marchó montado en su nuevo coche, escoltado de nuevo por su amigo. La noche era perfecta para poner a prueba la inversión realizada.

### 3

—¿Qué haces? Estás empanao. ¿En qué estás pensando?

—Dime.

—Te digo que si nos vamos ya para la carrera. Willy me ha mandado un mensaje para que sepamos que están en Fuenlabrada. Hay hoy mucho jaleo de policía por Leganés. Dice también que ha ideado un circuito guapo con cuatro inscritos ya.

—Vamos. —Alfil saltó del capó del coche y se dirigió al suyo.

—A ver si le pones nombre —le gritó Victor desde la distancia—, que llevas más de veinte victorias seguidas. Ese coche ya es leyenda y hay que bautizarlo antes de que le sigan llamando el batmovil, pedazo de hortera. Mira que tener un coche completamente negro.

—¿Batmovil? Ja, ja, ja, ahora tendré complejo de Bruce Wayne, muy apropiado.

Victor había introducido a Alfil en las carreras, un mundo que le había atraído desde hacía muchos años, cuando empezó a correr con sus motocicletas. Le guardaba el secreto de su identidad y le aportaba una amistad sincera, algo de lo que escaseaba en su día a día. Por todo ello, cuando Victor corría en una carrera en la que participaba también Alfil, este último no le aceptaba el dinero de la apuesta tras la victoria. Lo que provocaba el enfado y protesta de Victor, aunque el fotógrafo acababa siempre convenciéndole de que le debía mucho, como haberle introducido en las carreras, el guardarle la identidad o el haberle llevado al taller donde modificaron su coche.

Esa noche venció Alfil, como siempre. El organizador de la carrera, Guillermo, al que todos conocían como Willy, dio el dinero al ganador. Victor se acercó al Audi y se montó en el asiento del acompañante.

—Puto amo, no hay quien pueda contigo, y seguro que ni te esforzaste.

—Estás loco, casi te matas en la curva de entrada de la M-50.

—Estaba todo controlado. Y si un día tengo que morir, ¿habrá forma más guapa de palmar que estampado contra la mediana de una autopista a casi

doscientos por hora?

—Pues eso, como una cabra.

—Ja, ja, ja.

—Toma, quiero que cojas esto y vayas al taller a meterle un aligerado de peso a esa tartana de Célica —le dijo Alfil, dándole la recaudación, unos 5 500 euros después de la comisión del organizador.

—¿Qué dices tío? ¿Ya estás otra vez con eso? No quiero tu caridad.

—No es caridad, es que si no sube el nivel por aquí, no me voy a divertir y dejaré de venir a correr. Y tú eres el único que puede ponerme en apuros, pero necesito que aligeres ese culo gordo japonés.

Victor siempre estaba sin un euro, por eso arrastraba ese coche de unos diez años. Su sueldo daba para poco y participaba en las carreras con la esperanza de tener una noche de suerte.

—Joder tío, gracias. Es difícil encontrar un amigo de verdad por aquí. ¿Nunca te he dicho lo que te aprecio, hermano?

—No me hagas la pelota, que se te da fatal. Y largo del coche, que luego olerá a tabaco.

—¡Pues te vas a la mierda, tío!

—¿Ves? Ese sí eres tú, y en estado puro.

—Eres un estirado, no lo puedes evitar, como esos aristócratas o cómo se llamen. ¡Eh tío! Ya sé como llamaré a tu coche: Duquesa. Eso me recordará a ti.

—Eso sueña fatal. En serio, déjate de historias, no necesito que el coche tenga ningún nombre.

—Tú déjame a mí y ya verás.

Victor se bajó del coche y Alfil se marchó para dejarlo a buen recaudo en el garaje de Chamartín. Allí montó en el Jaguar y regresó a casa.

## Capítulo 11

Barcelona, 2003

Hacía media hora que habían salido de clases y Clara disfrutaba con sus dos mejores amigas de un momento de relax, tomando un refresco bajo los característicos toldos rojos del Café Berlín, entre la calle Muntaner y la avenida Diagonal. No había hecho más que empezar la primavera y las chicas ya disfrutaban de los últimos rayos de sol de la tarde, aún insuficientes para calentar las frías y húmedas tardes de Barcelona. Clara comentaba a sus amigas que casi no había tenido tiempo de cambiarse de ropa, la llamada repentina para salir a dar una vuelta le había cogido por sorpresa. Sus dos amigas reían tras miradas cómplices.

—Qué calor hace debajo de esta estufa —protestó Merce, mirando el calentador de gas butano que tenía sobre la cabeza.

—Eso te pasa por lista. Has llegado corriendo para coger la silla que creías mejor y ahora te estás asando.

—¿No me cambiáis el sitio?

—¡No! —respondieron sus amigas al unísono.

El molesto ruido que emitía el tráfico se intensificaba a medida que los trabajadores de la zona salían de las empresas para regresar a sus casas, aunque era insuficiente para eclipsar las risas de las chicas. Clara no recordaba cuántos meses hacía que no tomaba un café o refresco con sus amigas, pero seguro que fue a comienzos del otoño pasado; y no lo echaba en falta, después de todo se veían a diario en el Liceo y otras muchas veces estudiando juntas en casa de alguna de ellas. Se había extrañado por la urgencia con la que la habían llamado; eso sin contar, claro, que sus padres le hubiesen dado permiso con la cantidad de secuestros que había últimamente...

—¿Por qué hemos quedado aquí? Nunca habíamos venido a esta cafetería. Podríamos haber ido a mi casa o a las vuestras, como siempre. Y menuda

paliza, todavía hace frío, deberíamos haber esperado al mes que viene para dar una vuelta, cuando hiciese más calor.

—Cómo te quejas y qué aburrida eres, no quieres salir nunca a ningún sitio. Ya va siendo hora de que empecemos a divertirnos, pero no como niñas pequeñas, sino en cafeterías, bares, con chicos... —respondió Merce ante la atónita mirada de Clara y de Alba.

—¿Qué dices? Menos mal que mis padres no te están escuchando, no me dejarían salir contigo —dijo Clara mientras Alba reía.

—Tía, ya tenemos dieciséis años, no somos niñas pequeñas. No me digas que no te gusta ningún chico.

—Pues no, ahora solo me importa el instituto, quiero conseguir la nota para entrar en la Facultad de Derecho. No tengo tiempo para pensar en chicos y otras tonterías.

—Pues llevas tres días de un insoportable con lo del motero macarra ese...

—¿Macarra? ¿Quién ha dicho que sea un macarra?

—¿Ves? Te ha molestado, eso es que te gusta. Así que no vayas de estrecha.

—Alba, no entiendo cómo soportamos a Merce.

—Bueno, algo de razón tiene. Ya no somos niñas pequeñas, y cuando hablas de tu motero te brillan los ojos y te pones algo roja. No lo niegues ahora. Es tu príncipe salvador.

—¿Tú también? No me lo puedo creer. Voy al baño, necesito aire después de aguantaros.

La chica se levantó para entrar en la cafetería. Ya no vestía de uniforme, llevaba un pantalón pitillo beis, una camisa blanca y una chaqueta de punto marrón; contrastaba con la ropa más agresiva de sus amigas, amantes de las minifaldas. Clara era más alta que ellas, incluso cuando llevaban zapatos de tacón y ella no, pero no sentía esa necesidad de mostrar su cuerpo que parecía seducir tanto a Merce y Alba. Al volver a la mesa, oyó a alguien llamándola por su nombre.

—¿Clara? ¡Vaya! Así que aquí es donde se reúnen las niñas pijas cuando salen del colegio.

Al girarse pudo ver a Alfil sobre su moto, a solo un metro a su derecha, justo en el límite de la carretera con la acera plagada de mesas y sillas. El chico sonreía con ese gesto de confianza que a ella sacaba de quicio a la vez que atraía de un modo desconocido hasta ese momento. La chica no se acercó, permaneció allí, de pie y tratando de parecer indiferente ante él.



—¿Qué haces aquí? ¿No me estarás espiando? —Se sentía sorprendida, aunque ni mucho menos enfadada; más bien todo lo contrario, pero no quería que el chico lo notase.

—Si te espiara, no me acercaría tanto, ¿verdad? Y ¿por qué estás enfadada? ¿Te he hecho algo malo? Prefiero que sonrías, así no te ves tan fea.

—Eres un idiota. ¿Has venido a insultarme? Un día me salvas de unos gamberros y otro me llamas fea, ¿a qué viene eso?

—Tú lo has dicho, primero te salvo de unos gamberros y otro día me recibes con esa mala cara. Parece que no te guste verme.

—Tampoco he dicho eso...

—Entonces sube a la moto, vamos a dar una vuelta.

—Ni lo sueñes. He quedado con mis amigas y no las voy a dejar aquí por ir contigo.

—¿Qué amigas?

Clara miró hacia su izquierda, donde deberían estar Merce y Alba, pero ya no había nadie en la mesa. La chica quedó muda, no entendía cómo habían desaparecido dejándola sola. Alfil bajó de la moto y dejó un billete de veinte euros bajo un plato en la mesa, luego volvió a montar mientras ofrecía un casco a la chica.

—Venga, no tengas miedo, no te voy a morder.

—No te tengo miedo, ni a montar en moto. Lo he hecho varias veces el verano pasado en la vespa de mi primo.

—¡Vaya! Así que tenemos aquí a toda una motera. Coge el casco y sube. Si lo haces, te enseñaré un sitio que no olvidarás.

—No puedo volver tarde a casa.

—Bueno, tampoco pensaba llevarte a Ibiza en moto.

—Qué gracioso...

La chica trató de resistirse con toda su alma, no quería dejarse vencer por el deseo del chico, pero acabó cediendo ante las sensaciones que le provocaba. Subió a la moto y buscó con ansiedad dónde colocar las manos para su seguridad.

—Es mejor que te agarres a mi cintura —dijo Alfil con una sonrisa—, irás más cómoda. Si te agarras al sillín puedes caer hacia atrás y golpearte la cabeza contra el suelo.

Ella iba a rechazar la oferta en el acto, no quería seguirle el juego, porque, aunque le gustaba el chico, le parecía muy engreído, pero el miedo a caerse de la moto, que parecía más rápida y peligrosa que la vespa de su primo, le convenció para agarrarse a su cintura. La moto rugió antes de dar la vuelta y

encarar veloz la subida de la avenida, donde Alfil aceleró con fuerza y ella, tras sentir la presión en su estómago, cerró los ojos con miedo y apretó con fuerza su cuerpo contra la espalda del chico.

—¿Quieres que vaya más despacio?

—¡Sí por favor! —gritó ella—. ¡Y no vayamos muy lejos, no quiero problemas con mis padres!

Alfil recorrió unos doscientos metros antes de frenar en la puerta de La Pedrera. Justo donde había llevado a Esther diez días antes.

—No hemos ido muy lejos, ¿verdad? —preguntó el chico después de frenar y apagar el motor.

—¿La cafetería de La Pedrera? Pensaba que un «sitio chulo» sería algo más desconocido. Aquí he venido muchas veces.

—¿En serio? ¿Querrías apostar a que no has venido nunca ni has visto algo tan bonito?

Alfil se bajó de la moto para ayudar a la chica en la misma tarea. Se quitaron los cascos y Clara se dejó llevar hacia una puerta situada a la derecha de la entrada de la cafetería. Al llegar, el chico llamó con dos golpes secos seguidos de un tercero más tarde.

—Espero que esto no sea un secuestro, mis padres te matarían.

La chica preguntaba muy en serio. La puerta a la que habían llamado no era tan elegante como la del restaurante, por decirlo de un modo suave. Y el chico seguía sin decirle adónde la llevaba, se limitaba a sonreír y pedir que confiara en él. Quizá la información que había conseguido su padre a través del abogado de la empresa no fuera tan fiable.

—Puedes volver a casa cuando lo desees, pero te pido que esperes dos minutos más, solo dos, te gustará.

Alfil la tenía fascinada. Ella no había pensado jamás en chicos, pero este había llegado de repente para monopolizar sus pensamientos. Tampoco se hubiera imaginado, una semana antes, montando en la moto de un desconocido. Y solo sabía de él lo que dijo su padre aquella cena, sin tener la seguridad de que fuese verdad al cien por cien.

La chica se sobresaltó cuando la puerta de metal oxidado emitió un chirrido desgarrador. Tras ella apareció un camarero del restaurante, al menos llevaba el mismo uniforme. El chico dio una llave a Alfil mientras recibía con una sonrisa cómplice algo a modo de apretón de manos, de forma muy disimulada. Clara comenzaba a asustarse, pero a pesar de eso entró en la oscuridad de la estancia. Su vista se adaptó a los pocos segundos y pudo ver

que se encontraba en un especie de almacén lleno de cajas de cerveza, vino, refrescos... donde no olía a lugar paradisíaco precisamente.

—Ven conmigo, ya casi hemos llegado.

Alfil la llevó de la mano hasta la pared del fondo y abrió una puerta de metal forjado, era un montacargas o ascensor muy antiguo.

—¿Me traes a tomar un café a la casa de La Pedrera? Creo que no he estado dentro de esta casa desde que la visité con el colegio hace años.

—No seas tan impaciente. ¿Por qué no te dejas llevar?

—No te conozco, no me fío aún de ti —respondió sin tener del todo claro si era cierto o no.

—Ya te he dicho que puedes volver a casa cuando desees. Solo tienes que pedírmelo y te llevaré en menos de diez minutos. —Alfil pulsó el botón de parada del montacargas.

—Está bien, me fiaré un rato más. —Clara no se podía resistir a la sonrisa que le dedicaba el chico.

El montacargas continuó hasta terminar su lento trayecto. Alfil condujo a Clara hacia una puerta de metal, justo al final de la nueva estancia en la que se encontraban, abrió dicha puerta con la llave que le había dado el camarero y pidió a Clara que entrase primero.

La chica vio abrirse un mundo mágico ante ella, con una brisa fresca y repleto de destellos a su alrededor. Docenas de guirnaldas de luces colgando sobre la terraza con miles de bombillas que centelleaban sobre ella, y más allá de las artificiales estrellas, observaba el techo azul intenso que había quedado tras el atardecer. Las formas sinuosas planificadas por Gaudí en el suelo, unidas a las decenas de ramos de rosas blancas y rosas que había sembradas por el lugar, le provocaron la sensación de caminar sobre una mullida nube. Al fondo, para disfrutar de las mejores vistas del ocaso sobre el mar, había una pequeña mesa y dos sillas, todo ornamentado con manteles, servilletas, velas y otros adornos de color rosa.

Clara no podía articular palabra, permaneció durante minutos admirando el despliegue que había organizado el chico para ella. Caminaba despacio mientras observaba cada detalle a su alrededor, tratando de tocar las bombillas que flotaban sobre su cabeza o descubriendo los jarrones de rosas dispersos por todo el suelo, se agachaba para olerlos de cerca cuando no elevaba sus brazos, a la vez que saltaba, pensando que podría tocar el cielo en ese momento, todo ante la atenta mirada de Alfil, que sentía ínfimo todo el esfuerzo de organizar aquella sorpresa en comparación con vivir ese instante a

su lado; por el semblante y los movimientos de Clara, pareciera que estaba soñando o descubriendo el país de Nunca Jamás.

La azotea del edificio permanecía cerrada desde hacía años para conservarla mejor ante el desgaste de los turistas. Alfil tuvo que «insistir» mucho a los responsables del lugar para que le permitieran disponer de ella durante unas dos horas, además de disponer de la ayuda de los camareros y de un tiempo extra para decorarlo todo.

—¿Qué es esto? —musitó Clara con timidez.

—Sabía que contaba con muy poco tiempo hasta que volvieras a casa, así que es lo más cerca que he podido acercarte al cielo.

Ella no pudo contestar. Un rubor incendió sus mejillas a la vez que notó cómo se empañaban sus ojos y aumentaba el temblor de sus labios. El chico, consciente del momento incómodo para ella, se acercó con una sonrisa y le tendió la mano para acompañarla hasta la mesa.

—Suelo venir a menudo a la cafetería de abajo —continuaba—, los camareros te tratan bien si tú les tratas bien. Un día pides un favor y ellos te echan una mano. Eso es todo.

—Esto no es un favor —dijo Clara sin dejar de mirar a su alrededor—, han debido estar horas colocando bombillas y flores. ¿Y el permiso de la azotea?

—No tiene importancia, unas llamadas durante estos días.

—¿Días? Pero si me has encontrado por casualidad en la cafetería, ¿no? ¿Alfil?

—Fui a verte al Liceo varias veces, quería hablar contigo en un entorno más tranquilo, ya sabes, sin un accidente o gamberros de por medio, pero siempre permanecías dentro del edificio hasta que aparecía tu padre; era imposible verte a solas. Así que un día paré por la calle a tu amiga Merce mientras caminaba hacia su casa. Ella me ayudó a conseguir, por fin, sacarte de casa y coordinar el tiempo necesario para traerte aquí.

—Que hija de... —no pudo evitar una sonrisa—. Por eso insistió tanto en quedar hoy en ese lugar y a esa hora en concreto. «Es una cuestión de vida o muerte», decía.

—No la culpes, no imaginas lo que le insistí hasta convencerla de que me ayudara, incluso me dijo que te gustaba el color rosa. —Alfil hizo un gesto con la mano señalando a su alrededor, bombillas rosas que se mezclaban con las blancas, flores, lazos de seda, parecía la decoración de una boda americana cursi.

—Es todo precioso... pero, ¿no tienes nada mejor que hacer que ir detrás de niñas?

—Eres un poco mayorcita para ser una niña, ¿no? Ya debes de tener unos dieciséis años, toda una mujer adulta —usaba el sarcasmo ante la cara de sorpresa de ella—. Nada menos que un año y nueve meses menos que yo.

—No te rías. ¿Y cómo sabes mi edad?

—Igual que tú sabes mi nombre, porque yo no recuerdo habértelo dicho. ¿Has estado investigándome? No serás detective en tus momentos libres, ¿verdad?

—No, oí a mi padre hablar de ti tras el accidente. Dice que eres un buen chico.

—Así que el detective es tu padre, no sabía que yo le preocupara tanto. Y, ¿cuál es tu opinión? Eso me interesa más.

—Creo que eres un poco golfo.

—Ja, ja, ja. ¡Vaya! No vas falta de sinceridad. Pues me alegro de que te gusten los golfos. —Alfil lo dijo acercándose a ella con una mirada divertida.

—No me gustan. ¿Por qué dices eso?

—Porque te has montado en una moto con un golfo, y has entrado luego en un edificio por esa puerta vieja y misteriosa; te has dejado llevar por donde un golfo te ha conducido sin oponer resistencia. Deben de gustarte mucho si haces esas imprudencias por ellos, o debo de gustarte yo en particular. —Alfil se acercó más para seguir el juego con la chica. Ella se hacía la indignada, pero solo fingía, en el fondo deseaba tenerle lo más cerca posible.

—Vuelves a portarte como un idiota. No has terminado de hacer o decir algo bonito, cuando me molestas en la siguiente frase.

—¿Y cómo quieres que me comporte? A ver... dime. ¿Prefieres que te dé un beso? —Se había acercado tanto a ella que susurraba con su boca a escasos milímetros de la suya, entreabierta y respirando con dificultad. Cada uno sentía la cálida e intensa respiración del otro.

—Ni se te ocurra hacerlo —pudo decir Clara tras recuperar la compostura y apartar con las manos al chico.

—Relájate flaca, no tenía intención de besarte, es más, no pienso hacerlo nunca. Tendrás que ser tú la que me bese a mí.

—Pues estás listo.

—Ya veremos cuando no puedas contener las ganas.

Siguieron jugando al gato y al ratón, a ver cuál de ellos estaba más interesado en el otro, hasta que ella fue consciente de que había anochecido y debía marcharse a casa. Alfil la acercó hasta unos cincuenta metros para que

sus padres no oyeran ni viesen la moto, no quería que la castigaran. No hubo besos de despedida, solo un cruce de miradas que dejó claras las intenciones de ambos.

El chico partió hacia su casa cuando vio, a través de su retrovisor izquierdo, cómo ella se giraba una vez más, sonriendo. Ese gesto se acababa de convertir en una costumbre, aunque cada vez que lo repetía su cara iba mostrando un semblante más amistoso. Estaba enamorándose de él.

Estaban enamorándose los dos.

## Capítulo 12

Alfil continuaba con su juego de indiferencia y por eso no trató de besar a la chica al despedirse, se había empeñado en conseguir que fuese ella la que diera ese primer paso. Clara también se divertía haciéndose de rogar, aunque le abrasaban las ganas de besar al chico. Al separarse y ver desaparecer la moto al final de la calle, la chica entró en su casa; allí se encontró con su madre.

—¡Qué susto! ¿Qué haces detrás de la puerta, mamá?

—¿Estás bien, cariño?

—Claro, ¿por qué lo preguntas?

—Te dijimos que volvieras antes de las once y aún no son las diez y media.

—Tengo que estudiar y ya empezaba a hacer frío en la calle.

—Aparte de estudiar, debes salir y divertirte con tus amigas, ya no eres una niña.

—Vaya, eso lo he oído hoy muchas veces.

Si le contara a su madre con quién había estado esa tarde, seguro que cambiaba de opinión en lo de que ya no era una niña. Mejor no comentar nada, pensó.

—¿Qué dices?

—Nada mamá, que no tengo hambre. Subiré a mi habitación a darme una ducha y estudiar un poco.

—¿Pero, cómo no vas a cenar? ¿Y esa sonrisa que no te sacas de la cara? ¿Tienes algo que contarme? —La madre sonreía de forma pícaro. Quería que su hija le contara cotilleos, ser su confidente, sentía curiosidad por si a su hija le gustaba algún chico.

—¡Anda, mamá! No digas tonterías.

Su boca trataba de engañar a su madre, pero sus ojos no lo lograron. Clara se avergonzaba por la situación, no sabía qué hacer con sus sudorosas manos

y las metió en los bolsillos de su chaqueta de punto, sintiendo algo en el de la derecha que antes no estaba allí. Un papel rígido que ocupaba casi todo el bolsillo. ¿De qué se trataba? Sin duda lo había puesto ahí Alfil, así que no podría sacarlo hasta estar a solas.

—Está bien, ahora bajaré a cenar con vosotros, dame tiempo para ducharme. —Y escapó corriendo escaleras arriba del interrogatorio sentimental al que la estaba sometiendo su madre.

—Ni se te ocurra quedarte sin cenar, ¿me oyes, Clarita? Te esperaremos. —Siempre usaba ese diminutivo para recordarle su autoridad sobre ella.

La chica entró en su habitación y cerró la puerta con el pasador de seguridad del pomo, algo que no recordaba haber hecho nunca antes. Se tumbó sobre la cama y sacó con cuidado el papel, lo llevaba oculto entre las manos, formando con ellas un cofre; en su interior había algo desconocido que le había acelerado el corazón, algo que le hacía sentir impaciencia y temor, a partes iguales, ante la idea de saber de qué se trataba. La espera no se alargó más, apartó las manos despacio, pensando que sería el número de teléfono del chico o algo parecido. Se equivocaba, era una foto en blanco y negro; un retrato, con su uniforme del colegio, en el que aparecía con la mirada perdida. Nunca había visto una foto tan bonita de sí misma, en ella, la luz acariciaba su rostro y su cabello de un modo mágico, destacándola del gris oscuro y desenfocado fondo. ¿Cuándo la había hecho? ¿Cómo no se dio cuenta de que el chico estaba allí tan cerca? No le importaba conocer las respuestas, nada le importaba en aquel momento, porque, aunque su cuerpo se hallaba en casa, sobre la cama, su mente aún permanecía flotando sobre aquella terraza de la Pedrera, aturdida bajo los destellos de las luces y el olor de las rosas. Aún no había puesto los pies en la tierra, seguía volando sobre la moto, podía sentir, incluso, el temblor en su pecho que producía el ronroneo del motor, el calor que desprendía la espalda de Alfil cuando lo abrazaba con fuerza, el bloqueo de sus sentidos cuando él sonreía...

De repente volvió a la realidad. Sus padres la castigarían si supiesen lo que había hecho y con quién había estado. Guardar aquel secreto la excitaba aún más. Debía esconder la fotografía para que su madre no la encontrase; por lo pronto la metió bajo la almohada. Al colocarla allí, observó que había algo escrito en el dorso: «Este es el origen y el final de todo, tú lo eres todo». Y debajo de esa línea había otra más: «Seguro que ahora sí me besarías».

Clara estaba sin palabras, llevó una mano a su trémula boca y sintió en las yemas de los dedos el calor que desprendían sus labios. El chico tenía razón, en ese momento le besaría sin dudar.



No pudo dormir en toda la noche; la pasó pensando en las luces de la azotea, en la sonrisa del chico al verla emocionada por la sorpresa, en sus labios cuando le rechazó aquel beso. Ahora no sabía cómo hacer para conseguir que él volviese a intentarlo, debía ser ella la que se lanzase, pero la vergüenza ante la idea de dar su primer beso era de igual magnitud que las ganas por recibirlo.

## 2

—¿Estás bien, Clara? Te veo nerviosa, ¿qué buscas? —Su padre la observaba desde el espejo retrovisor.

La chica iba en el asiento trasero del coche de su padre, como cada mañana; aunque ese día no era como los anteriores, algo había cambiado en su interior y era percibido por sus seres queridos. La imborrable sonrisa, los ojos cansados por no haber dormido en toda la noche y su mirada nerviosa a través de la ventanilla del coche, alertaron a su padre.

—Nada, me pareció ver el coche de una amiga de clase.

—Te veo mala cara, ¿has dormido bien? No debiste quedarte anoche sin cenar, espero que hayas desayunado bien esta mañana. Tu madre está preocupada.

—Que sí, estoy muy bien, de verdad —contestó con notable tono de cansancio ante tanta pregunta y la innecesaria preocupación de sus padres.

Ella seguía mirando a través de las ventanillas con la esperanza de ver aparecer la moto del chico. En sus manos, de nuevo, ocultaba la foto como si se tratase del cofre con su más preciado tesoro, la acariciaba inconscientemente mientras seguía la búsqueda. Sabía que Alfil estaba cerca de ella, o al menos así lo intuía. Era algo difícil de explicar; simplemente, notaba su presencia, aunque no estaba segura de si era en forma física o es que se había alojado en su interior hasta dejar la impronta de su ser. Llegaron a la puerta del Liceo, ella se despidió de su padre y caminó hacia la puerta del instituto, pero mucho más despacio que de costumbre. Cuando vio por el rabillo del ojo que el coche había desaparecido por el fondo de la calle, se giró y buscó más detenidamente, pero la zona estaba demasiado llena como para localizar a nadie en concreto, por un lado los que iban al trabajo, por otro los que llegaban al colegio, también los coches embotellando toda la calle. No

lograba verle pero aún así sonreía, algo le decía que Alfil estaba ahí, quizás haciendo fotos con su cámara tras el parabrisas de algún coche. Observó un punto de la acera de enfrente y pensó que debía ser ese el lugar desde el que la fotografió aquel día. «Bueno —se dijo—, ahora debo entrar en clase, tal vez te vea a la salida».

Ya en los pasillos del centro pudo ver a Merce corriendo hacia ella, llevaba una carcajada dibujada en la cara y no paraba de gestionar con los brazos, cualquiera diría que acababa de marcar un gol. Su amiga parecía llevar esperándola toda la mañana para que le contase lo ocurrido el día anterior.

—¡Qué fuerte! No me puedo creer que te montaras ayer con él en la moto, te estuvimos espiando desde la esquina de la cafetería.

—Soy yo la que no se puede creer que me montaras una encerrona sin decirme nada. ¡Menuda amiga estás hecha!

—Es que si te lo digo, no vienes, con lo ñoña que eres... Pero cuéntame. ¿Te besó? ¿Adónde te llevó? No habrás perdido la virginidad, ¿verdad? Que yo quiero ser la primera en hacerlo.

—¡Qué bestia eres! ¿En qué momento pasaste de jugar con las muñecas para decir y pensar esas burradas? No hicimos nada, ni siquiera nos besamos.

—¡Lo sabía! Eres una estrecha, seguro que te acaba dejando por alguna más facilona.

—¡Vete a la mierda! Eres una bruja.

—Anda, si te has enfadado. ¡Madre mía, estás enamorada! Ja, ja, ja.

—Cállate, ya llegamos a clase.

—Pero luego me lo tienes que contar todo, con detalles.

Los compañeros de clase habían oído la conversación y miraban a Clara sonriendo.

—Cuando acabe la clase, te juro que te mato.

## Capítulo 13

Gracias a que su abuelo había aprobado la compra de la nueva moto, Alfil regresaba a casa tras su primera cita con Clara sin necesitar el coche ni a su chofer. La plaza de garaje que alquiló cerca de la universidad la usaría para guardar la Yamaha, por si la necesitase en un futuro contratiempo. Había decidido montar la Ducati por el momento, se sentía más cómodo con ella.

Sus abuelos esperaban la llegada del chico, ya sentados a la mesa, para cenar como cada noche. A Alfil no le pareció que el semblante de su mentor fuese de enfado por su tardanza y, aunque esa era una buena noticia y le tranquilizaba, esperaría al transcurso de la cena antes de hacerse ilusiones. Que su abuelo le hubiese descubierto tras sus salidas nocturnas, la carrera ilegal y la compra de la nueva moto, le hacía ser más cauto que de costumbre. Sabía que usaría su influencia para tenerle más controlado y vigilado que nunca, no podría dar un paso sin notar ojos a su alrededor. Incluso tenía la seguridad de que algún detective o agencia a sueldo de su abuelo le seguía a diario.

—¿Cómo ha ido el día? Ya he oído llegar la moto nueva, suena muy bien. ¿Qué tienes pensado hacer con la otra? —rompió el hielo su mentor, que, como de costumbre, hablaba con indiferencia y sin mirarle a la cara.

—La Yamaha la guardaré en un garaje que alquilé al lado de la universidad, por si la necesitara. El día bien, estuve unas horas en la biblioteca y luego fui a tomar algo a La Pedrera. —No mentía, era exactamente lo que había hecho. Sabía que decir la verdad le favorecería más que mentir, sobre todo por la tensión y los abusos de confianza de los días anteriores.

—¿Y cómo es la chica? ¿Es guapa? —soltó su abuela de repente, como si se tratase de un cubo de agua helada arrojado sobre el chico.

—¿Cómo dices, yaya? —respondió sorprendido. Tuvo que controlar la tos al tragar demasiado deprisa, y luego trató de recuperar la compostura.

—Si has llegado a estas horas, debe ser por alguna chica; y muy guapa será para que te haya sacado la sonrisa que llevas en la cara desde que has entrado.

¿Cómo iba Alfil a engañar a quien más quería y quien más le quería en el mundo? A quien, además, le conocía mejor de lo que se conocía a sí mismo. Ella sonreía expectante ante una respuesta que el chico no quería dar, y menos aún con su abuelo presente. Este no aprobaría una relación afectiva de su pupilo antes de terminar su estricta formación.

—Hay una chica, pero no es ninguna novia, no tengo tiempo para eso — mentía, sí deseaba una relación con Clara.

—¡Vamos! Ya tienes edad para interesarte por las chicas, ¿cuándo si no? Olvida al gruñón de tu abuelo y cuéntame detalles. Vamos, vamos. —La abuela disfrutaba viendo la cara de circunstancia de su marido, sabía cómo le estaba enojando aquella conversación.

—Mejor en otro momento, abuela.

Alfil cortó la conversación al ver la cara de su mentor. Después de la prohibición de la moto por las carreras, lo último que deseaba era enfadarle de nuevo por hacer algo que tampoco aprobase.

—Sí, mejor dejaos de cotilleos de patio de vecinos. Durante la cena hay que mantener una educación y un decoro ejemplares. —El abuelo terminó con los cotilleos cuando ya no quería oír más impertinencias.

## 2

El dormitorio de Alfil se ubicaba en la segunda planta, al final del ala oeste de la casa. Contaba en su interior con una sala de estar perfectamente equipada, una zona de estudio, su propio baño y el vestidor. Lo suficiente para no necesitar salir de allí durante días. Contando con el personal de servicio que se encargaba de la limpieza, comodidad y cuidado del chico, se podría decir que era lo más parecido a disfrutar de una *suite* de lujo en un hotel.

En esos momentos, Alfil acababa de ducharse tras la cena y se disponía a estudiar durante una hora antes de dormir. Aunque su mente se encontraba a muchos kilómetros de distancia, recordando cada segundo que había vivido aquella tarde bajo las luces de la azotea de la Pedrera. Súbitamente, la realidad, en forma de golpes continuos y suaves sobre la puerta de su

habitación, le expulsó de sus sueños. Sabía que era su abuela, usaba esa forma de llamar desde que jugaban a espías por la casa.

—¿Puede entrar tu abuela favorita a darte las buenas noches? —La puerta se abrió unos centímetros, lo justo para que la anciana, de forma pícara, apareciese sonriendo desde el otro lado.

—Mira que eres cotilla, ya te he dicho que no hay nada que contar, solo tengo una amiga a la que estoy conociendo. —Se moría de ganas de contar a su abuela (su confidente) las mil sensaciones que experimentaba cuando estaba junto a Clara, pero temía que su abuelo se enterase de sus emociones y eso le provocase restricciones o castigos.

—Apiádate de esta pobre anciana enclaustrada en una mazmorra con el ogro gruñón de tu abuelo. No conozco nada del mundo salvo un rato que veo la televisión o leo un libro, así que tienes el deber y la obligación de informarme sobre cómo va tu vida amorosa. Y con todo lujo de detalles, no te saltes ninguno. —La señora se sentó en el sofá frente al televisor y Alfil fue tras ella para sentarse a su lado.

—Ja, ja, ja, eres un caso —respondió Alfil mientras le daba un sonoro beso en la frente—. No hay mucho que contar, es una chica dos años menor que yo, se llama Clara y vive en Sarriá. Pero poco más sé de ella, la he visto un par de veces.

—Y seguro que ya la tienes loquita, ¿a qué sí? Con lo guapo que es mi chico. —La anciana reía, orgullosa de su nieto.

—Ja, ja, ja, eso es porque me miras con buenos ojos.

—Las abuelas siempre pensamos que nuestros nietos son los más guapos, pero en mi caso tengo la suerte de que sea verdad. Anda ven, levántate para que practiquemos algo de baile, te vendrá bien cuando saques a Clara a bailar. —La señora se levantó como un resorte para colocarse con los brazos extendidos. Parecía la bailarina de una caja de música a la espera de que alguien le diese cuerda.

—Abuela, la gente ya no baila así, eso es del siglo pasado.

—¡Calla! La gente elegante siempre disfrutará de bailes clásicos. ¿Cómo ibas a arrimarte a tu chica si solo bailas ese «chunta chunta» que hay ahora?

—Está bien, tú ganas. Ven aquí Ginger Royers, veamos lo que sabes hacer. —Alfil agarró con cuidado a su abuela y comenzó a bailar un vals por la habitación.

—¿Sabes que el vals se usa para abrir el baile en las bodas? ¿Lo has hecho de forma subliminal? —La abuela guiñó el ojo con excesiva gesticulación para provocar a su nieto.

—Lo sé, pero lo he elegido porque sé que el abuelo no lo baila contigo desde vuestra boda. —El chico devolvió el guiño de ojo a su abuela, era su defensa al ataque anterior.

—*Touché.*

—Ja, ja, ja. No dejarás nunca de sorprenderme. Eres la mejor.

—Eso es lo más bonito que puedes ofrecerle a una chica. Cuando hayas elegido a la adecuada, no dejes de sorprenderla nunca, que su vida esté siempre llena de emociones, de sensaciones. Llévala en una nube toda su vida y nunca te canses de decirle que la quieres, a diario. —Su abuela hablaba con melancolía, evadida de la situación. Ya no había bromas ni diversión en su tono.

—¿Es amargura lo que oigo? ¿Quieres contarme algo, yaya?

—Ya conoces a tu abuelo... En la vida me ha dado un hijo maravilloso y un nieto aún mejor, pero no se ha esforzado mucho por mi felicidad. No cometas esos mismos errores. No importa lo que te enseñe y cómo te forme, en el futuro no debes parecerle a él, debes ser tú mismo. Y no debes descuidar lo más importante: la felicidad de compartir tu vida con quien se desviva por ti. Es preferible sufrir mil fracasos, teniendo un hombro en el que llorar y recibir consuelo, que mil triunfos sin tener con quién compartirlos y celebrarlos.

Después de bailar un rato más, ambos en silencio y haciéndose compañía el uno al otro como todos esos años de mutua soledad, su abuela se marchó dándole un beso en la frente.

El chico quedó solo y pensativo; nunca se había fijado en la relación de sus abuelos, nunca había visto esa distancia emocional y física entre ellos. No deseaba ese futuro para sí mismo, y mucho menos para Clara. No quería acabar solo, ni con ese semblante de amargura y melancolía que exhibían sus abuelos. Una chica o una pareja no debía ser un mero escudero con las tareas de acompañarle en el camino de la vida y de darle descendientes.

Algo tenía muy claro en ese momento: comenzaba a descubrir un mundo lleno de sensaciones para las que su abuelo no le había preparado.

## Capítulo 14

Pasaban unos minutos de la medianoche cuando Miguel regresaba a su casa tras dar una vuelta en moto con sus amigos, el dolor de su cara al colocarse el casco le impedía concentrarse y por ese motivo evitaba participar en carreras. Aún continuaba con su deseo de venganza y buscando la forma de devolver el daño físico, y sobre todo de reputación y orgullo, producido por Alfil. Esos pensamientos le consumían día a día, llegando a ser el tema de conversación habitual cuando estaba con sus amigos, que le ayudaban a planificar la forma de provocarle para entrar en una carrera y, una vez allí, destrozarle contra el asfalto o el tráfico; lo que fuese necesario. Los despreocupados chicos no temían a las consecuencias de un accidente grave o la muerte de Alfil, pensaban que se achacaría a un accidente de tráfico provocado por una simple imprudencia.

Miguel aparcó la moto sobre la acera y, como cada día, colocó una cadena atando la rueda trasera a la farola frente a su portal. Tan ensimismado estaba en sus pensamientos de venganza que no oyó el sonido de los pasos que se acercaban. A través de la visera del casco observó cómo se detenían ante él unos muy familiares zapatos de tacón alto, eran de Esther. No imaginaba que la chica, que había compartido su vida con él hasta hacía unas semanas, tuviese la poca vergüenza de aparecer por allí después de la jugarreta de abandonarle por el pipiolo delante de todo su grupo.

—¿Qué coño haces aquí? ¿No tienes otro sitio donde hacer la calle? —dijo de mala gana en cuanto se quitó el casco y tuvo a la chica frente a su cara.

—No es conmigo con quien deberías estar enfadado, ¿acaso no fue aquel niño pijo de mierda el que te ganó la carrera y luego te dio una paliza? Ese que te arrebató el respeto y a tu novia. —La chica sabía cómo manipular a los hombres, más aún a los que eran tan primitivos como Miguel—. Recuerda lo

bien que estábamos hace unas semanas y cómo ese desgraciado llegó para jodernos la vida.

—¿Qué sabrás tú, zorra? Tardaste poco en follarte al pijo, en cuanto tuviste la oportunidad. Él no me quitó ninguna novia, fuiste tú la que se fue con él, zorra de mierda. Y ahora vienes a tocarme los huevos. ¿Quieres que yo te ayude a vengarte por la humillación de que te dejara al día siguiente? Pues vas lista.

—Lo que quiero es que jodamos a quien nos ha separado, a quien me ha jodido a mí, pero a ti también. Ese mierda de niño rico se cree que puede llegar y romper nuestra relación para divertirse, romper nuestras vidas. Eras el puto amo hasta que él apareció, ahora todos se ríen de ti en las concentraciones.

—Si dices eso otra vez, te parto la cara. Me da igual que estés jodida, pero no vas a manipularme más.

La chica se acercó a pocos centímetros de él. Miguel no pudo contener la atracción que sentía por ella y la agarró por el trasero para atraerla con fuerza hacia su cuerpo. La chica le miró sin ocultar demasiado su desgana, aún tenía la cara destrozada por los golpes de Alfil, ojos ensangrentados, puntos de sutura en una ceja, ojeras ennegrecidas y un aparatoso vendaje en la nariz. Su aspecto le producía una nauseabunda repulsión.

—Los dos estamos jodidos —dijo ella para evitar que él la besara—, no lo olvides, y por el mismo hijo de puta. Tenemos que vengarnos, debemos joder a ese cabrón donde más le duela.

Miguel condujo a la chica a su casa y allí la llevó hasta la habitación en la que habían pasado muchas noches. El chico aún vivía con sus padres, pero tenía libertad para entrar y salir cuando quisiera y hacer lo que le diese la gana. Sus padres habían abandonado toda esperanza de conseguir hacer de él lo que llamaban «un chico de provecho».

Esther ya no deseaba a Miguel, pero el resentimiento por el abandono de Alfil le ayudaría a soportar lo que fuese necesario para ultimar su venganza, incluso volver a acostarse con él. Claro que este no era tan ingenuo, sabía lo que la chica había ido a hacer allí, conocía lo retorcido de su mente y lo que sería capaz de hacer por devolver el despecho que había sufrido; así que se aprovecharía de la situación. Si Esther quería su ayuda, tendría que pagar por ella.

El dormitorio del chico aún conservaba esa decoración infantil típica con pósteres en las paredes, todo forrado con sus ídolos de fútbol, actores de cine y chicas explosivas con poca ropa. No había mucho más que añadir, salvo



unas mancuernas en el suelo, dos peluches sobre la cama y, bajo una montaña de ropa usada y arrugada, lo que en su día fue un escritorio y una silla para estudiar. La chica no se inmutó al entrar, ni siquiera necesitaba encender la luz, había estado allí docenas de veces para hacer lo mismo que había ido a hacer aquella noche, y ya estaba más que acostumbrada al olor de la ropa sucia. Miguel se quitó la cazadora y la tiró al suelo, junto con su casco. Luego atrajo sin miramiento alguno el cuerpo de Esther hacia él, y la besó mientras agarraba su cuello con fuerza para impedir que se resistiera. La chica no lo hizo, a pesar del olor a sudor que desprendía Miguel y de la repulsiva imagen de su cara magullada que ya no veía en la penumbra pero que no podía apartar de su pensamiento.

Ella había ido allí con una única intención: conseguir un poderoso aliado para su venganza, y comenzaba a lograr su objetivo. Ambos se desnudaron con rapidez y el chico comenzó a mordisquear los pechos de ella, sin importarle los gruñidos de dolor que emitía. Esther se vengó apretando con fuerza su cara contra su pecho; Miguel la apartó de él, empujándola contra la cama con despecho, le haría pagar por ese dolor insoportable que ahora sentía en su maltrecha nariz. Se acercó a ella con cara de pocos amigos y le agarró la cabeza con ambas manos, forzándola hasta llevarla ante su desnuda entrepierna, luego frotó su erección contra la cara de la chica hasta que esta, con resignación, acabó abriendo la boca y haciendo aquello que había realizado docenas de veces antes.

«Si quieres mi ayuda, no imaginas lo que tendrás que hacer por ella», pensaba Miguel en ese momento con una sonrisa macabra dibujada en su rostro. Esther se esforzó en su tarea para conseguir que el chico acabase lo antes posible y así hacer más breve y llevadero el momento. No tuvo suerte con ese pensamiento, el pago por tener a Miguel de aliado sería más alto, mucho mayor de lo que ella imaginaba en ese momento, y no tardaría en descubrirlo.

Quince minutos de infierno después, Miguel orinaba en el baño y se daba una ducha. Esther podría haberlo oído canturreando mientras realizaba esas tareas, pero usaba todas sus fuerzas y sus cinco sentidos en contener las lágrimas. Quería seguir mostrándose fuerte ante el chico y convencerse a sí misma de que el fin justificaba los medios. Y aún estaba en ello, autosugestionándose, cuando acercó con temor una mano hasta el foco de dolor que ardía en su cuerpo. A pesar del cuidado que puso en la inspección, las suaves yemas de sus dedos la abrasaban como si fuesen de papel de lija. Llevó la mano ante su cara y, allí tumbada, aún en la penumbra de una

habitación solo iluminada por la luz de la noche que filtraba la ventana y la que provenía del cuarto de baño, observó la oscura y viscosa sangre mezclada con el semen de Miguel. Sintió ganas de vomitar, pero se tragó las ganas junto a su orgullo, como ya había hecho con las lágrimas. El dolor de su ano desaparecería en dos días, su venganza contra Alfil la saborearía durante años.

Los actores, futbolistas y las chicas en bikini de las paredes parecían observarla en la oscuridad, juzgando con aire despectivo lo que acababa de hacer. Poco le importaba a ella, el dolor físico, por muy intenso que fuese, era mil veces más soportable que una humillación pública. Había manipulado a los chicos desde antes de que apareciesen sus pechos, ¿cómo iba a permitir que un niño la dejase tirada? Más aún cuando todo su entorno se enteró de semejante despecho.

—¿Aún sigues aquí? —preguntó Miguel con aspereza. Su cama era demasiado pequeña y no tenía la más mínima intención de compartirla con ella.

—¿Tienes algo pensado contra ese niño? —contestó Esther. Era todo lo que deseaba, para eso había ido y sufrido aquella vejación.

—Aún no, salvo que vuelva para correr en moto. Si puedo, le empujaré contra el tráfico de contra, eso podría ser incluso mortal.

—¿Solo eso? —La chica le miraba con decepción.

—Puedo tenderle una trampa y darle una paliza entre varios colegas. Pero eso sería jodido, es un niño rico y tendrá buenos abogados. No quiero ir a la cárcel por algo que puedo hacer con la moto y salir indemne, sería un simple accidente de tráfico por imprudencia.

—Eso es muy pobre y puede que no ocurra nunca. No será fácil provocarle para correr. Y lo de la paliza suena bien, pero puede que os dé la paliza él a vosotros. Debemos usar el cerebro, necesitamos buscar su punto débil y atacarlo con fuerza. Tarde o temprano estará con otra chica, si vamos a por ella le dolerá mucho más.

—Joder, sí que te ha hecho daño, ¿o es que ya eras una zorra despiadada cuando te conocí?

La chica no contestó, permanecía mirando al infinito en la oscura habitación. Pensar en la venganza hacía más llevadero el dolor que la impedía estar sentada.

—Me da igual cómo me llames, me vale con que me ayudes.

—Vale, pero lárgate a tu casa.

—Tranquilo, ya conseguí lo que vine a buscar.

La chica se vistió y partió hacia su casa. Miguel ni siquiera se ofreció a llevarla, también había obtenido de ella lo que deseaba. Se quedó en la habitación, dando vueltas a la idea de devolver la humillación al tipo que le había jodido su reputación y su cara. Sabiendo que Esther estaba de su lado, sabía que acabaría por conseguirlo; la chica siempre lograba lo que se proponía, sobre todo cuando estaba despechada.

## Capítulo 15

Madrid, 2014

Las oscuras paredes del ático de Alfil se llenaban de luz al amanecer, incendiando, con el fuego anaranjado que reflejaba el edificio de enfrente en la Gran Vía, la frialdad monocromática de sus muebles blancos. Un espectáculo que disfrutaba el fotógrafo cada mañana que le sorprendía despierto, y cuando las nubes no lo arruinaban.

El chico observaba, tumbado aún en la cama, cómo se incrementaba el ruido del tráfico a la par que comenzaban a subir algunas persianas del hotel Dear, justo en esa fachada que disfrutaba de tan cálido y mágico despertador natural al otro lado de la calle. Le gustaba tener vecinos, aunque fuesen esporádicos, con los mismos horarios europeos que él. Esos turistas aprovecharían el día desde sus primeros rayos de sol; se habrían duchado, tomado un excelente desayuno y paseado sin prisas por varios lugares turísticos, vacíos de estrés, agobios y carteristas, cuando la mayoría de madrileños aún estuvieran durmiendo.

Alfil preparó su desayuno y lo llevó en una bandeja a la terraza, en la fachada que daba a la Plaza de España. Aquel lado del edificio aún parecía reacio a desprenderse del todo de los oscuros y azulados tonos del alba. Por las tardes, durante la puesta de sol, se invertían los colores y cenaba ante las vistas del Ocaso, mientras la fachada de Gran vía ya estaba sumida bajo el oscuro manto de la noche. Observó a su alrededor y recordó que aún no había llamado a la empresa que limpiaba los muebles de la terraza, realizaba la puesta a punto del *jacuzzi* y, en definitiva, preparaba cada primavera la zona del piso donde más tiempo pasaba cuando hacía buen tiempo.

En ese momento debería estar pensando en la sesión de fotos que dirigiría en dos horas. Eran las siete y ya debería estar llegando todo su equipo y los modelos a su estudio, a trescientos metros de allí; pero su mente, por algún motivo que él mismo desconocía, le trasladó a otra época, a una etapa de su

vida en la que era feliz con su presente, sin pensamientos o metas de futuro, sin las obsesiones de progresión y triunfo que ahora dirigían su vida. Quizá, pensó, el presente fuese un privilegio destinado solo a los adolescentes, un regalo antes de mostrarles el mundo real, con sus preocupaciones, responsabilidades y temores de fracaso ante el futuro. Recordaba aquella época en Barcelona con agrídulce sabor, pero la recordaba, sin duda la recordaba, cuando hasta hace dos días formaba parte del olvido. Incluso le apetecía montar en moto, dar una vuelta sin prisas, sintiendo el ronroneo de un gran motor mientras la brisa, aún fresca de la inminente primavera, le oxigenara y llenase de energía.

Se sorprendió al notar que sonreía ante esos pensamientos, cuando la verdadera sorpresa para él debió ser que consiguiese dormir casi toda la noche, algo inusual en quien solía dormir una media de tres horas diarias. Ni siquiera había dormido en sofá, como era habitual tras ver algún clásico de cine; intentó hacer memoria del tiempo que llevaba sin usar la cama.

Realmente estaba siendo una mañana (o quizá una semana) extraña. Pero no había más tiempo para recuerdos o pensamientos, debía enfrentarse a una sesión de fotos y no podía permitirse otro fallo de concentración. El chico recogió la bandeja para llevarla de nuevo a la cocina y se puso un chándal para salir a correr un rato, luego regresaría para darse una ducha, y a las nueve de la mañana estaría en el estudio.

## 2

—¿Estás bien? El otro día me preocupaste.

Leyre había entrado en la oficina del fotógrafo con su ímpetu habitual y sin llamar previamente. Por suerte para ella, el chico se encontraba de mejor humor. Hacía solo dos minutos que había llegado y estaba ordenando conceptos para la sesión, a la espera de que le diesen la confirmación para empezar a hacer las fotos.

—Estoy bien, gracias por preguntar, debió de ser algo de estrés. ¿Qué tal va todo? ¿Cuánto falta para que podamos empezar?

—Cinco minutos.

—¿De los míos o de los tuyos? Ya sabes lo relativo que es el tiempo — dijo sonriendo.

—Cinco minutos de los de verdad, de los del reloj, prometido.

—Perfecto.

La sesión comenzó puntual y transcurrió como estaba programada, sin sobresaltos. Alfil notaba una pérdida de concentración, aunque lo tenía todo tan organizado y mecanizado que no interfirió en los resultados. Terminaron a las seis de la tarde y el equipo comenzó a recoger sus cosas, ordenar luces y *atrezzo*, limpiar, sacar la basura, despedirse de su jefe y quedar varios de ellos para salir a tomar una copa por la zona, era una de las ventajas de trabajar en la Gran Vía. Dependiendo de la hora a la que salieran, iban al *Starbucks* de enfrente de la parada de metro de Santo Domingo, a mitad de camino entre el estudio y la casa del fotógrafo; u optaban por tomar unas copas en el *Larios Café*, prácticamente enfrente de la cafetería anterior.

—Esperad, voy con vosotros —dijo el fotógrafo a sus colaboradores, a los que se había acercado cuando recogían sus cosas.

—¿Cómo? ¿Nos acompañas de camino a tu casa?

—No, digo a tomar una copa. Me apunto, si no os molesta.

—Guau jefe, eso es nuevo. Nunca vienes de copas. Aunque será un fastidio que no podamos desahogarnos hablando mal de ti. —Leyre se mantenía fiel a su estilo.

—No, hoy tendréis que guardar la compostura y hablar de otros temas —replicó Alfil aceptando la broma.

—Tendrás mesa fija aquí, ¿no? Viviendo a menos de cien metros, seguro que vienes a menudo y te conoce todo el mundo —le comentaba un ayudante de iluminación cuando ya habían entrado en el local y estaban a punto de pedir una copa.

—En realidad es la segunda vez que vengo, la primera fue hace mucho y por una fiesta de una revista, alquilaron el local para la celebración. Nunca más se alquiló para ese tipo de eventos porque algunos invitados, con varias copas de más, cayeron por las escaleras que dan a la discoteca de abajo.

—Joder, pues sí que te gusta salir poco por las noches. Yo con este trabajo y con tu pasta, estaría de fiesta todas las noches.

—Bueno, sí me gusta salir, aunque no todo es estar en garitos tomando copas. Menuda sería la calidad de mis trabajos si estuviera bebido cada noche; además, hay muchas más cosas interesantes que hacer. —En concreto, el chico estaba pensando en carreras de coches.

—Ya nos contarás qué te gusta hacer, que no sabemos nada de ti, y eso que algunos llevamos casi dos años contigo.

—Sí, tal vez, pero eso será en otro momento, ahora tengo que ir al baño.

Alfil abandonó el grupo para evitar el interrogatorio, y también porque realmente necesitaba ir al baño, no había sido una mera excusa. Atravesó el local sin problemas, ya que aún no estaba lleno, y entró en los aseos. Después de unos breves minutos con su equipo, recordó los motivos por los que nunca quería salir de fiesta con ellos: preguntaban sin cesar por su vida y sus costumbres fuera del trabajo, cosa que le incomodaba mucho, del mismo modo que se mostraban recelosos y precavidos, poco naturales en su comportamiento, ante quien consideraban su jefe, casi temerosos por si una posible salida de tono pudiera hacer rescindir sus contratos de servicio con el fotógrafo. Claro que eso ocurría solo al comienzo de la noche, después de la segunda copa todo se invertía y comenzaban a mostrarse excesivamente cariñosos y descarados en sus comentarios. Alfil no tenía claro cuál de esos dos momentos era más incómodo para él.

Había accedido a salir y soportar la situación porque lo consideraba el mejor de sus dos males, la otra opción era estar en casa, invadido de pensamientos sobre un pasado que no deseaba evocar. Una pena que no hubiese ninguna carrera programada para esa noche, quizá un subidón de adrenalina le hubiese venido de maravilla. Así que allí estaba, lavándose las manos mientras se miraba al espejo. Era evidente que ya no tenía dieciocho años, aunque tampoco aparentase veintinueve. Observó su nariz, se la partió durante un combate «amistoso» en un gimnasio de París, un error de concentración que provocó cancelar la sesión de esa tarde, la única vez en su vida que se había descuidado en una pelea y le costó dar una imagen pésima como fotógrafo profesional ante el cliente.

—¿Qué te está pasando, tío? Eras frío e insensible, pero desde hace unos días no te reconozco. A ver si te concentras de una vez. Tenemos que mirar hacia delante, el pasado no te aporta nada. En aquella época eras un crío, eras débil, eso te hizo cometer errores. Errores que no se pueden volver a repetir.

Alfil hablaba a su reflejo del espejo cuando el sonido de una cisterna le sacó del trance. No estaba solo. Y sería mejor marcharse antes de que saliese alguien del cubículo y le hiciese pasar la vergüenza de encontrarle realizando su monólogo transcendental.

Al salir del baño notó que había mucha más gente y ruido ambiente, quizá lo percibió más tras la soledad de su momento ante el espejo, o porque antes no se había fijado mejor, pero veía tantas caras a su alrededor que incluso creyó ver a alguien familiar, un espectro ya olvidado, alguien que se fue hace once años. Solo fue una milésima de segundo, un fotograma que le hizo alterarse y tensar todo su cuerpo. Resopló casi en un enorme suspiro y se dijo

a sí mismo: «Tío, estás fatal, vas a necesitar ayuda si sigues a este ritmo». Y continuó atravesando el local de vuelta hacia donde había dejado a sus colaboradores.

—¿Alfil?

Era la voz de una chica a su espalda. Se giró con resignación, ahora tendría que soportar a alguna modelo pesada que le insistiría sobre cuánto le gustaría coincidir con él en alguna sesión de fotos.

—¿Eres Alfil? No me lo puedo creer.

—¿Clara?

—Sí. Dios mío. ¿Cuánto hace? ¿Diez años?

—Tal vez más.

Todo cambió a su alrededor, el chico se sintió de repente como si estuviera en un sueño. Como cuando uno está en un lugar o estancia y de repente aparece en otra, incluso de una época diferente, y todo parece tan natural y lógico. Sentía que el aire había cambiado, haciéndose más denso o cargado de humedad. La luz había descendido y toda su percepción modificado ante aquel momento surrealista. No podía creer que estuviese ante aquella niña de sus recuerdos, ahora convertida en toda una mujer. Había puesto un poco de peso y su cara no reflejaba la extrema inocencia de los dieciséis años, pero mantenía ese magnetismo que la caracterizaba.

—¿Qué tal estás? ¿Qué haces por Madrid? —preguntó el chico con cordialidad tras el primer momento de silencio incómodo.

—Vivo aquí desde hace dos años. A Javier, mi marido, le destinó la empresa aquí y vinimos todos a vivir a la capital.

—¿Todos?

—Tengo dos niñas, de 5 y 3 años, el tiempo pasa...

—Ya te digo.

—¿Y tú qué tal? He visto trabajos tuyos en revistas, aunque no sabía dónde vivías en la actualidad.

—Vivo y trabajo aquí desde hace seis años. —Alfil se mostraba algo distante, descolocado aún por el encuentro y por la conversación personal, hacía muchos años que no mantenía una. Siempre le habían parecido interrogatorios muy fríos.

Se centró, gajes del oficio, en seguir escrutando a Clara, que conservaba gran parte de su belleza. Era espectacular en su adolescencia, pero ahora, con veintisiete años, seguía siendo bellísima. Y aunque hubiese perdido ese aura característico de la inocencia y la juventud, lo compensaba con una notable elegancia serena. Los dos o tres kilos de más le daban un aspecto más



saludable; y hubiese sido casi imposible conservar, con casi treinta años y dos partos, la extrema delgadez de sus dieciséis. Llevaba el pelo del mismo color pero más corto, quizá ese detalle hacía que pareciese mayor, o quizá algo que parecía emanar de su interior y salir por sus grandes ojos azules; algo que, a la opinión de Alfil, había hecho disminuir su fuerza interior considerablemente.

—Estás igual que siempre, incluso mejor. Te han sentado muy bien estos años —añadió ella.

—Tú también sigues muy guapa.

—Siempre se te ha dado muy mal mentir. Ahora soy una mami y eso siempre pasa factura. —La chica sonreía entrecerrando los ojos, del mismo modo que once años atrás, y a Alfil se le despertaron mil recuerdos en el estómago.

—Me ha encantado verte, pero ahora tengo que marcharme. Espero que coincidamos más por la zona.

—Te daré mi número de móvil y tomamos un café cuando te apetezca —dijo ella sacando el teléfono.

El fotógrafo apuntó en su móvil el de la chica, pero no le hizo una llamada perdida después, como es habitual cuando quieres que la otra persona también tenga tu número. Clara se dio cuenta, pero no dijo nada, lo entendía.

—Me alegro de haberte visto, sobre todo de verte tan bien. Me has recordado momentos que ya creía olvidados. —La chica parecía sentir algo parecido a lo que Alfil llevaba experimentando esa última semana.

—Yo también me alegro de haberte visto, sobre todo de ver que estás tan feliz con una familia. Te lo mereces. —El chico sonreía, aunque era notable que le costaba hacerlo.

—Gracias, espero poder presentártelos algún día. Y he dicho en serio lo de mantener contacto, me gustaría saber de ti, qué es lo que has hecho estos años, qué ha sido de tu vida...

—Sí, tal vez. Ya nos veremos.

La chica cambió de tono y semblante, parecía preocupada. Y cuando Alfil comenzaba a girarse para marcharse, le susurró:

—Desde *aquello* que pasó, nunca más supe de ti. No creo que fuera culpa tuya, no debiste mortificarte tanto.

—Tengo que marcharme, Clara. Quizás en otra ocasión.

El chico se marchó a casa sin despedirse de sus colaboradores.

## Capítulo 16

Barcelona, 2003

Clara y Alfil llevaban dos semanas saliendo y esperaban tener la oportunidad de poder hacerlo alguna noche sin tener la limitación de horario de la chica. Así que ella intentó aprovechar la ocasión que se le brindaba en casa: su padre se encontraba en una reunión en la empresa y su madre estaba de buen humor, veía un programa de televisión en el salón y reía a carcajadas. La chica se sentó a su lado y se hizo partícipe de las risas. Tras un tiempo de espera prudente, se lanzó a por su vulnerable presa. Tenía miedo al rechazo pero contaba a su favor con su responsabilidad y el no haber dado nunca un problema u ocasionado una decepción. Se sentía mal por tener que mentir a quien más quería, pero las ganas de estar con el chico decantaban la balanza a su favor.

—Mamá.

—Dime, cariño.

—Después de estudiar con Merce, me gustaría quedarme a dormir en su casa. Así no tengo que molestar a su padre o a papá para que me traigan en coche. Tienes el teléfono fijo de su casa y el móvil de su madre aquí apuntados por si quieres llamarme.

—¿Y por qué os ha dado por estudiar juntas esta noche? Ya no tenéis diez años como para estar haciendo fiestas de pijama. Llevas estudiando sola en casa desde que empezaste en el instituto.

—Llevamos unos días con mucho estrés, sin parar de estudiar para el trimestre, y estando juntas nos tomaremos un respiro para cargar las pilas. Y hace tanto que no me quedaba en su casa a dormir... El otro día hablábamos de eso en el colegio.

—Pues eso digo, que os veis en clase todos los días, la ves más a ella que a mí. Y si te parece estrés lo que tienes ahora, espera a tener que estudiar una

carrera o a llevar un trabajo y una familia a la vez, como hace tu padre. Pero haz lo que quieras, mañana no llegues muy tarde.

Clara dio un abrazo y un sonoro beso a su madre, luego corrió escaleras arriba para maquillarse, peinarse y preparar una mochila donde supuestamente llevaría el pijama, dentro puso la ropa que usaría para salir esa noche. Luego se vistió con un vaquero cómodo y zapatillas de deporte, y se marchó diciendo a su madre que tenía prisa porque el padre de Merce la esperaba fuera con el coche. Por suerte, Marta, aún inmersa en la televisión, no se fijó en su maquillaje ni se acercó a la puerta para hablar con el padre de Merce, tampoco apareció en ese momento el padre de Clara. La fortuna estaba de su parte y pudo respirar tranquila. El corazón le latía a mil por hora mientras corría calle arriba hasta alejarse unos sesenta metros, se escondió tras un coche, justo al lado de donde esperaba Alfil sobre la moto.

—¿Qué haces, flaca? —El chico no pudo aguantar la risa al ver, a través de los cristales del coche y casi en la oscuridad, a la chica moviéndose muy deprisa, como si tratase de matar una avispa que se hubiera introducido en su ropa.

—¿Te quieres callar? Me van a ver mis vecinos.

—Ja, ja, ja. ¿Te estás cambiando de ropa?

—¡Cállate! Si nos ven, mis padres me castigarán durante meses.

No tardó más de un minuto, luego salió de detrás del coche con tanta seguridad en sí misma como asombro acababa de producir en el chico. Llevaba un pantalón ajustado negro que, con la ayuda de unos zapatos de tacón muy altos, torneaba sus largas y delgadas piernas; una camiseta blanca con un escote insólito en ella, y remataba su *look* con un maquillaje que realzaba sus ojos claros. Alfil nunca la había visto tan bella.

—Me dejas sin palabras, casi sin respiración. Debí traer la cámara.

—¡Anda ya! Qué exagerado —respondió con algo de falsa modestia.

—Eres preciosa, en serio. Más bonita que un beso al despertar.

—Ja, ja, ja, eso lo decía mi abuela.

—Es que a mí me han educado mis abuelos, debo ponerme al día con frases más actuales.

—Qué tonto, no me digas nada o harás que me muera de vergüenza.

Clara subió a la moto y partieron hacia el centro de la ciudad. En el primer semáforo que pararon, la chica aprovechó para preguntar:

—¿Adónde vamos?

—Te llevo a cenar a un sitio especial, luego dejo que decidas tú. ¿Tienes algo pensado? —respondió el chico.

—No, pero quiero ver lo que sueles hacer cuando sales solo, quiero ver tu mundo.

—Ja, ja, ja, yo no tengo de eso, pero ya se me ocurrirá algo.

Alfil estaba algo confuso, nunca salía por las noches, así que no sabía dónde llevar a la chica. Un pensamiento le atravesó la mente, pero lo descartó al instante, sin duda era una estupidez. Por lo pronto la llevaría a un restaurante del barrio gótico, muy pintoresco, que parecía una cueva en Casablanca, todo pintado de blanco y con reservados cerrados con cortinas.

—¿Pasta de noche? No imaginaba que cenaras tan fuerte —dijo la chica, muy sorprendida, ante los enormes platos de comida que colocaron sobre la mesa.

—Vaya, lo siento. ¿Tú no sueles cenar?

—A veces, pero una ensalada, o fruta y yogur.

—La lechuga aporta mucha retención de líquidos, engorda más que adelgaza; igual pasa con la mayoría de la fruta, además de contener mucho azúcar añadido, como el plátano o la naranja.

—No me digas eso. Al final resultará que la televisión y los dietistas nos mienten.

—¿Me estás vacilando? ¿Cómo vas a estar a dieta? Pero si no pesarás más de cuarenta y cinco kilos.

—¿Y tú para qué necesitas comer tanto?

—Bueno, entreno boxeo y pesas casi todos los días. Además, esta noche será larga, tendremos que comer fuerte. Te pediré agua, ¿o prefieres un refresco?

—Quiero vino —la chica se acercó para susurrar, aunque ya se encontraban aislados en el reservado—, nunca lo he probado, aunque no creo que me lo sirvan con mi edad.

—Eso no será un problema. ¿Quieres probar alguno en particular?

—No sé, el que tú quieras.

Alfil pidió un blanco espumoso moscatel. Si ella nunca había probado el vino, era la elección perfecta.

Los chicos seguían pasándolo bien, entre risas y anécdotas vividas en clase o en sus casas. Alfil ya estaba convencido de que la chica no era como Esther, de hecho, no podían ser más diferentes, quizás fuese más niña, infantil incluso, pero con los valores que buscaba en una pareja.

—Te llevo en moto por la ciudad, salgo de noche contigo a escondidas de tus padres y te sirvo vino siendo menor de edad. Creo que acabaré en la cárcel en poco tiempo.

—Ja, ja, ja, yo te llevaré un pastel con una lima dentro.

—Estaría bien, y me esperas fuera con un coche y el motor en marcha.

—Ahora en serio, quiero que quede claro que no me obligas a hacer nada, así que no debes preocuparte por lo que piensen mis padres. Eso es cosa mía.

—Bueno, al final verás cómo soy yo el que paga las consecuencias.

—No quiero hablar de eso, esta noche es solo para nosotros. ¿Ya has pensado dónde llevarme luego? Quiero ver lo que haces cuando sales sin mí, me intriga tu mundo.

—No salgo nunca por las noches, pero a algún sitio te llevaré. Claro que primero tendrás que acabarte la comida.

—¿Tengo que terminarme este plato de pasta? Dios mío, si no puedo ni con la mitad.

—Entonces yo te ayudo, espero que guardes hueco para el segundo plato y el postre.

La chica no respondió, solo deseó que Alfil le estuviera gastando una broma y no hubiese más comida. Él aguantó lo que pudo, pero acabó riendo a carcajadas.

Siendo viernes, el polígono sudoeste de Sant Feliú de Llobregat estaba lleno, había más de doscientas personas haciendo una fiesta; bebiendo, bailando, incluso había una gran cantidad de motocicletas aparcadas por todas partes. Alfil la llevó allí porque no conocía otro sitio donde hubiese gente joven, salvo alguna discoteca, y a esas horas sería difícil que dejasen entrar a la chica. Esperaba, incluso rezaba, no encontrarse con Miguel o con Esther, ya había pasado tiempo suficiente como para que se olvidasen de él. Por suerte, las únicas caras conocidas que encontró, tras dar una vuelta, fueron las de Jaume y sus amigos.

—¡Qué bueno que hayas venido! ¿Quién es la chica? Preséntanosla —dijo su compañero en cuanto vio aparecer a la pareja y se quitaron los cascos.

Alfil presentó a Clara a Jaume y sus amigos, que estaban encantados con tenerles allí. Aún recordaban cómo el chico fue un imán para que se acercasen grupos de chicas la última vez. Por si eso no fuese suficiente, en esta ocasión había aparecido con un ángel.

—De cuerpo está de escándalo, pero parece algo pequeña, ¿no? Parece una niña con esa carita —dijo Jaume en cuanto la chica estuvo distraída hablando con los demás universitarios.

—Bueno, ya sé que te gusta más Esther y ese tipo de chica cañera. Pero no me sermonees.

—Cómo me conoces, las zorras manipuladoras son las que me dan más morbo. ¡Oye! No os he ofrecido nada, ¿qué tomáis? Tenemos vodka y ron.

—Me vale con un refresco, la moto no se lleva bien con alcohol. Y Clara tampoco bebe.

—Estos niños... Hay que romper con el rollo sano cuando se sale de fiesta. ¡Solo hay una vida y hay que disfrutarla a tope!

Un estruendo de motos a su espalda llamó su atención y la del resto de chicos de la zona. Jaume y Alfil se giraron, esperando que no se tratase de Miguel y sus secuaces. Quería evitar dar imagen de matón ante Clara, por lo que esperaba no tener que volver a pegarse con nadie. Ante ellos había tres motoristas, ninguno era el líder, pero Alfil reconoció sus caras y sus motos, se trataba de los amigos de Miguel.

—¡Vaya! Moto nueva, no está nada mal. ¿Sabes usarla? —dijo uno de ellos.

—Tu amigo Miguel ya sabe de sobra cómo conduzco, y cómo hago otras cosas.

—Bueno, hoy no está Miguel pero sí nosotros. ¿Te apetece demostrar lo que sabes hacer o tienes miedo de perder y quedar como el culo?

—No me importa perder, ni ganar, ni me importáis vosotros. Id a buscar a otro al que le importen vuestras niñerías. —Alfil les dio la espalda, pasando de ellos y gesticulando con la mano para que le dejaran en paz.

—No quiero que corras. —Clara se había acercado e incorporado a la conversación, estaba algo asustada ante la idea de que Alfil participase en una carrera en la que pudiera tener un accidente. Le agarró la mano y la apretó con fuerza.

—No te preocupes, no tengo intención de seguirles el rollo a estos idiotas —le susurró al oído.

—Ya te ha dicho que no. ¿Por qué no os largáis? —añadió Jaume.

—Eres muy chulito estando aquí tu amigo, pero no estará siempre para defenderte. Quizá no te guste que te hagamos una visita el próximo día.

—Sois muy valientes con él, pero estáis aquí por mí. ¿Por qué no lo intentáis conmigo? —Alfil se había acercado a solo unos centímetros del matón, que parecía ser el que mandaba en ausencia de Miguel en aquel pequeño grupo.

El motorista parecía nervioso al tenerle tan cerca, luego inclinó su cuerpo para susurrarle al oído:

—¿Quieres una pelea contra tres o quizá muchos más? Si pierdes, quedarás como el culo con tu chica y pasarás una temporada en el hospital. Si ganas, quedarás como un matón. Elijas lo que elijas, siempre perderás. Pero si participas en una carrera rápida, te dejaremos en paz, para siempre. Te doy mi palabra.

Alfil sonreía con seguridad, no le daban miedo las amenazas de críos que juegan a ser tipos duros, se acercó al oído del motero y le contestó:

—¿Has visto alguna vez mearse de miedo a un pobre diablo sobre su moto? Si quiero, puedo matarte aquí mismo, de un solo golpe y tan rápido que prácticamente nadie se dará cuenta; salvo esos dos mierdas que traes contigo, que se limitarán a llorar de miedo mientras piensan cómo arrancar la moto y salir de aquí cagando leches. ¿De verdad piensas que alguien os puede tener miedo con esas caras de gilipollas que tenéis?

El amigo de Miguel estaba sudando, no le había funcionado la estrategia de evitar una pelea y ahora temía recibir una paliza. Aunque aún le quedaba una carta bajo la manga y la usó para tratar de convencer a Alfil.

—No harás eso, eres un niño bien y no querrás ir a la cárcel. Y esa niña pija no estará con un tío que va matando o pegándose en concentraciones de moteros. Acepta la carrera y no volverás a vernos nunca más, ganes o pierdas. —El tipo tocaba madera para que aceptase, porque la otra opción era cabrearle y no deseaba acabar con la cara como la de su amigo, o peor incluso.

Alfil sabía que no le dejarían en paz si ganaba la carrera, y no pensaba perder, eso iba contra sus principios, más aún si estaba Clara allí. Pero accedió a participar, al menos se desquitará de esos idiotas. Por algún extraño motivo, le apetecía correr, incluso le atraía la adrenalina de luchar sobre la moto para evitar que le derribasen.

—Venga, ¿queréis perder? Pues que sea así.

Los que estaban observando alrededor, vitorearon y les escoltaron hacia la línea de salida, ya eran fans del chico después de aquella victoria semanas atrás.

—Por favor, no corras, te puedes matar. —Clara parecía más nerviosa por momentos.

—Tranquila, tendré cuidado. Además, querías ver lo que hago cuando salgo sin ti. No te he mentado antes, es cierto que no salgo nunca, pero la última vez fue en una concentración como esta y corriendo con la moto. No tenía otra cosa que mostrarte.

—Pues haberme llevado al cine, hombre; o salir a bailar un poco. Pero jugarte la vida en una carrera no me parece lógico.

Ella le abrazó, se notaba su miedo y él intentó tranquilizarla. Para el chico no era algo tan peligroso, y no arriesgaría su vida por ganar, no era tan estúpido.

Entre el tumulto, la cantidad de gente y el ruido, nadie se había percatado de la aparición de Esther. No veía a Alfil desde aquella tarde en la cafetería, en la que le hizo un desplante que pagaría caro. Aguardaba en silencio desde la distancia, mascando la venganza que llevaría a cabo en pocos minutos. Mientras todos los presentes se centraban en apostar por el ganador o dar ánimos, ella estuvo haciendo señales a dos amigos que se encontraban cerca de los motoristas que correrían en unos segundos.

La carrera tendría un circuito por el interior del polígono industrial en el que se encontraban, un trazado muy básico y compuesto de cuatro calles; cuatro rectas y cuatro curvas de noventa grados. La meta, como siempre, sería el mismo punto de partida. Alfil tenía muchas más opciones de vencer que la vez anterior, con una moto más manejable y ligera, y contando con una potencia que seguía siendo superior a la de sus rivales. Desde la línea de salida podía ver a Clara entre Jaume y sus amigos, se notaba el miedo en su semblante. Le guiñó un ojo para mostrarle que todo iría bien, que no tenía por qué preocuparse, pero ella no sonrió, ese gesto no la reconfortaba tanto como podía hacerlo el que Alfil abandonase aquella absurda carrera. Era lo que deseaba, no necesitaba estar con un gallito amante de la competición.

El chico se colocó el casco para empezar a concentrarse, pero no logró siquiera arrancar el motor de la moto cuando, aprovechando su distracción con Clara, una chica rubia y vestida con un ajustado pantalón de cuero negro dio salida a la carrera. El rugido de las cuatro motos que competían contra la de Alfil retumbaron en la ancha y desierta calle y salieron disparadas mientras el chico trataba de recuperar terreno. Estaba obligado a usar toda la potencia de su moto y su habilidad al trazar las cuatro curvas para poder adelantarles.

Al llegar al primero de los giros, tras la larga recta de salida, Alfil había alcanzado la zaga de sus rivales. Iba penúltimo cuando afrontaba la siguiente recta, pero logró alcanzar la primera posición en menos de cincuenta metros. Frenó para entrar en la segunda curva y ya sacaba una considerable ventaja a sus perseguidores, pero no contaba con que hubiesen colocado obstáculos en esa segunda parte del recorrido. Contenedores de basura y palés de madera apilados en forma de columnas, un coche podría haberlos destrozado con tan solo unos arañazos en su carrocería como único contratiempo, pero una



motocicleta debía esquivarlos o la caída estaba asegurada. El primer contenedor estaba justo frente a él y no había margen para sortearlo, así que se vio obligado a frenar en seco y perder su ventaja y posición con respecto a sus rivales, que se burlaban a gritos al verle ante la sorpresa que le habían ocultado.

Ya prevenido ante cualquier futuro obstáculo y con más cautela, fue recortando distancia hasta alcanzar al grupo en la frenada de la tercera curva, tras ella estaría prevenido ante cualquier nueva sorpresa, pero mentalizado de que sería la última recta antes de la curva de llegada a meta. Estaba libre de obstáculos, la última recta no tenía trampas, era una calle ancha y con buena iluminación y asfalto. Alfil podría usar la potencia de la Ducati para colocarse en primera posición, o eso pensaba en ese instante, ya que la alegría duró poco, justo lo que tardó en recibir la primera patada cuando adelantaba al penúltimo del grupo. De repente y como si lo hubiesen ensayado, sus rivales le atacaron todos a la vez, al estar en una zona sin testigos y a toda velocidad, podrían provocarle un accidente de graves consecuencias. El chico recibía patadas de tres motoristas a la vez, desestabilizando su motocicleta y dándole la certeza de que caería al suelo en solo unos segundos, debía obrar rápido si quería salir de aquella situación por su propio pie y no en una ambulancia.

Después de haber estudiado los movimientos de los cobardes corredores, observó que la motocicleta de su derecha realizaba una pequeña curva para alejarse unos metros de él, Alfil supo que ganaría terreno para embestirle como había hecho otras dos veces antes, dándole una fuerte patada en el depósito de su moto. En esta ocasión se encontraría una sorpresa. Alfil también abrió su trayectoria para embestirle al mismo tiempo, así logró golpear con su moto el pie de su rival, sin que este lo esperase. El esbirro de Miguel salió disparado de su montura y cayó dando vueltas por el suelo, mientras su motocicleta se destrozaba contra una furgoneta aparcada en un margen de la carretera.

El resto de rivales había visto la maniobra y ahora observaban cómo Alfil se les echaba encima a toda velocidad. No arriesgarían su vida en una caída, además de romper su moto, por una venganza que debería haber llevado a cabo el cobarde de Miguel en persona. Le dejaron vía libre, así que la Ducati no tuvo problema en llegar en primer lugar a esa última curva donde estaba la meta.

Todos los espectadores se acercaron para felicitarlo, incluidos Jaime y sus amigos, que gritaban: «¡Este es mi colega!» muy orgullosos. Alfil estaba

extrañado al comprobar que Clara no estaba con ellos. ¿Se habría marchado a casa? ¿Estaba enfadada?

No exactamente. El chico había picado el anzuelo ante la trampa que le había preparado Esther. La carrera no era más que un señuelo, una distracción para alejar a Clara de su pareja y así poder consumir su cruel venganza. Dos amigos de Miguel habían aprovechado el revuelo en la línea de salida para agarrar y apartar a la chica hacia donde nadie pudiera verles, y la tenían acorralada tras un coche a veinte metros de distancia del resto del grupo. Clara había tratado de gritar, pero le fue en vano; la música, el sonido de las motos y los vítores del centenar de chicos que observaban la carrera impidieron que nadie la escuchara. Si ver a Alfil en una carrera peligrosa la había asustado, ahora estaba al borde de un ataque de nervios.

—¿Qué queréis? ¡Dejadme en paz!

—Te queremos a ti. Vas a ver lo que es un tío de verdad y no ese gilipollas engreído de novio que tienes.

—Idos a la mierda, cobardes. —La chica trataba en vano de empujarles, pero cada vez se acercaban más a ella.

—No vamos a ningún lado hasta que nos enseñes esas tetitas de «niña pija» que llevas ahí debajo.

La chica lloraba tratando de apartarles las manos de su cuerpo. Desde la distancia, Esther disfrutaba del espectáculo que ella misma había planificado. Todo había salido a pedir de boca, no en vano lo había calculado fría e inteligentemente. Aunque no contó con un pequeño detalle: las carreras urbanas suelen durar entre media y una hora porque las motos deben atravesar media ciudad entre el tráfico y el añadido de los semáforos, pero esa carrera en el polígono no había durado más de nueve o diez minutos, así que Alfil había regresado mucho antes de lo que ella había planeado.

¡¡CHOF!!

Un sonido seco y fuerte, unido a un espray líquido que lo salpicó todo, sobresaltó tanto a Esther como a Clara y a sus dos atacantes. Sobre todo a uno de ellos, que se desplomó en el suelo como si le hubiesen disparado. Clara abrió los ojos después de la explosión, tenía la cara y su camiseta salpicadas... ¿de coca-cola? No dio importancia a ese detalle, aún estaba demasiado alterada como para pensar con claridad. Miró al atacante que había caído al suelo y comprobó que estaba inconsciente y sangraba por la cabeza, el otro se había apartado dos metros de ella y miraba atónito sobre su hombro. A la espalda de la chica aparecía Alfil.

El chico había visto la escena desde la línea de meta, había saltado de la moto con rapidez y quitado una lata de refresco a un chico a su lado. Corrió hacia donde atacaban a Clara, lanzando con fuerza la lata contra el agresor que estaba más a tiro desde su posición. En este momento se acercaba despacio hasta la chica, quitándose la cazadora y luego su camiseta.

—¿Te encuentras bien? ¿Te han hecho algo? —Ya estaba a solo unos centímetros de ella y limpiaba con cuidado las gotas de refresco de su cara. Usaba su camiseta y le hablaba en tono muy bajo para calmarla. Luego miró de reojo al otro gamberro, que aún permanecía allí.

—Si cuando termine de limpiar la cara de mi chica, tú y el montón de mierda del suelo seguís aquí, no saldréis con vida de la calle —fue poco más que un susurro, pero algo en la mirada de Alfil hizo helar la sangre al esbirro de Miguel.

El chico volvió a centrarse en Clara, que ya parecía recuperar la calma. Casi no quedaba refresco en su cara cuando el gamberro arrastraba el cuerpo de su amigo con toda la rapidez que podía para alejarse de allí. Alfil sabía que todo había sido un error, nunca debió volver a ese mundo, mucho menos para exponer a Clara a los peligros que esos inconscientes podían haberle causado. Si en este momento hubiese tenido a Miguel ante él, sin duda le habría matado, y sin pensar un instante en las consecuencias posteriores. Debía sacar a la chica de aquel lugar lo más rápido posible.

—No volveré a dejarte sola nunca más, no permitiré que nadie vuelva a hacerte daño.

La chica no tuvo tiempo de contestar, él la condujo hacia su moto, la ayudó a subir y salieron de allí.

Tal vez los nervios del momento, o que el chico no conocía muchos lugares en la ciudad, después de todo solo llevaba meses saliendo de la casa en la que había permanecido enclaustrado casi toda su vida, le condujeron a la misma playa a la que había llevado a Esther en lo que le parecía una eternidad de tiempo. Durante el trayecto ella abrazaba con fuerza la cintura y el pecho de Alfil, sin hablar, sin despegar su cara de la espalda del chico. Con certeza, aquel momento había sido muy duro para ella, encontrarse sola e indefensa ante dos tipos que la hubiesen violado sin contemplaciones era una experiencia que no olvidaría nunca, como Alfil no se perdonaría jamás el haberla abandonado.

El sonido del mar era casi un susurro, estaba en calma y eso les relajaría los nervios a ambos. Se sentaron en la fría arena y, aun en silencio, la chica le besó, lo hizo con todas sus fuerzas. Él no lo esperaba, ya casi pensaba que ella no querría volver a verle nunca más, así que la miró asombrado y le devolvió el beso, acunó su pequeña cara entre las manos y acarició sus labios con los suyos.

—Vaya, has tardado en besarme. Te has hecho de rogar.

—He pasado mucho miedo esta noche. —Parecía que fuese a llorar de nuevo.

—No volveremos a ir, no nos acercaremos a un lugar así nunca más. Nadie volverá a molestarte.

—No lo digo por esos dos idiotas, pasé miedo pensando que podías caerte de la moto. No me gusta que corras.

—No te preocupes, no volverá a pasar. No tengo necesidad de demostrar nada. —Alfil la besó de nuevo.

Ella le abrazó con fuerza y él la tumbó sobre la arena. De repente, ella se incorporó apartando al chico, parecía angustiada.

—¿Qué te pasa? ¿Te encuentras bien?

—Sí, pero no quiero hacerlo.

—¿Hacer qué? Solo quiero besarte.

—Aún no estoy preparada, aún no es el momen...

—Sshhh. —La hizo callar colocando un dedo sobre sus labios—. No hemos venido a hacer el amor, tranquila.

## Capítulo 17

Los destellos del alba comenzaron a teñir de azules el cielo sobre los enamorados, habían permanecido abrazados y contándose secretos y experiencias hasta el mismo amanecer; sin noción del tiempo, esperando que nunca llegase el momento de tener que volver a separarse. Hacía frío y la chica permanecía acurrucada bajo la cazadora de Alfil, consciente de que había llegado el triste momento de partir, sin embargo, en lugar de eso, caminaron en silencio hacia la orilla. El mar aún esperaba con su tono añil, casi negro, al momento de teñirse de ocre con la salida del sol.

—¿Aún tienes frío?

—No, ya no.

—¿Lo has pasado bien?

—Ya sabes que sí. Ha sido la mejor noche de mi vida.

—Pero si la has pasado temblando de frío.

—Eso será lo único que no recuerde de esta noche en el futuro.

Se fundieron en un eterno abrazo y se besaron antes de volver hacia la motocicleta. Clara esperaba que sus padres no hubieran llamado a casa de Merce, aunque estaba casi segura de que no, ya que tanto Merce como su madre la hubieran llamado al móvil si esta última hubiese descubierto el engaño.

Alfil la dejó cerca de su casa, donde pudo volver a cambiarse y entrar con la ropa original con la que había salido la noche anterior. Luego partió hacia la suya, donde le esperaba un castigo de los grandes, a esa hora su abuelo estaría incluso movilizándolo al ejército para localizarlo.

El castigo de una semana sin salir, excepto para ir a la Universidad, fue breve para el estado en el que se encontraba su abuelo. Se sentía más defraudado que nunca al saber que había pasado toda la noche fuera de casa y a escondidas. Claro que si hubiese pedido permiso no se lo habrían dado.

El castigo tuvo una interrupción la tarde del día doce, fecha en la que, como cada mes, el chico visitaba a sus padres. Su abuelo no pudo impedirle algo así. Se encontraba sentado en el suelo, en silencio frente a sus lápidas en el cementerio de Poblenu. El día estaba nublado y hacía un frío invernal, aunque Alfil siempre sentía mucho frío cuando estaba allí frente a ellos, incluso en verano. Se estremecía sin poder evitarlo desde la primera vez que estuvo en aquel lugar, con cinco años, viendo como dos oscuros ataúdes bajaban lentamente al interior de la tierra mientras su abuela le abrazaba, sin que ninguno de los dos pudiese contener las lágrimas.

Una figura que quedó grabada desde aquel día en sus retinas y que siempre le intimidaba era la estatua que reposaba sobre una tumba cercana, en ella, un hombre muerto era sostenido ¿y consolado? por un esbelto esqueleto alado. Alfil siempre pensó que se trataba de la muerte llevándose en brazos al difunto. La belleza de la escultura y su fino y blanco mármol le provocan una extraña atracción, al mismo tiempo que temía, desde niño, que sus padres hubiesen sido llevados por aquel horrible ser.

Iba vestido de negro, siempre vestía de negro para ir a verles, y llevaba un ramo de rosas blancas, las favoritas de su madre. Hacía unos minutos que las había metido en el jarrón del centro de la lápida, sustituyendo las ya secas del mes anterior.

Mientras permanecía allí, como cada día doce de cada mes, solo podía pensar en lo que le gustaría que siguiesen vivos. En ese momento con más motivos, desearía que conociesen a Clara y que vieran que aquel niño de cinco años se había convertido en un hombre que quería hacer sentirse orgullosos a sus padres.

—Nunca pensé que conocería a alguien que me hiciera tan feliz, tenía olvidadas esas sensaciones desde que os fuisteis. Los abuelos me cuidan y tratan bien, como siempre, pero Clara es especial, hace que el tiempo se detenga y la luz del día sea más intensa, incluso de otro color. Cuando me mira directo a los ojos, me bloquea por completo, y cuando sonrío, cierra los ojos de un modo que... El abuelo no me ha enseñado a manejar este tipo de situaciones.

»Pronto la traeré para que la conozcáis, os gustará mucho, aunque es un poco cursi —dijo sonriendo—. Pero es todo bondad y se preocupa por mí.

Creo que ella siente lo mismo que yo, y tampoco había experimentado estas sensaciones antes. Lamento mucho no teneros aquí para pedir os consejos.

»Y la Facultad va bien, aunque solo explican chorradas o asignaturas que no sirven para nada en el mundo real de una empresa, pero terminaré la carrera para que los abuelos estén orgullosos. En pocos años tendré que dirigir las empresas y espero hacerlo tan bien como lo hacías tú, papá. Me haré cargo del legado familiar, te lo prometo.

Se hacía tarde y el chico debía regresar para estudiar. Se despidió en silencio, con un hasta pronto.

## Capítulo 18

Al entrar en la Universidad, los días de entrenamiento de boxeo pasaron de cuatro a tres a la semana, aunque de mayor duración e intensidad. En la mansión había todo un gimnasio equipado con pesas y máquinas de ejercicios, aparte de sacos de boxeo, pera, *punching ball* e incluso un *ring* completo. Todo lo necesario para llegar a entrenar a un campeón del mundo si fuese necesario.

Su abuelo patrocinaba la carrera de tres boxeadores nacionales, los tres mejores del país en aquel momento. Pero, a cambio, les obligaba a pasar por casa un día a la semana a cada uno para entrenar a su nieto. Esa tarde era Javier Castillejo el que gritaba y sudaba frente al chico.

—Mueve más rápido esos pies, parece que hoy te pesen más que nunca.

»Vamos con esa sombra —continuaba el campeón de Europa—, quiero muchos *jabs*, en uno dos, uno dos... ¡más rápido, más rápido, que las manos sigan el ritmo de las piernas!

»¿Qué te pasa? —Javier se desesperaba ante la falta de concentración de Alfil—. ¡Vamos! Ese gancho vino muy tarde, hay que conectarlo rápido, sin que haya tiempo entre los directos y el golpe final.

El chico lanzaba golpes rápidos y frontales al aire, mientras seguía el baile o juego de piernas que su profesor le imponía. Llevaba ya media hora, así que terminaría en breve para pasar a la rutina de golpear sacos.

—¡Para! Descansa un minuto y vamos a hacer algo de guantes. Hoy pasamos de los sacos. Necesito moverme un poco en el *ring*, ayer me falló un esparrin.

—Bueno, pero no te pases —dijo el chico medio en broma.

—Tu abuelo me mata si te noqueo o te rompo la nariz o una ceja, así que me portaré bien —le contestó guiñando un ojo.

Subieron al *ring* y comenzaron a intercambiar golpes, no necesitaron un tanteo previo porque se conocían a la perfección. Y tras esos contenidos



golpes iniciales, se animaron a incrementar la potencia y rapidez de sus acciones. Javier iba aumentando de nivel para ver hasta dónde era capaz de seguirle el chico, sorprendiéndose de su habilidad para frenarle los golpes, esquivarlos o encajarlos.

—¡Muy bien! Te mueves como un profesional, aprendes deprisa. —Tal vez Castillejo no supiese que había otros dos campeones de Europa y España, aparte de él, entrenando semanalmente al chico.

Javier se movía muy deprisa, oscilaba con habilidad su cuerpo usando la cintura y así era difícil conectarle un golpe, pero Alfil le tenía estudiado y lanzó una secuencia con la que impactó tres veces consecutivas en su cara, la última con un directo muy fuerte a la boca. El campeón cayó hacia atrás y quedó aturdido en el suelo.

—¡Joder chaval! Me están temblando los empastes. ¿En qué peso estás ahora?

—Casi ochenta kilos, creo.

—Pues me pondré el casco y resto de protectores a partir de hoy, no imaginaba que me darías tan rápido y fuerte.

—Lo siento, intentaré bajar el ritmo.

—¿Estás loco? Nunca digas eso, ni siquiera en broma, y mucho menos lo hagas —Javier miró con un claro gesto de desaprobación a su alumno—. Bajar tu ritmo o potencia no ofrece respeto a un rival, al contrario, se lo resta. Si respetas a tu oponente, debes darle lo mejor de ti. Para un luchador, si hay que perder, pues se pierde, pero se hace con honor. El honor es lo más valioso de un boxeador, lo que más debe proteger, y es lo que debe ofrecer y recibir en un combate.

—Mi abuelo siempre dice que lo más valioso de un hombre es su palabra, pero supongo que es otra forma de definir el mismo concepto.

—Sin duda, la palabra de un hombre es valiosa si se trata de un hombre de honor.

—Eso me queda muy claro. ¿Seguimos haciendo guantes?

—Ni de coña, ya eres demasiado fuerte y rápido para que pueda contigo, así que te conformarás pegándole al saco.

—Ja, ja, ja, seguro que no, seguro que puedes tumbarme sin esfuerzo. —El chico consideró que Javier no quería entrar en un combate más serio para no hacerle daño y enfadar a su patrocinador.

Castillejo sonreía al verle bajar del *ring*, pero pensaba seriamente que no podría con él. Alfil era rápido como un peso ligero y pegaba como un peso pesado, pero había algo aún más desconcertante en él, tenía su misma técnica

además de contar con detalles que no le había enseñado él, detalles que le daban una ventaja decisiva. Ni de broma volvería a subir a aquel *ring* sin protecciones. Se sentía muy orgulloso de haber participado en su adiestramiento.

—¿Cómo va el chaval? —preguntó su abuelo, que había aparecido por el gimnasio, como siempre, para preguntar por los progresos del chico.

—Pega como un oso, me ha tumbado en el *ring* en el primer asalto, necesitarás a alguien más fuerte que yo.

—Es que ha salido a su abuelo. ¿Te he dicho que fui *amateur* en Argentina cuando era un mozo más joven que mi Alfil?

—Lo has dicho mil veces —dijeron el chico y el boxeador casi a la vez, riéndose de la batallita que el anciano siempre soltaba cuando aparecía por el gimnasio.

—Un día subiré al *ring* contra los dos y os daré una buena tunda. —El abuelo sonreía, allí era donde mejor humor tenía siempre, como si aquel lugar le transportase a su juventud.

El entrenamiento había acabado y Javier ya no se encontraba en la casa, no obstante, aún permanecían nieto y abuelo sentados sobre un banco de madera en el gimnasio. Hacía mucho que no entablaban una conversación personal, Alfil casi ni recordaba desde cuándo; su contacto con él se limitaba, básicamente, a charlas de aprendizaje u órdenes que su tutor le daba para corregir la actitud del chico, partidas de ajedrez, etc.

—¿En qué piensas cuando boxejas? —preguntó el anciano—. Yo pensaba en chicas. En aquellos tiempos no sabía lo que sería de mí al día siguiente, vivía el momento; en aquellos tiempos no existía el concepto de futuro, era imposible cuando no tenías ni un trozo de pan duro para comer. ¿Cómo ibas a pensar en lo que hacer en los próximos veinte años, si no sabías lo que harías o dónde estarías al día siguiente?

—Seguro que sí, abuelo. Solo que a esta edad es difícil no pensar en chicas. —Alfil se alegraba de tener la charla allí, la actitud amable de su mentor en aquella sala endulzaba la conversación.

—Uno piensa en lo que desea pensar, todo es cuestión de mentalizarse y ser fuerte. Uno hace, dice y piensa aquello que su mente le dicta hacer, decir y pensar, y tu mente la controlas tú.

—Bueno, a veces uno no puede decidir lo que le preocupa, es algo que te surge de repente y tienes que prestarle atención para solucionarlo o para

adaptarte a ello.

—Con el tiempo, esos pensamientos que llegan sin ser buscados se van eliminando con más rapidez, si es que has fortalecido tu mente y te has esforzado por mejorar tu concentración. Puede que sea un aprendizaje largo y duro, pero acabas logrando que tu parte racional domine a la visceral.

—¿Cómo os conocisteis la abuela y tú? Nunca me has contado nada sobre ella ni sobre la vida que llevabais antes incluso de nacer mi padre.

—¿A qué viene esa pregunta? Parece ser cierto el rumor de tu abuela. ¿Hay una chica que te está sorbiendo el coco? Espero que no esté interfiriendo en tu formación, ni en tus estudios. Aunque eso lo veo difícil; cuando las chicas entran en la mente a tu edad, ocupan todos los pensamientos.

—No, no interfiere en absoluto, pero pienso en cosas que antes no me preocupaban, cosas que hasta ahora no había percibido. Estás centrado en tu fortaleza interior, te sientes una roca que nadie podría romper o alterar, pero de repente, una sola mirada de alguien especial es capaz de cambiarlo todo. Durante un instante no existe presente ni futuro, no deseas comer, beber o respirar, solo acercarte y estar a su lado. ¿Cómo es eso posible?

—Las mujeres tienen la capacidad de nublarnos la vista, por eso debes aprender a tomar decisiones en la oscuridad.

—¡Guau! Eso no lo he entendido.

—Debes tener la fortaleza interior suficiente como para saber distinguir entre los impulsos que nacen en tu corazón de los que surgen de tu cerebro. Así estarás preparado cuando tengas la venda que el amor colocará sobre tus ojos. Después de todo, esas sensaciones que te producen no duran mucho; no te quepa la menor duda de que el amor tiene caducidad, luego desaparece.

—¿Ya no quieres a la abuela?

—Existen muchas formas de amor y muchas de cariño. Cuando llevas toda la vida junto a una persona, ese amor o pasión que sentías al principio va desapareciendo hasta que eres consciente de que ya no volverá, en su lugar han quedado otras sensaciones, residuos que pueden ser malos o buenos.

—¿Cómo es eso? ¿Residuos buenos o malos?

—Si después de irse la pasión por una chica, lo que queda no te gusta: personalidad incompatible, metas futuras diferentes, que esa persona te absorba sin darte libertad..., acabarás rompiendo la relación o vivirás infeliz el resto de tu vida. Pero si lo que queda es positivo: respeto, admiración, compañerismo, cuidados mutuos..., sabrás que puedes compartir el viaje de la vida con ella.

—Así que eso debo buscar, una chica que, cuando se acabe la pasión de los primeros años, lo que quede entre nosotros sea positivo. Una compañera para vivir.

—Una compañera de viaje, eso es la vida, ni más ni menos, un viaje por lugares y experiencias. Lo que debes buscar, realmente, es la felicidad. Y la felicidad se obtiene en las cosas que luchas por conseguir y conservar, en los triunfos personales y laborales, los logros o no, porque de las derrotas saldrás más fortalecido, te levantarás para intentarlo de nuevo. Así, al menos, te he enseñado yo. Si pones mucho empeño ahora en las chicas, el día de mañana te arrepentirás de haber descuidado otros aspectos más importantes.

—Dices que debo buscar la felicidad en mí, en mis acciones y mi futuro, pero eso tiene muchas interpretaciones, porque si mis acciones me llevan a buscar la felicidad junto a una persona, ¿estaré buscando la felicidad en mí o en otra persona?

—Me temo que esta conversación no te llevará a solucionar tus dudas, solo lo lograrás experimentando por ti mismo, errando o acertando en cada decisión.

—Vaya, es todo muy complicado.

—Mucho, a veces más que dirigir una empresa.

El chico seguía a la deriva en un mar de dudas. Las ideas y los consejos se entrelazaban en su cabeza y no sabía cómo interpretarlos ni seguirlos; su mente confusa no encontraba ese camino tan claro que su abuelo definía. ¿Cómo era posible que la felicidad estuviera en su futuro y alejándose de las mujeres, si estar con Clara en el presente era lo que más feliz le hacía?

Las conversaciones entre ellos se hacían más confusas a medida que el chico iba haciéndose mayor, teniendo más inquietudes y más tentaciones. Había conocido un mundo nuevo junto a Clara y deseaba seguir experimentando y descubriendo lo que le deparaba aquella relación. Estaba lanzado hacía donde su abuelo ya no podría frenarlo, cuando precisamente eso era lo que pronto trataría de conseguir su mentor, frenarlo para salvarlo de sí mismo.

## Capítulo 19

Madrid, 2014

—¿Qué te pasa, tío? Parecías preocupado cuando me has llamado.

Victor había salido del portal del edificio en que vivía, tenía el coche en el taller y Alfil se había acercado a su casa, necesitaba dar una vuelta y hablar con alguien de confianza y sincero. No podía contar con sus colaboradores, la última vez que estuvo con ellos fue dos días antes en el *Larios Café* y el resultado no pudo ser más desastroso, de hecho, era el propio encontronazo con Clara lo que había motivado sus preocupaciones. Necesitaba con urgencia un punto de vista objetivo y, aunque su compañero de carreras podría parecer una antítesis de sí mismo, era la mejor opción con la que contaba.

—Estoy bien, solo necesitaba charlar. A veces la cabeza necesita ordenarse con la información que ha aparecido de repente y sin avisar. —Alfil trató de sonreír pero no lo logró, encendió el motor y partieron a dar una vuelta en el Jaguar.

—Así que te ha pasado algo estos días, debe de ser muy chungo para que te haya dejado tan tocado. No imaginaba que «mente fría» necesitara consejos, y menos los míos. —Victor le veía preocupado, cansado y vulnerable. Nunca le había encontrado en ese estado.

—No te cachondees, todos estamos hechos un lío de vez en cuando. Por eso viene bien otro punto de vista, aunque sea uno tan tuneado como el tuyo. Espero que el óxido nitroso que seguro tomas de desayuno te haya dejado alguna neurona sana.

—Ja, ja, ja, qué cabrón. Mi coche estará tuneado, pero este coco —se dio unos golpecitos con el dedo índice en la frente— está como nuevo, como el día que salió de la fábrica.

—A ver si es verdad y me das tu opinión.

—¿Qué pasó? Cuéntame mientras nos tomamos una cerveza allí enfrente.

Aparcaron el coche al lado de un bar con terraza y se sentaron fuera para que Victor pudiera fumar. Pidieron unas cervezas y Alfil comenzó a contar cómo había aparecido Clara en su vida tras once años de ausencia, también le contó a groso modo su relación de adolescentes y su miedo a que ella volviera a estar cerca de él. La chica provocaba una transformación en su mente que le impedía concentrarse en nada. Sentía pánico ante la posibilidad de tirarlo todo por la borda de nuevo.

—No te rayes tío, me dices que esa chica está ahora casada y con dos niños. Lo más seguro es que quiera tomar un café y recordar batallitas o...

—¿O qué?

—O quiera echar una canita al aire. Las casadas son las mejores, te las tiras y no te vienen a buscar luego para joderte. Tienen una vida, una reputación; y lo mantienen todo en secreto para que el marido no las mande a la mierda. Ya desaparecerá después de unos polvos, ya lo verás.

—Qué bestia eres. No creo que sea tan sencillo. Los ojos de una persona dicen mucho de lo que esta siente, los de ella conservan algo del pasado, mantienen algo dentro que parece esperanza.

—Joder que fino te pones, tronco.

—Es verdad, te digo que hay algo dentro de ella. Se notaba por su forma de mirarme.

—Quizás esté quemada de su marido y eso sí que sería jodido. Esas son como los monos, no sueltan una rama hasta tener bien agarrada la siguiente.

—Jooooder, ¿te vuelves más burro a cada minuto o solo lo parece?

—Que sí, tío. Que la tal Clara esa quiere dejar al marido y encasquetarte a los niños. Que tú tienes dinero y eso les gusta más a las mujeres que comer chocolate sin engordar. El marido se habrá puesto gordo y calvo, todo el rato viendo el futbol en el sofá; luego te ha visto a ti, un potranco buenorro (ojo, que te lo digo sin mariconadas) y con mucho dinero y se habrá puesto bien mojadita. Se van a acabar para ti las salidas nocturnas y las juergas que te corres por ahí. La tía viene con extras, ja, ja, ja. Vas a pasar en una semana de soltero a padre de familia numerosa. Te veo cambiando pañales en vez de correr con el Audi.

—Anda ya, no digas más tonterías, necesito que hables en serio.

—Hazme caso, te estoy hablando en serio. Si quieres ver de qué palo va la chica, tienes que quedar con ella, y cuando la tengas delante le preguntas directamente: ¿Qué coño quieres? Así, al grano. Si quiere follar, pues perfecto, pero si quiere algo más, pues a tomar por culo.

—Es lo que me gusta de ti, cómo lo simplificas todo. Sería fantástico que el mundo fuera así de simple.

—Eso es porque todo es simple, los complicados sois los que no sabéis lo que queréis. A ti lo que te pasa es que esa tía te tuvo pillado y algo de aquello te ha quedado dentro. Por eso estás aquí hoy, porque sabes que si ella quiere, te tendrá comiendo de la mano.

—No te creas. Cuando la vi, recordé muchas cosas del pasado, sensaciones, pero no me transmite ahora lo mismo que entonces, al menos con la misma intensidad. Recuerdo que no podía casi pensar cuando me miraba, pero han pasado once años de eso y la vida ha dado muchas vueltas. Aparte de eso, lo que me preocupa no es lo que yo sienta por ella, sino lo que ella afecte a mi vida, a mi trabajo; no quiero tirarlo todo a la basura después de tanto esfuerzo.

Alfil comenzó a reírse, Victor le miraba extrañado.

—¿Qué haces? Ahora te ríes, estás mal, tío.

—¡Joder! Si mi abuelo viviese, le daría un infarto al saber que Clara ha vuelto. No sabes lo que supuso para toda mi familia, no sabes lo que trastocó nuestras vidas y nuestro futuro cuando la conocí. Cómo valoraba el futuro mi abuelo..., si supiera lo diferente que ha sido a lo que él planificó.

—Pues me tienes intrigado. Menuda tía tiene que ser, por cómo la describes debe ser como el *terminator*.

—En realidad fui yo el que lo destruyó todo hace una década, fui yo el que lo jodió todo cuando ella entró en mi vida. Eso es lo que más temo, volver a tenerla a mi lado ahora que estaba olvidada, ahora que tenía mi vida perfecta, y fastidiarlo todo de nuevo.

—Pues solo puedes hacer una cosa.

—¿Qué cosa?

—Quedar con ella; si no lo haces, ya habrás jodido tu vida. Mírate aquí y ahora, no vas a solucionar nada quedándote encerrado en casa, pensando en lo que podría ocurrir si haces esto o aquello. Debes echarle huevos y ver qué sucede si la tienes cerca otra vez. Ahora ya no eres un chaval, ni ella tampoco, y lo más seguro es que te olvides cuando veas que es una ama de casa aburrida, hablando todo el puto día de sus hijos. Y por si eso fuera poco, debes ponerte a prueba.

—¿A prueba?

—Sí, porque han pasado once años y ya no eres ningún crío. Yo me acercaría a ella para saber si he evolucionado, para saber si ahora soy capaz de evitar los errores que cometí entonces. Como un coche que trata de tomar

una curva a ciento cincuenta por hora y se sale de la pista, dándose un piñazo contra la mediana; luego lo arreglas y le pones cubiertas mejores, habrá evolucionado y no se saldrá de la pista, pero eso solo lo comprobarás si vuelves a enfrentarte a la curva a ciento cincuenta. Así que debes ponerte a prueba para saber si las cubiertas que llevas hoy —Victor se daba golpecitos con el dedo en su frente— son mejores que las de hace once años.

—No puedo negar que tienes razón. Al final te tendré que dar un sueldo por hacer de psicólogo.

—Seguro que yo hubiera sido un buen loquero, ja, ja, ja. Y lo del sueldo, olvídalos, ya me patrocinas el coche. Tengo el segundo bólido más rápido de la ciudad gracias a ti.

—A ver si es verdad y me ganas alguna vez, que no sabes lo que aburre no tener rivales decentes.

—Qué cabrón. La próxima carrera puedes llevar mi coche y yo el tuyo, así tendrás una experiencia nueva.

—Primero píntalo de negro y quítale esos neones de los bajos.

—¡Ni se te ocurra pensarlo! Con mi niño no se juega. ¿Y qué coño te ha dado a ti con el negro?

—Ja, ja, ja, tranquilo que no trataré mal a tu niño si algún día me dejas montarlo y yo me decido a hacerlo.

—Ya sabes que lo mío es tuyo, literalmente, lo has pagado tú, ja, ja, ja.

—Brindemos por la amistad, es lo único que no te defrauda en la vida.

—Pidamos otra ronda. ¡Por los amigos de verdad!

Los chicos se quedaron en la terraza algo más de tiempo. Alfil sabía que la charla con Victor le despejaría dudas y así había sido, Aunque tenía por delante la parte más complicada: quedar con Clara y volver a afrontar el desafío de estar junto a ella, arriesgarse a tener sensaciones que ya no deseaba volver a tener, ¿o sí?

El tiempo pondría las cosas en su sitio, y eso sucedería antes de lo que imaginaba Alfil.



## Capítulo 20

El reloj marcaba las diez y media de la mañana y los jardines del Retiro ya se encontraban atestados de turistas, vecinos dando un paseo, familias e incluso deportistas que aprovechaban para correr, montar en bici o patinar. Eso último estaban haciendo las hijas de Clara, bajo la supervisión del padre de las niñas y la atenta mirada de su madre, que los observaba a todos desde la terraza de su vivienda, situada en la cuarta planta de un edificio de la avenida Menéndez Pelayo, a la altura de la zona de la Biblioteca. Quizá la calle no sea tan conocida como el Paseo del Prado, que es su paralela al otro lado del parque, pero la tranquilidad, las vistas y la orientación hacia la puesta de sol hacen de ella una zona muy apreciada en la ciudad.

En el poco tiempo que llevaba en Madrid, la familia se había adaptado muy rápidamente a la frenética vida de la capital, a pesar de considerar que Barcelona era menos caótica y más cómoda para desplazarse. Clara echaba de menos de su ciudad natal pasear por la playa al amanecer, el olor a mar desde cualquier punto, sus amigos y las tardes en las terrazas.

Un punto bueno a favor de su nueva ciudad era que había hecho amigos muy rápido, Madrid era más abierta (ella suponía que debido a que casi todos sus habitantes habían nacido fuera o lo habían hecho sus padres) y la zona tan céntrica en la que vivían les ayudaba a hacer vida social. Salía con sus amigas cada miércoles, visitaba el gimnasio para asistir a clases de Zumba tres veces a la semana, paseaba a diario con sus hijas e iba al teatro casi cada sábado; en definitiva, llevaba una vida acomodada y feliz. Aunque había algo en su cabeza que llevaba dos días alterando sus sentidos, un encuentro inesperado que la había desconectado de su idílica existencia, avivando ascuas que creía apagadas desde hacía años. Ese algo le impedía dormir y le provocaba un distanciamiento de la realidad, incluso ante su familia; había perdido el apetito y no cesaba de buscar en internet cualquier dato relacionado con su amor de adolescencia.

Miró el cielo de Madrid y observó en la lejana distancia el ángel del edificio Metrópolis que daba la bienvenida a la Gran Vía, le habían dicho que Alfil vivía en aquella calle. ¿Qué habría sido de él esos años? ¿Qué le habría ocurrido después del accidente en Barcelona? ¿Qué sería lo que estaba sintiendo por él que llegaba a afectarle hasta ese punto? ¿También lo sentiría él por ella? No pareció agradaarle el encuentro, ni siquiera le dio su teléfono. Clara se dejaba atormentar por las dudas que se multiplicaban y crecían en el interior de su estómago. ¿Y si su reacción fue porque aún sentía algo por ella? ¿Algo positivo o negativo? ¿Hay alguna diferencia cuando se habla de amor? ¿No es el odio el mayor síntoma de resentimiento hacia el ser que más se ama?

El sonido de su teléfono móvil activó su mente, que permanecía como espectadora ante los deseos y las dudas de su corazón. Miró la pantalla y decidió no atender la llamada, era de un número que no reconocía. Continuó tomando su café mientras observaba a su familia patinando en el parque; cada pocos minutos se giraban y la saludaban desde la distancia, detalle que ella devolvía de forma mecánica y con una sonrisa. El debate en su interior apareció de nuevo, no lograba evitar la comparación entre lo que tenía ante sus ojos: su familia jugando en el parte y lo que escondía aquel ángel de Metrópolis, entre presente y pasado, entre lo que más amaba en el mundo y lo que más había amado. ¿Podría aquella brisa lejana haber vuelto para trastocarlo todo y convertirse en dulce hálito o trágico vendaval?

Eran las doce y media del mediodía cuando la familia de Clara estaba lista para salir de casa, iban a almorzar con sus mejores amigos: la familia de un compañero de trabajo de su marido. Se trataba del plan de la mayoría de los sábados cuando hacía buen tiempo. El móvil de ella volvió a sonar, y al sacarlo del bolso comprobó que era el mismo número que llamó dos horas antes, lo descolgó para ver quién podría ser mientras hacía un gesto con la mano para pedir un minuto de espera a su familia.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Me diste tu número hace tres días en *Larios Café*.

A la chica le dio un vuelco el corazón, era la última llamada que hubiese esperado recibir, aunque también la que más ansiaba. Justo cuando pensaba que no le volvería a ver más o a saber de él, cuando más confiaba en que aquella actitud en el *Larios Café* era de rechazo, justo entonces apareció de nuevo la esperanza. Volvió a tener dieciséis años, volvió a sentir la magia, el secretismo con su familia, las mariposas... Y volvió a jugar con él.

—Uf, esa noche le di el número a tanta gente..., deberás especificar más.  
—Clara había bajado un poco la voz y se había apartado para que su marido no la oyese.

—Soy el que cruzó océanos de tiempo para estar contigo. —«¿Por qué he dicho eso?». Se preguntó Alfil, como si las palabras hubiesen brotado sin poder contenerlas.

—Para encontrarme, cruzaste océanos de tiempo para encontrarme. —A Clara le tembló la voz, a la vez que sus ojos se inundaron de lágrimas, al recordar el momento en el que él le dijo esa frase por primera vez. Momento que nunca había olvidado ni podría olvidar mientras viviese.

—Fue una sorpresa verte el otro día, la persona a la que menos podría esperar.

—No pareció gustarte, parecías molesto. Lo siento si fue así. No te hubiera molestado de haberlo sabido, aunque no te llamé de forma racional, fue un impulso que no pude contener.

—Tranquila, volvía de una jornada dura de trabajo y de unos días con la mente en otro sitio, no tuvo nada que ver contigo. Por cierto, te llamaba por si te venía bien quedar esta tarde para tomar un café. Aunque esta vez no tenga luces en la terraza de la Pedrera para colocar sobre ti.

—Aún recuerdo las luces, y empiezo a creer que nunca se han marchado. Sin embargo, recuerdo aún mejor la compañía y las mariposas en el estómago, aquellas que creía dormidas, pero que ahora no me permiten casi respirar. —La chica no había controlado sus palabras, habían surgido de su interior sin poder reprimirlas. La voz de su gran amor la había convertido en otra persona, en alguien que creía muerta desde hacía once años, alguien que debía estar muerta... pero que solo dormía. Ahora había despertado y clamaba por recuperar el tiempo perdido.

—¿Os espero entonces hoy?

—¿A quiénes?

—A ti y a las mariposas, si las traes.

—Ja, ja, ja, Algo más tarde. ¿A las nueve?

—¿Conoces *Izakaya Han*? Está en la Calle San Bartolomé, en Chueca.

—Sí. Me sigue gustando la comida japonesa. Allí te veré. —Estuvo a punto de terminar con un «te quiero», como si esa expresión hubiese viajado once años en un instante para brotar de sus labios y arrasar con todo, pero logró contenerlo a duras penas.

—¿Quién es? ¿Ya podemos irnos? —preguntó Javier, su marido, al regresar ella desde el salón.

—Era Inés, quiere cenar esta noche, hacer una salida de chicas. Sí, ya podemos irnos.

Clara casi no podía caminar, de hecho, le había costado un mundo el poder articular la frase anterior para Javier. Algo dentro de ella había explotado como si se tratase de una bomba nuclear, una bomba que había acabado con todo, con su presente, su familia. Su vida. Algo que creía dormido, o quizá muerto, había revivido con una fuerza mayor incluso de lo que podría haber imaginado. El mundo se había parado para ella. Ahora su vida, el motor que la movía, estaba de nuevo en las manos de quién había sido dueño de su corazón desde el día en que lo conoció, pero con la impotente y amarga sensación de ver alejarse en un oscuro túnel a su marido y sus hijas; les quería, les quería cerca, pero se alejaban sin poder remediarlo. ¿Cómo era posible? ¿Cómo se había desmoronado todo tan de repente? ¿Cómo había permanecido todo aquello aletargado y escondido en lo más profundo de sus sentimientos para resurgir cuando menos lo hubiera esperado?

En su estudio, Alfil colgaba el teléfono despacio, miraba el terminal con un gesto de asombro. No había podido contenerse en sus emociones, algo inusual para él desde hacía muchos años. No era capaz de frenar sus impulsos ante Clara y eso que se trataba de una simple conversación telefónica. ¿Qué ocurriría esa noche cuando estuviesen cara a cara y en privado?

## 2

El restaurante Izakaya Han era un lugar acogedor, que es como decir que era muy pequeño, pero su luz y la decoración, en tonos cálidos y madera, hacían de él un lugar bonito e íntimo a la vez. Al entrar en él, encontrabas a la derecha la barra y a la izquierda había pequeñas mesas, para dos personas, separadas por una especie de cortina de cuerdas. En una de esas mesas estaba Alfil esperando a la chica. Iba vestido con traje negro y camisa blanca con los dos botones superiores desabrochados. Estaba nervioso, aunque no se le notaba, y había pedido un vino Pedra de Guix, pero el establecimiento no contaba con él y se conformó con el Tara Chardonnay que, por suerte, sí guardan en su bodega.

Aún no le habían servido cuando entró Clara por la puerta. Quizá solo lo sintiese él, aunque las miradas que se adivinaban tras las cortinas de cuerdas

corroboraban que la chica seguía conservando el aura que desprendía once años atrás, al igual que la puntualidad. Un vestido negro y ajustado a su cuerpo, con algo de escote y marcando la perfecta línea de su cintura y cadera, hizo enmudecer a los presentes como si hubiese entrado una celebridad. Alfil corroboraba lo que había visto en *Larios Café*: aunque no estaba tan delgada como cuando era una niña, seguía siendo espectacular, de esas mujeres que monopolizan la atención al entrar en una estancia, aunque ni siquiera se lo propongan.

Su cara, que retenía las facciones de aquel inocente ángel, provocó que el tiempo se detuviese para el chico. Alfil apostaría su vida y su fortuna a que si sonriese con los ojos entrecerrados como lo hacía antaño, provocaría una explosión en el lugar; o, al menos, dentro de su pecho. Eran casi imperceptibles las marcas de expresión que habían aparecido en su rostro, después de todo, aún tenía solo veintisiete años, aunque ya hubiese sido madre dos veces.

—Siempre puntual, es lo que más me gustaba de ti —dijo el fotógrafo mientras se levantaba para recibirla con dos besos e invitarla a sentarse.

—Es la primera vez que me has besado en la mejilla. Ha sido un poco raro; y espero que te gustasen otras cosas más que mi puntualidad —apuntó ella con una sonrisa.

Esa sonrisa, para Alfil, conservaba la esencia de mil amaneceres, aunque en sus ojos se notase que ya no era una adolescente. En esos años había perdido, como toda persona al hacerse adulta, la inocencia y despreocupación que se tienen a esa temprana edad, y que resultan tan atrayentes como el deseo de recuperar el tiempo perdido. A pesar de ello, seguía siendo una sonrisa que le desarmaba. Atesoraba además, una elegancia y calma que compensaban las escasas pérdidas producidas por el paso de los años. Había mejorado como el mejor vino.

—Ya casi había olvidado cómo te quedabas mudo cuando me veías aparecer.

—Me quedaba mudo al verte sonreír, que es diferente —corrigió a Clara con una sonrisa de seguridad.

Ella bajó la mirada y sus mejillas se tiñeron de rubor.

—No imaginaba que te avergonzarías hoy en día por algo así —añadió Alfil.

—Me sigo avergonzando por muchas cosas. La niña que hay en mí aún se resiste a marcharse del todo.

—Eso sucede cuando quedan cuentas pendientes. —Tras estas palabras del chico, se hizo un incómodo silencio entre los dos.

El camarero llegó con la botella de vino y una copa, Clara se apuntó a la elección que había hecho su compañero de mesa y este pidió una segunda copa para ella.

—¿Qué es de tu vida? Asústame con anécdotas anodinas sobre tu familia de película americana. Seguro que sois todos rubios como en *Los chicos del maíz*.

—Ja, ja, ja. Qué idiota, no has cambiado nada, sigues sin parar de provocarme.

—Algunas costumbres nunca cambian.

—Ya te dije el otro día que tengo dos niñas, son preciosas, mucho más traviesas y malas de lo que yo fui. Pero me dan la vida, no sabes lo que te cambia los esquemas un hijo.

—No, no lo sé. —Alfil detestaba esa frase hecha que suelta todo padre o madre, como si hubieran descubierto el Santo Grial al conocer la paternidad.

—Sí, ha sonado a algo típico. Supongo que no se puede evitar. —Ella fue consciente que no era el momento de hablar de esas cosas.

—Toda una madre dedicada y amante esposa. Eso siempre fue contigo.

—Mojigata y tradicional, no puedo evitarlo.

—Pero ahora estás aquí. Por cierto, ¿qué le has dicho a tu marido?

—Que quedaba con un antiguo novio para cenar.

—Los dos sabemos que eso es mentira. —Alfil sonreía sin apartar los ojos de ella, que no aguantó la mirada. Delataba con ello que él la había descubierto.

—No hablemos de mí, por favor. Mi vida es muy monótona. Prefiero saber qué pasó con aquel prometedor estudiante de empresariales para que acabara convirtiéndose en el gran fotógrafo de moda que es hoy en día.

—Tampoco hay mucho que contar, después del accidente... —Alfil hizo una pausa incómoda para los dos—, marché a Estados Unidos y decidí estudiar Bellas Artes. Me decanté por seguir lo que me dictaba el corazón y no los consejos de mi abuelo. Estuve un tiempo allí, haciendo fotos para revistas del país y de México, luego volví a España para cerrar ciertos asuntos familiares, y decidí quedarme. No hay mucho más que decir.

—Vaya síntesis, veo que no te gusta explayarte. Siempre fuiste poco hablador, con una vida privada muy secreta.

—Dicen que no debes decir nada si tus palabras valen menos que el silencio.

—Seguro que tu vida ha sido más interesante de cómo me la estás vendiendo ahora.

—¿Y la tuya? Cuéntame algo de ti que no sea referente a tu familia.

—Te he echado de menos —Clara bajó la mirada, no podía aguantar más. Su vida fue un infierno, aunque no quería decirlo, no deseaba que él lo supiera; pero no pudo evitar ser sincera, un libro abierto, ante su primer amor —. Te esperé hasta el final...

—¿El final? Eso es mucho esperar, aún no ha llegado ese final. Pensé que no querías verme después del accidente. Te llamé durante semanas y no pude contactar contigo. No me llamaste ni devolviste las llamadas. Esperé incluso a que te escaparas de casa. No creo que fuera difícil conseguir un teléfono para llamarme.

La conversación había adquirido un tono dramático en solo unos segundos. Las mentes de los chicos regresaron a su adolescencia. Se acercaron el uno al otro para hablar en silencio, entre susurros, dejándose gobernar por los sentimientos que provocaban las asignaturas pendientes que dejaron once años atrás. No parecía haber reproches, pero sí quedaba mucho amargor entre los recuerdos.

—Ojalá hubiese sido tan fácil como parece desde la distancia y el tiempo. Mis padres me quitaron el móvil y me encerraron en casa. Pasé siglos llorando tu ausencia en la soledad de mi habitación. Ojalá ninguna mujer, o ninguna niña, tuviera que pasar aquel infierno. —Se le quebró la voz entre temblores de sus labios y comenzó a llorar como Alfil nunca había visto antes.

—Hubiera ido a raptarte si lo hubiera sabido. Hubiera prendido fuego a tu casa... prendería fuego al mundo ahora mismo y sin dudarlo un instante solo por que tú me lo pidieras. Solo por salvarte de aquella tortura. Solo por volver a sentir tus labios de nuevo.

—No me digas eso, no sabes el daño que puedes hacerme con tus palabras. —Clara agachó la cabeza, no quería que Alfil la viese llorar.

—¿Aún no lo has comprendido? —el chico trataba de contener su ira interior—. Me encerraste hace once años en una cárcel de oscuridad, y desde entonces he estado recibiendo los latigazos de tu indiferencia, de tu ausencia. Mil horrendas muertes imaginé más felices que privarme de ti. ¡Mírame! Necesito una mirada más.

Clara levantó su rostro, viendo ante sí al único hombre que había amado en su vida; ahora estaba convencida de ello, pero casi no podía verlo, sus ojos estaban velados de lágrimas que no lograba contener. Hacía tiempo que había

dejado de esperar lo que milagrosamente acababa de suceder; miles de horas de sufrimiento, de soledad y de amargura, habían sido testigos de una adolescencia trágica. Ninguna niña debería pasar por aquel calvario. Una vida idílica y una familia entera eran algo que ayer creía que la llenaban por completo, pero hoy no significaban nada ante una sola palabra de Alfil.

Intentó recomponerse para tratar de hablar:

—No me hagas esto, por favor... no sabes... —Volvió a quebrarse. Su voz y toda ella.

—Nunca te haría daño.

—Cuando te vi hace tres días, no supe asimilar el pinchazo sentido en mi corazón. Ahora soy consciente del daño que puedes hacer a mi familia, y ellos no se merecen algo así, no se merecen lo que yo he llorado por ti, no se merecen lo que yo estaría dispuesta a hacer ahora mismo por ti. Yo ya te he llorado por dos vidas que pudiera vivir, pero no quiero que ellos tengan que hacerlo.

—Entonces será mejor que me marche, no quiero ser el responsable de tanto dolor en tus seres queridos. —Alfil intentó levantarse de la silla.

—No te marches, no te alejes otra vez... —Clara se derrumbó a la vez que se aferraba con fuerza a su brazo, desesperadamente y sin pensar en vergüenza o pudor—. Si vas a hacerlo, acaba antes con mi vida, por favor. Porque no puedo volver a perderte, no resistiría más dolor. Después de tenerte otra vez a mi lado, cuando ya te creía perdido, después de comprobar que dentro de mí sigue latiendo el corazón solo por y para ti, después de volver a oír tu voz, no puedes marcharte de mi vida de nuevo. —Apretó con más fuerza para aferrarse a él, para no dejarlo partir. Hubiera querido hacerlo con dulzura, incluso con timidez, pero fue la desesperación la que apretó el brazo del chico hasta clavar sus uñas en él. Prefería morir antes que verle marchar de nuevo.

—No puedo quedarme y saber que tu familia sufre por mi causa, es una cruel y enorme responsabilidad con la que no quiero cargar. Debes entenderlo.

—¿Y qué crees que significa todo esto para mí? Ojalá hubiéramos coincidido en otro momento, en otra vida, en otra época. A veces pienso que estuvimos juntos cuando aún no era el momento adecuado.

—Fuimos felices hace once años, fue breve pero intenso, y por eso nunca se borrará de mi mente ni de mi corazón. Quizás tengas razón y nos perjudicó la edad y la inexperiencia, no estábamos preparados para todo aquello que nos llegó sin esperarlo.



—Sí, ojalá todo hubiese pasado más despacio, o quizá más tarde.

—Pero llegó cuando tuvo que llegar, esas cosas no las decide uno. Bendigo el día en que golpeé con la moto el coche de tu padre. Nunca podría olvidar aquel mágico momento. Recuerdo ver aparecer tu cara a través de la ventanilla y pensar que mi vida tenía sentido, que tenía una meta y una razón para existir.

—Qué injusta resulta la vida cuanto estás enamorada, yo recuerdo aquellos días con impotencia. Es tan difícil vivir cuando alguien te importa tanto como para morir por él.

—¿Qué dices? No hay que morir por nadie, solo pelear por estar a su lado. Es una cuestión de fuerza, de ganas, de querer luchar. Alfil apretó las manos de Clara con las suyas.

—Eso es fácil de decir cuando eres mayor de edad y dueño de tu destino, sin tus abuelos al lado y dirigiendo tu vida. Pero cuando no eres más que una niña al cuidado de tus padres... —No pudo continuar y rompió a llorar de nuevo, como si fuese una niña pequeña, estaba soltando todo lo que había acumulado durante once años en su interior.

Alfil la sostenía por los brazos y trataba de hacerla reaccionar, pero la chica estaba fuera de sí. Entonces, como si estuviese ante una visión inesperada y mortecina, el fotógrafo quedó sin habla y lívido como el blanco mantel bajo sus codos. Acababa de ver algo que le oprimió el pecho hasta dejarle sin respiración. Seguía acunando las manos de Clara entre las suyas, y más allá, en las muñecas, aún perduraban las cicatrices de lo que sin duda fue el intento de poner fin a su infierno personal. Un escalofrío recorrió su espalda y vinieron a él los recuerdos de los once años de amargura, de odio, de rencor, de tratar de olvidar a quién pensaba que lo había abandonado y arrojado a la cruel soledad. Once años sin saber que la realidad fue otra muy diferente, una en la que ella había sufrido más que él.

Sostuvo su cara con delicadeza y limpió con las yemas de los dedos las lágrimas que seguían recorriendo sus mejillas como finos surcos de plata. La miró con ternura, acarició su aún trémulo labio inferior y la besó.

## Capítulo 21

El ático de Alfil solía tener la misma iluminación cada noche, la de los puntos led que se diseminaban por el espacio para ofrecer una señal de referencia, o leve penumbra, si el fotógrafo se levantaba en plena madrugada; y la de su enorme pantalla de televisión mostrando una película clásica, casi siempre en blanco y negro, hasta que el chico se quedaba dormido sobre el sofá, a veces coincidiendo con el amanecer.

Esa noche era diferente, la primera vez en mucho tiempo que Alfil no se encontraba luchando contra el insomnio frente al televisor, de hecho, tampoco estaba sobre el sofá ni en otro punto del interior de la vivienda. Permanecía en la terraza, en silencio e iluminado por la pantalla de su ordenador portátil; allí es donde guardaba una copia del testimonio gráfico de su vida, su pasado. Para una persona tan ambiciosa y tan obsesionada con el futuro, que nunca se permitía pensar en aquello que había dejado atrás, observar esas fotografías era como realizar un extraño viaje a otro mundo u otra dimensión. El chico almacenaba las fotos en carpetas y nunca más se preocupaba de volver a abrirlas, lo hacía con sus trabajos fotográficos, pero más aún con las imágenes de su vida personal.

Su comportamiento errático y distraído de los últimos días era consecuencia de la aparición en su vida de Clara, o quizás de los sentimientos que aún sentía por ella. Alfil no lo tenía claro del todo, pero estaba seguro de que la chica monopolizaba todo su mundo. Aquella era una situación nueva para él, al menos en esa etapa de su vida, y necesitaba pensar con claridad, pero le estaba resultando difícil.

«¿Qué vas a hacer ahora? ¿Lo tirarás todo por la borda? Ya lo hiciste hace once años. ¿Y si todo vuelve a torcerse? Después de todo, has vuelto a relajarte y olvidar tus metas, has vuelto a pensar en ella como si fuese todo lo que necesitas».

Alfil hablaba consigo mismo, esperaba una respuesta en su interior mientras recordaba el año 2003 a través de las fotos que él mismo realizó. En ellas estaban sus abuelos, los echaba mucho de menos.

«¿Vale tanto la pena Clara como para volver a empezar? Por tus sentimientos hacia ella defraudaste a quienes más querías; ahora ni siquiera están para pedirles consejo».

En la pantalla iban apareciendo, una tras otra, las fotos de aquel año: sus motos, la casa de sus abuelos, la gente por las calles de Barcelona, Jaume y sus amigos, de repente pausó la presentación.

«Qué cruel es la vida, y más aún el destino, que me empuja hacia ti cuando ya te creía olvidada».

En la pantalla se veía una foto en blanco y negro de una chica joven, con la mirada perdida, a la espera de que su padre la recogiera al salir del colegio. La misma foto que había observado una semana antes en el monitor de su estudio durante la sesión de fotos.

«Aquellos días creí que acabaría consumido por tu ausencia, pensé que moriría porque tú no sentías lo mismo por mí. Te esperé todo lo que pude, y ahora sé que no fue suficiente. Te prometí que no permitiría que te hiciesen daño, pero yo he sido el que más te ha herido en la vida».

## Capítulo 22

Barcelona, 2003

Alfil y Clara habían salido varias veces en los dos últimos meses y los padres de ella empezaban a sospechar que eran demasiadas noches durmiendo en casa de Merce. No preguntaban nada a su hija porque confiaban en ella, continuaba sacando buenas notas y nunca les había defraudado ni mentido; pero entre ellos comenzaban a preocuparse por si había algo que no les hubiera contado.

Clara ya conocía todo sobre Alfil: su trágica pérdida siendo un niño, su estricto abuelo monopolizando su vida, el cariño de su abuela, su adiestramiento para dirigir las empresas familiares el día de mañana, sus miedos e inquietudes y su necesidad estricta de fortalecer cuerpo y mente. La chica se preocupaba de que no hubiese tenido la infancia que debía tener todo niño, aparte de la adolescencia que le tocaba vivir ahora.

Alfil había aprendido que Clara adoraba el color rosa, que querría tener una hija y llamarla Cristina. Quería ser periodista para denunciar injusticias, deseaba vivir en una casa con vistas al mar y tener dos perros de raza Westy. Le gustaba la comida japonesa, no soportaba las mentiras, la impuntualidad... Poseía la sonrisa más dulce del mundo, era bondadosa con todos, cuidaba y se preocupaba de él. No había el más mínimo defecto en ella.

La familia de Clara no conocía ningún dato sobre el chico, ni siquiera sabían que su hija, a la que consideraban aún demasiado pequeña, estaba saliendo con alguien. Clara lo había mantenido en secreto porque intuía la reacción que tendría su padre al conocer la noticia, más aún si se trataba del chico con el que tuvo el accidente. Una cosa es que su padre considerase que era un buen chico y otra muy diferente que aceptase su relación con su hija. Clara conocía a su padre y sabía que estaba educado en otra época y de una forma distinta a la suya, su padre era como esas personas que presumen de no

ser racista y de tener algún empleado o amigo negro, pero le daría un infarto si su hija saliese con un chico de color.

En la Mansión de los Ríos-Castro, los abuelos del chico conocían casi todo sobre Clara, aparte de lo que el chico había contado a su abuela, se sumaba lo que había averiguado el abuelo; ya que este tenía todo un dispositivo de seguimiento para proteger al chico y para estar informado en todo momento de sus acciones y movimientos. Algo que Alfil intuía pero que no sabía con seguridad. El hecho de que su pupilo estuviese enamorado era algo que su estricto mentor no aprobaba, y eso le preocupaba por el temor a que se repitiesen errores del pasado.

## 2

Sonaba el teléfono en casa de Clara y su madre descolgó el terminal antes de que pudiese hacerlo la chica.

—Clara, cariño, es para ti. Se trata de un profesor del colegio que quiere hablar de una asignatura.

—¿Quién es? —preguntó la chica desde otro terminal, una vez estuvo en su cuarto a solas.

—¿Hablo con Clara? —Se oyó desde el otro lado de la línea, con una voz muy ronca.

—Sí. ¿Quién es usted?

—Soy su profesor de Lengua y Literatura, le he puesto un cero en el último examen.

—¡Qué idiota eres! ¡Me habías asustado! —dijo ella, enfadada, al reconocer la voz de Alfil.

—Ja, ja, ja.

—Mi madre se ha creído que eras un profesor del colegio.

—Eso es gracias a Alberto.

—¿Alberto? ¿Quién es Alberto?

—Un actor que tengo aquí a mi lado. Le he contratado para poder engañar a tus padres.

—Mira que eres idiota, cuando te pille te vas a enterar.

—Ja, ja, ja. ¿Qué haces?

—¿Ahora? Estoy escondida en mi cuarto para que mis padres no me oigan. Tengo que estudiar un poco, luego bajaré a cenar y estaré un rato con ellos viendo la tele antes de subir a dormir. ¿Y tú?

—Yo voy con la moto camino de tu casa, quiero que me presentes formalmente. Pero no tengas miedo, porque seré encantador, ya verás cómo me aceptan en el acto.

—Déjate de bromas. ¿No recuerdas el día que conociste a mi padre? Casi le pegas. Esa vena macarra tienes que perderla antes de venir a presentarte.

—¿Macarra? Ja, ja, ja, nunca me habías dicho eso. Y te gusté a ti, así que no debió de ser tan malo. No me has olvidado desde entonces.

—Qué gracioso, ya sabes que te hubiera matado allí mismo por chulo y arrogante.

—¿Ahora también me matarías?

—A besos, tonto. —Ella sonreía avergonzada por haberlo dicho.

—Voy a buscarte esta noche, si no sales llamaré al timbre y hablaré con tus padres para pedirles permiso.

—¡Te mato! Eso tengo que hacerlo yo, pero cuando sea el momento adecuado.

—Entonces busca una excusa.

—No se qué más decir.

—Usa tu imaginación.

—Bueno, ya se me ocurrirá algo. Te odio.

—Eso es mentira, sabes que me quieres.

—Haces conmigo lo que te da la gana, no es justo.

—Hago contigo lo que tú quieres que haga, eres tú la que me controla. No me vengas ahora de niña buena.

—Ja, ja, ja. Está bien, no me manipules que lo de tu abuelo no funciona conmigo. Ya pensaré en algo. Te veo donde siempre a la hora de siempre.

Tras colgar el teléfono, suspiró mientras observaba su reflejo en el cristal de la ventana de su dormitorio. A través del improvisado espejo, comenzó a hablar contigo. Sí, contigo.

—¿Qué opinas de Alfil? Tú has leído nuestra historia y tendrás una imagen ya de él, seguro que más objetiva que la mía. Yo casi no puedo mantenerle la mirada u oír su voz sin que brote un suspiro y una sonrisa de boba. Mis amigas no son objetivas, parecen más enamoradas de él que yo misma y mis padres... con ellos no puedo contar sin arriesgarme a que me impidan verlo.

Clara se tumbó sobre la cama, mirando un punto infinito en el techo y con las manos cruzadas tras la nuca.

—Detesto esa actitud que surge de Alfil cuando le provocan, es como otra persona que, desde su interior, surge para distanciarnos y transformarle en todo lo contrario a quien es. Esa agresividad... esos impulsos no pueden traer nada bueno. Ya lo has visto, es cuestión de tiempo que ocurra algo grave. ¿Qué harías en mi lugar? ¿Dejarte llevar por el sendero de aventuras y emociones que abren sus oscuros ojos? ¿Dejarlo antes de que sea demasiado tarde y esté aún más encadenada a su destino? No es fácil ¿verdad? Imagina para mí, que nunca había sentido algo así por ningún chico ni por mis padres. Es como si una fuerza me empujase hacia una dulce penumbra de sensaciones encontradas, miedo e incertidumbre contra la cálida luz que me rodea cuando estoy a su lado. Decisiones... decisiones...

Clara dijo a sus padres que debía ir a casa de Merce para revisar un trabajo del instituto, que pasaría unas horas y tal vez se quedase a dormir con ella como otras veces. Sus padres no se lo creyeron, desconfiaban, pero no quisieron prohibirle nada, ya que no tenían pruebas aún. Así que le dieron permiso y fingieron que se habían creído la historia.

—Veo que tienes a tus padres bajo control. Confían tanto en ti que seguro que les encanto cuando me conozcan; después de todo, me has elegido como pareja. —Alfil recibía a la chica en la moto, a escondidas como siempre, dos casas más allá de la suya.

—Ya hablaremos de eso de ser pareja, que no sabes los quebraderos de cabeza que me das.

Los chicos se abrazaron y extendieron en un largo beso, Clara gruñó de dolor bajo la presión y luego se despegó del chico, tratando de parecer seria ante las palabras que debía recordar al chico siempre.

—Ya hemos hablado sobre lo de entrar en casa. Deja a mis padres para mí, ya les iré hablando de ti, pero despacio. —Clara tenía miedo al rechazo de sus padres hacia su novio, aún la consideraban una niña. Otro motivo por el que no había hablado con ellos era el de no haber encontrado el valor suficiente para comenzar a integrarlo en las conversaciones con su madre; como tampoco sabía la forma de hacerlo, ya que el chico no era un vecino o compañero de clase al que poder encontrarse de forma casual. Subió a la moto y lo abrazó con toda su fuerza, como siempre, apretando la cara contra su

espalda. Era mágico aquel momento en que, aparte del ronroneo del motor, sentía el calor y la energía que emanaban del chico.

No sabía adónde se dirigían pero no le importaba, solo deseaba estar a su lado. Cerró los ojos mientras se dejaba llevar ante lo más parecido a volar que había experimentado nunca, en todos los sentidos. Siempre que se acoplaba a su cuerpo sobre la moto, recordaba aquel primer día, cuando salió del Café Berlín para subirse a una nube de la que aún no se había bajado, ni deseaba hacerlo. Se incorporó al cabo de un rato y vio que ya no estaban en la ciudad, iban por un camino estrecho y mal asfaltado; «qué extraño», pensó. Clara no se asustó, iba con él y no temía nada, seguro que se trataba de otra de sus sorpresas.

Alfil paró en una zona casi desierta, en un carril de arena y piedras, donde no había más luz que la que emitía el faro de la motocicleta, gracias a él pudo ver unos pocos coches aparcados y muchos árboles a su alrededor.

—¿Dónde estamos? —preguntó algo desorientada.

—Te gustará, confía en mí —el chico esperaba que ella no mirase hacia arriba para no estropear la sorpresa—. Acércate y deja que te venda los ojos.

—¿Vendarme los ojos? No pasaré miedo, ¿verdad? No me siento cómoda con una venda en los ojos.

—Ya sabes que no debes temer nada. Pero si no quieres, puedes decirlo y te llevaré a casa; aunque te perderás la sorpresa —el chico acercó su boca al oído de ella—. Nunca permitiría que pasaras miedo de nuevo.

Alfil la condujo a ciegas hasta una puerta de ascensor que la chica no había visto antes por estar de espaldas a ella cuando llegaron. El ascensor subía despacio por el interior de una torre de metal cilíndrico. Durante el día, y con el sonido de la ciudad y de las personas que lo usaban, el elevador era de lo más silencioso, pero en esa oscura y silenciosa noche, emitía una serie de metálicos quejidos que hacían temer e impacientar a Clara, esta no veía la hora de que le quitasen la maldita venda y poder ver su sorpresa.

—Dios mío. ¿Adónde me llevas? No paramos de subir. Esto debe ser la torre Eiffel.

—La torre Eiffel nos cae más lejos, pero ya te llevaré algún día. Ten paciencia.

—Esto me recuerda nuestra primera cita, subiendo en el montacargas hacia la azotea de La Pedrera. Aunque este sitio es más parecido al Tibidabo.

—Caliente, caliente...

—¡Jo! Me tienes en ascuas.

—Ya no quedan más de unos segundos, ten paciencia.



El ascensor se detuvo y Clara sintió como si entrasen en una estancia estanca y con el aire justo, un lugar pequeño y hermético con una sonoridad similar a la de un túnel muy estrecho. Alfil le quitó la venda y ella comprobó que estaban en una cabina de cristal, decorada con una mesa para cenar con platos repletos de comida y velas encendidas, a la vez que había banquetas recorriendo el perímetro de su forma circular, desde donde se veía toda la ciudad, incluido el mar al fondo. Era como estar en una burbuja enorme flotando a doscientos metros sobre el suelo o en un platillo volante transparente.

—¡Oh Dios mío! ¡Qué bonito! ¿Dónde estamos?

—En la Torre Collserola, cerca del Tibidabo, pensé que te gustaría cenar aquí. Nos encontramos en una cabina que hay sobre la zona de recepciones y oficinas, es la parte más alta de la ciudad y casi de toda España.

—Estás loco, al final te quedarás sin sitios donde llevarme para sorprenderme.

—Entonces buscaré otra ciudad para seguir fascinándote —susurró a su oído—. El mundo es muy grande y podremos viajar a cada uno de sus rincones mas hermosos.

—¿Has traído comida japonesa? Me preocupa que sepas tanto sobre mí — se impresionó ella al mirar la cena.

—Espero que esté fresca, o azotaré luego al chef.

—Ja, ja, ja. Eres imposible. Pero ahora en serio, no tienes que hacer todas estas cosas por mí, te amaría igual si comiéramos pipas sentados sobre el banco de cualquier parque.

—¿Has dicho que me amas?

—Ya sabes que sí, tonto.

La pareja se encontraba con un manto de estrellas sobre sus cabezas, las luces de la ciudad a sus pies y la luna llena emitiendo destellos sobre la alfombra de obsidiana que era el mar en el horizonte. Se dejaron llevar por la situación y disfrutaron de la cena entre risas, besos y anécdotas vividas en los días que llevaban sin verse. Permanecieron ajenos a ese mundo que quedaba muchos metros abajo, un mundo de límites y prohibiciones que les recordaba que no eran adultos ni libres para tomar sus propias decisiones, solo atentos a lo que había surgido entre ellos como un volcán en erupción, dejándose mecer por el calor y el viento del presente; este último movía suavemente la cabina en la que se encontraban.

—¿Te gustó cenar con el mundo bajo tus pies?

—Ha sido toda una experiencia, no lo dudes. Aunque no era necesario, hubiese cenado contigo con el mundo sobre la cabeza.

—¿Te he dicho alguna vez lo cursi que te pones a veces?

—¡Idiota! Tú eres mucho peor. Mira todo lo que te esfuerzas por mí. — Ella le dio un golpe en el hombro, era su reacción habitual cuando el chico la molestaba con un comentario.

Alfil la abrazó con más fuerza que nunca. Se encontraban a oscuras, con tan solo una docena de pequeñas velas sobre la mesa y las luces de la noche en la ciudad. El chico observaba el tintineo que reflejaban las velas en los ojos de Clara, sintiendo que podría sumergirse en ellos como si de un profundo y azul océano se tratase. Supo en ese momento, con más seguridad que nunca, que no querría separarse de ella el resto de su vida.

—¿Crees en el destino? —preguntó, dejándose llevar—. ¿Que incluso los poderes del tiempo pudieran modificarse con un solo propósito? El hombre más afortunado que pisa esta tierra es aquel que encuentra el amor verdadero.

Ella no podía hablar, solo deseaba besarlo, abandonarse por él hacia donde le condujeran sus susurros y caricias. Estaban a milímetros el uno del otro, sintiendo la respiración y casi las pulsaciones de sus corazones. Clara intentó besarlo pero él lo impidió colocando una mano sobre sus rosados labios, le acarició sin prisas las mejillas y luego los ojos. La chica se sentía en el cielo, pero aún subiría más.

—He cruzado océanos de tiempo para encontrarte. Mil vidas de espera son un pago justo por una mirada tuya, imagina el precio que daría por un beso.

Clara permanecía con los ojos cerrados, cuando una lágrima brotó de uno de ellos para rasgar la perfección de su piel con una línea de plata, y se abandonó por completo. En la intimidad de la cabina, a cientos de metros sobre el mundo y en los mullidos asientos, hicieron el amor por vez primera. El lugar no podía ser más idóneo para dejarse llevar, flotando entre millones de estrellas, las del cielo sobre ellos y las miles de luces de la ciudad bajo sus pies. Y por fin, Alfil sintió y experimentó lo que llevaba viendo en las películas clásicas que le obligaba ver su abuelo, aquellas que le habían enseñado su particular concepto de amor verdadero, lo que no encontró cuando estuvo en la playa con Esther.

También agradecería a su mentor el haberle hecho ver la película *Drácula* de Francis Ford Coppola, las palabras que habían brotado de su boca, sin siquiera decidir las o pensarlas, eran las que el príncipe Vlad dedica a su amada Mina.

—¿Te ha decepcionado?

—¿Cómo dices?

—Me refiero al dolor, espero que no te haya dolido mucho.

—No, ha sido maravilloso.

Ella le miraba, conteniendo su entrecortada respiración, como si le fuera la vida en ello; permanecía abrazada y apretando su cara contra el pecho de Alfil. No había imaginado en toda su vida un momento tan mágico como aquel. Llevaba los dos últimos años oyendo a alguna amiga o compañera de clase hablar de lo dramático de su primera vez, pero ella se sentía afortunada de haberlo vivido con quien amaba más que a sí misma.

Alfil sentía la fuerza y tensión de su abrazo, así comprobó que para la chica había sido tan especial como para él. ¿Quién podría negarle que ella era la persona adecuada, aquella que estaría con él para siempre? La correspondió colmándola de caricias y besos, hasta que fue relajándose y acabó dormida entre sus brazos.

Pasaron las horas y Clara aún permanecía tumbada sobre su cuerpo, ambos desnudos. El chico acariciaba su pelo y pedía el deseo de congelar el tiempo, de poder pasar una eternidad en esa cabina como si de una cápsula temporal se tratase. «Qué corta e injusta es la vida —pensaba Alfil al oler el perfume de Clara en sus cabellos—, que al pasar va deteriorando lentamente las relaciones hasta hacer que se rompan, hasta conseguir que amantes incondicionales se transformen en desconocidos, o peor aún, en enemigos a muerte».

Clara, en silencio, se sumergía en pensamientos similares; se había olvidado por completo del mundo. Toda su vida estaba dentro de aquella cabina de cristales empañados, de la que no deseaba salir nunca más. Aunque el mundo no se había olvidado de ella.

—Deberíamos pensar en bajar de la torre, he pagado por toda la noche a los operarios, pero no me fío de que se duerman o se marchen y nos dejen aquí hasta por la mañana —dijo Alfil.

Los chicos se levantaron y comenzaron a vestirse, cuando el bolso de Clara cayó al suelo tras coger ella su pantalón. Algunos de sus objetos personales se desperdigaron, entre ellos su teléfono móvil. La chica lo cogió para devolverlo a su sitio, pero quedó paralizada, aterrada al ver la pantalla.

—¡Dios mío! ¡Hay que volver ya, rápido!

—¿Qué ha pasado?

—Tengo once llamadas perdidas de Merce y otras tantas entre mi padre y mi madre. Nos han descubierto —la chica rompió a llorar pensando que sus

padres habían destapado sus mentiras, su traición—. No debí dejar el móvil en silencio, me van a matar.

—Pues vamos volando. Y no te mortifiques, ya está hecho.

Bajaron por el ascensor y en la base seguían los operarios contratados por el chico. Este les dio una propina y se dirigió, corriendo y tirando de la mano de Clara, hacia la moto.

Los treinta minutos de regreso a casa se hicieron interminables para la chica, sus miedos y las consecuencias que adivinaba al llegar le impidieron ser consciente de que Alfil iba a más de doscientos por hora en algunas calles de la ciudad, saltando semáforos y arriesgándose a una retirada del *carnet* o a un accidente. El chico también estaba asustado por el castigo que impondrían a Clara, tanto que no comprendía lo absurdo de estar corriendo a esas alturas; regresar unos minutos antes o después ya no supondría ninguna mejora o empeoramiento de la situación.

Al llegar a la puerta del *chalet*, la luz exterior se encendió. Clara notaba su corazón a mil por hora y cómo le costaba respirar, el chico parecía tranquilo, pero solo lo parecía.

—Pase lo que pase, no hagas ni digas nada —murmuró la chica.

—¿Cómo dices?

—Ni se te ocurra intentar cargar con las culpas, mantente callado y todo acabará bien.

—Pero yo te pedí salir esta noche y te llevé durante horas a...

—Cállate y escucha. Mis padres me perdonarán en menos de una semana, soy su hija y es la primera vez que les decepciono. Pero a ti no te conocen, te odiarán de por vida. Así que permanece en un segundo plano y no llames su atención.

Alfil no pudo protestar, sus padres irrumpían en la calle y, vestidos con pijamas y con un gesto desencajado de enfado en sus rostros, se dirigieron a la pareja con paso firme y en silencio.

—Entra en casa —ordenó su madre con frialdad y autoridad, aunque con un tono de voz bajo, muy contenido.

—Os lo puedo explicar. Estábamos dando una vuelta, siento no haberos dicho la verdad, pero no me hubieseis dado permiso para... Él no tiene culpa de nada. —La chica comenzó a llorar.

—¡Entra en casa como te ha dicho tu madre! —El padre estaba más alterado aún.

—Ha sido culpa mía, me gustaría hablar con ustedes. Clara no tiene por qué cargar con esto sola... —añadió Alfil, y la chica se derrumbó al oírlo.

—No hay nada que hablar entre nosotros. No quiero que te acerques más a mi hija, es menor y te denunciaré sin pensarlo. ¿Te ha quedado claro, gamberro?

—No podéis hacer eso —gritó Clara mientras su madre la conducía al interior de la parcela de la casa—. Él no ha hecho nada, es mi novio y no hacemos nada malo. Solo hemos cenado y dado una vuelta.

—Lárgate de aquí, no te lo repetiré —amenazaba el padre al chico, demasiado alterado para razonar.

Alfil se marchó para no empeorar las cosas. Las luces de los vecinos comenzaban a encenderse, alterados por los gritos de Clara y el tono de voz creciente de su padre, y en ese estado de nervios no se podía razonar con ellos, debería esperar a que los ánimos se calmasen un poco. No les culpaba, al contrario, comprendía su malestar ante el engaño de su hija, en la que confiaban ciegamente hasta ese momento. Y para empeorar las cosas, tenían frente a ellos a la persona perfecta a la que culpar: un motorista, un gamberro que había engañado y engatusado a su hija en contra de su voluntad. Los padres son así, siempre piensan que sus hijos no son los culpables de sus malas acciones cuando tienen a algún amigo o novio en el que poder volcar su ira. Después de todo, ella era una niña obediente y sincera que, tras aparecer en su vida el malvado motorista, se volvió mentirosa y comenzó defraudar a sus padres. Sí, sin duda era mejor dejar pasar algo de tiempo para enfriar los ánimos.

La chica entró llorando en la casa y subió a su habitación corriendo, cerró la puerta de un golpe seco, pero no le sirvió de mucho, sus padres entraron tras ella.

—¿No piensas decir nada? No me puedo creer que nos hayas hecho esto.

—Lo siento, siento haberos mentido, pero no me hubierais dejado estar con él este tiempo si lo hubierais sabido. Para vosotros es solo un gamberro, pero para mí lo es todo.

—Es lógico, Clara, eres una niña y eso te convierte en influenciable. Te puede engañar cualquiera.

—No soy ninguna mujer, pero con dieciséis años tampoco una niña, sé lo que hago, y Alfil me respeta. Nunca me ha obligado a hacer nada que yo no quisiera hacer, no soy idiota. Me cuida tanto o más que vosotros.

—¿Por qué tanta prisa? —añadía su madre—. Aún eres muy pequeña, tienes una vida entera para enamorarte, ahora debes pensar en estudiar, en jugar... —Intentaba que entrase en razón, hacerle entender que eran sus padres los que más se preocupaban por ella.

—Parece que estar enamorada y tener pareja significa que renuncias a todo, pues no, no voy a descuidar los estudios, y sigo divirtiéndome con mis amigas y con vosotros. Todo es compatible, no entiendo esta negativa, este ataque a un chico que ni conocéis, ni sabéis cómo es ni cómo me trata.

—Lo siento pero no podemos aceptar la situación. El chico ni siquiera ha venido a casa a conocernos, no nos parece que eso sea formal. Ni nos sentimos seguros sabiendo que vas por ahí en una moto con un desconocido y de madrugada.

—Yo le impedí venir a casa, fui yo quien se lo prohibió, sabía que no le aceptaríais. Pero él siempre ha querido pedir vuestro permiso. Fue un error mío, no es justo que le castigéis a él por algo que no tiene nada que ver con sus decisiones.

—Lo siento, Clara, pero eso no justifica que nos hayas engañado. A partir de mañana saldrás solo para ir al colegio y te llevará y traerá un chófer contratado.

La chica quedó llorando en su habitación cuando sus padres se marcharon al salón. No sabía cuánto tiempo tardaría en recuperar su confianza, ni cuánto tiempo pasaría hasta volver a ver a Alfil, pero sentía que la espera se haría eterna, incluso dudaba de su capacidad para soportar tan duro castigo. Al menos le quedó el recuerdo de esa noche, eso no podrían arrebatárselo jamás, la soledad de su cuarto y el encontronazo con sus padres no habían empañado el momento vivido hacía unas horas. Clara quedó dormida ya avanzada la madrugada, con la almohada manchada de rímel y lágrimas secas, y una foto entre sus manos, una imagen realizada en una cabina de fotomatón dos semanas antes, en ella los enamorados se daban un beso.

—No sé si estamos haciéndolo bien —decía su madre en el salón de la casa—. Estoy enfadada por el engaño, pero es cierto que no la habríamos autorizado aunque hubiese sido sincera y aunque el chico hubiera venido a conocernos. La consideramos una niña cuando ya no lo es, no podemos frenar el curso de su vida, ni sus impulsos, debe conocer el mundo para hacerse una mujer. Además, sabemos que es un buen chico y de buena familia. No podremos esconderla en una burbuja para siempre.

—No hay excusa. Digas lo que digas es una niña y tendrá que acatar lo que digamos. Nosotros pensamos en lo mejor para la niña, aunque ella no lo vea. Y ese sinvergüenza se ha librado de una denuncia por los pelos, no tendrá tanta suerte si vuelve a aparecer.

—¿Seguro? ¿Seguro que no lo hacemos pensando en nosotros y no en ella? Queremos verla como una niña pero ya no lo es. Y es muy responsable, nunca ha dado un problema, siempre está estudiando, no podemos impedir que evolucione. ¿No lo comprendes?

—¿El qué?

—Que hace tiempo que dejó de jugar con muñecas.

—¡Solo tiene dieciséis años!

—Yo tenía diecisiete cuando te conocí, y no parabas de pedirme que me fugara contigo. Y mejor no te recuerdo lo que me costaba mantener tus manos quietas cuando estábamos a solas.

El padre de Clara quedó en silencio. Tal vez rechazaba al chico porque detestaba pensar que pudiera comportarse con su hija como él lo hizo con su mujer, aunque aquello era diferente, pensaba, «yo amaba a mi entonces novia, ese chico quizá solo quiera aprovecharse de mi niña».

## Capítulo 23

Madrid, 2014

En su estudio de Gran Vía, el fotógrafo trataba de concentrarse en hacer una selección de fotos para un cliente, era una tarea sencilla, pero se complicaba cuando su mente estaba inmersa en lo ocurrido en la cena del día anterior. No conseguía concentrarse a pesar de llevar varias horas allí. Clara había trastocado todo su mundo, no solo el presente, sino también el pasado. Todo lo que el fotógrafo creía que había ocurrido en aquel fatídico año 2003 había cambiado, su olvidado pasado acababa de transformarse en cruel presente ante los nuevos datos que antes desconocía. Había basado su fortaleza interior en unos hechos que no habían ocurrido, había pensado que el mundo le daba la espalda cuando sucedía todo lo contrario. Todo su mundo era Clara y ella había estado dispuesta a morir por él. Mientras un adolescente Alfil permanecía en casa esperando su llamada o cualquier otro signo de amor hacia él, o rebeldía hacia sus padres, ella abandonaba toda esperanza y se lanzaba a los brazos de la muerte, un destino más piadoso que afrontar una vida separados.

El sólido muro de fortaleza interior que Alfil había edificado alrededor de su mente se desmoronaba como un castillo de naipes ante la suave brisa, convertida de súbito en huracán, que suponía para él la aparición de Clara, su Clara, a quien nunca debió abandonar. Llevaba once años creyendo en un rechazo que nunca sucedió. Ella intentó por todos los medios volver junto a él, le estuvo esperando hasta no poder soportar más su ausencia, renunciando a lo más valioso que todo ser vivo posee, su vida. Alfil la había culpado todo aquel tiempo, de forma injusta y sin saber lo que ella había tenido que soportar.

No habían pasado más que unas horas desde aquella cena en el restaurante japonés. Después de cenar pasearon por la zona y se sentaron a tomar una copa en una terraza del barrio de Chueca. La chica se fue calmando e incluso



llegaron a reír con las anécdotas de la vida cotidiana de cada uno, como si nada hubiese cambiado desde aquellas noches en Barcelona, como si el tiempo no les hubiera robado once años de sus vidas. Once años de felicidad que merecían haber pasado el uno junto al otro.

—¿Qué va a pasar con nosotros? —preguntó él.

—No lo sé. Estoy en medio de algo que me supera. Por un lado estás tú, y en este momento podría irme contigo a cualquier parte del mundo para no volver, sin pensar en nada, solo buscando recuperar la ilusión y el tiempo perdido. Por otro lado están mis dos niñas y mi marido; ahora no imagino mi vida sin ellos, y no sé cómo afrontar todo esto. Ha llegado todo tan de repente... Javier y las niñas no merecen este daño, no han hecho más que quererme.

—Debemos dejar que pasen unos días, o semanas, lo que sea necesario. Tenemos que aclarar nuestras ideas y tomar decisiones con la cabeza bien fría, no dejarnos llevar por el corazón. Podríamos hacer daño a quienes no se lo merecen.

—Estoy de acuerdo, hacer daño a mis seres queridos es lo último que deseo. Aunque no sé aún cómo volver a casa, no puedo hacerlo como si tal cosa, como si fuese un día normal. Porque no lo ha sido. Acabo de estar con la única persona que he amado, amo y amaré toda mi vida. Hoy lo he comprendido. Y no puedo olvidar eso, como tampoco puedo olvidar que quiera estar a tu lado para siempre.

—Eso ya llegará, debemos ser pacientes.

—¿Paciencia? No puedo esperar tanto. Antes me lo impedían mis padres, ¿estaban en su derecho por ser yo menor de edad? Pero ahora soy la dueña de mi destino y no quiero que este siga su curso alejándome de ti. Ya sufrí tempestades ante tu ausencia, no le deseo ni a mi peor enemigo el vivir como tuve que hacerlo yo.

—No me alejaré de ti. Este es nuestro momento, el destino nos ha vuelto a unir y eso no debe de ser casual, debe haber un motivo por el que...

—¿Has amado alguna vez a alguien hasta llegar a sentir que ya no existes? —le interrumpió ella—. ¿Hasta el punto en el que ya no te importe lo que pase? ¿Hasta el punto en que su mirada provoque que tu corazón se detenga por un instante? Yo sí.

—¿*El diario de Noah*?

—Joder, ¿es posible ver una película que no hayas visto tú?

—Sí, cuando en la película no aparezca un comentario que defina lo que siento por ti.

—¿Sigues acercándote a mi oído para lograr un efecto mayor sobre mi?

—Por supuesto. ¿Funciona?

—No lo dudes.

Caminaron hacia el coche y se besaron sin parar durante el trayecto, sin miedo a ser descubiertos, sin prisas; como dos adolescentes que se encuentran de repente con un amor que no saben controlar ni contener, como quienes han sufrido demasiado como para poner ahora límites a sus deseos y sentimientos, como si no quisieran que amaneciera al día siguiente, como si no hubiera otra oportunidad más para estar el uno junto al otro.

Después de aquella conversación y cuando parecía que el alba les sorprendería furtivos de sí mismos, Alfil acercó a Clara a su casa. La chica iba con los ojos cerrados y una enorme sonrisa en su cara. Las luces de la ciudad acariciaban con sus destellos el coche, como queriendo darle impulso en su lento avance; el fotógrafo nunca había conducido a tan baja velocidad, no deseaba llegar al edificio en el que Clara vivía con su familia, no quería volver a alejarse de ella.

La despedida fue dura para los dos, luego Alfil volvió a su estudio, un lugar más íntimo que su propia casa. Allí, a solas, parecía sentir aún el olor de Clara y su tacto, y el sabor de sus labios. Volvía a tener dieciocho años y era una sensación indescriptible, en la que parecía estar dirigido por los caprichos de su corazón, su mente estaba completamente a merced de sus impulsos. Y deseaba continuar así, dejándose llevar y olvidando sus responsabilidades.

## Capítulo 24

Mentir a su familia era algo que traía recuerdos trágicos a Clara, más aún cuando llevaba una eternidad sin haber mentido o defraudado a un ser querido. La chica había dicho a su marido que iba a pasar el día con un familiar que había llegado desde Barcelona. Se sentía culpable pero haría lo que fuese necesario por estar con Alfil, aunque solo fuese un instante. Salió de casa y suspiró profundamente mientras esperaba el ascensor. En unos minutos, sus hijas y Javier saldrían para pasar el día en la casa de campo de unos amigos.

Esos nervios por su engaño se transformaron pronto en otro tipo de sensaciones. Mientras corría calle abajo, tras salir del portal, volvió a sentirse como aquella adolescente que se precipitaba desde la casa de sus padres hacia donde la esperaba Alfil con la moto. Hoy lo hacía desde el interior de su Jaguar. Ya casi podía ver el coche aparcado en doble fila, a la vez que pensaba en lo cíclico que es todo, incluso la vida y el amor. Quién iba a decirle que volvería a sentir las mariposas en su estómago, que volvería a encontrarse con quien le proporcionó las experiencias más maravillosas que había conocido.

Se besaron dentro del coche antes siquiera de saludarse. La chica estaba eufórica por descubrir ese plan sorpresa que el chico le había prometido.

—¿Adónde me llevas? ¿Al fin del mundo?

—¿Vendrías conmigo tan lejos?

—¡Y mucho más aún!

—Bueno, eso puede esperar. Hoy vamos a recuperar el tiempo perdido de un modo más modesto, vamos a un sitio aquí cerca antes de almorzar, así hacemos tiempo al hambre.

—Perfecto, aunque ya sabes que estando contigo nunca tengo apetito.

—Um, eso explica que estos años hayas puesto peso.

—¡¡Idiota!! Ja, ja, ja.

Alfil condujo hasta el final del paseo del Prado y, frente a la estación de Atoche, giró a la derecha en la glorieta para aparcar en un aparcamiento público, desde allí se dirigieron al museo Reina Sofía, aunque pasaron de largo en la puerta principal y usaron una de servicio.

—Sigues teniendo un extraño rechazo a usar las puertas principales, ¿verdad? —apuntó Clara al observar el lugar.

—¿Por qué dices eso?

—¿No recuerdas la Pedrera? Aunque esta puerta de servicio tiene mejor pinta que la que me hiciste cruzar aquel día. ¿También habrá bombillas hoy?

—Solo si las deseas.

—No creo que te dejen los del museo colocarlas, eres un fanfarrón.

—No me tientes. En realidad, te he traído para mostrarte algo de lo que me siento muy orgulloso, algo que me ha costado mucho conseguir.

—He venido una docena de veces a este museo, aunque hoy seguro que la compañía mejora la experiencia.

—Y las vistas, seguro que las vistas te sorprenden. Pasa a esta sala de la derecha. —Se encontraban en la segunda planta, atravesando un arco por el que se accedía a un gran salón de exposiciones.

—¿Qué es esto? ¿Son fotos tuyas?

—Eso creo.

—No sabía que en los museos expusieran fotografías, pensaba que no aceptaban más que cuadros, grabados, esculturas...

—Bueno, se supone que exponen arte, la fotografía lo es desde hace mucho tiempo, aunque no tan valorada como debiera. Hace poco me ofrecieron mostrar algunos de mis trabajos y acepté.

—La vanidad del fotógrafo.

—Sin duda. No es el Louvre, pero por algo se empieza.

—Qué vanidoso y engreído, me traes a presumir de tu trabajo y tu importancia.

—Por supuesto.

En la sala había una treintena de fotografías impresas a un tamaño de unos dos metros de altura, todas mostraban mujeres con trajes de alta costura. Era la exposición «*Haute Couture pour Alfil & Haper's Bazar*». Clara paseaba boquiabierta mirando las imágenes, los vestidos imposibles de Galliano, Lagerfield, Versace, Lacroix, De la Renta, McCartney, Valentino y muchos más. Admiraba las poses imposibles, la fragilidad, la albina tez y la elegancia de las modelos, potenciadas por la luz de cada una de las fotos. Habría unas

veinte personas en la sala cuando Alfil se acercó a Clara, que permanecía boquiabierta contemplando el detalle de cada imagen.

—Mira, esta foto es un autorretrato —susurró el chico, señalando y casi tocando la imagen.

—Pero si es una chica.

—Pero esta parte metálica del pecho en su ropa me refleja a mí haciendo la foto. —Alfil tocó el punto exacto.

—Sí, es cierto.

—¡No se puede tocar ninguna obra expuesta en el museo! —gritó de repente un vigilante mientras corría hacia ellos.

—Disculpe, no volverá a ocurrir —se disculpó Alfil con educación, aunque le costaba contener la sonrisa.

—Imagine que la obra fuera suya, no le gustaría que un visitante la manoseara, ¿verdad?

El resto de asistentes de la sala miraban con desaprobación al fotógrafo cuando Clara rompió a reír de un modo descontrolado y muy sonoro, Alfil no pudo evitar reír también. El vigilante no comprendía lo que ocurría y se indignó hasta el punto de pedirles que se marchasen de allí.

—¿Deberíamos haberle dicho que tú eres el artista? —susurró ella mientras salían de la sala.

—No se lo hubiera creído; además, en mi DNI no aparece Alfil como nombre.

—Tenías razón.

—¿En qué?

—Me ha entrado apetito.

—Entonces vayamos a almorzar.

Clara se detuvo cuando abandonaban la sala, había quedado paralizada. Entre tanta foto de alta costura a color, vio un retrato en blanco y negro, una foto muy familiar. En la entrada de la sala, la primera imagen de todas era una de las que hizo a escondidas en la puerta del Liceo en Barcelona; allí estaba su propio retrato, ella misma con su mirada perdida, con su juventud e inocencia y con una nota al pie de foto que rezaba: «2003, Clara – *El origen y el final de todo*». Ella lloró al verlo. Todo el dolor, y también los momentos mágicos, volvieron de golpe. Alfil la abrazó.

—No sé cómo no la he visto al entrar. Aún conservo una versión pequeña de esta foto.

—Lo sé, la metí yo en el bolsillo de tu chaqueta. ¿Dónde la escondiste de tus padres?

—Bajo la almohada. —Reía al pensarlo. No podía evitar tener dieciséis años cuando estaba a su lado.

Volvieron al coche y se dirigieron hacia el paseo de la Castellana, se desviaron en Cuzco y Alfil aparcó a las puertas del *Asador Donostiarra*. Bajó del coche y, viendo que Clara permanecía confusa, rodeó el vehículo para abrir su puerta e invitarla a salir.

—Hemos llegado. ¿Estás bien? —preguntó el chico al verla tan sorprendida.

—Parece que no recuerdas que no como carne.

—¿Tú crees? Sería mejor que te dejases llevar. ¿Alguna vez te he defraudado?

—La chica esbozó una sonrisa, sabía que le esperaba alguna sorpresa. Con Alfil, nada era nunca lo que parecía.

En la puerta del local había un empleado esperando, este les dio las buenas tardes y les abrió la puerta, invitándoles a pasar. No había nadie dentro, el local estaba completamente vacío y sumido en la oscuridad.

—Qué raro, a esta hora debería ser imposible conseguir mesa, bueno, a esta y a cualquier otra hora. Es extraño que esté vacío, quizás esté cerrado.

—Y lo está. Un tipo loco ha cerrado el restaurante para almorzar a solas con su chica.

—¡No! ¿En serio? Estás loco.

—Te lo acabo de decir.

Entre risas llegaron al centro del local, donde habían desalojado todo el espacio para dejar una única mesa, decorada con mantel y servilletas rosas; había velas por todas partes, incluido el suelo a su alrededor. Desde el techo caía un racimo de bombillas enormes y redondas justo sobre la mesa, dando una luz suave y anaranjada que no lograba eclipsar los destellos de las velas. Clara observaba a su alrededor con asombro cuando un señor vestido con traje negro se les acercó.

—Buenas tardes, serviremos el primer plato en cuando nos indiquen.

—Gracias Pedro, empezaremos con un vino y algunos entrantes —respondió Alfil al director del restaurante, que les serviría en persona.

—No me puedo creer que me tengas luces y manteles rosas, como en La Pedrera.

—Te dije que si me dabas tiempo...

—No me creo que lo hayas montado en dos horas.

—Algunas más.

Toda la comida era vegetariana o a base de pescado, lo que provocó más desconcierto en la chica, ya que el restaurante era de los más famosos del país por su especialidad en carnes.

—Podríamos haber ido a un lugar especializado en pescado o en ensaladas —susurró Clara, algo incómoda—. Me siento mal sabiendo que han tenido que adaptarse a mis gustos.

—Pero en otro restaurante no tendríamos estas sensaciones y esta decoración. Este sitio es muy especial, me transporta a mi infancia; a mi abuelo le gustaba comer en sitios así.

—Estás loco. Y ahora en serio, no imagino lo que te habrá costado cerrar un sitio como este, cuando yo sería igual de feliz en un MacDonald.

—Para nada, lo caro de verdad ha sido convencer a Pedro para que nos sirva unos entrantes de *sushi* traídos de otro restaurante.

Los dos reían a carcajadas. Clara pensó que lo ha dicho en broma.

—Hubiera sido igual de especial sin tener el restaurante vacío. En serio.

—Pero tú estás casada y no quiero que tengas problemas con tu marido antes de que decidas lo que harás con tu vida. No ha supuesto ningún esfuerzo económico, te lo garantizo. Y aquí a solas puedo hacer esto:

Alfil la besó de nuevo, sin prisas, como una primera vez, como esperaban ambos que fuesen siempre sus besos.

Mientras se marchaban del restaurante, después de agradecer la atención de los empleados y felicitar por la comida, Clara vio que todo el local estaba lleno de jarrones con rosas rojas, había cientos de ellos y no los había visto hasta ese momento. Eso explicaba el aroma que había percibido durante la comida.

—¿Otra sorpresa?

—Sí, aunque esta es de paso, para bajar la comida.

—Espero que haya más gente donde me lleves ahora. Parece que estemos en una película postapocalíptica, los dos solos.

—Atención, atención. Debemos contratar lo más rápido posible a algunos figurantes —dijo Alfil como si hablase por un *walkie talkie*.

—¡Idiota! —le recriminó ella dándole un golpe en el hombro.

Tras conducir unos veinte minutos, llegaron a la plaza Santa Ana, aparcaron en el aparcamiento de un hotel y luego pasearon hasta que Alfil se

detuvo en la puerta de *Giuseppe Ricci*, famosa heladería por sus productos artesanales.

—Parece que quieras engordarme como a un pavo antes de Navidad. Y luego te quejas de los kilos que he puesto estos años.

—No me quejo, solo he notado el cambio, que es diferente.

—¡Vaya! Hoy me vas a dar el día.

—Buenas tardes, queremos un helado de lechuga —dijo Alfil al entrar. Clara estalló en sonoras carcajadas, pero la empleada del local no parecía entender ni participar de la broma, aunque mantuvo la compostura ante lo que pensaba que era una burla o broma de mal gusto.

—¿Perdone? —contestó la señora.

—Es una broma, disculpe nuestra mala educación —dijo Clara—. Queremos un helado de trufa con mandarina, por favor.

Los chicos pagaron, dando una buena propina y pidiendo disculpas de nuevo por la broma, luego salieron a pasear, de nuevo en dirección a la plaza.

—Está bueno, me lo apunto para pedirlo cuando traiga a otra chica.

—Si vienes con alguna modelo flacucha de esas que fotografías, mejor pide el de lechuga para ella.

—Ja, ja, ja, lo tendré en cuenta.

—Cuéntame algo, lo primero que se te cruce por la mente, lo que sea.

—Pienso en lo que nos hemos perdido durante estos once años, lo que la vida nos ha robado todo este tiempo —apuntó Alfil con melancolía.

—No pensemos en eso ahora, centrémonos en recuperar el tiempo perdido, en disfrutar de cada segundo como lo hacíamos entonces. Éramos niños descubriendo el mundo, acogiendo unas sensaciones que aún conservo hacia ti. Mira este helado, nunca olvidaré su sabor, igual que no olvidaré este momento en la plaza, la gente, los olores y los colores; siempre estarán ahí, sin duda, pero hoy son especiales; compartirlo y vivirlo con la persona adecuada hace que todo sea diferente, incluso mejor, que el resto de ocasiones.

Se besaron, se besaron sin importar que les vieran. Nada en el mundo importaba en estos momentos. Salvo el tiempo, el tiempo era vital ese día, por eso Alfil iba controlándolo en su mente.

—Ups, debemos marcharnos o no llegaremos a tiempo.

—¿Adónde?

—Es una sorpresa. ¡Ven corre!

—¿En serio? ¿Más sorpresas? Espero que no haya más locales cerrados solo para nosotros.



—No, pero debemos correr.

Volvieron al garaje del hotel, montaron en el coche y salieron a toda prisa hacia el nordeste de la ciudad, llegando al aeropuerto de Barajas ante la mirada atónita de Clara. Alfil agarró su mano y la condujo a la carrera hacia una puerta con un cartel que invitaba a entrar en la zona de embarques privados. La chica se asustó al ver dónde se encontraba.

—No llevo el pasaporte.

—No lo necesitas. No saldremos de la Unión Europea.

—Pero tampoco el DNI.

—¿No llevas tu DNI? ¿Es broma? Hay que llevarlo siempre.

—Lo siento, no pensaba que... Siento fastidiarte la sorpresa.

—No importa. Eso solo supondrá un pequeño soborno, no te preocupes.

—¿Preocuparme? ¿Soborno? ¿Aeropuerto? ¿Por qué tendría que estar preocupada?

—¡Calla y corre o llegaremos tarde!

—¡Pero dime adónde vamos!

Atravesaron a toda velocidad la zona de espera del aeropuerto destinada a vuelos chárter y privados. Ya en la pista de aterrizaje y despegue, montaron en un minibús que les llevó hasta un *jet* privado, en el que dos tripulantes esperaban a pie de pista para recibirles. Alfil susurraba a los empleados del aeropuerto y a los tripulantes del *jet*, así que Clara se mordía las uñas ante la incertidumbre de su destino.

—Llega tarde, señor, muy tarde. Dijo un chico con uniforme de piloto cuando la pareja tomaba asiento en el lujoso avión privado, las azafatas les servían copas de champán en ese momento.

—Entonces tendremos que ir más rápido de lo permitido. —Es lo único que respondió el fotógrafo, con una sonrisa, como si el contratiempo no tuviese la menor importancia.

Despegaron a toda prisa y el estómago de Clara quiso devolver el champán, el helado de trufa con mandarina y el *sushi* del almuerzo, pero el avión se estabilizó y todo quedó en un simple susto.

—¡Marta! —Alfil llamó a una azafata.

—Dígame, señor.

—La señorita no lleva su DNI. Tendremos que sobornar al comisario del aeropuerto a la llegada a nuestro destino.

—Perfecto señor, haré que el piloto se encargue. Le informo de que estamos recuperando el tiempo de retraso.

—¿Retraso? ¿Soborno? Madre mía, parece que esté en una película de espías. ¿Vas a raptarme? Te lo digo porque te hubiera dejado hacerlo de un modo más sencillo.

—Ja, ja, ja. No te preocupes, no habrá ningún contratiempo.

—¿Adónde vamos? Bueno, no me digas nada, ya sé que es una sorpresa. Ya no lo preguntaré más.

—Bebe champán, disfruta del momento y déjate llevar.

—No, no quiero más champán, estoy mareada y no quiero ensuciar la moqueta, tiene pinta de ser muy cara.

Algo menos de dos horas más tarde llegaron a un aeropuerto donde les esperaba un nuevo microbús para llevarles a la terminal. Alfil obligó a Clara a cerrar los ojos hasta encontrarse dentro del coche y así no tener ninguna pista de dónde se encontraba. Cuando pudo abrir los ojos de nuevo, apreció que estaba en lo que parecía un pequeño Fiat 500, aunque con asientos muy duros, cinturones de seguridad muy extraños y una suspensión tan rígida que sentía cada adoquín de la carretera en el trasero. Alfil corría por las calles empedradas como si la vida le fuera en ello, la chica no comprendía cómo un coche tan pequeño era capaz de moverse con tanta rapidez y agilidad.

—Vamos a matarnos, en este cascarón no podremos sobrevivir si nos chocamos contra otro coche —temía ella.

—Esto es lo mejor para moverse por una gran ciudad italiana con mucho tráfico. Llevaba tiempo queriendo tener la oportunidad de conducir un juguete como este.

—Cómo te ha gustado siempre la velocidad... ¿Has dicho que estamos en Italia? ¿Me has traído a Roma? La ciudad eterna, la ciudad del amor, la ciudad de Audrey Hepburn en *Vacaciones en Roma*.

—No estamos en Roma, frío frío. En ese caso iríamos en una vespa blanca como la de Gregory Peck.

Corrían por las calles como si les persiguiera la policía, haciendo protestar a los neumáticos en cada curva. Alfil se saltó algunos semáforos e incluso pasó al carril contrario en ocasiones para poder adelantar. Clara permanecía en silencio, estaba asustada, aunque veía que el chico sabía lo que hacía. Al cabo de un rato llegaron a una calle céntrica, compuesta por edificios centenarios de fachadas de piedra erosionada y arcos presidiendo ambos lados de la calle. Frenaron frente a una tienda de alta costura, con un gran escaparate cuyas prendas no tenían indicado el precio, y se apearon ante tres chicas que parecían esperarles en la puerta del local. Aparentaban ser modelos por su extremada altura y delgadez, y trillizas por su largo y liso pelo moreno

y los vestidos idénticos, ceñidos al cuerpo y de color negro. Clara pensó que no había visto nunca a nadie moverse con semejante elegancia felina. «Si esas chicas son empleadas de una tienda —meditaba—, no imagino cómo serán los modelos profesionales de esta ciudad». Les saludaron en italiano y los condujeron al interior de la tienda. Parecían mostrar confianza hacia el fotógrafo y le dijeron algo que Clara, a pesar de no entender el idioma, supo adivinar al momento: «*Tutto è preparato*». ¿Preparado para qué?

Acompañaron a la chica a una sala en la trastienda del local, allí había un tresillo tapizado en seda color marfil con una enorme caja negra de cartón. Una de las tres italianas abrió la caja y mostró su contenido, Clara quedó muda ante lo que le mostraba. Unos minutos más tarde salía del cuarto vistiendo un Valentino de encaje rojo, con escote en forma de corazón y ceñido a su cuerpo salvo en la cola de sirena que tapaba sus pies, calzados con sandalias de pedrería y tacón de quince centímetros, con los que casi era tan alta como Alfil.

El chico estaba sentado sobre una butaca y sostenía una copa de champán mientras elegía algo que le mostraba una de las tres «trillizas», no se había percatado de su presencia, aunque ella se moría de ganas de que la viese así de elegante. Clara se sentía cada vez más inmersa en un cuento de hadas que no deseaba que terminase. El día entero, culminado con el viaje a Italia en avión, el vestido de Valentino... todo era demasiado bonito para ser verdad, pero ella se aferraba a no perderlo, a que nunca acabase.

Las tres empleadas de ceñidos vestidos negros, que gracias a sus sandalias ya no eran tan altas a los ojos de Clara, la condujeron a otro cuarto, donde esperaban dos chicos muy delgados y cubiertos casi por completo de tatuajes. Allí la invitaron a sentarse y comenzaron a peinarla y maquillarla a la vez, mientras una de las chicas le hacía la manicura. Hablaban entre ellos sin parar y a una velocidad que hacía imposible que Clara entendiese una sola frase, parecía que se contasen anécdotas o simplemente cómo les había ido el día. La chica no comprendía cómo les resultaba tan anodino su trabajo cuando para ella era el momento más especial de su vida. «¡Eh! ¡Hacedme caso, que este es mi momento!», quiso decirles, pero seguía muerta de vergüenza y se limitó a reír. Eso hizo que todos parasen de hablar y trabajar para mirarla con asombro, menos el maquillador que trataba de perfilar sus labios, este la miró con deseos de asesinarla.

Tras treinta minutos de trabajo a contrarreloj, giraron su silla y ella descubrió un espejo con multitud de bombillas, en el centro del mismo vio al maquillador, al peluquero y a la chica que le había hecho la manicura;

permanecían en silencio, con caras de orgullo, todos mirando hacia una chica bellísima con su rubio pelo recogido y unos enormes ojos azules enmarcados en sombras de color negro ahumado, discretas pestañas postizas y un labio del mismo rojo intenso que su vestido. Clara iba a romper a llorar al comprobar que esa chica era ella misma, pero los gritos ahogados de su maquillador la hicieron contenerse como pudo. No daba crédito a lo que veían sus ojos, «Julia Roberts hubiera matado por ese aspecto hace catorce años», pensó. Aún recordaba cuando era una niña y soñaba con sentirse como ella tras ver *Pretty Woman*, ahora estaba viviendo algo mil veces mejor.

El tiempo se agotaba y ya le habían concedido demasiado para poder recrearse frente al espejo, así que la condujeron de nuevo a la sala donde estaba Alfil. Clara se moría de ganas de que la viese con aquel aspecto, cada segundo se hacía eterno hasta que atravesó la puerta que la separaba de la habitación principal, pero fue ella la que quedó muda al entrar. El chico llevaba un esmoquin hecho a medida, y si con dieciocho años tenía un cuerpo que le cortaba la respiración, ahora había mejorado a niveles impensables. Acababan de peinarle y afeitarse a conciencia, parecía mucho más joven; y ella también.

—Espero no haberme equivocado en la talla ni en el color, lo elegí pensando en tus ojos —le dijo el chico.

—Es perfecto, yo no hubiera elegido mejor. No imagino dónde me llevas, pero seguro que no lo olvidaré en mi vida.

—Yo espero que sí lo olvides, significaría que todo lo que llegó después fue aún mejor. Pero...

—Pero ¿qué? ¿Qué pasa?

—Te veo rara, como si te faltase algo.

—¿Rara? ¿Faltarme algo? Yo me veo como una princesa Disney antes del baile.

—Quizás tu aspecto mejore con esto. —El chico sacó una caja de terciopelo negro y la abrió ante su mirada.

—¡Dios! ¿Eso es de verdad? —Estaba sin palabras al ver un collar de diamantes y pendientes a juego. Brillaban de un modo hipnótico bajos los focos del techo.

—Es un regalo por once cumpleaños perdidos.

—¿Estás de broma? En la caja pone Harry Winston, yo no puedo permitirme ni un estuche vacío de esta firma. Ni sé dónde guardarlo en casa. No tengo caja fuerte.

—Si has sido capaz de esconder la foto que te di hace siglos, podrás guardar esto también.

—Me sentiré más cómoda y segura si lo guardas en tu casa.

—Bueno, ya lo hablaremos después.

Ella acercó su mano con miedo para coger el collar.

—No temas, no voy a cerrarte el estuche en el último momento.

—Ja, ja, ja, tendrías menos gracia que Richard Gere si lo haces.

—Ya buscaré la forma de ser más original. —Guiñó un ojo a la chica.

Salieron del local después de despedirse efusivamente de los empleados. El tiempo apremiaba y aún debían ganar unos minutos para no llegar tarde a su destino. En la calle ya no estaba el pequeño coche, en su lugar les esperaba una limusina negra, entraron en ella y salieron a toda prisa.

—¿Aún no me dices dónde estamos?

—Créeme, la sorpresa será mejor así. ¿No confías en mí?

—¿Estás de broma? Cuando parece que no puedo flotar más alto, llegas y haces subir aún más la nube.

—Pues ya hemos llegado.

—¿Adónde?

—Al techo del cielo.

Al abrirle la puerta el chofer y salir, Clara se encontró ante un majestuoso edificio de piedra iluminado por completo por focos, otras parejas de etiqueta entraban por su puerta principal.

—¡Oh Dios, qué bonito! Es un teatro enorme.

—Es una ópera, mejor dicho: es La Ópera.

La chica observó en unos grandes carteles que colgaban de la fachada que la obra que se representaba era Rigoletto. Caminaron despacio, y subieron las escaleras que les separaba de la entrada, al ritmo que el vestido de Clara les permitía. Una vez dentro del edificio, quedó maravillada con el enorme y reluciente vestíbulo, lleno de lámparas de cristal, espejos, pan de oro por doquier y mármol claro con alfombras rojas que pisaban los elegantes asistentes. Incluso los estrechos pasillos que conducían a los palcos eran de una belleza inusual. Luego atravesaron una puerta y una gruesa cortina para entrar en un espacio reducido pero acogedor, desde el que se veía muy bien el escenario y el resto del lugar, que a sus ojos era como un descomunal huevo Fabergé realizado en oro puro y visto desde su interior. Disponía de seis alturas de palcos, ellos estaban en la segunda, y la lámpara de araña más grande que jamás había visto, emitiendo una luz cálida que potenciaba los

brillos del pan de oro que abundaba a toneladas por las ornamentadas cornisas, estatuas e incluso sillas para los asistentes.

—Bienvenida a la Scala de Milán, espero que te guste la obra.

—He ido poco a la ópera, así que no la he visto.

—Es una adaptación de una obra de Victor Hugo con música de Verdi: Un bufón de la corte del Rey ve cómo su hija es víctima de su patrón, un duque libertino. Es una historia de amor, pasión, engaños, venganza e incluso amor filial.

—Eso lo has leído en el folleto.

—No, en la Wikipedia. Casi ha colado, ¿verdad?

—¡Anda ya! Se notaba que no la has visto tampoco.

—Ja, ja, ja.

—¡Calla! Ya empieza.

Con las manos entrelazadas y casi sin parpadear, la pareja se sumergió en la obra desde el primer instante. Clara había ido a la ópera una vez en Barcelona y otra en Madrid, pero no era una experiencia comparable a lo que estaba viviendo en aquel momento. La magnificencia del lugar, la luz, la sonoridad de la orquesta, las interpretaciones de los actores... todo estaba diseñado para sorprender y maravillar a los cinco sentidos, ya embelesados gracias al trabajo de las «trillizas» y su equipo.

El chico la vio llorar en el tercer acto, cuando el asesino Sparafucile daba el saco con el cadáver del duque a Rigoletto, pero acababa descubriendo el cuerpo aún vivo de su hija dentro. Alfil apretó su mano y ella le devolvió una sonrisa cómplice, luego apoyó su cabeza en el hombro de él.

La obra terminó y se encendieron las luces, ambos aplaudían, el chico miró a Clara, aún lloraba.

—¿Te gustó?

—¿Es una broma? No había visto algo tan bonito en mi vida. Quiero repetir. ¿Qué ópera dan la próxima vez?

—En realidad, suelen estar años representando la misma, hasta que viajan a otra ciudad y aquí llega una compañía diferente para montar otro espectáculo. Si te soy sincero, no sé cuándo cambiarán la obra aquí, pero puedo ver qué están representando ahora en Viena o en Moscú.

—¿En serio?

—Claro. Si quieres, un día al mes podemos destinarlo a hacer el *tour* de la Ópera.

—¿Habrá algo más espectacular que eso?

—Sí, hacer la ruta del Orient Express al completo, pero para eso necesito que me dediques unos veinte días.

—Pronto, ya lo verás —dijo ella, y le besó tras un abrazo.

La pareja abandonó el edificio ante la mirada de los asistentes, que también iban de gala pero no lograban el impacto que producían los dos jóvenes; más aún cuando llegaron a la calle y caminaron hasta la limusina de nuevo, los turistas les hacían fotos con el móvil. Ellos reían al entrar en el coche, como si de famosos escondiéndose de *paparazzi* se tratara.

—Ha sido una noche que no olvidaré mientras viva. Si no he olvidado ningún momento a tu lado desde que rompiste el retrovisor del coche de mi padre, imagina cómo olvidar el día de hoy.

—Bueno, aún no hemos terminado. —Alfil dijo esto casi al mismo tiempo que el coche frenaba y el chofer abría la puerta para que bajasen.

La gente, que abarrotaba la céntrica calle en la que se encontraban, miraba a la pareja con curiosidad. No era habitual ver personas de etiqueta. Entraron en el restaurante L'Immagine Bistrot, donde les condujeron hasta un reservado, por suerte, porque los clientes habían dejado de cenar para fijarse en ellos, alguno sacó el móvil para hacerles una foto.

—Madre mía, qué expectación provocamos. Debimos ponernos ropa más convencional.

—Eres tú, la gente queda muda al verte. No sabes lo que daría por haber traído la cámara y hacerte unas fotos.

Ella sonrió tímidamente cuando aparecía el camarero con un *carpaccio* de bacalao, cuyo olor les recordó que llevaban desde aquel helado en Madrid a base de copas de champán.

—Menos mal que nos traen comida, estaba muerta de hambre y algo borracha con tanto vino y champán.

—Entonces mejor te pido una whopper, seguro que te llena más.

—¿Sabes que una hamburguesa de esas tiene más químicos que carne? Y la carne son tripas y pezuñas.

—¿Y tú sabes lo rica que está una hamburguesa de esas cuando estás hambriento?

—Ja, ja, ja. Qué tonto.

—Sí, pero te hago reír y eso no tiene precio. Mil noches como esta no valen lo que siento al verte sonreír.

—Qué te gusta ruborizarme como un tomate.

—¿Lo notaste?

—Pues claro.

—Me alegro mucho de que estés disfrutando de este mini viaje. Al menos, eso espero.

—¿En serio? Pues claro que sí. Nunca había estado en Italia, aunque no he visto casi nada hoy, solo lo que he podido desde los cristales del coche.

—Vendremos otro día con más tiempo, tiempo es lo que más tenemos ahora. Te enseñaré Milán al detalle.

—¿Has venido muchas veces?

—Algunas, aunque siempre para trabajar.

—No me digas que no has paseado por estas calles o las de Roma con alguna chica, no me lo creería.

—Entonces no te lo diré, si de todas formas no me creerás.

—Es increíble el ambiente que se respira, los colores de la ciudad, los olores, las luces, la belleza de las calles, el idioma, todo es especial en una ciudad como esta.

—Siempre se percibe el mundo con más belleza si nos encontramos en un momento feliz. Cuando vas de vacaciones a un sitio, siempre te parece un lugar idílico para vivir.

—¡No rompas la magia!

—No lo haré. Te prometo que recorreremos Italia de norte a sur en coche, sin prisas, cada una de sus ciudades, cada uno de sus rincones. Lo haremos en un descapotable para que puedas ir sintiéndolo todo.

—Lo has prometido. No podrás faltar a tu palabra.

—Es lo más valioso de un hombre. —Los dos lo dijeron al mismo tiempo. Recordaban el lema del abuelo de Alfil.

Rieron mientras cenaban y se devoraban a besos, sin pensar que la noche debía terminar en algún momento. No había lugar para un pensamiento tan triste como ese, no aquella noche.

A las dos de la madrugada el avión privado del fotógrafo se encontraba a media hora de su llegada a Madrid. Por la ventanilla, el fotógrafo veía pequeñas luces de las poblaciones que sobrevolaban. Clara iba dormida a su lado, ahora vestida con la ropa con la que salió de casa. Alfil la observaba, pensando que no había diferencia ante sus ojos cuando la chica vestía en pantalones vaqueros o cuando lo hacía con un vestido de alta costura, le parecía igualmente bella sin necesitar adorno alguno. Comprendió que todo lo que había sentido por ella a los dieciocho años seguía muy vivo, y solo había



necesitado unas horas para que aquellas cenizas que parecían apagadas recuperasen vigor y tornasen en las llamas que ahora sentía en su interior.

Aquel día sería inolvidable para él, aunque los días inolvidables también acababan tarde o temprano. Esa noche tendría que llevar a la chica a su casa, a dormir en los brazos de otro hombre. Era la parte más dura que debía soportar, con el único consuelo de poder estar juntos todo el tiempo cuando Clara ordenase su vida. Esa noche, al menos, había supuesto un punto a su favor, la chica no olvidaría una velada como aquella en su vida. Y además se llevaba un recuerdo; en el suelo, a su derecha, había una bolsa de papel, en su interior el estuche con el conjunto de joyas que le había regalado.

Pero, ¿había ordenado Alfil su propia vida? ¿O adaptado a lo que podría encontrarse de repente? ¿Tenía espacio para Clara dentro su tren de vida como fotógrafo, con sesiones a destiempo durante dieciséis horas y viajes relámpago por todo el mundo? Quizás sí, seguro que ella se amoldaba; era un trabajo divertido si no tenías responsabilidades, y ella no las tendría, así que podría incluso acompañarle en los viajes de trabajo.

Claro que luego estaban sus hijas, ellas no podrían adaptarse a sus viajes para ir con ellos. Y el ático de Gran Vía no estaba acondicionado para más de una persona o una pareja, imposible para cuatro. Y las niñas tendrían que ver periódicamente a su padre.

Alfil prefería no pensar en todo aquello, aunque le preocupaba el hecho de que sí debía analizar esos factores y actuar en consecuencia. Necesitaría otra casa, con muchas habitaciones, y crear un calendario periódico para gestionar su tiempo y el de las tres personas que vivirán con él. Pero eso sería en otro momento, ahora prefería seguir disfrutando de esos instantes mágicos junto a ella, sin que nada más que su felicidad importase.

—Arriba dormilona, ya casi hemos llegado. —La despertó con un beso en los labios.

—¿Estamos en Madrid?

—Quedan unos minutos para aterrizar.

—Llévame a tu casa —respondió ella, aún medio dormida.

—Ya me gustaría, pero no podemos. Debemos hacer las cosas bien. Quédate con el día que has vivido. —El chico la acunó entre sus brazos y ella ronroneó.

—Sería perfecto si continuara por la noche. No imagino cómo voy a poder estar en casa sin ti.

—Pues solo tienes que hacer reunión familiar, informar a tu marido de los nuevos acontecimientos y hacer mudanza con las niñas.

—Buf, esas son demasiadas cosas para meter en la cabeza hoy. Como tú has dicho, prefiero quedarme con lo que he vivido y preocuparme mañana de eso.

—Ok, es mejor así, sin prisas. Mañana hablaremos.

## Capítulo 25

Barcelona, 2003

El tiempo parecía estirarse hasta conseguir que los segundos parecieran días y los minutos años. Alfil estaba tumbado mirando el techo de su habitación; se sentía fatal, y no por considerar haber hecho algo malo, sino porque las consecuencias de sus actos estaban cayendo todas sobre Clara. Sus padres la habían castigado con no salir a la calle, salvo yendo acompañada y para ir a clases. Y aunque se les pasase el enfado con respecto a la chica, no dejarían que él se acercase a ella nunca más, después de todo, le culpaban de lo ocurrido.

Para un enamorado, un día era un mundo si no podía ver a su chica, más aún al desconocer cuándo llegaría el fin de aquella tortura. Nunca había pretendido engañar o mentir a los padres de Clara, él quiso presentarse en su casa y hacer las cosas de la forma en que deben hacerse, como le había educado su abuelo, pero la chica tenía tanto miedo al rechazo de sus padres que no insistió en sus deseos. Al final tuvo que claudicar y mantener la relación en secreto, y las consecuencias no han podido ser peores.

Desde el dormitorio, y lamentándose por el pasado, no conseguiría ningún avance o mejora en su situación. En cuanto fue consciente de ello, comenzó a moverse, a analizar y estudiar su entorno y las variables sobre las que debía interferir, como le había enseñado su abuelo. Debía dejar de esperar a que el destino o la suerte interviniese, y que pudiera acabar perjudicándole más, para tomar las riendas de la situación y comenzar con lo que mejor se le daba hacer: negociar.

Eran las cinco y media de la tarde cuando sonaba el timbre en casa de Clara, hacía unos quince minutos que ella había llegado desde el colegio, escoltada por un chofer. La madre de la chica abrió la puerta principal y no dio crédito a

lo que veía; cuando pudo reaccionar, fue para llamar a su marido. Los dos se dirigieron a la puerta exterior de la finca. Allí les esperaba Alfil.

Había dejado su motocicleta en casa y se había presentado con coche alquilado con chofer, un Maybach 62 de color azul marino, igual que el que usaba su abuelo. Tampoco llevaba su ropa habitual, vestía americana negra sobre camisa blanca y un vaquero azul menos gastado que los que solía usar con sus cazadoras de cuero. Como decía su abuelo: «A un cliente debes presentarle el producto como él desea recibirlo, así no podrá negarse a comprarlo».

—¿Qué haces aquí? Te dijimos que no volvieras a aparecer. —Al menos, el tono del padre era mucho más relajado que el de aquella fatídica noche.

—Intentar hacer las cosas bien, como debieron hacerse desde el principio. —Alfil usaba un tono muy amable, con un volumen muy bajo de voz, casi tanto que sus interlocutores tuvieron que poner los cinco sentidos para oírlo, era lo que él pretendía, captar toda su atención y que se esforzasen por oírle desde ese momento inicial. Y de paso, evitaba que los padres de Clara estuviesen tentados de alzar la voz.

—No nos parece que te hayas ganado el derecho siquiera a hablar con nosotros, ya no digamos a venir a nuestra casa —dijo su madre en un tono suave y sosegado, la técnica del chico funcionaba.

—Estoy totalmente de acuerdo con ustedes, les entiendo y les pido de nuevo perdón por mis actos. Pero si les importa la felicidad de su hija tanto como me importa a mí, me gustaría que me concediesen cinco minutos. Y no es necesario entrar en su casa, como ya han dicho, no me lo he ganado.

Alberto y Marta se miraron el uno al otro, no podían decir que no a lo que les había pedido. No imaginaban la capacidad del chico para negociar. El padre de Clara era un empresario hecho a sí mismo, pero nunca se había enfrentado en una reunión con alguien tan preparado para dirigirle y convencerle como lo era Alfil.

—¿Tanto te importa nuestra Clara? ¿No es más fácil para ti desaparecer y olvidarte de todo? ¿Cuántas chicas desearían salir contigo? Entonces, ¿por qué ella? Es solo una niña. —Su madre intervenía con un gesto de pesar en su mirada, era la que más temía por la felicidad de su hija y la que velaba para que no le hicieran daño.

—Quizá parezca más fácil así, desaparecer y continuar con mi vida sin preocupaciones, pero uno no decide de quién se enamora. No puedo dormir sabiendo que no la veré al día siguiente, imaginen no verla nunca más. Por

favor, si tienen que culpar a alguien por lo ocurrido, que sea a mí, ella no haría nunca nada que les hiciera daño a ustedes.

—No sigas, sabemos que fue ella la que no te permitió presentarte a nosotros.

—Bueno, pero no deben culparla por ello —le dijo a la madre de Clara—, su marido y yo no nos conocimos en la mejor de las situaciones. Eso daba mucho miedo a Clara y quería esperar un tiempo. Debí no hacerle caso y venir igualmente a conocerles y pedirles permiso para poder verla, pero no lo hice, y eso es culpa mía.

La madre de Clara estaba encantada con los modales y la educación del chico, aparte sentía curiosidad por él. Deseaba conocerlo y saber más sobre el heredero de una gran fortuna con una historia trágica en su pasado.

—Por favor, entra en casa y acepta un café, no sigamos aquí en la calle.

Su marido la miró con no demasiada aprobación tras el cortés gesto que acababa de tener. Sentía que estaban claudicando ante un chico que aún no se había ganado su respeto y confianza, y con el que estaban enfadados tan solo unos minutos antes.

Alfil tenía ganada la negociación desde antes de que esta comenzase, pero ahora se empezaban a ver los avances en la misma. Sus rivales creían enfrentarse a un adolescente preocupado por su imagen y su moto, con divertirse sin responsabilidades, un rebelde que va coleccionando conquistas; pero encontraron ante ellos a un adulto de treinta y cinco años con las ideas claras y el físico de dieciocho. Ya se lo decía su abuelo: «cuando juegas contra alguien que te subestima, tienes un cincuenta por ciento de la victoria asegurada desde el comienzo».

Entraron en la vivienda y, aunque Alfil no podía verla, intuía que Clara estaba allí, muy cerca de él. En el Salón era capaz de percibir su perfume, sentía que no andaría lejos, en silencio y escuchando la conversación; eso le hacía sonreír. Se sentía arropado por ella.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—¿Se refiere a Clara? La vería cuando tuviese su permiso y en las condiciones que ustedes dictasen.

—Me gusta oír eso, pero no me refería a la niña. Quiero saber qué tienes pensado hacer con tu vida.

—Estoy estudiando Ciencias Empresariales. Me preparo para dirigir las empresas de mis padres y mi abuelo; además de eso, me gustaría... Bueno, no creo que eso sea lo que yo entiendo por «lo que deseo o tengo pensado hacer con mi vida».

—Bueno, un chico debe formarse y aceptar su futuro —añadió el padre de Clara.

—No quiero mentirles, me gustaría ser completamente sincero con ustedes. Por supuesto que mis metas laborales y mis responsabilidades están muy presentes y que lucharé por conseguirlas. Pero lo que realmente desearía es conseguir la felicidad, ese equilibrio perfecto en el que no necesitas nada —el chico hizo una pausa ante las miradas de atención de sus dos interlocutores—. Lo que quiero ser es rico, pero un rico no es aquel que posee mucho dinero, sino el que no necesita nada porque tiene todas sus necesidades cubiertas. Eso parece fácil de decir cuando uno tiene más dinero del que podría gastar, pero lo que realmente busco en la vida es tener a mi lado a una persona que me llene y complemente, que me entienda y valore, que me respete y que todo ello pueda yo también ofrecérselo. Clara hace que, cuando estamos juntos, no necesite nada más en el mundo.

Los padres de la chica no dijeron nada, permanecían en silencio, observándole.

—Hace unos meses yo buscaba contentar a mi abuelo —continuó Alfil—, seguir el camino que él había preparado para mí: éxito, trabajo duro y frialdad ante la vida para no sufrir contratiempos. Entonces llegó un punto de inflexión que lo cambió todo. Una mirada desde la ventanilla trasera de un coche y todo mi mundo se desmoronó. Su hija me hace ver la parte importante de la vida, la separa de lo superfluo y hace que todo merezca la pena. Siento haberle roto el espejo retrovisor de su coche pero me alegro al mismo tiempo, es lo mejor que me ha pasado en mi vida.

—Chico, esos sentimientos tan intensos son típicos a vuestra edad —dijo el padre de la chica—, pero se desvanecen a los pocos meses.

Marta dedicó una mirada de desaprobación a su marido por esas palabras, ya que ellos se conocieron a una edad similar y aún seguían juntos y enamorados.

—Entiendo lo que quiere decir —respondía Alfil—, considera que todo es una calentura típica de la adolescencia. Pero no les voy a decir chorradas infantiles como que moriremos si no estamos juntos o que queremos casarnos. ¡Por favor! Eso es ridículo e infantil. Solo quiero que sepan que nos gusta estar juntos, nos estamos conociendo y no tenemos ninguna prisa por nada. Lo único que les pido es poder verla en las condiciones que ustedes decidan: aquí en su casa o en una cafetería, yendo acompañada de quienes ustedes decidan y durante el tiempo exacto que consideren, nada más que eso.

—Chico, es difícil debatir contigo. —El padre de Clara no sabía qué añadir ante el alegato que acababa de oír.

—Mi marido y yo te agradecemos que hayas venido a hablar con nosotros. Es una pena que no ocurriera antes. También quiero decirte que nos alegramos de saber que Clara está con un chico como tú, tan responsable, de buena familia, con buenas intenciones.

—Gracias.

—Pero no he terminado. Clara saldrá contigo cuando su padre y yo estimemos que debe hacerlo, y siempre sabiendo dónde estaréis en todo momento, aparte de controlar la hora a la que debe regresar a casa. Y busca otro vehículo, esa moto no nos parece nada segura.

—No tengo nada que objetar, me parece todo perfecto. Y les vuelvo a pedir disculpas por participar del engaño, no tengo excusa.

—No hablemos más de ese tema. Mejor lo olvidamos, como si no hubiera pasado. —El padre de la chica aún sentía recelo por la conducta de los chicos.

—Les prometo que no se repetirá más. No tengo nada más valioso para darles que mi palabra.

—Más te vale, no habría una segunda oportunidad para ti, ¿entendido?

—Entendido. Y no les molesto más, tendrán cosas que hacer y yo debo ir a estudiar a casa. Les agradezco haberme dado la oportunidad de hablar con ustedes para disculparme, y también que me permitan ver a Clara cuando estimen oportuno. Y añadir que tienen una casa muy bonita.

El chico peloteaba a la madre de Clara de un modo que avergonzaba a su marido. «Como si la casa donde vives tú no fuera mil veces mejor», pensaba Alberto; ya solo el coche que había traído costaba casi tanto como su casa.

Clara había estado oyendo la conversación desde el piso de arriba. Había permanecido sentada en el suelo al borde de la escalera, en pijama, llorando al oír que sus padres le permitirían salir con él; pero más aún por escuchar su voz, por sentirle en su casa, era casi como tenerle entre sus brazos de nuevo. Esa noche dormiría con una sonrisa en los labios, las anteriores casi no consiguió pegar ojo.

## Capítulo 26

Madrid, 2014

Clara salió a la calle para dar un paseo; aún no había asimilado las sensaciones vividas el día anterior y se sentía como si caminase sobre algodón. Necesitaba estar fuera de casa, en un lugar neutro entre su familia y Alfil, para pensar con frialdad y no tomar decisiones precipitadas y dolorosas. El sol y la brisa de la mañana le estaban sentando bien, aunque era incapaz de ser imparcial, ya que aún no había logrado borrar la sonrisa de su cara.

—¿Cómo aclarar mis ideas de forma objetiva si aún siento la música de la ópera en el estómago? ¿Lo viste ayer? Sí, te hablo a ti. No me sirvió de mucho tu ayuda hace once años cuando te pedí consejo, pero sigues siendo la única persona a la que puedo recurrir. Las chicas con las que voy al gimnasio no son amigas, y Pilar y Aurora son amigas porque sus maridos trabajan con Javier, así que no puedo confiarles en que estoy siendo infiel a mi esposo y esperar que guarden el secreto. Ojalá mantuviese el contacto con mis antiguas amigas del instituto, pero hace tantos años que no las veo, y mis padres... se morirían del susto si supieran que Alfil ha entrado de nuevo en mi vida.

Dejó atrás el kiosco de prensa donde solía comprar revistas para ella y cómics para las niñas, saludando con una sonrisa al vendedor, y se sentó en un banco que ya estaba ocupado en el otro extremo por un anciano leyendo el periódico.

—¿No dices nada? Te hablo de nuevo a ti, ¿no pensarás que iba a hablarle al anciano desconocido, verdad? Supongo que tú también estás sin palabras después de lo vivido ayer. ¿Será siempre así con Alfil? Las historias de amor siempre empiezan con mucho ímpetu, pero luego llega el tedio y quedan reducidas a convivencia. ¿Seremos capaces de convivir? Él está acostumbrado a estar solo, será difícil (o imposible) adaptarse con facilidad a compartir su vida conmigo y con dos niñas que no le conocen y que no le aceptarán hasta que él se lo haya trabajado. Hay tantos pros y tantas contras...



Puntos a favor de Alfil: Es el amor de mi vida, sigo enamorada como una boba de él, se desvive por sorprenderme cada vez que está conmigo. El dinero no es una opción importante, ya que Javier está bien posicionado y yo no ansío lujos o nivel social.

Puntos en contra: Divorciarme de Javier, un hombre maravilloso que me ama y no merece el daño que le haría; separar a las niñas de su padre y que estén saltando de una casa a otra; Alfil tiene un horario y trabajo complicado, adaptarme a ese ritmo no será sencillo; Alfil podría cansarse de mí o descubrir que no soy quien él espera, once años cambian mucho a una persona.

—Como ves, las dudas son demasiado poderosas y las consecuencias negativas podrían suponer una catástrofe en mi vida y la de mi familia actual. En fin... no creo que sea una decisión que deba tomar a la ligera, el tiempo mostrará lo que tenga que ocurrir entre nosotros.

Mientras se debatía en esos pensamientos y divagaba entre recuerdos aún muy vivos, un coche negro paró en doble fila justo a su lado. Una chica joven y muy delgada salió del vehículo y se dirigió hacia ella, calzaba zapatos de un tacón imposible y vestía una gabardina fucsia de corte asimétrico muy futurista y a juego con su pelo corto y teñido de amarillo fluorescente.

—Eres Clara, ¿verdad? —Leyre acababa de abordarla con su ímpetu habitual, llevaba en su mano una pequeña foto en blanco y negro y no paraba de mirar tanto a la chica como a la imagen, como quien trata de adivinar las siete diferencias de un pasatiempo.

—Sí. ¿Por qué lo preguntas? ¿Quién eres? —Clara no estaba asustada, solo sorprendida por la brusca forma de abordarla y por su aspecto extravagante.

—Eso no importa. Venimos de llamar a tu casa y no había nadie, así que te hemos reconocido en la calle por la foto y tu descripción.

—¿Mi descripción? ¿Foto?

—No te preocupes, trabajamos con Alfil. Nos ha mandado él para buscarte. Es urgente, debes venir con nosotros.

—¿Urgente para qué? ¿Ir a dónde?

—Vamos a su estudio en Gran Vía, no tardaremos nada.

—¿Le ha ocurrido algo? ¿Está bien?

—Te lo contará él mismo en diez minutos.

La chica entró en el coche, aún desconfiada y sorprendida por la situación, junto a la que decía ser colaboradora de Alfil. El conductor, efectivamente, tardó diez minutos en llevarles al estudio de Callao. Entraron por la puerta principal y allí se encontraron con una docena de personas, que por cómo la

miraban, parecía que la estuvieran esperando con ansiedad, o que no imaginaran en la vida que ella fuese a entrar por aquella puerta. Aquel incómodo y falso silencio, roto por la música ambiente del estudio, la hizo empequeñecerse hasta desear desaparecer antes de que alguien se abalanzase sobre ella para morderla. No pudo salir corriendo, Leyre agarró su brazo y la condujo casi a trompicones hacia una zona que le resultó familiar; había espejos con multitud de bombillas pequeñas y una mesa muy larga llena de sombras de ojos, pinceles, pintalabios, brochas de maquillaje y muchas más cosas que ni sabía para qué servían.

—Vamos, Marcelo, que estamos muy pasados de tiempo —gritó Leyre.

—Creo que os habéis confundido de persona. ¿Qué es lo que os ha dicho Alfil?

—Nos ha dicho que debes dejarte llevar, yo seré tu estilista —contestó Leyre.

—¿Dejarme llevar? ¿Dónde está Alfil? Dijiste que estaría aquí y me explicaría.

—Vendrá en unos minutos, y vamos muy mal de tiempo, así que colabora un poco, bonita.

—¿Vas a peinarme?

—¿Perdona? ¿Yo? ¿Peinarte? —Los ojos de Leyre se salían de sus órbitas y tenía la boca completamente abierta.

—Has dicho que serás mi estilista.

—Perdona chata, no soy peluquera. Me encargo de elegir los mejores vestuarios, soy una artista de la moda.

—Perdón, yo no sé... esto... disculpad, pero no sé para qué estoy aquí.

La chica decidió no discutir con quienes no parecían dispuestos a oír más quejas, aquel era el estudio de Alfil porque había visto en la puerta el bajorrelieve grabado en el metal cuando entró, como también sabía que allí nadie le haría daño, salvo con algún rizador de pestañas. Decidió relajarse y dejarse hacer como cuando estuvo en Milán, aunque se sentía más incómoda ante Leyre que con aquellos chicos del día anterior y las tres larguiruchas empleadas que no hablaban su idioma. Comenzaron a maquillarla y peinarla a la vez; incluso le cortaron el pelo para perfilarlo y que quedara impecable en las puntas. También hablaban de cotilleos y trivialidades anodinas mientras realizaban su trabajo, lo que la hizo comprender que para los profesionales de la moda, españoles o italianos, no había nada de especial en la tarea de convertir en princesa a una humilde rana. Cuando estuvo lista, se miró en el espejo. «¡Dios bendito!», pensó. Se veía aún más bella que el día anterior, le

habían «tapado» los labios con la base de maquillaje de la cara, así que no tenía color, solo volumen. Y el pelo lo habían peinado hacia atrás; entre ese efecto y los ojos tan oscuros, se sentía como una modelo rusa de las que aparecían en las portadas de las revistas de moda que compraba de vez en cuando. Quiso agradecer al equipo el trabajo que habían realizado pero Leyre la sacó de un empujón para llevarla a una zona de grandes espejos, en un lateral había un colgador con un saco o funda de los que se usan para envolver abrigos, trajes o vestidos sin que se arruguen al viajar, en ese había una inscripción inconfundible: Versace.

Del interior de la funda, Leyre sacó un vestido de seda negro que dejó sin palabras a la chica. Se dejó vestir con mucha vergüenza, tapándose el pecho ante tanta gente moviéndose a su alrededor, para terminar subiendo sobre unas sandalias de pedrería tan altas que ahora sacaba una cabeza a todos los chicos y chicas que allí estaban a su lado. El vestido le quedaba grande, pero Leyre y otra chica más, que debía de ser su ayudante, lo ajustaron con alfileres hasta que quedó como hecho a medida para ella, y con una maestría y rapidez inusitadas, sin siquiera clavarle un solo alfiler. Clara estaba sorprendida, nunca habría imaginado que tras la perfección de las fotos de las revistas, se encontraba aquel trabajo de estilistas que ajustaban la ropa hasta lograr semejante perfección. Ni siquiera se veía rastro alguno de las decenas de alfileres que rondaban su piel desnuda. Le colocaron uñas postizas, tras lo cual todo el equipo se apartó de ella como si quisieran observarla desde la distancia. Por sus miradas, se podría decir que estaban más que satisfechos con el resultado.

—No me puedo creer que esa del espejo sea yo, es... es imposible — musitó por fin.

—No hay nada imposible en esta vida —le susurró Alfil al oído.

Había aparecido de repente, ni sus propios empleados o colaboradores le habían visto salir del despacho. El chico permanecía detrás de ella, mirando por encima de su hombro el reflejo del espejo. Sonreía al contemplarla, él también estaba sin palabras.

—¿Para qué me has traído aquí? —le susurró ella, acercándose mucho para tratar de tener algo de intimidad entre la infinidad de ojos que les observaban.

—Usa tu imaginación, para mantenerte en la nube, ¿no lo recuerdas? —le respondió, también entre susurros, para seguir ese momento de confidencialidad.

—Pero sabes que me da mucha vergüenza posar si sé que me están haciendo fotos, y con toda esta gente mirando... no voy a poder.

—Verás cómo eso se te pasa en menos de dos minutos. —Alfil chasqueó los dedos y un ayudante apareció con una copa de vino blanco para ella. Al mismo tiempo que una maquilladora se abalanzaba para poner una pajita en la copa.

—Lo siento, ya sé que así es menos glamuroso, pero si te manchas el labio, te mato, cariño —le espetó la ayudante del maquillador.

Clara se bebió de un sorbo toda la copa y se la devolvió al ayudante, que ante su sorpresa, sacó una segunda copa y se la entregó a la chica.

—Alfil me dijo que necesitarías dos —dijo la ayudante.

De Clara brotó una carcajada sin control mientras cogía la nueva copa y le colocaba la pajita de la anterior. El vino estaba helado y tuvo que beber más despacio.

La condujeron al centro del plató, donde le pidieron sentarse en un satinado y rojo diván de piel, y allí la ayudaron a tumbarse, ya que el vestido estaba tan ceñido que no podría moverse sin romperlo o clavarse los alfileres. La colocaron en la posición en la que debía posar y luego se aseguraron de que el vestido estaba perfecto y sin pliegues. Una vez tuvieron el visto bueno de Leyre, se apartaron y la luz del estudio descendió hasta casi desaparecer, salvo el foco que encendieron a tanta intensidad que la chica necesitó unos segundos para poder volver a abrir los ojos. Ya no podía ver al equipo de Alfil en la oscuridad, eso la relajó (dentro de lo que podría estarlo con un foco apuntando a su cara y un vestido ajustado con mil alfileres). Para rematar, alguien tuvo la fantástica idea de encender música muy suave, por lo que la voz de John Coltrane inundó de *jazz* el estudio hasta convertirlo en lo más parecido a un sueño surrealista.

El efecto del vino apareció casi de inmediato y, junto a la música, la chica fue soltando la tensión hasta pensar que podría quedarse dormida si no fuera porque casi no podía respirar. Claro que aquel sosiego no duró mucho, la luz que apuntaba directa a su cara emitió un destello tremendo que la hizo ver estrellas allá donde tratase de mirar, a la vez que oyó un pitido corto y agudo. Alfil había hecho una prueba de luz.

—Tranquila, solo es una prueba para ver el resultado.

—La próxima vez avisa.

—Ja, ja, ja, lo siento, la falta de costumbre.

La sesión empezó con el fotógrafo disparando cada dos segundos, así Clara podía coordinar sus parpadeos y no aparecer en las fotos con los ojos

cerrados. Tras unos minutos y unas sesenta fotos, ella comenzó a sentirse extraña, sin saber hacia dónde mirar ni qué hacer. Su cara mostraba malestar al no saber si estaba saliendo todo bien o estaba haciendo perder el tiempo de todos los presentes.

—¿Estás bien? Veo que empiezas a desconectar.

—Es que no sé qué hacer ni hacia dónde mirar.

—Lo estás haciendo muy bien. En realidad, no tienes que hacer nada raro, posar es ser tú mismo mientras te dejas llevar por la ropa que llevas puesta, nada más que eso. Pero si quieres, haré algo diferente que te hará sentir más cómoda.

Alfil, con la ayuda de uno de sus técnicos, colocó la luz en el techo y apuntando hacia abajo, justo a la chica. Luego pidió al equipo de estilistas que movieran a Clara para que estuviese tumbada y mirando hacia la luz. Le colocaron una pose rígida en la que tenía los brazos componiendo un arco sobre su cabeza y se aseguraron de que el maquillaje y el peinado siguieran impecables. Alfil subió a un andamio con ruedas que colocaron sobre Clara, y así poder disparar desde arriba.

—Siempre te ha gustado estar por encima de los demás. ¿Verdad?

—Ja, ja, ja, ya veo que esa segunda copa de vino te ha hecho más efecto del esperado. Estar tumbada te relajará, ya lo verás, y el punto de vista desde arriba es muy bonito.

—Ten cuidado no te vayas a caer encima con todo ese andamio.

—Uf, no digas eso ni en broma, nos pasó una vez, pobre chica... —Alfil dejó de hacer fotos y se mostró preocupado al recordarlo.

—¿En serio? No me digas eso que me asusto. ¿Qué le pasó a la chica?

—Luego te enseñamos el patio del estudio, tuvimos que enterrarla allí antes de que la echaran de menos en la agencia.

—¡Imbécil! ¡Me lo había creído!

—Sssh, calla, no te rías o se te correrá la máscara de pestañas. Tenemos que seguir con las fotos.

Unos minutos más tarde, se encendieron las luces y todo el mundo comenzó a recoger, mientras dos chicas se llevaban a Clara para desvestirla y desmaquillarla con un desdén que la hizo sentir que toda aquella maravillosa magia no era más que el truco barato de un prestidigitador en una feria de pueblo. En menos de media hora ya se habían ido todos para dejar al fotógrafo a solas con la improvisada modelo. La pareja tomaba el resto del vino en la cocina del estudio mientras compartían impresiones.

—¿Qué te ha parecido?

—Buf, una experiencia increíble, aunque no sabes muy bien qué hacer. Seguro que las modelos practican durante años para lograr posar con la soltura que se ve en las revistas.

Alfil sonrió.

—En realidad, muchas de las modelos de las revistas que compras tienen quince años y posar es algo que llevan dentro, les sale natural desde que tienen trece años y comienzan en el sector; es simplemente un talento innato, algo que no se adquiere, solo se tiene y se perfecciona con la experiencia.

—¡Vaya con las quinceañeras! Me siento como una abuela al oír eso. ¿Y no pasan vergüenza al cambiarse de ropa delante de tanta gente?

—Se acostumbran. Piensa que aquí no viene nadie a mirar a nadie; todo el mundo tiene su labor y debe realizarla, así que no verás a nadie mirándote cuando te cambias.

—Qué mundo más interesante y desconocido... ¡Y me ha encantado! Aunque no debiste molestar a tu equipo para una tontería como esta.

—No es una tontería, sino un encargo profesional. Me han pedido la portada de una revista para el número del mes que viene y necesitaba hacer la foto igualmente. El equipo ha cobrado por su trabajo, como yo y como tú. — Alfil le dio un pequeño papel, era un cheque.

—¿Es una broma? —dijo ella cogiéndolo con curiosidad y dándole la vuelta. Luego lo miró asombrada—. ¿En serio?

—Sí, es el pago estándar por una mañana de trabajo.

—¿Esto cobra una modelo de quince años por posar dos horas?

—Bueno, a veces son cuatro horas.

—Dios mío, nada de Universidad, quiero que mis hijas sean modelos.

—¡Ja, ja, ja!

## Capítulo 27

—¿Qué tal lo pasaste ayer? Llegaste muy tarde a casa. —Javier dio un beso en la frente a su mujer, eran las seis y media de la tarde y acababa de llegar del trabajo.

—¿Te desperté? Lo siento —respondió Clara.

—¿Has hecho algo interesante hoy?

—No, he dado un paseo por la mañana y poco más.

—¿Y qué se cuentan?

—¿Quiénes?

—Pues el familiar o los familiares que han venido desde Barcelona, estuviste ayer todo el día con él o ellos, no me has contado nada.

La chica había olvidado la excusa que dio a su marido el día antes para pasarlo con Alfil. Con tantas emociones y la sesión de fotos de esa mañana, no sabía dónde tenía su propia cabeza. Ni siquiera deseaba buscar una excusa, quería decir a voces dónde y con quién había pasado los dos últimos días, como deseaba también gritar a los cuatro vientos lo que deseaba hacer el resto de su vida, pero la visión de sus dos hijas jugando frente a ella consiguió hacerle cambiar de idea.

—Buf, no hay mucho que contar. Estuvimos paseando por todo Madrid para que vieses la zona de los Austria, fuimos a tomar unas tapas, unos helados y luego a la zona de Huertas. Ya sabes, algo de resaca y dolor de pies para una semana. ¿Y tú que tal? Menudo fastidio tener la conferencia con los japoneses en pleno domingo.

—Bueno, es solo de vez en cuando, no ha sido tan duro, salvo por no poder estar con vosotras.

Por suerte para Clara, no tuvo que dar más explicaciones, su marido se fue a duchar y cambiarse de ropa, y luego pasaron la tarde como de costumbre: leyendo un libro, revisando el correo electrónico o jugando un rato con las niñas; hasta que llegó el momento de la cena, Clara encendió el equipo de

música y puso un disco de *jazz*, eso la teletransportó de inmediato hacia donde estuviese Alfil. Seguía junto a su familia, debía cuidar de ella y no se sentía bien con el abandono al que les estaba sometiendo, al menos a nivel emocional, así que hizo el esfuerzo que ellos merecían y se comportó como lo había hecho hasta el momento en que recuperó a su antiguo amor.

Aún no había terminado de cenar, cuando se levantó de la mesa para ir al baño, sentía el deseo de tener algún contacto con el chico y decidió enviarle un mensaje al móvil.

«¿Cómo estás? Yo resistiéndome a abandonar el reino de Nunca Jamás».

Al cabo de dos minutos recibió la respuesta, para ella había sido una eternidad, tras permanecer contando los segundos. Y además debía volver a la mesa.

«Toda la tarde echándote de menos, Wendy. Estoy en la segunda estrella a la derecha y luego todo recto hasta el amanecer».

Ella sonrió al ver cómo él le indicaba la dirección hacia su Peter Pan particular. Apretó el teléfono contra su pecho con todas sus fuerzas y dejó escapar el alma tras un profundo suspiro.

Los golpes en la puerta del baño la trajeron de nuevo a la Tierra.

—¿Qué haces? ¿Estás bien? —Su marido estaba extrañado por la tardanza.

—¡Sí! Estaba acordándome de algo bonito que me contó Maribel, mi compañera del gimnasio. —La chica salió por fin.

—¿Sí? ¿Qué te contó?

—Bueno, una tontería que le había regalado su marido y la hizo mucha ilusión, un viaje a Milán.

—Vaya, no sabía que te haría ilusión ir a Milán, nunca me habías dicho nada sobre el tema. Si quieres, podemos programar un viaje en las próximas vacaciones para escaparnos unos días, miraré en agencias de viajes.

—Vale, si te apetece a ti también, claro.

—Buscaré un buen precio para ir con las niñas, además, tenemos que mirar hotel cerca de zonas como el Zoo y demás sitios donde les gusta ir.

—Claro. —Ella sonrió de forma claramente fingida. Después del día anterior, las comparaciones eran odiosas. Clara amaba a sus niñas, pero su cuidado y sus caprichos le privaban de disfrutar de la vida como lo había hecho antes de ser madre, o como el día anterior. Se sentía egoísta, mucho, pero pensaba que también es importante preocuparse de los deseos de una misma de vez en cuando.



Habían terminado de cenar cuando sonó el telefonillo del portero automático, Clara y Javier se extrañaron por la hora de la llamada aunque no prestaron atención, pensaron que se trataría de alguien que se había equivocado de domicilio. La llamada se repitió con insistencia.

—Quizá sea alguien que se equivoca de dirección. Qué inoportuno, menudas horas —dijo el marido de Clara mientras se levantaba a contestar.

»Clara, es para ti. Se trata de un envío —le dijo a su mujer desde la entrada de la vivienda.

—¿Cómo? ¿Qué envío? No espero nada. Y además es domingo, debe tratarse de un error.

—El repartidor ha dicho tu nombre y apellido, dice que trae un paquete urgente.

Con la puerta abierta de casa, y esperando con intriga, la chica oía cómo dos hombres subían por las escaleras con notable esfuerzo y muchas quejas, tardaron bastante en alcanzar la cuarta planta. Al llegar a su destino, depositaron una caja embalada de unos dos metros de alto por metro veinte de ancho pero muy delgada de grosor, como si se tratase de un espejo gigante.

—Pero, ¿qué es esto?

—No lo sabemos, señora, a nosotros solo nos han pagado por traerlo. Y porque han pagado el doble, porque siendo Domingo y a estas horas...

—Por favor, no lo dejen ahí en medio de la escalera, ¿pueden meterlo aquí en el recibidor?

Lo hicieron a regañadientes, maniobrando con cuidado para poder pasar por la puerta de la vivienda un objeto más grande que la propia entrada. Clara les despidió con una propina y comprobó que su familia estaba allí a su lado, intrigados mirando el paquete.

—Pero ábrelo, nos tienes en ascuas. —Las niñas y su padre tenían más curiosidad que ella misma.

Comenzó a pellizcar una esquina del papel de embalaje, intentando quitar un trozo de celo con la torpeza típica de quien lleva una manicura recién hecha y que aún conservaba de la sesión de fotos de esa mañana. Tardaría una eternidad en lograr su objetivo.

—Te va a llevar toda la noche, parece que quisieras conservar el papel de regalo. Rómpelo, que queremos ver ya lo que es.

—Ya voy, impacientes.

Tiró con fuerza y consiguió arrancar un trozo grande del papel marrón, y una porción del contenido quedó a la vista. La chica enrojeció, era una foto de

la sesión de esa mañana, enmarcada en aluminio. Agarró con las dos manos el papel restante y tiró con fuerza para descubrir la foto al completo.

—¡Ala, qué bonito! —dijeron sus hijas.

—¿Eres tú? No sabía que hubieras posado como modelo —aportó su marido, sorprendido.

—Estás increíble, no pareces tú, mamá.

—Vaya, muchas gracias por tu sinceridad, cariño.

—Me la ha hecho un conocido hace poco, no imaginaba que fuera a salir tan bonita. —Contenía las lágrimas con esfuerzo.

—Parece que mamá tiene una doble vida como modelo de revistas —bromeó su marido—. ¿Lo guardabas en secreto?

En la foto, aparecía tumbada y con las manos sobre la cabeza, estaba realizada desde arriba y su mirada era muy intensa, casi provocadora, le costaba creer que aquella chica joven, tan bella y con tanta seguridad en su mirada fuese ella misma. Reconoció su piel blanca y los ojos azules enmarcados en el oscuro maquillaje, el vestido le quedaba perfecto, nadie diría que era dos tallas más grande y con cien alfileres en la espalda. Clara permanecía hipnotizada, se sintió por unos instantes como las modelos de alta costura que había visto en la exposición del museo Reina Sofía.

—Tendremos que mover algunos muebles para acoplar esto en casa —dijo su marido—, si quieres que lo colguemos.

Entre los dos la llevaron al salón para dejarla provisionalmente apoyada en una pared y, mientras su familia seguía observando la imagen, Clara fue de nuevo al baño.

«Estás loco. ¿Dónde voy a meter algo así? A pesar de eso, me ha encantado».

En el acto recibió la respuesta:

«Esta foto no la podrás esconder bajo la almohada. A pesar de ser mucho más pequeña que el infierno de no haber estado contigo estos años».

—¿Quieres contarme algo? —Javier no leía, como de costumbre al acostarse, esperaba poder conversar con su mujer.

—¿Cómo? ¿Por qué me dices eso?

—Estás diferente desde hace unos pocos días. Es como si te hubieses transformado en otra persona, una extraña, como si las niñas y yo no existiésemos o tú no estuvieses aquí con nosotros. Pareces vivir sobre una nube o estar en otro sitio, pero no en casa.

—No me he dado cuenta. Lo siento si os he descuidado, tengo la cabeza en mil sitios.

—¿Qué sitios? No lo entiendo.

—Espero poder daros una explicación, aunque no por ahora, tendrás que perdonarme y esperar.

—¿Hay otra persona?

El rostro de Clara era un libro abierto, se había sorprendido con la insinuación de su marido pero, a la vez, era incapaz de negarlo o de emitir palabra alguna. Fue incapaz de mentirle, nunca lo había hecho, por lo que el hombre quedó confirmado en sus sospechas. Clara sintió con pesar el dolor que reflejaba la cara de Javier, aunque, por mucho que lo intentase, no podría hacerle comprender que había vuelto a encontrar a la persona que más había amado en su vida, o quizás a la única.

## Capítulo 28

Alfil estaba entrenando en *Gymage*, a escasos cien metros de su estudio. Los lunes solía necesitar ordenar su mente, pero ese en concreto, y con los acontecimientos que le habían desbordado, lo requería con más urgencia. Llevaba una década con un planteamiento de futuro muy estudiado y detallado, hasta que Clara apareció de nuevo en su vida y decidió volver a dar un giro drástico a sus metas. Lo que más descuadraba al chico era pensar en cómo podría adaptarse a las dos hijas de Clara, por qué, como es lógico, las llevaría con ella. Quizá tuviesen custodia compartida tras su divorcio, pero eso significaba, como mínimo, periodos de quince días en casa de cada uno. ¿Cómo iba a llevar el trato y convivencia con dos niñas pequeñas cuando solo unas semanas atrás no se planteaba tener hijos ni a medio ni largo plazo? ¿Le odiarían por haber roto el matrimonio de sus padres? Por supuesto que sí. Él también tuvo esa edad y recordaba cómo le afectaban los viajes de su padre, las noches que no volvía a cenar, los fines de semana con su madre o sus abuelos, la ausencia, en definitiva, de quien amaba e idolatraba pero no le correspondía con tiempo y atención. Las hijas de Clara ya eran demasiado mayores como para darse cuenta de que un intruso les había arrebatado la felicidad y había roto la de su padre.

Su teléfono móvil sonó, era la pesada de Leyre. Había avisado a su equipo para que no le molestasen determinados días y horas, porque no quería saber nada del mundo ni del trabajo mientras entrenaba o descansaba. Esa semana no tenía sesiones pendientes, así que le llamaría para pedirle dinero o que la sacase de algún apuro. En buena hora le dio la oportunidad de trabajar para él, pero lo cierto es que era tan buena y escondía tanto potencial que no quería prescindir de ella.

Aún no se quitaba de la cabeza una mala anécdota sufrida hacía unos meses, en una visita relámpago que hicieron para una editorial de moda en Lisboa. Leyre se emborrachó la primera noche y no se presentó puntual al día

siguiente en el estudio, con un cliente importante esperando para la planificación y orden de los cambios de ropa; aunque eso no fue lo peor: cuando apareció, iba con una resaca que multiplicó su mal carácter, por lo que insultó a todo el equipo, clientes incluidos. Para Alfil fue la primera vez en su carrera que tuvo que echar una bronca en público a un colaborador. A partir de entonces, Leyre no podría tener acceso a alcohol en ningún trabajo, al menos hasta que demostrase estar rehabilitada.

El móvil volvió a sonar, Alfil se enfadó por la insistencia de la estilista y decidió descolgar para dejarle claras un par de cosas.

—¿Se puede saber por qué coño me molestas si sabes que estoy en el gimnasio?

—No podía esperar para decírtelo: tenemos un cliente nuevo. Han contactado conmigo porque tu teléfono lo tenemos muy pocas personas y no han conseguido obtenerlo por ningún medio.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué cliente es? Espero que valga la pena que me hayas molestado mientras entrenaba.

—Vogue Japón.

—¿En serio? —Alfil cambió su semblante, no esperaba una respuesta de esa magnitud.

—Quieren una concesión fija por un año, renovable y con un mínimo de dos portadas, máximo de cuatro. No me digas que no es una pasada.

—¡Coño! Esas son palabras mayores. Tienes que contarme detalles, todo lo que te hayan comentado al hablar contigo.

—Sabía que te gustaría la noticia. Te dejo y ya lo comentamos y celebramos en unos días. Acuérdate que mañana tenemos sesión, allí te adelanto lo que sepa del contrato.

—Un abrazo.

El día había dado un vuelco interesante con la inesperada noticia que suponía un paso agigantado en su carrera. En ese momento, volvió de entre sus recuerdos la primera vez que publicó en Vogue, fue la versión mexicana hacía cuatro años. Entrar como fijo en una edición o versión de la revista era algo que solo un grande podía conseguir, pero hacerlo en Japón era un plus; se trataba de la versión más cotizada por ser la más extraña, ya que se edita para leerse de izquierda a derecha, estando la portada y contraportada invertidas; y eran los más exigentes con la calidad de las editoriales, sin importar el nombre del fotógrafo. Y su especial de novias anual... Eso era lo mejor, suponía la joya de la corona de la moda.

Alfil dejó de entrenar, se había desconcentrado por completo. Así que se marchó de la sala de pesas y sacó su mochila de la taquilla, luego salió del centro y se dirigió a casa. Necesitaba pasear por la Gran Vía, recibir algo de aire en la cara que le hiciese pensar en el futuro y tomar decisiones. El ruido, que puede agobiar a la mayoría de personas, conseguía aislar y diferenciar bien los distintos pensamientos del fotógrafo, y así poder analizarlos al detalle. Caminaba despacio, no tenía prisa, parecía un turista más en la calle. Incluso entró en el *Starbucks*, a mitad de camino de su casa, y pidió un Caramel Macchiato; pero no volvió a la calle para seguir su camino, decidió hacer una excepción y subir a la planta de arriba. Poca gente conoce esa cafetería al estar eclipsada por los dos *Starbucks* más famosos de la Gran Vía: el de la plaza de Callao y el de la boca de metro de Gran Vía, casi en la entrada a Chueca por la calle Fuencarral. Así que el chico sabía que no habría mucha gente arriba, de hecho, muy pocos conocen que haya otra planta. Se sentó en un mullido y aterciopelado sillón que daba a un ventanal enorme, desde el que observaba la acera de enfrente con las fachadas decoradas de dos teatros (con las obras *El Rey León* y *Grease*) y pudo relajarse unos instantes gracias a la música ambiente del local.

Tomaba su café sin prisas, acompañado tan solo por un par de turistas que aprovechaban para mirar su correo electrónico en sus portátiles. Allí afloraron los recuerdos de la última vez que estuvo en aquel mismo sillón, fue hace más de seis años y para usar la cafetería como centro de operaciones en la realización una sesión de fotos en la misma calle; entraban y salían del local para peinar, maquillar y cambiar de ropa a las modelos. Una suerte que esa cadena de cafeterías apoye las producciones de moda hasta incluso ceder el espacio.

Su mente volvió junto a Clara, a pesar de la excelente noticia que Leyre le acababa de dar. O quizá todo estuviese interconectado, tal vez Clara le había dado suerte, aunque él nunca había confiado en que existiera dicha suerte. ¿Cómo compaginaría sus viajes y trabajos de tanta responsabilidad con el hecho de vivir con tres personas? ¿Cómo iba a concentrarse si llegaba a casa y oía voces, quejidos y discusiones? ¿Tendría que dar sermones a las niñas? ¿Educarlas o ayudarlas con los deberes? ¿Jugar con ellas, darles de comer y contarles un cuento antes de dormir? ¿Cómo iba a estar hasta las cinco de la madrugada desnudo y viendo una película clásica, si las niñas debían acostarse pronto? ¿A qué hora se acuestan los niños? Alfil comenzaba a agobiarse con todos esos pensamientos.

—¡Joder! Llega todo de golpe. ¿Por qué? Ya podrían dosificarse estas cosas. ¿Qué hago? ¿Cómo manejo esto? En menudo lío te has metido, Alfil.

Dos horas más tarde, se encontraba en casa descansando en uno de los sillones de la terraza y disfrutando de una copa de vino y el atardecer sobre el Templo de Debod, al otro lado de la Plaza de España. Esperaba a que llegase el apetito, aunque eso se estaba haciendo de rogar en los últimos días. Su móvil volvió a sonar, era poco frecuente que lo hiciese dos veces en un mismo día. Esta vez era un mensaje:

«¿Cuándo volveré a verte?».

Alfil observó el globo verde sobre la pantalla, hasta que desapareció al oscurecerse tras unos segundos. La respuesta al mensaje de Clara quedó aplazada mientras el chico trataba de ordenar su mente. Era la primera vez desde que la había vuelto a encontrar que no corría como un crío ilusionado a contestar en el acto. Trataba de tener la mente fría.

Apoyado en la barandilla de su terraza, podía observar a los viandantes y turistas de la plaza de España, se distinguían entre ellos por la velocidad, los turistas casi parecían parados ante el frenesí de los estresados madrileños. Eso le hizo pensar, incluso plantearse cuestiones que tenía claras hasta hacía poco tiempo.

—¿Son felices? Me refiero a las personas en general, ¿serán felices? No imagino la vida teniendo que correr durante hora u hora y media a un trabajo de diez horas diarias, contando la parada de la comida, para volver corriendo a casa. Unas doce horas al día de esclavitud con el único consuelo de tener el fin de semana libre, algunos ni eso, o de disponer de unos veinte días de vacaciones al año. Y hacen esa locura a cambio de una cantidad de dinero que en la mayoría de los casos no cubrirá sus necesidades...

»¿Se puede ser feliz en esas condiciones? Supongo que te refugias en lo positivo que te rodea: el amor de tu pareja, hijos, momentos con amigos, etc. No creo que la gente pudiera soportar sus vidas sin algo positivo que contrarrestase el infierno de esos trabajos.

El móvil volvió a sonar, era el segundo aviso del mensaje anterior, Alfil lo oyó pero seguía sin intención de contestar, prefería no ver el teléfono, necesitaba no prestarle atención para concentrarse en sus pensamientos.

—¿Qué pasaría si sigo con esta obsesión de crecimiento personal pero no consigo ser feliz? ¿Y si fuera más feliz con esos momentos entre amigos y familia que con el trabajo? Tal vez esos que corren ahí abajo disfruten más de

los pocos momentos que tienen al año que lo que disfruto yo con mis privilegios, teniendo a diario todo cuanto deseo. Pero, ¿y si acabo por no valorarlo lo más mínimo?

Alfil llevaba un par de años con esos pensamientos, cuanto más escalaba posiciones en el *ranking* de su trabajo, más le obsesionaba llegar a lo más alto. Aún era muy joven como para pensar en destronar a Mario Testino, pero estaba a punto de cumplir treinta años y ya era considerado por muchos el mejor del país y uno de los diez mejores del mundo. Claro que aquel logro no conseguía darle esa felicidad que tanto ansiaba y perseguía, y su frustración se transformaba en deseo para seguir creciendo y subiendo en el *ranking*. ¿Y si llegase arriba? ¿Y si fuese el mejor? ¿Qué hallaría una vez llegado allí? Cada día estaba más convencido de que al final del camino no le esperaba una especie de magia que invadiese de felicidad, calma y relax su vida, sino un cambio en las obsesiones, pasaría el resto de su existencia luchando para no ser destronado por otros fotógrafos más jóvenes o emergentes. La felicidad no se encontraba en necesitar metas ni en lograrlas, si estaba en algún sitio era en no necesitar nada.

Se giró por fin y cogió el móvil para abrir el mensaje y poder contestar: «Cuando tú lo desees».

Al cabo de unos segundos sonó una llamada, pero no era Clara, sino su estilista de nuevo.

—Cuéntame.

—¡Estamos que lo rompemos hoy! No te lo vas a creer.

—Ponme a prueba.

—Nos ha salido un contrato publicitario, una nueva campaña para la próxima temporada.

—Ya tenemos seis confirmadas, una séptima no es algo tan especial. Quizá no tengamos siquiera tiempo para poder hacerla y debemos rechazarla.

—¿Estás seguro? El cliente es Dior, el puto Christian Dior.

«Eso son palabras mayores —pensó Alfil sin controlar su entusiasmo—. Una campaña publicitaria de una firma *top* es algo que vale su peso en oro, se paga con seis cifras y te da caché. Te hace subir muchos puestos».

—¿Por qué no la hace Testino? —respondió tras una pausa.

—Buscan un aire nuevo, más fresco, ya sabes. Después de lo que pasó con Galliano, quieren recuperar el terreno que han perdido.

—Entiendo. Guau, menudo día.

—Ya te digo, hoy no duermo por si llama alguien más. Voy a salir a comprar lotería.



El fotógrafo se despidió de su estilista y vio que había llegado un nuevo SMS de Clara:

«En la cafetería del Círculo de Bellas Artes mañana a las 11:00h».

Confirmó la cita con una sonrisa. Empezaba a pensar que no debería complicarse la vida tanto, todo le estaba yendo de lujo. Ascenso meteórico en el trabajo y recuperar a la chica de su vida. No debería pensar en elegir, sino en disfrutar del momento.

Con dieciocho años pudo disfrutar sin complicarse, sin preocuparse del mañana, y fue Clara quien le ayudó a conseguirlo. Así que lo mejor sería dejarse llevar y ver qué sucedía. De repente le llegaron recuerdos de aquellos días, de los momentos compartidos con ella y con Jaume. ¿Qué habría sido de él?

## Capítulo 29

Barcelona, 2004

Un BMW negro con tres ocupantes llegó a la puerta de la casa de Merce, se encontraban a dos calles del Liceo Francés. Allí esperaron a la amiga de Clara en doble fila, mientras el resto de coches les pitaban e insultaban por taponar parte de la calle. La impuntualidad de la chica estaba haciendo mella en la paciencia de quienes la esperaban.

—¡Siento llegar tarde! ¡Lo siento, chicos! —se disculpaba Merce, que había llegado corriendo y gritando por la acera.

—Anda que tu calle es como para estar mucho rato en doble fila. En diez minutos nos han regalado todos los insultos posibles —le recriminó Clara.

—Lo siento, voy lo más deprisa que puedo.

—No es suficiente. Empieza a maquillarte y vestirte antes y así no te tendremos que esperar.

Alfil conducía, con Clara en el asiento del copiloto, y detrás de ellos estaba Jaume, algo nervioso por la encerrona a la que le había sometido su compañero. El coche no tenía puertas traseras, así que Clara se bajó a toda prisa para mover el asiento y dejar pasar a Merce atrás.

—¿Una cita a ciegas? Esto se avisa, puta —dijo la chica en cuanto se topó con Jaume.

—Qué bruta eres —le recriminó Clara—. Es Jaume, un compañero de la Facultad de Alfil. Espero que te portes bien o no te sacaremos más de paseo.

—Qué graciosa. Anda que te iba a dejar tu padre salir si no voy contigo.

—Tío, no me dijiste que iríamos de canguros. Vaya guardería tienes montada en el coche.

—Qué gracioso el universitario. —Merce lo miró con resignación—. Empieza bien la tarde.

Por suerte, el resto de la tarde mejoró después de unos helados en la zona de Marmagnum. Mientras paseaban por el puerto, Clara y Alfil no se

despegaban, decidieron aprovechar el poco tiempo de que disponían para comerse a besos y dedicarse todo tipo de arrumacos que hacían las delicias de sus acompañantes. Jaume y Merce bromeaban constantemente sobre lo empalagosos que eran sus amigos, y así, con la excusa, entablaron una animada conversación. No tardaron en conectar, e incluso parecía que hubiese buena química entre ellos.

Los padres de Clara no la dejaban llegar más tarde de las diez de la noche, así que no tenían mucho más que hacer. Habían estado juntos unas cuatro horas que habían exprimido al máximo. Con el paso del tiempo esperaban disponer de más margen, además de algún día entero en fin de semana; pero por ahora lo importante era recuperar la confianza de sus padres en ellos.

Tres días más tarde repitieron la salida, aunque Jaume no protestaba esta vez ni tuvo que ser convencido. Parecía haber hecho buenas migas con Merce y estuvo preguntando a Alfil durante esos días por la siguiente cita, tratando, eso sí, en vano, de no mostrar mucho interés.

—Hoy te apuntas sin ser invitado ni nada, menudo personaje eres tú — bromeaba Alfil.

—A ver, que en el fondo me da igual. Si lo hago es por hacerte el favor, nada más.

—Claro, claro. Se te ve en la cara y en los tres días que llevas preguntando cuándo volveríamos a quedar. Pero gracias por el favor, amigo —le respondió exagerando mucho el tono.

—No hay de qué, pero tú invitas.

—Ja, ja, ja. Anda sube al coche.

—Joder cómo vives. Aparte de las motos, ahora te compras un 330 ci. En mi vida tendré yo para un coche así, a no ser que viva con mis padres hasta que les envenene y entierre en algún lugar apartado, y así quedarme con el piso. Ni siquiera mi paga semanal daría para costear lo que consume de gasolina este trasto.

—No seas derrotista, estudias empresariales y debes tener una mente más emprendedora y positiva. Se supone que querrás montar una empresa cuando termines la carrera; un coche así te lo comprarás con facilidad cuando lleves poco como gerente o director de un negocio.

—¿Qué dices tío? Montar algo es imposible, hace falta mucha pasta. Yo me conformo con entrar en una empresa y que me hagan un contrato decente, aunque sea de contable o de administrativo. Me vale con tener un contrato fijo para pagar una hipoteca.

—Montar una empresa no cuesta tanto, hay muchos negocios que se pueden crear con un ordenador y conexión a internet. Solo hay que echarle ganas, esfuerzo, tener una idea original..., luego todo evoluciona y crece. Deberías ser más positivo.

—Bueno, yo solo tengo una bici vieja y un monopatín, supongo que es más fácil ser optimista conduciendo un coche de más de cincuenta mil euros.

Alfil dejó la conversación, respetaba la opinión de su amigo aunque no la compartía en absoluto, él consideraba que se puede lograr el mundo si uno lo desea con las suficientes ganas, aparte del talento natural necesario. No deseaba discutir con Jaume, la tarde era para las chicas; además, era muy consciente de que la vida se veía más fácil cuando uno podía tener todo lo que deseaba sin esfuerzo, el dinero acababa siendo una barrera importante, aunque a veces más mental que real.

—Me alegro de que te guste Merce, es una buena chica, y así aprovecho para salir con un amigo aparte de hacerlo con Clara. Mejor tú que un crío de instituto con el que hubiese ligado.

—Vaya, gracias. Soy la opción menos mala, todo un detalle por tu parte, «amigo».

—Ja, ja, ja. Tampoco he dicho eso, me has entendido perfectamente.

—Además, no he dicho que me guste, me cae bien, a secas.

—Sí, claro, por supuesto.

Alfil saludó con la mano a la madre de Clara, que observaría a su hija hasta verla entrar en el coche, Marta le devolvió el saludo con una leve sonrisa. La chica aceleró el paso para llegar hasta el coche, sujetando su corta falda de color rosa y sonriendo de esa forma que conseguía bloquear a Alfil. Llevaba una blusa blanca y un jersey fucsia sobre los hombros, nadie hubiera dicho que tenía dieciséis años por su estatura y las curvas que ya asomaban a su delgado cuerpo. Incluso Jaume quedaba mudo al verla llegar al coche, y es que en la Universidad donde estudiaban había pocas chicas que pudiesen rivalizar físicamente con ella.

—¿Adónde vamos hoy?

—Por el momento a buscar a Merce y a tocar madera para que llegue puntual.

No hubo tanta suerte, llevaban más de quince minutos soportando pitidos de coches e insultos y Merce aún no daba señales de vida. Estaban desesperados ante los mensajes continuos e idénticos del móvil de la chica: «ya llego». Entre tanto insulto de «niñato» o «vete a hacer puñetas», siempre había quien se pasaba de la raya, por lo que Alfil debía morderse los labios

para contener las ganas de salir del coche y dialogar con lenguaje de signos. Clara pidió perdón al último de esos maleducados, pero el tipo comenzó a gritar con mucha agresividad, incluso insultando a la chica.

Alfil trató por todos los medios de controlar sus instintos, pero no consiguió dominarse cuando oyó al tipo insultar y tratar a Clara como lo acababa de hacer. Aquella gota colmó el vaso e hizo romper una promesa hecha a sí mismo y a la chica. Salió del coche y se dirigió sin prisas hacia la puerta del conductor maleducado.

—¿Dónde vas tan chulito? Te voy a partir la cara delante de tu novia —le gritó el conductor mientras bajaba del coche.

—¡Alfil no! —gritó Clara.

—Tranquila, no pasa nada. Será solo un segundo —le dijo Jaume para calmarla y le puso una mano sobre el hombro.

—¿Cómo que un segundo? —Clara se giró para mirar a Jaume, estaba muy nerviosa.

—Con Alfil será como una inyección, que te la ponen antes de darte cuenta. Al imbécil este le toca la vacuna hoy.

El tipo tendría unos cuarenta años y era bastante corpulento, llevaba un mono de trabajo de mecánico y las manos muy grandes y manchadas de grasa. Se lanzó, sin mediar más palabra, contra su flacucho adversario para tratar de derribarlo de un puñetazo, pero no logró siquiera mover sus manos. Antes de saber qué había ocurrido ya estaba inconsciente en el suelo, una mano del chico impactó en su nariz y la otra en su mandíbula.

Clara se giró para mirar pero solo llegó a tiempo de ver desplomarse al tipo sobre la carretera. No sabía qué acababa de pasar, salvo que Alfil, muy tranquilo, regresaba al coche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó aún algo asustada.

—Nada, que ese imbécil ya está vacunado —respondió Jaume.

Entre tanto revuelo, Merce había aparecido y aprovechó que Alfil estaba fuera del coche para entrar y sentarse atrás, junto a Jaume. Y salieron a toda prisa de la zona por si venía la policía, sería un contratiempo de cara a su abuelo y también con los padres de Clara.

—¿Qué es lo que ha pasado? —volvía a preguntar Clara, esta vez al propio Alfil.

—¿Qué me he perdido? —añadía Merce, aunque nadie le contestó, ni siquiera la habían saludado aún.

—Siento que hayas tenido que ver el espectáculo, pero no iba a consentir que te insultara. Comprendo que estaba molestando en la calle, pero aún así la

gente debería controlar su mal humor, no es culpa de los demás que sus vidas sean una mierda.

—Pero a mí no me importa lo que hagan o me digan. Es lo que tienen los imbéciles, que no se saben comportar ni controlar. No me gusta que te metas en peleas, demuestras que tú tampoco te controlas.

—Bueno, pues tendré que intentar contenerme la próxima vez. Espero que me ayudes con eso. Pero entiéndeme, ¿cómo iba a quedarme tan tranquilo viendo cómo te insultaban? Una cosa es controlarme y otra quedarme mirando mientras te dicen esas barbaridades en mi cara.

—Pero me lo dicen a mí, y ya te he dicho que no me importa que lo hagan. Lo prefiero al miedo que he pasado pensando que te podrían hacer daño. ¿Y si te hubiera pegado?

—¿Pero qué dices? Si ha sido una pasada —interrumpió Jaume—. Yo quiero saber hacer eso, me tienes que enseñar, tío. Quiero dar leches como tú.

—Calla, tío. No es el momento —le cortó Alfil.

—¿Pero qué es lo que ha pasado? —Nadie contestaba a Merce y su impaciencia estaba llegando al límite.

—Mientras te esperábamos, un tío ha insultado a Clara y Alfil le ha dado una paliza. Ha ocurrido en el momento en que venías, no sé cómo no lo viste —le respondió Jaume—. Si te dieras más prisa, no habría pasado.

—Iba mirando el móvil. Jo, me lo he perdido.

—Merce, el próximo día, si no estás en la calle al llegar nosotros, nos vamos sin ti. Luego tú decides: te vas andando o te vuelves a casa —le dijo Alfil muy tajante, no soportaba la impuntualidad.

—En esa calle no te esperaremos ni un minuto más —añadió Clara, estaba muy enfadada con la impuntualidad de su amiga, y también la culpaba de originar lo que acababa de suceder.

—Pero no lo he hecho queriendo. No tengo la culpa de que haya habido una pelea.

—Merce, la culpa es solo mía —dijo Alfil—. Debí contenerme, o no esperarte y marcharme. Pero la impuntualidad no te la perdono, la próxima vez no te esperaremos.

Después del momento tenso en el coche, las dos parejas fueron al cine y luego a tomar unas tapas. Aunque ni la pelea, ni la película ni ningún otro tema de ese día eclipsaron el momento en que Alfil y Clara se dieron cuenta de que la otra pareja se estaba comiendo a besos en la oscuridad de la sala de cine. Durante el resto de la tarde fue el tema de conversación, a base de bromas que Merce y Jaume intentaban soportar como podían.

—Echo de menos tenerte a solas, recuerdo cada noche el momento que pasamos en la torre —susurró Alfil a Clara cuando se despedía de ella.

—Yo también echo de menos tenerte más cerca, pero debemos esperar a disponer de más tiempo. Cuando mis padres vuelvan a confiar en mí, en nosotros.

—La espera merecerá la pena.

—Claro que sí —la chica le besó—. Te quiero.

—Yo también te quiero, flaca.

## Capítulo 30

—¿Cómo va la relación con esa chica?

Como siempre cuando se encontraba en el gimnasio viendo entrenar a su nieto, el abuelo de Alfil se mostraba afable y comunicativo. Hacía unos minutos que había visto combatir a su pupilo contra uno de sus profesores y se maravilló con su habilidad para el boxeo, tenía un nivel que el anciano no hubiese ni soñado a su edad. Cuando observaba pelear al chico, evocaba su juventud y se preguntaba cuál habría sido su futuro si hubiese decidido ser profesional.

Tras ver entrenar a Alfil, parecía quedarse más tranquilo con respecto a que hubiese posibles distracciones en la vida del muchacho. Si conseguía aquel estado de concentración, es que su mente estaba serena y centrada en sus obligaciones. El anciano lo sabía por experiencia.

—Vamos bien, sin prisas. Los estudios son lo primero —respondió con las palabras que su abuelo quería oír. Pero el chico disfrutaba más de la compañía de Clara que de su asistencia a la universidad.

—¿Cuándo la traerás para que tu abuela y yo la conozcamos?

—Pues no imaginaba que desearas conocerla, pero cuando me digáis.

—Cómo me gustaría tener forma física para pelear un rato ahí arriba...

—Ya lo veo, no quitas ojo del *ring*, debes de echarlo mucho de menos. Y seguro que pegabas fuerte, pero aún así, creo te tumbaría sin esfuerzo. —El chico le provocaba entre bromas.

—No seas tan engreído, muchacho. Yo no tenía tu peso ni tus entrenadores, pero en aquella época éramos duros de verdad, no nos arrugábamos antes nadie, por muy fuerte que fuera.

—Seguro que sí. —Era condescendiente, algo que enfadaba más al abuelo, pero el mentor no entraría en sus provocaciones.

—Cuando el físico y la salud te abandonan, solo te queda la mente. El problema es que esta te hace añorar el cuerpo y todo lo que podías hacer



cuando lo tenías en forma.

—Pues no te quejes, aún te quedan muchos años de partidas de ajedrez conmigo, que es en lo único que tienes opciones de vencer. Así que empieza a controlar esos deseos.

—Bueno, creo que es hora de cenar. Veamos qué nos cuenta tu abuela.

## 2

Dos días después de la conversación con su abuelo, la cara de su mentor, al aparecer por el gimnasio, no era la misma, ya no había orgullo y nostalgia, sino enfado y decepción en su semblante. Alfil lo percibió de pasada mientras trataba de concentrarse en el *ring*, no lo consiguió al cien por cien y eso le costó encajar más golpes de la cuenta de su entrenador; descuidaba la guardia y perdía terreno hacia la esquina, recibió un directo seco a la barbilla y cayó al suelo.

—Déjanos solos, Oscar. —Ese día estaba Oscar García Cano enseñando al chico.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Alfil, sabía que su abuelo estaba enfadado con él.

—Esperaba que me lo dijeras tú.

—Hoy han dado las notas, supongo que es eso, ¿no? Aunque no creo que estén tan mal.

—Te metimos en una universidad pública para que nadie te regalase nada, para que tus notas no estuvieran influenciadas por tu apellido o por el pago anual de las cuotas. Para que pelearas de tú a tú contra gente que se mata a estudiar para conseguir becas y para lograr un hueco que no tienen por derecho de cuna. Deberías competir contra ellos como lo haces contra tus profesores de boxeo, salvo hoy, claro. El día de mañana, muchos de tus compañeros serán empleados tuyos, y no querrás que te miren por encima del hombro y digan a escondidas que eres el jefe por herencia y no por méritos; esos empleados contarán orgullosos que sacaron mejores notas que tú en la facultad, ¿no crees? La chica te afecta, lo sabes de sobra.

—En absoluto, estudio el mismo número de horas que antes de estar con ella, mi concentración sigue siendo la misma también. Pero no puedo sacar todo sobresaliente, esto ya no es el instituto.

—Claro que no lo es, y cada vez será aún más difícil. Por supuesto que el instituto era más sencillo, pero también es más sencilla la universidad que el trabajo de dirigir una empresa; en una empresa no se puede repetir en septiembre una mala fusión o adquisición, no se puede repetir tampoco una mala decisión que afecte a los beneficios o pérdidas. En una empresa hay miles de familias cuyos sueldos dependen de tus acciones y decisiones; por esos motivos y muchos otros hay que esforzarse cada vez más y hacer más sacrificios.

—Algunos de los profesores no están cualificados para impartir sus materias. Deberías oírles hablar, algunos incluso tienen pánico a hablar en público, ¡y llevan años como docentes! ¿Sabes cuántos son hermanos, primos o cónyuges de otros? Algunos dicen estupideces, no han trabajado jamás en una empresa y entraron como profesores tras acabar la carrera. Dan nociones contrarias a las que tú me has enseñado, y cuando les doy mi punto de vista y sienten que quedan en mal lugar delante de la clase, se enfadan. Eso pasa factura luego en las notas. Aparte de eso, no es mi objetivo sacar sobresaliente, no creo que una carrera universitaria como la mía tenga como fin principal el de aprobar o el de sacar una nota determinada.

—¿Y cuál es su fin principal, si no? ¿Para qué son las notas si no sirven para evaluar tus conocimientos?

—Las notas son una herramienta de corte para separar a los que van a pasear libros de los que se lo toman en serio. El fin de las notas no es evaluar conocimientos sino cuánto se ha adaptado cada alumno al temario y a la forma de pensar del profesor. Para mí, el fin principal debería ser aprender, usar esos conocimientos junto a los que tú me aportas y, entre todos ellos, tener la base para luego crear mi propia forma de actuar y toma de decisiones. Cualquiera puede sacar un sobresaliente si dedica su vida a memorizar el temario, pero no todo el mundo comprende y asimila los conceptos, no pienso ser un robot que conteste algo que aparece en un libro escrito por un borrego como el que imparte la clase, no pienso contestar a una pregunta sobre estrategias de mercado con una respuesta que sé que no es la adecuada aunque así aparezca en el libro, es lógico que no saque un sobresaliente si el profesor considera con fe ciega que su criterio es el acertado.

—Veo que has aprendido el sentido de la formación en un tiempo récord, pero no pienses que voy a ser tan permisivo siempre. No te pondré impedimentos a salir con esa chica, pero no quiero que las notas bajen de donde están ahora, ¿entendido?

—Te doy mi palabra.

Dos horas más tarde:

—¿Estás estudiando, cariño? —Su abuela asomaba la cara al abrir unos centímetros la puerta del dormitorio.

—No yaya, entra. Para ti siempre hay tiempo.

—Ya me he enterado de la conversación con tu abuelo. No le hagas caso, está cada vez más gruñón y sigue empeñado en que seas mejor de lo que fue tu padre.

—Bueno, eso es imposible, las personas no podemos ser ni mejores ni peores entre nosotros, solo somos diferentes. Pero no te preocupes, le entiendo; siempre ha sentido mucha presión por tener que educarme en ausencia de papá y mamá.

—Bueno, mejor no hablemos de eso ahora. En realidad, he venido a preguntarte cuándo nos presentarás a esa famosa Clara, que llevas meses con ella y solo la he podido ver en esas fotos de tu pared.

—¿Qué te parece si un día te vienes al cine o a tomar algo con nosotros? Así sales de la mazmorra unas horas.

—Uy, yo ya estoy muy mayor para ir al cine. Creo que tu abuelo y yo fuimos por última para ver *Los Santos Inocentes*.

—Pues el cine ha cambiado mucho en estos veinte años, incluso las películas españolas. Ahora hay una de un director joven muy bueno, *Mar adentro*, seguro que te gustaría.

—Bueno, ya la echarán en la tele, no hay prisa. A mi edad ya no hay prisa para nada. Menos para conocer a quién ha enamorado a mi pequeño Poli.

—¡No! ¡Abuela, no! Ya te he dicho que me llames Alfil.

—Ains. Cómo se están perdiendo los nombres de toda la vida, ahora todos son americanos. Con lo bonito que es tu nombre, cariño.

—Las personas deberían poder elegir su propio nombre cuando fueran adultos y conscientes, eso evitaría muchas collejas en el colegio.

—De eso nada, los padres siempre saben qué es lo mejor para sus niños, y les ponen nombres para honrar a familiares.

—Eres un caso, abuela.

Si Alfil tuviese que elegir el mejor de los momentos que pasaba cada día en su casa, sin duda serían esos pocos minutos que su abuela le dedicaba cada noche, y que conseguían hacerle sonreír tanto o más que estando con Clara. La anciana se marchó después de recibir el beso de su nieto, que no pudo concentrarse en estudiar al tener presente aún la conversación con su mentor en el gimnasio. No quería decepcionarle, pero tampoco que este echase las

culpas a la chica. Después del desastroso comienzo con los padres de Clara, lo que menos quería era volver a sentir reproches, culpas y prohibiciones. Sentía que todo el mundo obraba en contra de su relación. Lo más hermoso que le había ocurrido en su vida y parecía que todos confabulaban para impedir su felicidad. Al menos había aprendido una lección valiosa: a partir de ese momento dejaría de dar su opinión a los profesores o de llevarles la contraria, y les diría lo que deseaban oír del mismo modo que respondería a las preguntas de los exámenes con la información rigurosa de los libros. Si eso era lo que querían sus profesores y su abuelo, eso tendrían. En el fondo sabía que no saldría más preparado de la carrera por obtener una nota u otra, como también lo sabía su abuelo.

También necesitaba tiempo para divertirse y para estar con sus amigos y su chica. No era justo que a su edad se le presionase de ese modo tan estricto. ¿Cuándo disfrutaría de la vida y se divertiría? ¿A los treinta? ¿A los cuarenta? No se puede estar toda la vida entre trabajos y responsabilidades, hay que buscar un equilibrio. Alfil se sentía esclavo de alguien que quería fabricarle a medida para convertirle en lo que él no pudo ser, y eso era tremendamente cruel.

Ese equilibrio y tranquilidad que ansiaba, solo lo conseguía plenamente cuando estaba con Clara, ella lograba que su mente se vaciara, que desconectase por completo. Con ella reía de verdad, reía como lo hacía cuando vivían sus padres. La chica era la única que evitaba la locura entre tanta presión, ella le mantenía cuerdo y le alejaba del robot que estaba fabricando su abuelo. Alfil se moría de ganas de gritar la verdad, su verdad: que si tuviese que tomar la decisión de elegir entre los estudios o a la chica, lo haría sin dudarle un instante. Y quizá su abuelo le conocía lo suficiente como para saberlo o intuirlo, quizá fuera ese el motivo de su animadversión hacia ella.

## Capítulo 31

Madrid, 2014

Las once menos cuarto de la mañana, hacía frío a pesar del día despejado y Alfil llegaba puntual a su cita en la cafetería del Círculo de Bellas Artes, frente al edificio Metrópolis y la entrada de la Gran Vía. Llamó al encargado del local para pedirle un pequeño favor, mientras deslizaba, con disimulo, un sobre blanco en la mano del empleado. Este parecía seguro de no poder atender su petición, pero el fotógrafo le pidió que se lo pensase en privado. Un minuto después, justo el tiempo en que el encargado vio el contenido del sobre, todos los empleados de la cafetería dejaron de atender a los clientes de las mesas para abandonar la sala a toda prisa.

Clara apareció puntual como siempre. Un chico ataviado con chaqueta de esmoquin blanca se acercó a ella y le preguntó su nombre en un susurro, luego la acompañó a un ascensor y ambos subieron hasta el ático. Allí la chica se encontró en una terraza al aire libre con una única mesa al fondo, justo en la barandilla de piedra que mostraba una bella vista de la ciudad esa mañana. Alfil estaba sentado a la mesa, junto a otros dos camareros.

—Siempre puntual, me encanta eso de ti —dijo el chico al tenerla a su lado—. Estás preciosa. ¿Qué hiciste con aquella niña de dieciséis años que vestía tan pijo? —Clara lucía un vestido camisero de color rosa claro, amarrado con un cinturón ancho del mismo tejido, tacones muy altos y el pelo recogido. Con ese estilismo y las grandes gafas de sol parecía sacada de una película americana de los años cincuenta.

—La niña está debajo de esta ropa con tanta clase. Si quedo con un fotógrafo de moda, tendré que estar a la altura.

—Bueno, hay varios fallos en las combinaciones que traes, sobre todo de texturas y de líneas de diseño, pero te podría dar el aprobado.

—Qué tonto eres, no puedes resistirte a provocarme.

—¿Cómo has pasado estos días desde el viaje a Milán? —El chico rompió con los formalismos y fue al grano.

—Uf, la verdad es que muy mal. Me siento culpable cada vez que miro a las niñas, quieren mucho a su padre y él sabe algo; me ha dicho que espera una explicación por mi parte, sabe que algo pasa y sospecha que sea otra persona.

—Bueno, no va mal encaminado.

—No.

—Perdona, no debí frivolar con tu familia. Siento que la situación en tu casa sea tan complicada.

—La vida es así, a veces vas hacia arriba y otras hacia abajo; y lo peor de todo, a veces debes pagar duro por tener un momento de felicidad, maldito karma... Pero espero estabilizarme de una vez. Es curioso que antes de encontrarte, bueno, de volver a encontrarte, era muy feliz en casa, y al salir me sentía como una extraña en esta ciudad. Ahora todo es al contrario, me siento una extraña en casa, y fuera, contigo, soy de nuevo aquella Clara que conociste en Barcelona.

—Me alegra saber eso, aunque prefiero no hablar de temas que te hagan entristecer, prefiero que sigamos poniéndonos al día, tenemos once años que recuperar. Cuéntame más sobre ti, quiero saber lo que has hecho cada uno de los días de estos once años.

—Vale, pero primero dime dónde estamos, pensaba que habíamos quedado en la cafetería de abajo.

—Allí había mucha gente, quería tener un momento de intimidad contigo y que no hubiera tantos ojos alrededor. Este sitio es *La Pecera*, solo abre por las tardes, pero hoy han hecho una excepción.

—Ya me conozco yo tus excepciones.

El timbre del teléfono móvil del fotógrafo les sobresaltó, era Leyre. Alfil rechazó la llamada con un mohín de enfado, no podía creer lo pesada que era su estilista. En ese momento, estando con Clara, no le importaba si había llamado la mismísima Casa Chanel para contratarles o si estaba ardiendo el estudio, seguro que lo que hubiese pasado, podría decírselo en otro momento. El teléfono volvió a sonar y el chico rechazó de nuevo la llamada, disculpándose ante la chica. Ella le respondió que debía atenderlo por si fuese urgente, a ella no le importaba. Volvió a sonar una tercera vez.

—¿Qué pasa ahora, Leyre?

—Estamos en el estudio y nos hemos preocupado. A las diez tenías que estar aquí para la editorial, pero son las once y veinte y no apareces ni das

señales de vida.

—¿A las diez? ¿Qué dices? ¡Joder, la editorial que surgió a última hora! ¡No me puedo creer que lo haya olvidado!

—¿Cómo? Jefe, me preocupas y mucho. Te lo recordé ayer por teléfono.

—Voy volando, llego en menos de diez minutos. —Colgó el teléfono y se levantó para pagar la cuenta.

—¿Has olvidado un trabajo?

—Parece que sí, me está pasando como a ti, que volver a estar juntos altera toda mi vida —parecía haberlo dicho en broma, pero el fotógrafo estaba muy serio—. Tengo que marcharme. Siento que la sorpresa de la terraza no se pueda alargar más.

—Quiero ir contigo, no me importa dónde vayas ni lo que vayas a hacer, quiero estar a tu lado.

Alfil la miró durante dos segundos y luego cogió su mano para salir de la cafetería, allí paró al primer taxi que pasó libre.

—Aquí tienes cien euros para que me lleves en menos de cinco minutos a Callao.

—Pero si puede ir usted andando, está a cuatrocientos metros en esa calle de ahí, a unos veinte minutos más o menos —respondió el taxista señalando el edificio Metrópolis, en la acera de enfrente.

—Por eso te doy cien euros, porque necesito que nos lleves en ese tiempo.

—Pues voy por el lado contrario de la carretera, hay que dar la vuelta por Cibeles.

—Que sean ciento cincuenta euros.

El taxista giró el volante por completo y dio la vuelta en plena calle Alcalá, ante el pitido de otros coches y muchos taxis más. Luego subió la Gran Vía sorteando el tráfico como en una película. Llegaron en cuatro minutos a la plaza y allí se bajaron para dirigirse corriendo hacia la puerta del estudio.

—¡Disculpad chicos! No tengo excusa, os pido perdón por el retraso. Me daré prisa para compensar el tiempo perdido —Alfil entraba en su estudio corriendo y hablando, eso era nuevo para todo su equipo, que le observaba atónito—. Espero que no os moleste que haya traído a mi esposa, ya la conocisteis ayer.

—¡Qué idiota eres! —Ella le dio su característico golpe al hombro, como cada vez que bromeaba o se pasaba con un comentario.

—Perdón, no es mi esposa, solo el motivo de llegar a esta hora. Así que dedicadle un gruñido por tener que salir hoy mucho más tarde por su culpa.

Las quince personas que había en el estudio gruñeron a la vez, mirando a la chica y, aunque lo hacían en claro tono de broma, esta se puso roja como un tomate.

—Te voy a matar —le susurró al chico al oído.

—Espero que no te aburras hoy, suele ser muy tedioso cuando uno mira en lugar de participar —respondió él.

—Estoy contigo, ¿no? Me divertiré mirando, ya lo verás.

La sesión empezó en ese mismo momento, ya tenían su cámara y las luces preparadas, solo hubo que ajustarse la intensidad y colocación de algunos *flashes*, pero se hizo en cuestión de segundos. Todo estaba estudiado y probado con antelación por sus ayudantes. Alfil disparó una treinta de fotografías por cada cambio de ropa de la modelo, una chica de aspecto extranjero, de la Europa del Este por sus rasgos y acento, que realizaba seis o siete poses con cada vestuario; siempre a las órdenes de Alfil, que le indicaba al detalle cómo debía colocarse. Clara nunca había visto una sesión real y desde tan cerca, maravillándose con la capacidad plástica de la modelo en el posado y la gesticulación facial, con el fantástico resultado que lograba aquel grupo coordinado de profesionales y con la seriedad de un momento que siempre había visto como frívolo y divertido desde el otro lado de la televisión. En un monitor enorme al lado del fotógrafo iban apareciendo las fotos casi al instante de realizarse, Alfil y dos ayudantes las revisaban en el acto para tomar decisiones. Cada vez que la modelo iba a cambiarse de ropa, le ajustaban o cambiaban el maquillaje y el peinado, mientras unas ocho personas movían las luces o modificaban el escenario. Había mucho movimiento constante, pero eso no evitó que las siete horas de duración se hiciesen eternas para Clara, que permanecía como espectadora sentada sobre una silla plegable. Salvo antes de la parada para el almuerzo, entonces Alfil había llamado a la chica:

—Ven, por favor.

—¿Es una broma? —preguntó avergonzada y sin saber qué ocurría. Todos la miraban extrañados. El silencio era aún más incómodo que la situación en sí.

—En serio, ¿puedes venir?

—¿Qué quieres? —Clara se acercó con miedo, seguía sin saber por qué la había llamado.

—Siéntate aquí. —Señalaba sus rodillas—. Vas a hacer unas fotos.

—¿Estás loco? —No solo la chica, también el resto de los presentes estaban sorprendidos, incluso la modelo; algunos sonreían dando muestras de



la típica vergüenza ajena que se siente al ver cómo actúan los enamorados.

—Venga, no hagas esperar al equipo. —La agarró de una pierna y la atrajo hasta él para sentarla en sus rodillas. Luego le dio la cámara ya preparada y lista para sacar la luz perfecta.

—Solo tienes que mirar por el visor mientras colocas la mano derecha y el dedo índice aquí en este botón. Dile a la modelo lo que te apetece que haga, lo que te surja sin pensar, déjate llevar. Pero recuerda, cuantos más detalles uses, mejor. Cuando la modelo esté en una pose que te guste, aprieta hasta la mitad el botón y, al oír el pitido del enfoque, dispara pulsando hasta el fondo.

—Tengo una réflex, sé cómo funciona —dijo ella muy orgullosa.

—Disculpe usted, Annie Leibovitz, entonces ve a su ritmo. A ver qué sabes hacer, sorpréndeme.

Clara estaba avergonzada y sin saber lo que debía hacer o cómo hacerlo, por lo que iba muy despacio y desesperaba a la confusa modelo. Tardaba demasiado en hacer cada foto y eso provocaba un mayor retraso en la sesión. Aunque no todos parecían desesperarse o alucinar con aquel espectáculo, Alfíl disfrutaba como un niño, incluso conteniendo la risa ante la vergüenza y sensación de impotencia de Clara. Tras unos minutos, que se hicieron eternos para todos salvo para el fotógrafo, la sesión siguió su curso y todos se marcharon al finalizar y tras recoger sus cosas.

Alfíl estaba repasando los resultados en el monitor ante la atenta mirada de la chica, que permanecía sentada en aquella silla plegable, ambos en silencio.

—¿Qué haces? Ven aquí, no te quedes ahí sola —le dijo el fotógrafo.

—¿Qué tienes que hacer ahora?

—Estoy echando un vistazo al resultado, con eso habré terminado. Lo que hago es memorizar las mejores fotos para separarlas del resto y así saber cuáles se seleccionarán para el retoque y envío al cliente.

—Vaya, sí que es largo el proceso.

—Luego habrá que retocar, adaptar los formatos a la imprenta del cliente y enviar. De todas formas, la sesión solo es la culminación de un trabajo que comienza semanas o meses antes, con reuniones creativas, elección de estilismos, peinados y maquillajes, búsqueda y contratación de modelos... Espera, mira lo que tenemos aquí.

—¿El qué?

—Esta foto es tuya.

—¿En serio? ¿Cómo lo sabes? Puede ser tuya.

—No, recuerdo cada foto que hago. El encuadre y la composición de cada foto definen a quién la ha realizado; y también la pose que pides al modelo o la que le corriges para adaptarla a lo que quieres. Es más fácil de lo que crees el poder reconocer una foto tuya de otras realizadas por otras personas.

—Pues si es mía, no ha quedado tan mal, ¿verdad?

—Ja, ja, ja. ¿Estás segura? Puedes haber engañado a mi ayudante, y que te la haya seleccionado, pero me tienes que convencer a mí de que es lo bastante buena.

Sin darle tiempo a reaccionar, Alfil se encontró con Clara encima, sentada a horcajadas tras subir su vestido. La chica le besaba con tanto ímpetu como quien se sacia en una fuente tras un largo día de camino; llevaba horas deseando dar rienda suelta a su deseo. El sillón con ruedas del fotógrafo no era el lugar más cómodo para hacer lo que ambos tenían en mente, así que se trasladaron a la zona de los sofás en la sala de espera.

—Dame un segundo —le dijo a la chica, y poco más tardó en convertir uno de los sofás en una cama doble.

—¡Vaya! Qué bien equipado estás. Prefiero no pensar en cuántas chicas han pasado por este sofá.

—Te sorprendería lo solitaria que es la vida de un fotógrafo. Cuando monté el estudio, pasaba tanto tiempo aquí que acabé comprando un sofá-cama cómodo para las noches.

—Pero si vives al final de la calle.

—Pero no se trata de ir a dormir, sino de dar una cabezada rápida y seguir trabajando.

—Bueno, tendré que creerme que ese es el motivo del sofá-cama, por ahora.

Clara le empujó y volvió a sentarse sobre él, allí continuaron con los besos, acompañados de gemidos y de un lento vaivén de cadera que volvía locos a ambos. Se desnudaron el uno al otro y los besos se extendieron por cada rincón de sus cuerpos. Hicieron el amor con las ganas y la ilusión de aquella primera vez, tratando de recuperar once años de injusta separación. La penumbra del estudio y la música *jazz* fueron los únicos testigos de un desenlace previsible desde hacía una semana.

Quedaron exhaustos, abrazados aún y dándose besos más dulces y cortos, mientras recuperaban la respiración. La tensión acumulada había desaparecido, pero tras esa breve pausa, aprovecharon que ella seguía sobre él para dedicarse un segundo asalto, y fue una suerte que el local estuviese

insonorizado, porque dejaron libre el deseo sin importarles que el mundo terminase en ese momento.

—Qué pasada, no tengo palabras —Clara casi no lograba mantener la respiración—, mañana tendré agujetas. —Y comenzó a reír de forma descontrolada.

—El sorprendido soy yo. No me puedo creer que aquella niña pija y tímida se haya convertido en esta fiera.

—He tenido once años para acumular ganas de volver a hacerte el amor.

—Y también para ganar experiencia, espero.

—¡Qué tonto! Como si tú hubieras permanecido célibe todo este tiempo.

Ambos rieron y continuaron entre besos y abrazos. Hasta que...

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué hora es?

—No sé, algo más de las nueve de la noche.

—Madre mía, van a matarme. Llevo todo el día fuera de casa.

—Te llamaré un taxi, pero no te preocupes, ya está hecho, no es sano que te agobies. Tampoco podrás volver atrás en el tiempo para solucionarlo. —Su abuelo le decía siempre eso.

—Si se pudiera volver atrás en el tiempo, no habría estado once años sin ti y sin esto que acabas de darme. —Clara se estaba colocando el sujetador cuando se abalanzó como una gata sobre él, que seguía tumbado desnudo y observándola.

Pocos minutos después, ella se marchaba en un taxi y el fotógrafo se quedaba solo en el estudio; esa noche no se marcharía a casa, deseaba pasarla en aquella cama que conservaba el recuerdo y el aroma de la chica, y del fantástico momento que había ocurrido minutos antes. Quizá fue por el ejercicio o tal vez por el estado de felicidad en el que se encontraba, pero durmió toda la noche como hacía años que no lo lograba, llegó incluso a soñar con Clara, viajando en barco por un mar en calma.

## Capítulo 32

No eran tiempos fáciles para Clara, había tenido una fuerte discusión con su marido por el día que pasó fuera y sin avisar, descuidando a sus hijas, a las que debía recoger a la salida del colegio; y seguir con su mutismo en cuanto a dar una explicación por sus actos lo empeoraba aún más. Javier tenía firmes sospechas sobre la infidelidad de su mujer, pero su amor por ella y la ciega esperanza de estar equivocado, le mantenían a su lado. Las niñas, por el contrario, eran ajenas a la situación, aunque notaban la falta de atención y de tiempo por parte de su madre, así como la tensión que se vivía en la casa.

Dos días después, a las ocho de la tarde en punto, Clara caminaba por la Avenida Menéndez Pelayo en dirección a la estación de Atocha. Antes de llegar a la plaza de la estación, giró a la izquierda para entrar en la calle de la Anunciación, desierta a esas horas de la noche. Caminaba extrañada por el lugar elegido por Alfil para quedar, mucho más lejos de lo habitual.

Al pasar del bullicio típico de su calle y del parque del Retiro a una calle tan oscura y sin un alma caminando por ella, no pudo evitar un pequeño escalofrío de miedo, aunque sentía la presencia del chico y eso le daba fuerzas, sabía que no le ocurriría nada y que seguramente ya estuviera por allí, en algún lado, esperándola. No localizaba el coche y solo había uno en doble fila, pero no era el Jaguar de Alfil, se trataba de un coche negro mate muy extraño, con un aspecto tuneado y sombrío.

La chica permanecía a la espera, alerta ante cualquier movimiento o sonido en esa apartada calle. El rugir de un motor la hizo estremecer, era el coche negro, que giró para dar la vuelta y se dirigió despacio hacia ella, llevaba las luces apagadas. Clara estaba asustada, echó mano a su bolso por si tenía que sacar el móvil para llamar a la policía en caso de que la persiguieran o atacaran, pero no hizo falta. El coche frenó a su lado y la ventanilla del conductor bajó para mostrar una cara conocida.

—Siempre puntual. No me cansaré nunca de decirte lo que me gusta eso de ti.

—¡Idiota, me has asustado! No sabía que tenías más coches, esperaba el gris.

—Este no puedo lucirlo por calles concurridas, la policía lo busca desde hace unos meses.

—¿Cómo? Será una broma, ¿verdad?

—No es ninguna broma, pero no te asustes que no he robado ningún banco. Sube y salgamos a dar una vuelta.

—¿Seguro que no robas bancos como diversión en tus ratos libres? — preguntó ella mientras se montaba en el coche.

—¡Vaya! Eso lo piensa más de uno.

Alfil salió en dirección a Atocha y luego continuó hacia el sur por la A-42, hasta atravesar la M-40 y la M-45 y luego tomar el desvío de la M-50 a la altura de Getafe, en dirección oeste. Por el camino tuvo que soportar las provocaciones de varios coches *tuning* y otros cuantos GTI que trataban de provocarle para iniciar una carrera. No hizo caso a ninguno de ellos, se limitó a conversar con la chica sin llamar la atención de la policía, por el momento.

Aceleraba de vez en cuando, durante unos instantes, para ver las reacciones de Clara y reírse del miedo que le provocaba.

—Estás loco. ¿No vas a madurar nunca?

—Hay que tener tiempo para dejar divertirse al niño que llevamos dentro.

—¿Adónde me llevas? ¿A una carrera ilegal? Me espero eso de ti y mucho más.

—Tal vez en otro momento te lleve a dar una vuelta en moto, aunque debes traer algo más práctico que ese vestido corto.

—Ya me extrañaba que no tuvieses una moto.

—No la uso tanto como imaginas, y mucho menos para participar en carreras. La tengo porque me gusta sentir la libertad que te produce dar un paseo y no tener que sufrir el tráfico de una ciudad como esta. Si has montado alguna vez en un descapotable, habrás notado la diferencia tan grande con respecto a un coche, para mí una moto es mil veces mejor. —Alfil había comenzado a hablar con una sonrisa en su cara, pero se fue apagando durante la conversación hasta que la oscuridad y la tristeza invadieron sus ojos. Clara sabía el motivo.

—Éramos niños, y lo que ocurrió no fue culpa tuya. No puedes seguir con esa carga en tu interior.

—La culpa siempre es de quien accede a la provocación. Aunque ellos se buscaron lo que les pasó, yo provoqué todo lo que nos ocurrió después a nosotros. Mi abuelo me adiestró para evitar esas situaciones, controlarlas para que no se produjeran, y fallé.

—No era el mejor momento para tener la cabeza fría, acababas de sufrir una pérdida que te había afectado demasiado, a esa edad nadie soporta tanta presión.

—Dejemos el tema, ya estamos llegando.

El Audi entró en el aparcamiento del *Karting Asupark*. El local parecía cerrado a esa hora de la noche, pero antes de apagar el motor del coche, un empleado salió por la puerta para recibirles.

—Todo el local para usted. Estaremos en la oficina por si necesitan cualquier cosa.

—Gracias, les avisaré cuando terminemos.

Alfil había alquilado el local para ellos solos durante unas horas. Lo que no sabían los empleados era que el cliente era nada más y nada menos que el conductor del coche del que hablaban muchos usuarios del *karting*, ese famoso Audi TT negro mate, sin matrículas, que corría en carreras ilegales. El chico que les había abierto entró por una puerta de servicio, pero tras un minuto salió de nuevo por ella, con cuatro empleados más, para enseñarles el coche. Clara no entendía qué pasaba.

—¿El coche es suyo?

—Eso parece.

—¿Es el coche negro que compite en...? Ya sabe...

—No te entiendo.

—En las carreras ilegales. Puede decirlo sin problemas, aquí le guardaremos el secreto, somos muy fans.

—No, siento defraudaros, es solo un TT negro mate, sin más. Este lleva matrículas, ¿veis?

Los empleados no sabían si creerlo o no, le miraron con escepticismo y luego se marcharon despacio hacia la oficina interior desde la que habían aparecido.

—¿De qué hablaban? —preguntó la Clara.

—No tengo ni idea, me habrán confundido con otra persona.

Entraron en el recinto y se colocaron los monos y botas, también cogieron un casco cada uno y Alfil comenzó a explicar a la chica cómo se conduce un *kart*.

—Es mejor que te lo explique yo, así no te tienes que tragar la película de media hora que te ponen aquí, explicándote todas las medidas de seguridad y prohibiciones.

—¿Tan difícil es de llevar? Siempre me ha parecido un juguete, como un coche de choque.

—Cuando te acostumbras es muy sencillo, pero mientras tanto es mejor tenerle respeto. Piensa que vas desprotegida y puedes alcanzar ciento veinte kilómetros por hora. En una carrera convencional hay ocho participantes y puede haber muchos roces y choques, por eso insisten tanto con las medidas de seguridad y normas para no provocar accidentes. Aquí viene mucha gente a soltar presión y adrenalina, otros piensan que son coches de choque, como tú; y otros tienen la necesidad de ganar al compañero con el que han venido. Hay mucha testosterona en estos sitios.

—¿Cómo los que te hacían luces por la M-50?

—Exacto.

La pareja comenzó con unas vueltas despacio para que Clara se adaptase a la conducción del *kart* y que se fuera aprendiendo de memoria la pista y sus curvas, luego fueron aumentando la velocidad hasta comenzar a competir por lograr ganar cada vuelta. La chica no lo hacía mal, cada vez entraba mejor en las curvas y aceleraba antes al salir de ellas, buscaba el interior y no dudaba en hacer derrapar el vehículo para sobrevirar y encarar mejor cada recta. Así estuvieron dos horas, que para ellos pasaron volando. Luego se quitaron los monos y las botas y se marcharon ante la mirada de los empleados, que habían salido al aparcamiento para examinar de cerca el Audi. Estaban convencidos, sin lugar a dudas, de que se trataba del vehículo ganador de las carreras ilegales en Madrid, aunque no quisieron agobiar con preguntas al cliente que había pagado mucho a su jefe por alquilar el local esa noche.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó Alfil cuando iban a subir al coche.

—Ha sido muy divertido, no imaginaba que conducir fuera tan emocionante. Me refiero a conducir compitiendo, claro.

—Bueno, llevar un vehículo al límite, controlar el ansia de ganar, el esfuerzo por mejorar en cada carrera... no es una afición, es un estilo de vida.

—Pues me ha encantado, pero, ¿por qué no hemos venido con el otro coche? ¿Y si nos detiene la policía?

—Eso sería digno de ver... ¿Qué te parece si conduces tú? Quiero que vayamos a ver a unos amigos.

—No, ¿este coche y por carreteras con tráfico? Imposible, me da mucho miedo.

—¿No lo entiendes aún? Hemos venido aquí para que veas cómo se conduce un coche de competición en comparación con uno de calle. Este Audi tiene mucha más potencia y mucho menos peso que un coche convencional, pero su conducción no difiere mucho de la del *kart* que has llevado antes. Confía en mí.

—Estás loco. No puedo hacerlo, me da mucho miedo.

—Venga, yo creo que estás preparada. No deja de ser un coche como cualquier otro, puedes ir todo lo despacio que te apetezca. Además, yo te iré diciendo lo que debes hacer.

La chica se montó a regañadientes en el asiento del piloto y se colocó el extraño cinturón de seguridad, que ya había llamado su atención cuando entró por primera vez, y que iba conectado por muchos puntos en el centro de su pecho. Luego siguió las indicaciones de Alfil sobre el manejo del cambio de marchas con una palanca muy larga que llegaba casi al volante, y del freno de mano, otra barra muy alargada y vertical colocada justo al lado de la palanca de cambios. Usaron el aparcamiento vacío de las instalaciones para dar unas vueltas y acostumar a Clara a los pedales y el tacto del coche, sobre todo en curvas cerradas donde practicaba el contra-volante.

—¡Dios mío! ¿Has oído cómo suena tu coche cuando se acelera? Tiene demasiada potencia y me da mucho miedo. Esto no es un *kart* en una pista vacía, no quiero que nos estrellamos por una tontería.

—No te preocupes porque este coche no puede volcar, además, iremos por la M-50 que está casi vacía a esta hora y hay muchos carriles. Será mucho más sencillo que llevar un *kart* e iremos a la velocidad que tú quieras.

Eso tranquilizó a Clara y le dio seguridad para entrar en la autopista, aunque fue ganando confianza poco a poco hasta superar los doscientos kilómetros por hora al cabo de pocos minutos.

—Madre mía, ¿vamos a doscientos? Este coche no es normal, parece que vayamos parados.

—Ahí delante tenemos una recta, písale con fuerza, a ver qué sabes hacer.

—¡Dios míooooo!

La chica pisaba a fondo y su cuerpo se prensaba contra el asiento, en un santiamén iba a trescientos por hora y veía pasar a los coches que adelantaba como si circularan en sentido contrario. Recuperó la cordura y levantó el pie del acelerador, riendo de forma nerviosa ante la subida de adrenalina y la sensación de poder que la embargaba. Comenzó a acelerar de nuevo pero con más calma y disfrutando de las sensaciones que le producía el coche. Alfil la miraba con una sonrisa.



—Debes salir en el siguiente desvío, ve frenando —dijo el chico.

—¿Adónde vamos ahora?

—Es una sorpresa.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes son aquellos? —preguntó Clara, extrañada al llegar al polígono de Leganés donde ya había docenas de coches y mucha gente vitoreando la llegada de su coche.

—Hemos llegado puntuales, aún no han empezado.

—¿Puntuales para qué? ¿Empezado?

—No hagas nada, no bajas la ventanilla ni abras la puerta. Quédate quieta y en silencio.

—Me estás dando miedo.

—No te preocupes, esta gente es inofensiva, son buenas personas, pero no quiero que me vean. No quiero que sepan quién conduce este coche.

La chica se asustó más aún cuando vio que todos se acercaban y celebraban a gritos que hubiese llegado el coche a la reunión. Un chico sudamericano con una enorme camiseta de *hockey* dio unos golpecitos en el cristal de la puerta de Clara, la chica miró a Alfil y este se inclinó sobre el cuerpo de ella para bajar dos centímetros la ventanilla. Willy se extrañó al ver quién estaba a los mandos del coche, luego sonrió a su amigo.

—¿Cómo va la noche? —preguntó el fotógrafo con una sonrisa cómplice.

—Ahora ya estoy seguro del todo de que estás loco, pero bueno. Esto dará más emoción a la carrera de hoy y más opciones a los demás para ganarte.

—¡Oye! Que aún no sabes lo bien o mal que conduce la chica como para juzgarla así. —Ella le miró aceptando el desafío, acababa de crecerse ante las palabras machistas de Willy. Aunque aún no era consciente de que participaría en una carrera ilegal con tráfico.

—Tú sabrás, son dos mil por competir esta noche.

Alfil entregó un fajo de billetes de cien por el hueco abierto de la ventanilla y, antes de subirla de nuevo, le pidió que le guardara el secreto sobre quién conducía esa noche a los demás participantes. Cuando la pareja recuperó de nuevo la intimidad en el coche, la cara de la chica cambió por completo; Alfil lo notó y trató de animarla y darle confianza.

—No te preocupes, no hay nada que temer. Llevas el coche más rápido y cuentas con que los demás te temerán y respetarán.

—¿Y si pierdo?

—Pues pierdes. Hemos venido a divertirnos, ¿no?

—Vale, eso me quita presión. —Clara respiró hondo, aliviada.

—Aparte de que este coche está invicto, es una leyenda, todo el mundo viene a verlo ganar, ya sabes. Tendré que venderlo para evitar la vergüenza y no podré volver jamás por aquí.

—¡Idiota! Paso de tu presión, voy a divertirme y a ganar.

—Eso espero, que te diviertas. Mira, ahora debes colocarte en línea con esos coches que ya están preparados allí.

Al cabo de unos segundos, que se hicieron eternos para ella mientras trataba de hacer y memorizar todos los consejos de Alfil, Willy indicó la salida y los cuatro competidores salieron disparados por la recta del polígono. Clara fue la última en reaccionar, aceleraba despacio y cambiaba de marchas mucho antes de lo adecuado, por lo que no aprovechaba todo el potencial del motor y se estaba quedando muy rezagada ante la atónita mirada de los espectadores y la alegría de sus oponentes.

—¿Recuerdas el *kart*? Debes ir siempre al límite de vueltas que te permita el coche, sube de marcha cuando vayas a siete mil revoluciones y reduce una marcha o dos cuando vayas a entrar en una curva, de lo contrario, el coche se quedará sin su potencia máxima.

—Pero no puedo mirar el cuenta revoluciones y centrarme en la carretera a la vez, menos aún a esta velocidad.

—No debes mirar nada, el coche emitirá un pitido cuando vaya a cortarse la inyección, es la señal para subir de marcha, tú solo acelera, frena o esquivas lo que tengas delante.

—Lo intentaré, dame algo de tiempo.

—Bueno, tómate el que desees, luego te tocará recuperarlo, ya casi no vemos a los rivales que debes alcanzar y adelantar.

—Bueno, ya pararán en los semáforos y les pillaré.

—Aquí no hay semáforos, no hay reglas, solo llegar el primero.

—¿Y por qué no me lo habías dicho? Vamos a darle caña.

Clara comenzó a buscar el límite del coche y recuperó bastante distancia en un tramo de M-40 con poco tráfico, pero la salida hacia la Vía Lusitana le hizo perder unos metros valiosos, Alfil tuvo que pedirle que pasara al arcén o no lograría avanzar entre los coches que allí hacían cola para ir al centro comercial Islazul. Tras la maniobra se vio ante una recta muy larga con muchos semáforos, hasta llegar a plaza Elíptica, donde debían dar la vuelta para volver por la A-42 hacia la M-40 y de regreso al polígono de Leganés.

La capacidad de aceleración y frenada del Audi fue fundamental para llegar a la plaza Elíptica a solo unos veinte metros por detrás del último de sus competidores, allí tuvo la ayuda de Alfil para hacer la cerrada horquilla

ayudándose del freno de mano. El tramo de A-42 era de más de un kilómetro, sin semáforos y con apenas tráfico, lo que hizo recuperar mucho terreno. El Audi entró tercero en la M-40 y casi a rueda del segundo corredor. Necesitaron poner al límite el coche para adelantar a ese rival y colocarse a rueda del Toyota Célica naranja que iba en cabeza. Victor sería el más difícil de adelantar.

La salida de la M-40 hacia Leganés era un giro de gran radio, ya que el pueblo se encuentra al otro lado de la ancha carretera. La chica tiró del freno de mano para tratar de emular las maniobras que le indicaba Alfil, pero aquello era una acción ni necesaria ni recomendable cuando las curvas son tan abiertas, así que perdió tracción y eso le dio algo de ventaja al Toyota.

—No hagas eso, no improvises sin avisarme. El freno de mano es para curvas cerradas y cortas, en una como esta hemos perdido distancia y ahora nos costará volver a acercarnos a él.

—Lo siento.

—No pasa nada, en el fondo ha sido divertido. —El chico no pudo evitar reírse y ella se contagió. Iban a casi doscientos por hora riendo a carcajadas en mitad de una curva.

—Ahora recuperaremos distancia hasta la entrada del polígono, allí debemos entrar por el exterior, él no se lo esperará y cubrirá el interior de la curva.

—¿Cómo sabes lo que hará?

—Porque yo siempre entro en la curva por el interior y él lo sabe, así que tratará de cerrarme la trazada.

—No sé si podré hacerlo, tomar una curva con el freno de mano empieza a dárseme bien, pero adelantando al mismo tiempo y con los coches pegados me da miedo, no quiero que nos choquemos.

—Hagamos una cosa, tú céntrate en el volante y no dejes de presionar el pedal del acelerador para mantener la velocidad, yo me encargaré del freno de mano y te corregiré el volante si veo que te acercas demasiado al otro coche.

—Ok, socio.

—Recuerda que cuando enfiles la recta de meta debes acelerar a tope y subir de marcha.

El Toyota de Victor tapaba el interior de la curva mientras oía el rugido del motor de Alfil a su izquierda. Iba a vencerle por primera vez. Entrando por el exterior, su amigo no tendría suficiente tiempo en una recta tan corta como para adelantarlo, y por si eso no fuese suficiente, llevaba una sorpresa que acababan de instalarle, una bombona de óxido nitroso que igualaría las

potencias de los motores en la recta final. Aunque destrozase el motor en aquella recta, valdría la pena si lograba con ello arrebatarse el trono a su amigo.

La maniobra ejecutada entre Clara y Alfil salió perfecta, afrontaban en esos momentos la recta de cuatrocientos metros con tan solo medio coche de desventaja. La chica aceleró y cambió de marcha justo al oír el pitido electrónico, el Audi empezaba a ponerse en cabeza cuando el Toyota dio un tirón brusco en su aceleración. Alfil lo vio por su ventanilla y agarró con fuerza la rodilla derecha de Clara apretándola hacia abajo de un golpe seco que la hizo gruñir de dolor.

En los años que llevaban haciéndose concentraciones por aquella zona, nunca habían visto una llegada más apretada. Al contrario que en las carreras anteriores, esa noche no hubo vítores y música a todo volumen para el vencedor, habían quedado sin palabras al ver llegar casi al mismo tiempo a los dos coches. Por desgracia para Victor, y pese al último aumento de prestaciones de su coche, había entrado unos centímetros por detrás del Audi de su amigo.

Los cuatro coches habían cruzado la meta, dieron la vuelta tras frenar y volvieron a la concentración. Allí comenzaban a celebrar y comentar lo emocionante que había sido la carrera gracias a la mala salida del Audi. Willy se acercó a la ventanilla de Clara.

—Madre mía, los tienes cuadrados, chica. Con esa salida que has hecho, nadie habría apostado un euro por tu victoria. Pero qué final habéis tenido, ¡de infarto! —Y entregó un fajo de billetes a la chica por el hueco del cristal antes de marcharse.

—Alfil agarró una parte del fajo y se la devolvió a Willy por su trabajo de organizador. Clara observaba aún a su alrededor con la respiración entrecortada.

—¿Hemos ganado todo esto? —Miraba el dinero que Alfil había puesto sobre su regazo.

—No, lo has ganado tú, eres el piloto ganador.

—Pero una persona normal debe trabajar varios meses para ganar esto.

—Pues tú lo has hecho en cuarenta minutos. Aunque creo que la adrenalina ha sido mejor que el dinero.

—¡Sin duda! ¡Qué pasada! ¿Podemos venir todos los días?

—Relájate, anda, que te veo muy acelerada.

—Jo, entre lo que gana una modelo en una mañana y un piloto por divertirse por las noches, creo que la gente que estudia una carrera no tiene ni idea de dónde está el dinero.

—Ja, ja, ja. Me alegra estar descubriéndote tantos mundos desconocidos para ti, pero recuerda que los demás han perdido.

Y hablando de perdedores, Victor también se acercaba a la ventanilla, dio unos golpecitos en el cristal y Clara miró a Alfil sin saber qué hacer.

—Abre, es de confianza.

—¡Tío, me has ganado por un pelo de culo! Ya pensaba que habías gripado el motor cuando no te vi por los retrovisores tras la salida. Espera. ¿Quién eres tú?

—¿Qué pasa contigo, manta? —le preguntó Clara bromeando. Alfil se partía de risa mirando la cara que había puesto Victor al encontrarse ante la chica.

—¿Me ha llamado manta? —dijo con sorpresa, mirando a su amigo en el asiento del copiloto.

—Te ha ganado una chica, qué vergüenza, y una chica que ha aprendido a llevar el coche hoy mismo durante la carrera. Ya puedes suicidarte. —Alfil sabía pinchar donde más le dolía a Victor.

—Qué cabrón, no me jodas. ¿Te has traído a la parienta a la carrera? Eres un jodido calzonazos. ¿Y dejas que lleve tu coche cuando a mí no me has dejado nunca? Menuda mierda de amigo estás hecho. ¿Me tendré que operar y poner un chocho para que me lo dejes llevar o te vale con unos pechitos bien monos?

—Ja, ja, ja, no seas bestia. Y no creas que se me olvidará fácilmente que te ha ganado una chica. Te lo recordaré durante años.

Clara miraba a Victor con una media sonrisa de triunfo, luego le guiñó un ojo.

—Idos a la mierda. Los dos. Y bajad la voz, joder, que se va a enterar todo el mundo.

La pareja se despidió de Victor y se marcharon a casa. Había sido una experiencia excitante que Clara no olvidaría. Alfil la veía integrada en su mundo y se alegraba de haberla llevado consigo a sus escapadas.

## Capítulo 33

Clara tuvo otra fuerte discusión con su marido al llegar a casa. Sus salidas constantes y el hermetismo ante lo que hacía y con quién, les había llevado a vivir juntos pero dormir separados, así llevaban ya tres semanas. Se habían convertido en desconocidos que trataban de fingir, cada vez con menos ganas, cariño mutuo ante sus hijas. Javier seguía enamorado y pendía de un clavo ardiendo, luchando por no soltarlo y caer al vacío; todo fuera por esperar a que su esposa cambiase de idea. Ella naufragaba en un mar de dudas y, aunque sentía un amor igual de fuerte por Alfil que cuando era una niña, cuando estuvo dispuesta a morir antes que no volver a verle más, no dejaba de sentir el cariño y amor que recibía de su marido, mientras él soportaba una tortura injusta por su parte. La relación entre ellos había ido de maravilla en los siete años que llevaban casados y uno más de noviazgo. Se habían querido, respetado, cuidado y apoyado. Él logró que ella confiase de nuevo en el amor y en la felicidad de una pareja. Ahora todo se había ido por el retrete, y sin explicaciones. Javier tampoco conocía la historia de Clara con Alfil, ni siquiera había insistido en preguntar, cuando comenzaron el noviazgo, por los cortes de las muñecas al ver que ella se mostraba triste y reacia a hablar de ese tema. Tan solo le quedaba la espera, esperar a un poco probable milagro que le llevase a recuperar a su ser querido o esperar al golpe final que acabase con su matrimonio y su familia. Clara, por su parte, se sentía muy culpable por la destrucción de algo tan importante en su vida, pero no podía evitar sentir esa atracción hacia Alfil. Tenía miedo por el futuro de sus hijas y por el daño que infringiría a su marido, al que no deseaba el horror que vivió ella misma cuando fue apartada de su amor.

No había un rincón en toda su casa donde se sintiese cómoda, las paredes la agobiaban y necesitaba respirar, caminar por la calle para aclarar sus pensamientos. Esperaba soluciones que llegasen solas, o quizá atraídas por sus deseos, aunque no confiaba en que eso sucediese. Se detuvo frente al

kiosco de prensa habitual de su calle. Una imagen había frenado en seco su paseo y su mente, una portada de revista que le resultó muy familiar, tanto como la imagen que llevaba varios días monopolizando su salón. Compró cuatro ejemplares y volvió corriendo a casa. Ya en su terraza, se sentó en un sillón y abrió con ímpetu uno de los ejemplares. Era la revista *Chloë*, la que llevaba leyendo desde que era una adolescente y siguiendo sus consejos de moda y belleza. Ese mes protagonizaba la portada y se sentía como una diosa. Alfil había logrado que lo hiciese, aún no creía que esa chica sobre el diván rojo fuera ella.

En la página de créditos aparecían los nombres de los que habían realizado y colaborado con la revista, allí podía leerse: Modelo de portada: Clara Calderón.

¡No era posible! Estaba sorprendida, se reía descontrolada como una niña pequeña mirando la foto sin parar. Cuando reaccionó por fin, buscó su móvil y llamó a Alfil para pedirle explicaciones.

—Estás loco, no me puedo creer que la foto sea portada, y de la revista *Chloë* nada menos.

—Bueno, la foto es muy buena. Vale como portada, ¿no te parece?

—Seguro que las había mejores.

—Sería difícil encontrar una mejor.

—Con ese vestido, el maquillaje, el peinado y todo lo demás que se añade luego, cualquier chica hubiera salido igual o mejor.

—No te subestimes o perderás todo tu atractivo.

—Bueno, lo dejamos ahí. Por cierto, llevo unos días sin verte. ¿Sigues liado?

—La verdad es que no he tenido tiempo para casi nada, estamos con las planificaciones de las editoriales nuevas. Y lo de Vogue París tiene que salir perfecto, así que requiere mucho lío. No te cuento lo que nos llevará desarrollar las campañas de Dior y del resto de clientes. Casi no salgo del estudio, así que te recuerdo cada noche en aquel sofá a solas.

—Puedo ir a verte allí si lo deseas.

—Ni imaginas cuánto me apetece, pero las distracciones pueden costarme muy caro. No te preocupes que te compensaré, ya tengo pensado una sorpresa para ti cuando todo esto pase.

—Estás aquí —dijo sorprendido su marido al llegar a casa.

—Claro, ¿dónde iba a estar? —respondió ella.

—Por favor, no me hagas hablar. Llevas semanas como un *zombie* por la casa, y la mitad de los días no estás o desapareces por la noche. ¿Estoy mintiendo?

—No, no mientes. Ya te dije que lo hablaría contigo, pero tienes que darme algo más de tiempo.

—Joder Clara, hace casi un mes, como mínimo, que tienes una aventura. No estoy preguntando, lo estoy afirmando, porque aunque no me lo digas, es más que evidente. No te he pedido que te vayas de casa porque las niñas sufrirían mucho y no quiero empezar contigo una guerra por su custodia, que en este puto país se la dan siempre a la madre —Javier hizo una pausa, se mostraba afligido a la vez que enfadado—. Aparte de eso, te quiero, sigo queriéndote como el primer día que te vi, y aunque me estés siendo infiel, no he dejado de quererte. Debo de ser el mayor imbécil del mundo, pero quiero volver a tenerte conmigo, te ruego que me digas cómo puedo cambiar o mejorar para que no necesites lo que sea que te da el hombre con el que estás, y que no te he podido dar yo.

—No merezco todo el amor que me ofreces, ni el que me has dado estos años, y mucho menos que me ofrezcas esta oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva. A ti te debo lo más valioso que tengo, que son las niñas, y por eso te pido perdón por todo el daño que te he hecho estas semanas. No sé qué hacer, en serio, estoy aturdida por los acontecimientos. Sé que soy una egoísta y lo entiendo. Solo espero que llegues a perdonarme algún día.

Clara se marchó a la terraza de la vivienda y se sentó en una silla, seguía llorando. Su marido no fue tras ella, consideraba que quería estar sola y lo respetó.

«¿Pero qué me está pasando?», pensaba la chica. Para Clara era evidente que necesitaba estar con Alfil, tenerlo a su lado de nuevo era una utopía que se había hecho realidad como por arte de magia, pero ahora todo lo hermoso se había convertido en dudas. Había tenido a Javier a su lado desde que le conoció, una época gris en la que pensaba que nunca volvería a ser feliz. Su marido siempre la había querido y la seguía queriendo a pesar de saber que le estaba siendo infiel. Qué cruel estaba siendo el destino con ella, porque todas esas dudas no surgían de ella misma ni de su marido, sino del propio Alfil. El problema con el fotógrafo nacía del triángulo amoroso que componía este con Clara y con su trabajo, que era su verdadero amor, o al menos el más fuerte; y no podía pedirle que lo apartase o que lo descuidase, eso sería egoísta por su



parte. Además, él nunca lo haría, Clara nunca podría ganar si el chico tuviese que decidir entre ella y su carrera; tal vez una década antes..., pero muchas cosas habían pasado desde entonces, ya no eran los mismos, aunque ambos se empeñasen en no verlo.

Clara no dudaba de que Alfil quisiera estar con ella, pero una familia acarrea responsabilidades, una dedicación que Alfil no parecía estar dispuesto a tener. Nunca hablaba de las niñas, de lo necesario para acogerlas junto a él y dedicarles el tiempo y espacio que necesitaban y merecían. Aún no había visto el compromiso suficiente por parte del fotógrafo, ni siquiera había querido o pedido conocerlas en el mes que llevaban viéndose.

El día de mañana, su vida podría ser la de un ama de casa aburrida que espera durante semanas, sumergida en botellas de vino caro, el regreso de su marido al hogar, y para oír anécdotas ocurridas en los lugares del mundo en los que hubiera realizado fotos para esta o aquella gran revista, ganando mucho dinero pero sin entregar el cariño necesario a sus seres queridos. Sería una tortura para ella y para sus hijas, no es compensable un mes o varias semanas al año de vacaciones en un hotel o barco de lujo. Clara y las niñas necesitarían una persona a la que ver, a la que querer y de la que recibir cariño. No otro padre adoptivo que no verían casi nunca.

Con Javier funcionaba la relación de maravilla, pero con Alfil podría irse todo por el desagüe si el fotógrafo se cansaba de la situación, o no consiguiese adaptarse. El chico tenía su vida bien planificada ahora, sin personas a su alrededor; tener tres familiares de golpe a los que dedicar tiempo podría ser el detonante de una ruptura.

Clara no lograba aclarar sus ideas, el amor que sentía por su amante o el cariño de su familia. Dejarlo todo y arriesgar por Alfil o quedarse con quienes tenía una estabilidad...

### 3

El timbre de la puerta del estudio de Alfil sonaba por tercera vez cuando uno de sus ayudantes fue a abrir y gritó tras abrir:

—¡Jefe, es tu esposa!

Al fotógrafo no le hizo gracia porque no le gustaban las bromas durante el trabajo y menos aún las distracciones, y la chica había ido a verle a pesar de

pedirle que no lo hiciera. A Clara tampoco le había gustado la broma, lo consideraba una falta de respeto hacia su marido.

—¿Qué haces aquí? Pasa —le pidió Alfil, algo más serio de lo habitual, tras levantarse de su sillón para ir a recibirla en la puerta—. ¡Chicos, hacemos un descanso de cinco minutos!

—Necesitaba verte —le susurró.

—¿Ha pasado algo? Ven por aquí. —Alfil la condujo a la sala de espera, donde no había clientes ese día.

—Estoy hecha un lío. Me cuesta verte por tu trabajo, así que estoy interminables horas en casa, sola en el mejor de los casos. Me estoy volviendo loca con tu ausencia.

—Lo siento. Si te agobias, puedes venir a casa y quedarte. Y cuando esté en el estudio, puedes venir igualmente.

—Ya lo sé, pero mis hijas... forman parte de mí. Me siento culpable por ellas, quisiera tener tan claro su futuro contigo como tengo el mío, pero nunca hablamos de ello y me asusto. Con mi marido está todo muerto, somos dos extraños que se evitan por la casa, eso cuando no viene a decirme que me quiere a pesar del daño que le estoy haciendo. No sé qué hacer con mi vida. Se trata de eso.

—Bueno, ya te digo que esto es temporal, en este oficio hay dos épocas al año de mucho trabajo: primavera y otoño. Luego tenemos mucho tiempo libre, pensaba en un viaje de un mes por el mundo, los dos a solas.

—Suenan increíbles, pero piensa que no puedo desaparecer y no ver a mis hijas un mes entero; además, no puedo estar meses sin verte para luego estar contigo a diario, eso es muy desequilibrante para una persona acostumbrada a una vida convencional.

—Uf, creo que esto sería mejor hablarlo en otro momento y con más calma, no creo que consigamos nada hoy.

—Lo sé y siento haberte molestado. Tu equipo te espera y te estoy entreteniéndolo, aparte de distraerte con mis cosas.

La chica agachó la cabeza, se sentía fuera de lugar, pensaba que no debió ir a verle. Se levantaba para marcharse cuando él agarró su mano y se lo impidió.

—Tus cosas son mías también, no lo dudes. Quiero hablar de esto, de nosotros y de las niñas, aunque creo que mejor lo vemos en un par de días, cuando pueda reunirme sin prisas contigo en una cafetería o en mi casa. Ahora es complicado para mi trabajo, y creo que tú no estás en el mejor momento. No se pueden tomar decisiones importantes en ese estado tan

alterado, debemos calmarnos. ¿Te parece? Y con respecto a tus hijas, por supuesto que podrían venir con nosotros a donde tú desees, no las había incluido en mi propuesta por falta de costumbre, porque aún no las conozco. Espero que lo entiendas.

—Claro, será mejor que me marche. —Clara seguía con la tristeza y el apuro de quien se siente desplazado.

—No, no quiero que te vayas así.

—Pero quieres que me vaya, es lo mismo.

—No lo entiendes. La vida y trabajo de estas y muchas más personas dependen de estas sesiones, aparte de toda mi vida y esfuerzos. Acabamos de dar un salto sustancial de calidad, algo que llevaba mucho tiempo esperando y que nadie ha logrado siendo tan joven. No puedo parar ahora, necesito terminar y llegar al final de algo por primera vez en mi vida.

—Lo sé, y te lo mereces. Llegarás a ser el más grande, ya lo verás.

—Gracias por comprenderlo. Te quiero mi niña —le dijo Alfil, luego la besó en la frente. Ella cerró los ojos y se dejó llevar como siempre que estaba a su lado—. No he dejado de amarte desde que te giraste en el coche de tu padre para mirarme con esa cara de enfadada con la que arrugas el bigote. ¿Recuerdas quién fue a hacerte fotos unos días después y te salvó de aquellos dos gamberros?

—Fuiste tú. —La chica se reía medio avergonzada.

—Te amo, flaca. —Alfil la besó.

Ella se marchó de vuelta a su casa, caminando por la Gran Vía de forma ausente. Amaba a Alfil con toda su alma, pero dentro de ella había algo que la alertaba: la gran pasión de Alfil sería siempre su trabajo. Aquella visita, aquella conversación... había forjado dentro de su mente la convicción de que podría estar cometiendo el peor error de su vida.

## Capítulo 34

Barcelona, 2003

—Ayer volviste a llegar tarde. Se acumulan los días que no tenemos sesión de formación en casa. —El abuelo de Alfil estaba decepcionado con su pupilo. Hablaban en el pequeño despacho del anciano tras la cena.

—Tengo cuatro sesiones semanales de formación contigo y cinco días de clase en la facultad, aparte de tres sesiones de boxeo, pero solo dos días a la semana para ver a Clara. No voy a sacrificar más tiempo con ella por mi formación, lo siento pero necesito desconectar y disfrutar. No pienso restar tiempo a ella por aumentar las partidas de ajedrez o las charlas sobre acuerdos empresariales.

—¿Y no puedes esperar a verla cuando te hayas formado? Cada minuto es esencial, no puedes permitirte desperdiciarlo en algo que puedes hacer más adelante.

—¿Mas adelante? ¿Como cuándo? ¿Dentro de cinco años? ¿De diez? Nunca será bastante, eso lo sabes igual que yo. Soy un chico de dieciocho años y eso debes entenderlo. Mis compañeros de facultad son críos, soy un anciano a su lado, y todo por la formación que llevo recibiendo de forma estricta desde hace más de diez años. Incluso soy más adulto y estoy más preparado que la mayoría de mis profesores.

—¿Y eso es suficiente? ¿Te hace eso estar ya preparado para dirigir un *holding* que factura anualmente más de doscientos millones de euros?

—No he perdido un debate desde hace siglos, ni siquiera con personas mucho más mayores. Puedo convencer a cualquiera de casi cualquier cosa. Físicamente podría tumbar en el *ring* a mis profesores, si no lo hago es porque no tengo nada que demostrar a nadie, eso me lo has enseñado tú. Puedo hablar en nueve idiomas con la misma fluidez que lo hago en castellano. Puedo llevar la dirección de las empresas a nivel estratégico, de inversiones, conseguir fusiones y absorciones. No sé qué más quieres.

—Mucho más —dijo con rabia, y golpeó con el puño la mesa de su escritorio—, aún queda mucho más, eso es lo que quiero. Sobre todo quitarte distracciones de tu mente.

—¿Y para qué? Nunca estarás conforme con lo que has logrado de mí, nunca será suficiente. Mientras vivas no permitirás que tenga una relación, eso lo sabemos los dos. A veces pienso que me adiestras para nada, solo para sentirte útil porque consideras que mi padre murió por no estar suficientemente formado. Pero eso es absurdo, murió en un accidente de vuelo. ¡Por el amor de Dios, es absurdo que te culpes!

Su abuelo apuró el vaso de *bourbon* y lo dejó sobre la mesa. Se levantó con algo de esfuerzo y se acercó a la chimenea con un pesar que Alfil nunca había visto en él, era como si físicamente hubiese envejecido veinte años en un instante. Sobre el hogar de la chimenea descansaba un retrato de los padres del chico, el abuelo lo sostuvo entre sus manos temblorosas durante unos segundos. Luego miró con furia a su nieto. ¿Era furia, odio o pesar? Alfil no lo pudo definir bien, aunque no le importó después de oír lo que dijo a continuación.

—Tus padres no murieron como te han contado, no murieron como lo contó la prensa.

El chico sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo, tuvo que sentarse en una silla cercana al sentir que sus piernas no lograban sostenerle con facilidad. ¿Era un invento de su abuelo? ¿Una mentira lanzada a la desesperada para captar la atención y el tiempo de su nieto? Alfil no creía que fuera capaz de usar la memoria de su difunto hijo a su favor contra su nieto. Pero no había duda de que sus palabras habían provocado un efecto demoledor en el chico; los olores, colores y sonidos tornaron en el eco lejano de un mundo más denso y donde el aire tardaba mucho más en llegar a los pulmones.

—Tu padre quería mucho a tu madre. La quería demasiado...

—¿Qué dices? ¿Qué tiene que ver eso con su muerte?

—Escucha. Tu padre dedicaba mucho tiempo a la empresa, gracias a eso la hizo crecer en tiempo récord. Cuanto más se esforzaba, conseguía mayores resultados, y eso le obligaba a seguir dedicando más tiempo; tiempo que no tenía para tu madre y para ti. Lo que hizo que ella acabara teniendo un amante.

—¿Pero qué dices? ¿Cómo puedes...? ¿Cómo te atreves? ¿Inventas todo esto para ganar la conversación? ¿Así de ruin y miserable eres, o lo haces para hacerme entender que tendré que tratar con personas tan mezquinas que dirán

lo que haga falta, aunque sea hiriente, con tal de vencerme en una negociación?

—Por desgracia, no es así. Te estoy contando la verdad y no he terminado aún, así que cálmate. Tu padre luchó durante meses por recuperar a tu madre, pero no conseguía desvincularse de la empresa, no tenía a nadie que se hiciese cargo de la dirección, nadie en quien delegar responsabilidades con garantías que le proporcionaran el tiempo que necesitaba para reconquistarla, el tiempo que ella demandaba para ser un padre y marido dedicado a su familia. Ella se cansó de esperar y decidió dejarlo definitivamente, aunque, por ti, acabó dándole una última oportunidad en aquel viaje a Estados Unidos. No irían en un vuelo comercial, tomarían el avión privado que siempre pilotaba tu padre.

—Entonces fue cuando se estrellaron.

—Calma, aún falta parte de la historia. Durante el viaje surgieron complicaciones en la empresa y tu padre tuvo que atenderlas, así que esos cinco días dejó a tu madre prácticamente sola. Eso hizo que ella se decidiera definitivamente a abandonarle y le pidió el divorcio, tenía decidido pedir tu custodia y apartarte de tu padre. Todo ello se lo comunicó a solas durante el viaje de vuelta.

—¿Y qué tiene que ver eso con el accidente?

—Todo, eso lo es todo. Ya que no hubo accidente.

—¿Cómo dices?

—Tus padres discutieron durante ese último trayecto. Estaba todo decidido pero tu padre no lo asimilaba. Cuando les quedaba media hora para llegar a Barcelona, tu padre dejó un mensaje por radio para despedirse y decidió estrellar el avión antes de aterrizar.

—¿Pero qué me dices? Eso es imposible, se hubiese sabido. ¿Cómo puedes ser tan vil? —Alfil estaba loco, con un gesto desencajado en su rostro. Pero no podía hacer nada por su abuelo, que se había convertido en una sombra de sí mismo, en un espectro viviente que, de algún extraño modo, permanecía en pie frente a la chimenea.

—Usé toda mi influencia y mucho dinero para hacer eliminar el mensaje de radio y rescatar la caja negra del avión, y así modificar la versión para la policía y la prensa. No quería que tú supieras lo que había ocurrido. Al menos hasta que fueras lo suficientemente mayor como para asimilarlo. De ese modo protegimos su memoria y la tuya.

—¿La suya y la mía... o la tuya? —A pesar de las lágrimas en sus ojos, lo que más destacaba en Alfil era su mirada de odio.

—¿Cómo has dicho?

—A ti te importa una mierda la imagen de los demás, incluso la mía. Solo te importas tú. Nunca has pedido la opinión de nadie, haces y deshaces a tu antojo sin importarte nadie más que tú. Seguro que solo pensabas en que la empresa no perdiera valor si se sabía que el presidente se había suicidado matando a su mujer.

—¿Cómo te atreves?

—¿Qué cómo me atrevo? Precisamente soy el que más derecho tiene a recriminártelo. Has hecho de mi vida un infierno de cruel formación para convertirme en lo que siempre quisiste ser tú, sin importarte una mierda si era lo que yo deseaba. ¿Por eso no quieres que esté con chicas? ¿Para que no me pueda pasar lo que le pasó a mi padre?

—Yo solo quiero protegerte. Si tu padre no hubiera estado enamorado de tu madre, ahora seguiría vivo.

—Si no hubiesen estado enamorados, yo no habría nacido.

—Vivo para protegerte.

—¿Y quién te ha pedido que me protejas? ¡No volverás a verme en la vida!

Alfil salió por la puerta y se marchó en su moto. Luego lamentó no haberse despedido de su abuela.

## 2

Un precioso, enorme y luminoso ático en el barrio de Sarriá fue el elegido por Alfil para trasladarse a vivir. Aunque no recibiría el segundo pago de su herencia hasta los veinticinco años (y el siguiente y último a los treinta), tenía dinero suficiente para comprar una vivienda, amueblarla y vivir cómodamente durante esos años.

Separarse de sus abuelos había supuesto un duro golpe, pero sobre todo por su abuela y por la información sobre la naturaleza de la muerte de sus padres que le había sentado como un disparo a sangre fría. Ya estudiaría la forma de ver a su abuela de vez en cuando y de estar en contacto diario con ella, pero dudaba que pudiese olvidar el engaño al que su mentor le había sometido durante casi toda su vida.

No deseaba estar solo, así que para paliar su malestar y tratar de apartar pensamientos negativos de su cabeza, había invitado a Jaume y a las chicas a

una merienda con la excusa de inaugurar su nuevo hogar. Su compañero de facultad le ayudaba a colocar un mueble cuando sonó el telefonillo, Clara y Merce llegaban puntuales.

—¡Qué chulo, cuánta luz! —exclamó Clara al entrar por la puerta principal, que daba directamente a un gran salón con ventanales que lo separaban de la terraza, en la que el chico había colocado césped y muebles de jardín. Había enormes portadas de películas clásicas enmarcadas en las paredes, una gran televisión flanqueada por altavoces de metro y medio de alto y un blanco sofá de piel con líneas cuadradas, todo inmerso en un espacio de paredes, techos y suelos blancos. Daba la sensación de que el chico había buscado desesperadamente la luz tras haber vivido entre tinieblas.

—Pasad por favor. —Alfil hacía de anfitrión, enseñando las estancias de la casa y terminando en el jardín exterior, donde había colocado un pequeño *catering*. Clara se distanció de Jaume y Merce para llevar a su chico a la cocina.

—¿Cómo llevas lo de tu abuelo?

—No hay nada nuevo que contar y prefiero que siga todo así.

—Tu abuelo vive y ha vivido por y para ti, no puedes desaparecer sin más, lo estará pasando fatal. Le has quitado el motivo de su existencia.

—Quizás mi abuela esté mal, pero él solo se preocupa de sí mismo. No deberías pensar en ello, te aseguro que él sabe todo lo que hago y cada paso que doy. Tiene toda una red de detectives investigándome.

—No quiero meterme donde no me llaman, pero si me enfadara con mis padres y me marchara de casa, me gustaría mantener algo de contacto para que supieran que estoy bien. Ya sabes, me refiero a contacto directo, aunque sea una llamada cada noche.

—Olvídalo y disfruta del rato que estemos aquí. Vamos con estos dos a la terraza antes de que hagan alguna tontería y tenga a mis vecinos llamando a la puerta.

Jaume agitaba una botella de cava con fuerza, haciendo que toda la terraza quedase salpicada, los demás reían y disfrutaban del momento.

### 3



El teléfono móvil de Alfil sonaba con insistencia en mitad de la noche. El chico se levantó, aún medio dormido, para buscarlo y apagarlo. Aunque acabó por descolgar al ver que se trataba de su abuela. Algo grave debía pasar para que llamase a las cuatro de la madrugada; fuese lo que fuese, nunca rechazaría una llamada suya.

—¿Qué pasa yaya? ¿Ha ocurrido algo? —preguntó mientras se sentaba en el sofá del salón, donde había localizado el teléfono.

—Es tu abuelo, está muy mal. Ha salido hace rato para el hospital en una ambulancia. Lo suyo se ha agravado.

—¿Cómo agravado? ¿El qué? ¿Qué es eso de lo suyo?

—Su cáncer de páncreas. Estaba mal pero aguantaba, hasta esta noche que le ha dado un ataque y se ha desmayado.

—¿Cómo que cáncer? Abuela, no sabía que el abuelo tenía cáncer.

—Lo siento, mi niño. Tu abuelo no quería que lo supieras. Se lo descubrieron hace ocho meses y ya en un estado muy avanzado.

—¡Joder con el abuelo y sus secretos!

—¿Cómo dices?

—Nada. Dime a qué hospital le han llevado y voy para allá.

Alfil, saltando semáforos y señales de *stop* con la moto, tardó unos pocos minutos en llegar al aparcamiento del Hospital Universitario Vall d'Hebron. Aparcó y se dirigió hacia la U.C.I., donde un celador le paró en seco, el chico dio el nombre de su abuelo y luego siguió las indicaciones que le llevaron a una sala de espera. Allí encontró a su abuela, sentada en una hilera de sillas de plástico y con máquinas de café, refrescos y otros *snacks* a su espalda. El lugar era deprimente y claustrofóbico a pesar de sus grandes dimensiones, quizá por el color verde claro de las paredes y la luz de los neones del techo, o por el olor a alcohol y medicamentos, o por el continuo y ahogado murmullo de los que allí esperaban recibir noticias de sus familiares o amigos. El chico se sintió de repente en lugar hermético y tenebroso, donde el sonido llegaba como a través de un largo túnel.

—Llegaste por fin, cariño —le dijo la anciana.

—Sí. ¿Cómo está el abuelo? ¿Qué ha pasado?

—No sé nada, hace rato que le metieron en el quirófano. En casa llevaba dos días triste, desde que te fuiste, y encerrado en su biblioteca sin comer y a base de beber alcohol. Hace unas horas le encontró el mayordomo inconsciente en el suelo. Luego le trajeron aquí en el helicóptero de la casa.

—¿Cuándo fue eso?

—Justo antes de llamarte por teléfono.

—¿Tanto tiempo? Debe de ser algo grave para que tarden tanto. ¿Y no ha salido nadie a decirte lo que pasa o lo que están haciéndole?

—Nadie.

Alfil se puso en pie y abandonó la sala para llamar por el móvil al abogado de la familia. Le pidió que fuese a hacer compañía a su abuela, luego llamó al mayordomo de la casa para que se preparase la habitación de su abuelo en cuanto a enfermeros, médicos y aparatos necesarios para cuidarle allí. Colgó el teléfono y fue a buscar a una enfermera para pedir algo de información, pero todas estaban saturadas de trabajo y no pudieron ayudarle.

Estar allí sin poder hacer nada era una tortura, sobre todo viendo a su pobre abuela encogida sobre aquella incómoda silla, como si se consumiera lentamente, apagándose su débil luz. Los minutos pasaban como horas y la paciencia hacía siglos que le había abandonado. Cuando llegase el abogado, le pediría que gestionase el traslado a un hospital especializado en cáncer con la máxima urgencia, y que tuviesen preparado un helicóptero médico en la azotea del hospital para el viaje. Pero si no fuese tan grave, que le trasladasen a casa, donde todo estaba arreglándose para recibirle.

Había pasado hora y media y tanto el mayordomo como el abogado estaban con Alfil y su abuela. Por fin tuvieron noticias de un médico, que apareció en la sala diciendo en voz alta el nombre de su abuelo. El chico corrió hacia él con nerviosismo.

—Lo siento mucho pero entró en un estado muy avanzado de metástasis y con varias hemorragias. No tenía conocimiento y no ha podido salvarse con la operación. No hemos podido reanimarle. Lamento darles esta noticia.

—¿Pero qué dice? Mi abuelo es una roca, no puede irse así, sin pelear.

—Me temo, por el avanzado estado del cáncer, que su abuelo llevaba mucho tiempo peleando. Es difícil ver a alguien vivo con esa edad y lo consumido que estaba por dentro. Sin duda que debía ser una roca.

Alfil no se sostenía en pie y tuvo que sentarse en la silla más cercana, enfrente seguía sentada su abuela, que le miraba con lágrimas en los ojos. Ella lo esperaba, sabía que su marido no saldría bien parado de esa lucha, pero ni siquiera en ese momento perdió el gesto de bondad que caracterizaba sus facciones. La sala de espera se alargó ante Alfil, la distancia hacia su abuela fue creciendo muy rápidamente hasta provocarle un fuerte mareo. No se había preparado para algo así. A pesar de haber perdido a sus padres, esta nueva situación pudo con él. Después de una década de férrea formación, no conseguía evitar el temblor de sus piernas ni pronunciar palabra alguna.

Sentía tener cinco años de nuevo y volvía a ver al mayordomo dar la mala noticia aquella fatídica fiesta de cumpleaños.

Su abuela se levantó muy despacio y fue hacía él para abrazarle.

—No llores mi pequeño Alfil, él no querría vernos tristes.

—No he podido despedirme de él, la última vez que hablamos fue para pelearnos; y le dije cosas horribles.

—Lo sé, pero él no te guardaba ningún rencor, sabía que tenía la culpa por haberte mentado todos estos años. Yo también lo hice y me arrepiento, me arrepiento mucho, mi niño. —Su abuela rompió a llorar y él la abrazó para sostenerla en pie.

—Me hubiera gustado despedirme y decirle que le perdono.

—Eso ya no tiene importancia. Y no hace falta pedir o esperar el perdón entre personas que se quieren.

## Capítulo 35

Después de diez años sintiendo escalofríos ante aquella pequeña porción de terreno en el cementerio, Alfil pasó un soporífero calor ante uno de los momentos más duros que recordaría durante su vida. El traje negro le hacía sudar a mares esa mañana de verano, quizá porque iba puesto sobre otro traje, uno más pesado y confeccionado por gruesos remordimientos y culpabilidad. Su abuela se sentaba a su derecha y Clara y sus padres a la izquierda, el resto era personal del servicio de la casa, abogados de la empresa, exsocios de su abuelo y unas docenas más de completos desconocidos, entre los que había algo de prensa.

El sacerdote leía un pasaje de la Biblia mientras Alfil sujetaba una cadavérica y trémula mano entre las suyas. Su abuela estaba fría, como lo estaba él mismo cada vez que visitaba a sus padres. Acarició su mano para reconfortarla, sintiendo la suavidad de su piel. Esa mano simbolizaba todo lo que le quedaba en el mundo, exceptuando a Clara. La chica apoyaba al muchacho en un momento tan duro, sabía que aquel lugar y las tumbas de sus padres le afectaban, así que todo lo que le había venido encima sería devastador para él. Había conocido a la anciana hacía solo unas horas y le impactó su gesto demacrado, aunque esta le dedicó una leve sonrisa, pero no pudo hablar, casi no había hablado desde aquella noche en el hospital.

Alfil no tenía pensado volver al ático de Sarriá, sabía que su abuela le necesitaba más que nunca y quería ocuparse de su cuidado. No sabía cuánto tiempo les quedaba para estar juntos, por su aspecto nadie diría que fuera a ser mucho. La mano derecha de Clara se sumó al cofre compuesto por las del chico y su abuela. Alfil se sintió reconfortado y sonrió, era la primera vez que lo hacía en dos días.

El sacerdote había terminado un sermón que se había perdido como un susurro lejano en la mente de Alfil. El chico se sobresaltó cuando el motor que sujetaba las cuerdas del féretro comenzó a girar despacio y el féretro fue

desapareciendo ante sus ojos. Todos se pusieron de pie menos él y su abuela, que permanecían sentados en las sillas y observando como el ataúd descendía lentamente. Su abuelo estaba reencontrándose con su hijo, que yacía a un metro de distancia de él. Si existiese algo más allá de la muerte, pensó Alfil, ahora estarían contándose anécdotas y riendo. Aunque conociendo a su abuelo, es probable que estuviesen discutiendo. El chico prefería pensar en lo primero.

Estar frente a la tumba de sus padres no solo era doloroso por la pérdida de su abuelo, también por haber conocido los datos reales sobre la muerte de aquellos. Aún no asimilaba, o no era capaz de creer, que las últimas palabras de su mentor fuesen verdad, él sentía amor entre sus padres, recordaba muestras de cariño. Claro que los recuerdos se adulteran con el tiempo, la mente se vuelve selectiva y uno desea creer y recordar lo que le interesa o es más beneficioso para sí. Más aún cuando los recuerdos son de un niño.

El cementerio le transmitía algo muy negativo, no se encontraba cómodo y deseaba salir cuanto antes. Eso no tardaría mucho en suceder. Los allí congregados comenzaron a darles el pésame antes de marcharse. Clara y sus padres fueron los primeros, Alfil se despidió de ellos y les pidió que se marchasen para poder centrarse por completo en su abuela y en lo que su abogado, que ya le había indicado que debían hablar tras el entierro, tuviese que gestionar sobre papeleo y otras cuestiones.

—Soy el primero que sabe lo inoportuno que es leer un testamento a los pocos minutos de enterrar a un ser querido —hablaban ya dentro del coche, camino de la mansión de los Ríos-Castro—, pero no tengo que recordarte lo testarudo que era tu abuelo. Él especificó que se leyera lo antes posible, no le gustaban las esperas absurdas, al menos él lo definía así.

—No pasa nada, Salvador. Pero acabemos lo antes posible porque la yaya necesita descansar.

—No os preocupéis por mí, estoy bien —musitó la anciana, pero se apreciaba el extremo cansancio en su semblante.

—Nada de eso, necesitas estar en casa, descansar y alimentarte bien.

Al llegar a la mansión, vieron un coche desconocido aparcado en la entrada, era de un notario que esperaba dentro. Pasaron todos a un salón, donde les sirvieron café y el notario pudo cotejar sus documentos con el abogado; al cabo de unos minutos, empezaron a leer las últimas voluntades que había dejado por escrito el patriarca familiar. Antes que nada, hicieron un inventario de todos sus bienes y luego detallaron el reparto de los mismos entre familiares y algunas asociaciones benéficas y empleados fieles que

habían estado a su lado durante toda su vida. Mientras el notario leía, el abogado asentía de forma casi imperceptible. Ya al final, comenzaron con el grueso de los bienes, que serían repartidos entre los dos familiares directos que le quedaban.

«Mi esposa ostentará el usufructo de la mansión, así como una asignación de cincuenta mil euros mensuales para sus gastos y mantenimiento de la casa familiar».

«La propiedad de todas las fincas y edificios, así como su contenido, será para mi nieto. Del mismo modo que el contenido de mis cuentas corrientes, las acciones y otros títulos bursátiles; la propiedad y presidencia del  *Holding*  RCHS y la parte de la herencia de sus padres que aún no haya percibido (que en la redacción de este documento se cifra en cuarenta y tres millones setecientos mil euros). De ese modo termina también mi relación como su albacea testamentario».

—Según tengo entendido —añadió el abogado—, solo se ha entregado por ahora un pago de diez millones de euros de las tres entregas que se harían a los dieciocho, veinticinco y treinta años.

—Sí, así es —respondió Alfil.

—Entonces, la cifra que mencionaba tu abuelo es correcta. Si sumamos esa cantidad que te queda pendiente a las cuentas de tu abuelo, se te traspasará una cifra conjunta de algo más de ciento veinte millones de euros. Te dejaré el detalle de las sumas y los saldos bancarios en un documento para que les des el visto bueno.

Heredar la mansión de su abuelo le generaba presión, pero tener en propiedad la casa de sus padres, en la que se crio, le llenó de ilusión, a pesar de los años que llevaba sin ir a verla o pasear por sus ahora descuidados jardines. Por suerte, contaba con su abogado personal, porque el papeleo que tendría que gestionar con la empresa y cambio de titularidad de tantos bienes, cuentas corrientes, títulos y valores de mercado, llevaría semanas; un tiempo que prefería pasar con su abuela y con Clara.

Alfil esperaba a que se terminase la lectura y firma por parte de los beneficiarios para pedir al abogado que siguiese trabajando para la familia, ahora el chico se encargaría de todo, así que pasaría a ser un empleado directo suyo. Su primera orden sería pedirle que se encargase de traer dos enfermeras vestidas como doncellas para cuidar de su abuela en todo momento, y nadie de la casa debía saber el oficio de las nuevas empleadas. Alfil quería frenar el deterioro de la anciana y conseguir recuperar a la alegre abuela que era unos días antes.

—No te preocupes, yaya, no voy a dejarte sola. Me quedaré aquí en la casa contigo hasta que estés bien del todo.

—La casa es tuya, cariño, lo ha sido siempre. No tienes por qué marcharte de nuevo. Me gustaría que ocuparas el sitio que te corresponde. Ahora ya no habrá más formación ni nada que tú no desees hacer, eres el dueño y señor de la casa y de las empresas, y tomarás todas las decisiones.

—Eso ya lo veremos, poco a poco; aún hay cosas que no he asimilado. Por lo pronto no me marcharé, estaré pendiente de ti todos los días, hasta que me echés por pesado.

—Eso no ocurrirá. Te quiero mucho, mi pequeño Poli.

—No me llames así, por favor.

—¿Ni siquiera hoy? ¿Nunca te han contado lo que significa en la familia tu nombre? Ya solo quedas tú con el legado familiar...

—Sé que muchos de mis antepasados se llamaban como yo, pero sigo prefiriendo el apodo de Alfil que me puso el abuelo.

—Tu abuelo se llamaba Hipólito, igual que su padre, y su abuelo; y antes el padre de su abuelo. A tu abuelo nunca le gustó que le llamaran así, era más parecido a ti de lo que imaginarías. Por ese motivo no siguió la costumbre familiar y bautizó con un nombre diferente a tu padre.

Hizo una pausa para beber un sorbo de un vaso de agua, Alfil la ayudó tras ver el temblor de sus manos y el esfuerzo que resultaba para ella.

—Luego naciste tú —continuó—, y tus padres te bautizaron Hipólito porque quisieron agradecer a tu abuelo todo el apoyo recibido, tanto personal como económicamente, para montar su empresa. Ese nombre lleva casi dos siglos en los primogénitos de la familia, y solo saltó con tu padre, la única excepción. Ellos quisieron recuperar la tradición contigo y tu abuelo se sintió tan orgulloso el día de tu nacimiento que lloró por primera vez, que yo le haya visto, en los más de sesenta años que he estado a su lado. La segunda y última vez fue el día que te marchaste, la semana pasada.

Alfil no tenía palabras, la culpabilidad por no hacer las paces con su abuelo le perseguiría de por vida. Ahora debía conformarse con abrazar a su abuela mientras contenía sus propias lágrimas. Pasaron todo el día juntos hasta que consiguió que la anciana cenase y se fuese a la cama temprano. El chico necesitaba meditar en soledad, todo le había venido de repente y aún no había asimilado lo mucho que iba a cambiar su vida a partir de ese momento.

Pasaba la medianoche y acababa de hablar por teléfono con Clara, agradeciéndole nuevamente su presencia y la de sus padres en el entierro, luego hablaron para verse en unos días, cuando todo se calmase. Ella le pidió

que ni él ni su abuela viesan la televisión, ya que todos los canales, en sus informativos y programas de cotilleos, estaban bombardeando con imágenes del entierro y también del accidente de sus padres, además de otras grabaciones de archivo que podrían hacerles daño. También estaban especulando con la fortuna que heredaría y otros datos morbosos. Clara no le contó a Alfil que hablaban de lo vulnerable que es un chico a esas edades y lo rápido que dilapidaría la fortuna, o cómo se malograría en vicios y convirtiéndose en una celebridad de esos que viven de fiesta en fiesta, de playa en playa y de escándalo en escándalo.

La conversación con la chica había terminado y Alfil no tenía sueño, permanecía en la biblioteca donde solía pasar las noches su fallecido mentor; con la misma luz cálida y tenue, orientada sobre su butaca y la mesita de madera noble que había sido confeccionada como tablero de ajedrez. Esa noche no había fichas de marfil y de ébano sobre ella, quizá nunca más las hubiera. Se levantó de la butaca para dirigirse a la derecha de la chimenea, donde reposaban una docena de botellas de fino cristal tallado y sus vasos a juego. Esa noche, como todas, había una cubitera de plata llena de esferas de hielo del tamaño de nueces. Alfil echó dos en un vaso y añadió *bourbon*, siguiendo el mismo ritual que había visto hacer miles de veces a su abuelo, movió despacio el vaso en círculos, olió el aroma del licor con los ojos cerrados, como lo hacía su abuelo, y volvió a sentarse en la butaca, dejando el vaso sobre la mesita, sin saber siquiera porqué lo hacía.

Dos suaves golpes en la puerta le hicieron sobresaltarse. Era el mayordomo de la casa, el último en retirarse cada noche y el primero en levantarse cada mañana, y así lo llevaba haciendo treinta años en aquella mansión.

—Siento molestarle señor. Quería saber si me necesitará esta noche o puedo retirarme.

—Puedes retirarte, Martín.

—Hay... hay otra cosa señor.

—Dime.

—Deseaba saber si el personal de servicio seguirá en la casa o habrá algunos cambios tras el fallecimiento de su abuelo.

—Todo seguirá exactamente igual, quiero que no se note la ausencia del señor.

—¿El señor? Disculpe, pero el señor de la casa es usted.

Alfil sintió algo extraño en su estómago al oír esas palabras, permaneció en silencio un instante y luego volvió a la conversación.



—Ahora lo más importante es cuidar de mi abuela, quiero que todo el personal de la casa esté volcado en ella.

—Sin duda señor, ya nos ha informado su abogado que mañana se incorporan dos doncellas de apoyo para la señora.

—Sí, que esté todo dispuesto para recibirlas y darles todo lo que necesiten.

—Sin duda señor, se hará como usted desee.

Alfil observó al mayordomo salir del salón; ocho años atrás, cuando su abuelo no estaba, jugaba con él al escondite por la casa. Era de los pocos momentos de juego y disfrute que había tenido entre aquellas paredes, ahora le había llamado señor en un tono tan extraño, como si él fuera su abuelo. De repente el chico se observó en aquel lugar y se hizo consciente de su situación, aún llevaba el traje negro del entierro y estaba sentado sobre la butaca de su abuelo, con su copa de licor y tomando las decisiones que concernían al buen desarrollo de la casa y la familia.

Su abuelo hizo un excelente trabajo de formación. Sin tan siquiera pretenderlo, el chico había adoptado su papel a la perfección. ¿Qué haría a partir de ese momento? ¿Seguiría en la Universidad? ¿Se centraría en las empresas? Nadie podría impedirle estar con Clara y, aunque eso sonara fantástico, no era en ella en quien estaba pensando. Tenía mil dudas sobrevolando su cabeza, demasiadas responsabilidades.

—Lo mejor será que me marche a dormir. Mañana, con la cabeza más fría y despejada, veré lo que hacer con mi vida.

## Capítulo 36

Había pasado una semana desde el fallecimiento de su abuelo y Alfil no había salido de la mansión, se había centrado en cuidar a su abuela y gestionar el traspaso de la presidencia de la empresa. Además de dirigir las tareas en la casa familiar. Trataría de seguir en la Universidad como detalle a la memoria de su abuelo, aunque dirigir las empresas le llevaba demasiado tiempo y no quería restarlo de sus clases de boxeo ni de ver a Clara. Y precisamente iba ahora a buscar a la chica para dar un paseo, llevaba la moto porque necesitaba sentir; no obstante, seguía sin gustarles ese vehículo.

Su abuela parecía mejorar, aunque su estado no dejaba de ser muy delicado. Alfil intentaba pasar con ella tiempo cada mañana y cada noche, contándole lo que había hecho durante el día para tenerla entretenida. «Vete a ver a Clara y no pierdas el tiempo con una vieja quejica», le decía la anciana cada mañana. Y por fin pudo conseguir algo de tiempo para dedicarlo a la chica.

—¿Qué tal estás? —preguntó la madre de la chica en la puerta de la casa —. ¿Quieres entrar a tomar un café?

—Uf, llevo una semana encerrado en casa o en la oficina de la empresa. Necesito que me dé el aire un rato, pero gracias por la invitación y le prometo que pasaré esta semana para tomar ese café.

—Vale, pero tened cuidado con la moto.

—Lo tendré, no iremos muy lejos.

Los chicos salieron hacia Vilassar de Mar para aprovechar el buen tiempo en la playa. Tomaron un refresco en la cafetería de un familiar de los padres de Clara y disfrutaron del agua y del Sol. La chica le colmó de besos y abrazos para hacerle olvidar los malos momentos que había tenido que soportar esos días; los necesitaba más que nunca. Al atardecer recogieron las toallas y se vistieron para volver a la ciudad.

—Pronto esto no será más que un triste recuerdo. El sol siempre brilla con más fuerza después de una tormenta —le dijo Clara mientras iban hacia la moto.

—Mi sol eres tú, gracias por estar ahí. Te quiero, flaca.

Mucho más relajado por esas horas de descanso y sintiendo a la chica abrazada a su espalda, comprendió que no se podría ser más feliz, que los buenos momentos llegarían pronto, sobre todo después de convertirse en dueño de su vida y lograr la confianza de los padres de Clara. El aire llenaba sus pulmones y la sensación de ir en moto con ella detrás le traía bellos recuerdos. Barcelona no podía ser más hermosa que bajo esa luz anaranjada del crepúsculo.

Turistas comprando en las tiendas y haciendo fotos en la plaza de Cataluña eran testigos de la felicidad de la pareja en el paseo de Gracia, a falta de poco más de un kilómetro para llegar a casa de la chica. El sonido de otra motocicleta parando a su lado mientras esperaban en un semáforo rompió el momento mágico.

—¿Moto nueva, niño rico? Eran Miguel y Esther. Cuando ya formaban parte del pasado, aparecían ¿para un último intento de venganza?

—Piérdete, gilipollas —respondió Alfil sin mirarle siquiera.

—Tú y yo seguimos teniendo una cuenta pendiente. —Ya no había rastro de la paliza en su cara, pero la ira seguía sin abandonarle.

—La tienes tú, yo ni me acordaba de ti. Asume cuándo pierdes o te irá mal en la vida.

—Le da miedo correr con la pijita detrás —añadió Esther.

—No te voy a decir dos veces que te largues. ¿Quieres que te dé otra paliza? —Alfil estaba enfadándose por momentos. Prometió a Clara no pelearse más, pero la tensión interna le pedía explotar. Aún recordaba lo que sus amigos intentaron hacerle a la chica aquella noche.

—Pijita, ¿te ha llevado ya a follar la playa? Le encanta llevar a las chicas allí por la noche, cerca del aeropuerto —provocó Esther a Clara.

—Y con todos los que te habrás acostado tú, ¿cómo recuerdas cual de ellos te ha llevado a la playa? —respondió ella.

Los coches de detrás pitaron cuando hacía varios segundos que el semáforo se había puesto verde pero los motoristas no se movían, taponando el tráfico. Alfil aceleró y dejó a la otra pareja atrás. Aunque Miguel no se dio por vencido y salió en su persecución. Alfil conducía a la velocidad legal, así que fue alcanzado pronto y recibió el embiste de la otra moto. Estuvo a punto

de estrellarse contra los coches aparcados a la derecha, un giro de manillar en el último instante les salvó.

El chico aceleró, estaba muy alterado tras el ataque anterior, haría pagar a Miguel por tratar de provocar ese accidente. Clara se agarró con fuerza a su cintura y le gritaba que no corriera, le rogaba que no aceptase la provocación del otro motorista; Alfil no oía sus gritos con el casco puesto, o prefería no oírlas, no entraba en su mente el dejarse vencer ni permitir que se marchase sin su castigo por aquella maniobra sucia que podía haber acabado con Clara y él accidentados.

Iniciaron una persecución, zigzagueando entre los coches de la abarrotada Gran Vía de las Cortes. La Ducati de Alfil alcanzó a su oponente y comenzaron una serie de giros bruscos y de embestidas para tratar de desestabilizar el uno al otro. Los chicos se miraban, se gritaban, se insultaban y amenazaban. Las motos iban a la par y a más de cien por hora, se saltaron un semáforo y no hubo tiempo de reacción para frenar, impactaron contra un coche que acababa de incorporarse desde una calle perpendicular. El golpe fue tan duro que acabaron los cuatro volando por los aires.

## 2

Imágenes y sonidos se entrecortaban y se volvían caóticos en la mente de Alfil cuando despertó, o creyó que había despertado. Del accidente solo recordaba a unos viandantes a través de la visera del casco preguntándole cómo se encontraba, uno le decía que no se moviera hasta que llegase la ambulancia, otros al fondo comentaban «iban como locos». Sirenas y destellos se confundían con el dolor de cabeza y de su garganta inflamada por gritar sin parar el nombre de Clara. Aún no sabía dónde ni cómo estaba la chica. Ni todas las clases de boxeo, ni las horas haciendo pesas, lograron darle la fortaleza que exigía a sus músculos para levantarse y buscar a su compañera, lo que le hizo sentirse impotente por primera vez en su vida. Lloró, lloró con fuerza ante aquella completa incertidumbre. Y se desmayó de nuevo.

Al despertar notó el olor intenso a alcohol antiséptico mezclado con un aroma dulce y familiar: el perfume de su abuela. Otro disgusto para la pobre mujer, no los merecía, ni volver a estar en una sala de espera solo unos días

después de la muerte de su marido. Era de noche y la habitación permanecía casi a oscuras, el chico sentía sed y se asustó al ver cables saliendo de su brazo izquierdo. Le abrasaba el hombro derecho, al tocarse notó una venda de gasa, debió de raspase contra el asfalto. Movi6 las piernas y los dedos de los pies, perfecto, ya sabía que no había perdido ninguna extremidad ni había sufrido fracturas o una invalidez. Había llegado el momento de saber si Clara también estaba bien.

De repente, la luz de la habitación se encendió y eso despertó a su abuela.

—Cariño, estás despierto.

—Yaya, ¿qué haces aquí? Debes irte a casa, yo me encuentro bien.

—Ahora no es tiempo para pensar en eso, debemos hablar. —Les cortó su abogado, que era el que había irrumpido en la habitación.

—Antes de nada, quiero saber cómo está Clara.

—Ella está bien y se encuentra en otra habitación de este mismo hospital, no tiene más que unos rasguños y contusiones, al igual que tú; pero sus padres no quieren ni oír hablar de ti, ni mucho menos que te acerques a verla. Espero que lo comprendas. Ya saben que todo fue por una carrera en la que has estado a punto de matarte y de matar a su hija.

—Entiendo, aun así me gustaría...

—Eso será después —le interrumpió—, ahora hay algo muy importante de lo que hablar y no disponemos de mucho tiempo. Debemos ponernos de acuerdo en cuanto a tu declaración, ha sido un accidente grave con resultados nefastos, la policía tratará de exprimerte para intentar lograr una confesión.

—No hay nada que ocultar, ellos nos intentaron tirar de la moto. No debí perseguirles luego y hacer el imbécil..., espera, ¿qué has dicho de resultados nefastos?

Dos policías uniformados y otro de paisano entraron en la habitación sin llamar. El inspector fue el único que habló, para pedirle datos personales como nombre, dirección y demás rutinas. Y tras ese contacto inicial, fue al grano.

—¿Cómo se originó la carrera?

—No ha habido ninguna carrera —interrumpió el abogado.

—No le pregunté a usted, deje que el chico conteste.

—El chico es mi cliente, si tienen algo contra él, llévenlo detenido, pero se acogerá al derecho de no declarar hasta el juicio.

—¿Juicio? ¿De qué estáis hablando? —preguntó Alfil. Estaba muy confuso y mareado.

—El conductor de la otra moto sigue en coma, está grave. Y la chica que iba con él ha fallecido —le informó el inspector.

—¿Esther? ¡Dios mío!

—¿Les conocía?

—No tienes que contestar a nada —le aconsejó su abogado.

—No pasa nada, deja que conteste al inspector. Les conocía de pasada, no éramos amigos ni nada parecido.

—¿Cómo sucedió el accidente?

—Aparecieron de repente y nos intentaron tirar de la moto. Salí en su persecución, no debí hacerlo, fue una imprudencia.

—Mi cliente no está bajo juramento, negaremos esas palabras en un juicio.

—Cállese y déjele hablar.

—Mi cliente es poseedor de una gran fortuna y los familiares de los otros chicos querrán una indemnización. Mi trabajo es protegerle de las alimañas. Allí todo el mundo sabía donde estaba y lo que hacía, no es justo que pague las consecuencias una persona por los demás solo por tener una mejor posición económica.

—No te preocupes, Salvador. No éramos tan conscientes de las consecuencias, lo siento mucho, aunque sea tarde para lamentar. —El chico estaba muy afligido. Se acabó el interrogatorio.

Alfil se recostó, aún dolorido, y cerró los ojos. El abogado despidió a los policías y estos salieron a regañadientes. Volverían para continuar la conversación en cuanto estuviese algo más recuperado. «Menuda pesadilla, cuando parece que algo puede salir mal, acabará saliendo peor aún», pensaba el muchacho.

Esa noche, ya de madrugada, Alfil se despertó con Clara en sus pensamientos, necesitaba verla, hablar con ella, oír su voz, que le perdonase, sentir que estaba bien. Desconectó la vía de suero de su brazo y salió a hurtadillas de la habitación para averiguar dónde estaba y cómo planificar su encuentro. Consiguió ver en la distancia a una enfermera de guardia, se encontraba tras un ordenador que debía tener acceso a los ficheros del hospital, entre ellos el de los pacientes ingresados y el número de habitación de cada uno, pero, ¿cómo hacer para que abandonase su puesto? Quizá no se moviese de allí en toda la noche.

Aprovechando que su habitación estaba en el extremo opuesto de la planta, el chico regresó a ella y pulsó el botón de llamada. Luego salió deprisa para esconderse en el pasillo y observar por qué lado venía la enfermera, ya

que dicho pasillo hacía un recorrido circular alrededor de la planta. La vio aparecer por la derecha, así que corrió por el otro lado a la velocidad que su dolorido cuerpo le permitía. Llegó al ordenador, que permanecía encendido, y pulsó las teclas control y tabulador para ver los programas abiertos, uno de ellos se llamaba «control de habitaciones», lo abrió y comprobó que se trataba de una lista de los enfermos de la U.C.I. La habitación de Clara Calderón era la número 412. Minimizó el programa para dejarlo todo como lo había encontrado y se marchó hacia las escaleras antes de cruzarse con la enfermera, que regresaba algo confusa al no encontrar al paciente en su habitación. Debía actuar con rapidez porque la enfermera informaría en el acto de la desaparición de un paciente de aquella unidad y le buscarían en cuestión de minutos por todo el hospital.

Su habitación era la número 306, así que la de Clara debía estar una planta más arriba. Al localizarla, esquivando como pudo a la enfermera de guardia de esa nueva planta, abrió su puerta con mucho cuidado para no hacer ruido y allí notó el olor del perfume de la chica en la oscuridad. Aunque con tanta mezcla de medicamentos, alcohol y productos de limpieza, no se percató de la presencia de su madre, que dormía en un sofá-cama a su izquierda. Alfil las vio a las dos cuando su vista se adaptó a la escasa luz de la estancia, que procedía de dos pilotos leds en el suelo para no tropezar si el paciente o su acompañante se levantaba en la oscuridad para ir al baño.

El chico se acercó y le dio un suave beso en la frente, luego acarició su pelo.

—Perdóname —susurró en su oído lo más bajo que pudo hacerlo para no despertar a su madre—. He estado a punto de acabar con lo que más me importa en el mundo.

La chica despertó en un sobresalto, con un gesto de sorpresa, mirada ausente y un gemido de dolor incontenido que hizo despertar a su madre.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo te atreves? ¡Has estado a punto de matar a mi hija! —La señora gritaba sin parar, lo que atrajo a una enfermera casi al instante.

—Lo siento, necesitaba comprobar que Clara se encuentra bien. No sabe cómo lo lamento, soy el culpable y vengo a pedirles perdón.

—Márchate de aquí, no quiero que vuelvas a acercarte a ella. Hay una chica muerta y un chico en coma, podría haber sido mi niña.

—Solo quería oír que se encuentra bien, verla, saber que no le ha pasado nada, pero ya me marchó.

—¿Qué hace usted aquí? ¿Es un familiar? ¿Qué ruidos son esos gritos? — dijo la enfermera, muy alterada, al aparecer por la puerta.

—Este chico no puede estar aquí, ha entrado sin permiso —gruñó con ira la madre de Clara.

—Venga inmediatamente conmigo —agarró a Alfil para sacarlo de la habitación.

—Llévenselo de aquí —pidió la madre de Clara, que continuaba gritando sin parar.

La chica estaba sedada y casi no era consciente de lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pero miró a Alfil con lágrimas en los ojos. Él le gritó un «¡te quiero!», mientras la enfermera se lo llevaba. Al día siguiente, el padre de Clara la ingresó en otra clínica para terminar la curación de sus heridas; mientras, Alfil tuvo que pasar esos días en su casa, debía declarar de nuevo y explicar todo lo ocurrido. La policía le informó de que Miguel había salido del coma, aunque había perdido una pierna y tendría secuelas por las lesiones cerebrales.

Le explicaron el accidente, ya que él no recordaba nada. Las dos motos impactaron contra el lateral del coche, la de Alfil lo hizo contra la rueda delantera, así que salieron volando por encima del capó y cayeron sobre la calzada, raspándose los cuerpos y recibiendo contusiones en huesos y articulaciones. Miguel y Esther chocaron contra la puerta del conductor y sus cabezas se golpearon contra el techo del vehículo, por ese motivo, y por no llevar cascos, habían sufrido muchos más daños.

Las familias de Miguel y Esther le habían denunciado, eso era previsible. Si lograban demostrar que se trataba de una carrera, el seguro no cubriría las indemnizaciones y podría tener consecuencias penales, aunque al no tener antecedentes, Alfil no iría a la cárcel. Otra cosa sería el escándalo y la caída de las acciones de sus empresas. De todas formas, tanto el chico como el abogado sabían que las familias tratarían de llegar a un acuerdo económico antes de verse en juicios eternos y sin garantías de cobrar un céntimo.

Todo aquello había supuesto una catástrofe más en un momento de la vida del chico en que estaba más vulnerable que nunca, pero, por encima de todo, lo que más le preocupaba era el aislamiento con respecto a Clara, esa situación le mortificaba. Esta vez tenía la certeza de que sus padres no le perdonarían; y en el fondo sabía que se lo tenía merecido.



## Capítulo 37

El aire fresco del amanecer en la cara al conducir era una sensación indescriptible e insuperable para Alfil. En ese momento disfrutaba sobre su moto por una calle desierta del centro de Barcelona cuando aún mucha gente no se había despertado. Las avenidas se iluminaban con los primeros destellos del Sol en los cristales de sus ventanas y escaparates, mientras el chico oía cómo el motor de su Ducati rugía gracias al eco de la soledad de las calles, no podía verla, pero sentía el calor del cuerpo de Clara abrazada a su espalda y todo era pura felicidad. Se sentía pleno, no necesitaba absolutamente nada más en el mundo.

Circulaban despacio, disfrutando de un momento mágico sin ni un solo testigo de su amor. Desde el paseo de Gracia giraron hacia la calle de Rosselló y cruzaron la Diagonal para entrar en el paseo de San Juan. Aún no habían visto ni una sola persona ni ningún coche, resultaba extraño pero no les importaba, tenían toda la ciudad para ellos. De repente, oyeron el sonido de un motor, o quizá eran varios. El bramido aumentó y ya se percibía con claridad que se trataba de una docena de motocicletas. En el espejo retrovisor de su izquierda, el chico observó cómo se acercaban muy rápido.

Eran Miguel y su pandilla, les perseguían y seguro que no traían buenas intenciones. Alfil aceleró y Clara tensó los brazos alrededor de su cintura, la presión casi cortaba su respiración, pero no era el momento para pensar en eso. La Ducati tenía unas prestaciones superiores a las motos de sus perseguidores, pero aún así no pudo distanciarse, le estaban dando caza a pesar de tomar las curvas al límite. Por suerte no había un solo coche y las amplias calles de la ciudad componían un circuito perfecto lleno de curvas de noventa grados. Recorrían en estos momentos la calle de la Industria a más de ciento cincuenta por hora cuando le alcanzaron portando cadenas en las manos.

El chico temía por Clara, no quería que resultase golpeada ni acabar teniendo un accidente, ya que no llevaban los cascos, ¿por qué no llevaban los cascos? Trató de aumentar la velocidad para escapar, pero no lo logró y acabó sintiendo el golpe de una cadena sobre el lateral de su moto, esta se desestabilizó pero el chico consiguió enderezar la marcha. La alegría no duró mucho, otro golpe por el otro costado les hizo volcar y la pareja acabó rodando por el asfalto.

Alfil se despertó con un terrible dolor en su rodilla izquierda, seguía tumbado sobre la carretera y debía de llevar inconsciente un buen número de horas, porque el Sol, ya muy cenital, quemaba y le molestaba a la vista. Lo extraño es que seguía sin ver coches ni viandantes por la calle, y no se oía el más mínimo sonido, como si toda la ciudad hubiese sido evacuada y él fuese el único que caminase por aquel extraño paraje. Ya no estaban allí Miguel y sus esbirros, se encontraba solo y magullado al lado de su destrozada moto. ¿Dónde estaba Clara? Ese pensamiento le alteró tanto que se levantó a pesar del dolor. No la veía por ningún lado y tampoco había sangre en el suelo a su alrededor, eso era buena señal. ¿Se la habrían llevado esos desalmados? El estómago del chico se incendió al pensar en esa posibilidad, pero lo desechó casi al instante, justo cuando la vio a doscientos metros a su izquierda. Clara entraba en una cafetería, parecía algo confusa y desorientada por su forma de caminar y llevaba manchas de sangre seca en sus pantalones vaqueros.

A Alfil no le importó su rodilla, corrió como si le fuese la vida en ello, gritando sin parar el nombre de la chica. Ella parecía no oírle, entró en la cafetería y la puerta se cerró a su espalda; unos segundos más tarde entraba él, sudando, muy nervioso y sorprendido porque aquello no parecía que fuese una cafetería, sino el *hall* de entrada de un hospital, también desierto. El eco de los pasos de Clara le hizo mirar hacia el fondo a su derecha, donde la pudo ver entrando en un ascensor. Alfil volvió a apretar el paso, a pesar del dolor de la pierna, que le ardía hasta hacerle pensar que iba a partirse en dos a la altura de la rodilla; sin embargo, su integridad no le importaba, su única prioridad había entrado en un ascensor y las puertas se habían cerrado antes de que él pudiese llegar. En el letrero luminoso sobre la puerta metálica, el contador de las plantas se detuvo en el cuatro.

Subir por las escaleras fue una tortura inhumana, pero apretó los dientes con fuerza para aguantar un poco más y, tras lograr su objetivo, apareció en la cuarta planta, donde se encontró un pasillo completamente blanco que se extendía frente a él, con techos, paredes y puertas cerradas del mismo color. Comenzó por abrir la primera de ellas, y fue de una en una, sin éxito alguno.

Todas las habitaciones estaban desiertas, vacías de personas, muebles y ventanas, solo contaban con paredes, techos y suelos blancos. Después de más de una hora y sudando por el esfuerzo y el miedo a no localizarla, llegó a la última: la única que estaba cerrada con llave, la derribó con el hombro y cayó al suelo, allí quedó petrificado.

Se encontraba en una sala más grande que las demás y pintada de gris oscuro, pero lo más sorprendente era la presencia de personas, por vez primera en todo el día pudo ver gente (si exceptuamos a Miguel y sus amigos). Todos vestían de negro y lloraban desconsoladamente, mostrándose indiferentes ante el chico, que caminaba entre ellos sin que le prestaran atención, como si fuese invisible o un fantasma. Seguía sin localizar a Clara y eso le iba poniendo más nervioso a cada segundo. Parecía oír las conversaciones que se susurraban entre ellos, hablaban de la muerte de una joven en un accidente de moto. «Es increíble —pensó—, estoy en el velatorio de Esther».

Delante de él había un ataúd cerrado, de una brillante madera de caoba y sobre un pedestal rodeado de ramos y coronas de flores blancas y rosas. Alfil, que se sentía culpable y abatido, se acercó al féretro balbuceando frases como: «Lo siento mucho, fue un accidente, nunca quise que ocurriera nada, ojalá nunca hubiese ido aquella noche...». A su derecha y a los pies del ataúd, pudo ver a una pareja que lloraba más desconsoladamente que el resto, se abrazaba y por eso Alfil no podía verles la cara. Les calculó algo más de cuarenta años, así que serían los padres de Esther, Alfil quiso acercarse para pedirles perdón.

—Lo siento mucho —les dijo, a la vez que colocaba su mano sobre el hombro del padre. El matrimonio se giró y Alfil no pudo contener un grito desgarrador. Eran los padres de Clara. ¿Qué hacían allí? ¿Dónde estaba Clara? ¿Qué estaba ocurriendo? ¿Quién estaba dentro del ataúd? Gritó, gritó sin parar el nombre de la chica, pero nadie parecía hacerle caso. Los padres de Clara se limitaron a mirarle con caras inexpresivas, como zombis.

Volvió a gritar aún más fuerte y todo tembló a su alrededor bajo un gran estruendo, ¿quizás un terremoto? El suelo se abrió y el chico fue engullido. Caía por un abismo interminable, miró a su alrededor, estaba solo junto al ataúd, nadie más de la sala había sido tragado por la tierra. Ya no había sonido, ni temblor, solo una caída libre y eterna, contemplando el féretro que contenía el cuerpo de quien más amaba y a quien había fallado una vez más. Se merecía el castigo por sus imprudencias y lo asumía.

Despertó con un fuerte dolor de cabeza, hacía calor y le costaba respirar, ¿olía a humo? Al abrir los ojos, se encontró en una sala revestida de madera muy antigua y con muchas puertas a su alrededor, pero entre él y esas salidas había varios focos de fuego que crecían amenazantes. Se levantó para tratar de huir, pero en ese momento la vio: la chica estaba tumbada boca abajo a su lado y no se veía rastro del ataúd. Se olvidó de su intento de salir con vida del lugar y se arrodilló a su lado, tratando de levantarla y cargar con ella, pero no pudo siquiera moverla, pesaba demasiado.

—¡Despierta! ¡Clara, debes despertar! —gritó desesperado, mientras apartaba el pelo de su cara.

Las llamas crecían y el calor se había hecho insoportable, no podrían salir de allí y morirían de una forma cruel. Un castigo que asumía Alfil pero que no deseaba para ella. Consiguió por fin apartarle el pelo para besarla, pero su visión le aterró y, en un acto reflejo, dejó caer su cabeza contra el suelo. La chica no era Clara, sino la ladrona de Córcega.

—¡Nooooooooo!

## 2

Madrid, 2014

Alfil despertó sobresaltado en la cama de su ático. ¿Cómo podía sufrir una pesadilla tan real cuando todo lo que ocurría en ella era tan absurdo y lejano en el tiempo? El recuerdo del accidente sufrido once años atrás, indudablemente, estaba más presente que nunca en sus pensamientos; Clara lo había traído consigo al aparecer de nuevo en su vida. Estaba despierto pero seguía notando la brisa en su cara, aunque quizá no fuese por el recuerdo de la moto sino por la ventana abierta frente a la cama. Lo que sí tenía grabado a fuego en su mente era el sonido del impacto contra el coche y la sensación al acariciar el pelo de la chica en el hospital, aparte de los olores de la habitación y de los gritos de su madre para echarle de allí. Recuerdos muy vivos que unas horas antes hubiera creído perdidos con el paso del tiempo.

Pensaba en la fortaleza del cuerpo y, sobre todo, de la mente. Era asombroso que no se hubiese vuelto loco cuando le vinieron tantas tragedias seguidas a tan corta edad. La formación estricta, la muerte de su abuelo, el

accidente y el rechazo de los padres de Clara. Todo aquello pudo destruirle, pero, en su lugar, le ayudó a forjar una mente más fuerte.

La visión de Clara, que aún dormía a su lado en la cama, le recordó aquel momento en el hospital. Acarició su pelo con suavidad para no despertarla y observó que no había cambiado nada, seguía igual de hermosa y provocando en él una atracción y serenidad indescriptibles.

—¿Estás bien? —preguntó la chica en un murmullo.

—Sí, solo fue una pesadilla. Duerme.

## Capítulo 38

Barcelona, 2003

—No entiendo cómo tengo que explicártelo, ahora no debes pensar en Clara. ¿No comprendes que la muerte de esa chica, Esther, te provocará quebraderos de cabeza mayores? Lo de tu novia es solo cuestión de tiempo, ya se les pasará el enfado a sus padres.

El abogado de Alfil estaba desesperado por la cantidad de problemas que se habían ocasionado a la vez: necesitaba hacer la transición entre bienes y cargos tras la muerte del abuelo del chico, preparar la defensa de este último por el accidente, llegar a acuerdos con los familiares de los implicados, lidiar con la prensa y tratar de minimizar el impacto sobre la empresa que estaba ocasionando aquel desastre. Y por si todo eso no fuese suficiente, lo único que parecía importar a su cliente era su amor adolescente.

—Para gestionar el tema del seguro y las indemnizaciones ya te tengo a ti. No quiero saber nada del accidente.

—Es mucho peor de lo que piensas, ¿no lo entiendes? La noticia ha hecho bajar aún más el valor de las acciones de las empresas, las pérdidas serán millonarias. Costará mucho tiempo recuperar la confianza de los accionistas. Parece que no comprendas el caos en el que has metido a miles de familias cuyos sueldos dependen de tus empresas.

—También lo he contemplado y he tomado medidas de contingencia para paliar las pérdidas sin acometer despidos. Será cuestión de meses o un año como mucho. Saldremos de esta, ten fe.

—No lo dudo, pero te repito que ahora debes permanecer en casa. Hay prensa en los alrededores de la finca y no te interesa que te vean salir, y mucho menos que te vean por la ciudad. Te recomiendo que dejes pasar algo de tiempo hasta que se cansen y busquen otra noticia.

—Pues ayúdame a encontrar la forma de contactar con Clara, debe de haber algún modo de conseguirlo. Mientras no pueda verla, no tendré la

mente en condiciones de gestionar nada.

—Por lo que he averiguado, está en casa y ya casi recuperada de las heridas, pero sus padres no la dejarán salir. Entre el accidente y la muerte de tu abuelo, la prensa quiere saber quién es el heredero de dieciocho años que dirige un importante grupo empresarial y se divierte por las noches haciendo carreras de motos en las que acaba habiendo víctimas mortales. Eso incluye el interés por tu pareja. Imagina cómo estarán sus padres ahora que, además del accidente, deben aguantar a la prensa en la puerta de su casa.

—¡Joder, qué forma de fastidiarlo todo! Es alucinante cómo mi abuelo tenía razón en cuanto a que me quedaba un mundo por aprender.

—Ahora no te martirices, recuerda la política de tu abuelo: nunca pienses en el pasado, ya no se puede hacer nada por modificarlo.

## 2

En casa de Clara no se vivía un clima mejor. La chica pasaba todo el tiempo recluida en su habitación y no iba al instituto, así que Merce le enviaba notas y apuntes por correo electrónico para que siguiese estando al día con el temario de las clases; y sus padres estaban en crisis a todos los niveles. El padre recriminaba a su esposa por haber dado una nueva oportunidad al chico; si hubieran sido inflexibles en su momento, el accidente se hubiera evitado y las consecuencias posteriores también. Su madre defendía que lo hizo por la felicidad de su hija y alegaba que no se podía predecir el futuro. La empresa familiar había recibido una publicidad que multiplicó sus beneficios, pero aquello no supuso mejoría alguna en los ánimos de ninguno.

En la puerta había permanentemente dos periodistas de sucesos y otros cuatro más de prensa rosa, estos últimos eran los más molestos, agobiaban a los padres con preguntas indiscretas y ofrecían dinero para entrevistas en exclusiva. Salir o entrar de la vivienda se había convertido en una pesadilla. Al menos, esperaban que la noticia se pasase de moda pronto y desaparecieran.

—Ha vuelto a llamar Alfil, sigue intentando hablar con la niña una docena de veces al día —decía Marta a su marido—. No le importa que le amenecemos con denunciarle por acoso, quiere hablar con Clara para que ella le diga que está bien.

—Ni se te ocurra permitirselo, ya sabes cómo manipula y te convence de lo que quiere. Debemos aguantar y esperar a que se canse de llamar, es lo que debimos hacer la otra vez.

—Pero, ¿y si no se cansa? No podemos tener a Clara aquí encerrada durante meses, tiene que ir al instituto. Debe recuperar su vida.

—Su vida era ese chaval y casi la pierde por su culpa. Así que haremos lo que sea mejor para ella y eso no es negociable.

—Espero que no te equivoques. Lleva días que no quiere comer ni hablar conmigo, tampoco quiere estudiar, solo que la dejemos hablar un minuto con el chico.

—Se le pasará, no es más que una niña que tiene toda la vida por delante. El día de mañana apreciará lo que estamos haciendo por ella y lo que hemos soportado porque la queremos.

Clara no pensaba de igual forma: encerrada en su habitación y mirando el techo desde su cama, iba consumiéndose día tras día ante la idea de no volver a ver a Alfil. No le culpaba de lo ocurrido aunque sí era consciente del peligro que suponía una mente tan fácil de provocar. Las discusiones constantes de sus padres, sus ojos hinchados de tanto llorar y las continuas llamadas de los *paparazzi* desde la calle, la estaban volviendo loca. ¿Cuánto más duraría aquella tortura? Se preguntaba. ¿Era el pago que debía satisfacer por haber encontrado un amor tan intenso? ¿Olvidarían sus padres el accidente y le perdonarían algún día? ¿Volvería a ver a Alfil?

Oyó a un periodista gritar su nombre desde la calle, se levantó de la cama y, oculta tras el visillo, miró por la ventana al hombre que le gritaba. Le estaba ofreciendo veinticinco mil euros por unas declaraciones, añadía que no era necesario que mostrase su cara y que le pagarían en metálico. Sus padres salieron a la calle gritando y llamando a la policía por el móvil, era lo que realmente quería la prensa amarilla, tener algo que mostrar en sus tertulias de televisión, y gratis.

La chica volvió a tumbarse en la cama. Todo aquello la estaba superando, empezaba a pensar que se volvería loca si la situación se prolongaba durante más días.



## Capítulo 39

Madrid, 2014

Clara ronroneaba como un gatito pidiendo mimos o un plato de leche, acababa de despertar junto a Alfil y aún seguía desnuda y abrazada a él. El fotógrafo se había tomado un día de descanso en su agenda para pasarlo con ella, quería darle motivos para que se decidiese por fin a irse a vivir con él. La chica, por su parte, había dicho en su casa que iría a pasar el día con una amiga para aclararse las ideas, su marido no la creyó, pero ya poco importaba, tenía más que asumido la ruptura definitiva de su matrimonio.

—Quiero repetir —susurró Clara, mientras dibujaba corazones con su dedo índice sobre el pecho del chico.

—¿Cómo?

—Quiero otra sesión de ejercicio como la de anoche.

—Eres insaciable. No me puedo creer que no tengas apetito, cuando yo llevo un rato esperando a que despiertes para desayunar.

—Bueno, de acuerdo, pero después del desayuno quiero mi segundo asalto.

—¿Tienes algo pensado? —preguntó el fotógrafo, mientras preparaba una bandeja con tostadas, café y zumo de naranja.

—¿Sobre qué? ¿Lo que podríamos hacer hoy?

—Sobre lo que haremos el resto de nuestras vidas, sobre tu decisión respecto a nuestra relación. Quiero que te quedes aquí y que traigas a tus hijas, o que busquemos una casa más grande: un ático en la zona de Retiro con seis o siete habitaciones, estaríamos cerca de mi trabajo y las niñas seguirían en su colegio y viendo a su padre a diario. Lo que tengo claro es que quiero tenerte conmigo ya y para siempre.

—Es algo complejo, no es tan fácil decidirse.

—Pensaba que sí lo era cuando volvíamos de Milán y tú me pedías que nos fugáramos. Han pasado meses desde entonces y...

—Salgamos a la terraza, hace una temperatura perfecta —pidió la chica para tener una tregua de varios segundos—. Mi decisión debería favorecerte, porque tengo muy claro que me estás haciendo vivir de nuevo, vivir como siempre quise hacerlo cuando te conocí; me llenas de ilusión y de sorpresas, me haces sentir como una niña de nuevo, con la magia que eso conlleva.

—Pero...

—¿Cómo dices?

—Siempre hay un pero.

—Sí, por desgracia siempre hay un pero. Es difícil de explicar. Por algún motivo, veo cada vez más difícil esto de lanzarme a la piscina.

—Aún así debes hacerlo, aunque sea difícil para todos. ¿Crees que será fácil y cómodo para mí encontrarme con una familia casi numerosa de un día para otro? ¿Con niñas que no conozco y que me odian por haber aparecido para alejarlas de su padre? Empiezo a sentir que cuanto más me conoces, menos claro tienes el estar conmigo; y eso contradice tus palabras y tus ganas de verme a diario.

—Quizá la explicación a esas sensaciones que tienes se halle en que este tiempo contigo no solo me ha servido para recuperar el amor perdido, también me ha hecho ver que tengo una familia maravillosa que se desvive por mí, con un marido increíble que me ama, incluso con el terrible daño que le estoy haciendo. Por otro lado, sé que contigo he recuperado la ilusión, la juventud, la despreocupación e incluso una pasión que no creía tener por la vida y disfrutar cada minuto de ella. Cuesta mucho desprenderse de una de esas dos vidas.

—Discúlpame, pero debes entender que haya cosas de ti que no comprenda, como por ejemplo que pases días enteros conmigo, o esta misma noche. No comprendo cómo dejas a un marido que te quiere tanto y al que no puedes renunciar para hacer algo que le ocasiona tanto daño. Estará pensando ahora en cómo habrás pasado la noche con otro. ¿Puedes hacer eso y luego volver a casa como si nada, pero no puedes dejarle y venir a vivir conmigo definitivamente? Sería un detalle que le dejaras rehacer su vida con otra persona, pero el daño constante que recibe por tu parte no es comprensible, al menos para mí.

—Lo planteas de un modo tan cruel, no sabes lo difícil que supone entrar en casa y mirarle a la cara.

—Es justo de eso de lo que te hablo, no tienes que entrar en casa ni mirarle a la cara, quédate aquí, eso le ayudará a olvidar.

—No es tan sencillo, habrá un divorcio con un juicio por la custodia de las niñas.

—Si él no puede demostrar una infidelidad tuya, la custodia te la darán a ti. Además, cuando el juicio se celebre, tendrás tu vida rehecha conmigo, tendrás un hogar con grandes posibilidades de dar a tus hijas todo aquello que desees: educación, formación, seguridad y un futuro garantizado. Ningún juez te negaría la custodia. Pero si te sientes mejor, puedes conceder la compartida y así las niñas pasarían el mismo tiempo con él que con nosotros. No es necesario ir a juicio cuando llegas a un acuerdo; cédele a tu marido todos los bienes del matrimonio y la custodia compartida, así no habrá guerra y todo se solucionará rápido, con una simple firma.

—Eso ya lo había pensado, pero hay más cosas a tener en cuenta, como la figura del padre, ¿tendrán mis hijas un padre en ti? Quiero lo mejor para ellas y ahora tienen un padre perfecto. Necesitaría ver a un padre en ti, es lo que estoy esperando y no lo has comprendido aún.

—No las conozco, pero haré lo posible por llevarme bien con ellas. Te prometo que me esforzaré.

—El problema es que no has pedido conocerlas y eso me descoloca. No tienes que ser un tío enrollado para caerles bien, sino alguien que las cuide, arrope, proteja..., estar para lo bueno y también para lo malo, poner castigos cuando sea necesario, cuidarlas cuando enfermen y educarlas.

Alfil quedó pensativo. Un padre se encuentra todas esas cosas de forma escalonada a medida que su hijo crece, pero él tendría que ponerse al día con dos chicas que ya no eran bebés. Y su única referencia paternal fue el severo abuelo que le torturó en su infancia. ¿Sería un buen padre? Desde luego que dudaba de ello.

## Capítulo 40

Barcelona, 2003.

«Nací cuando ella me besó, morí el día que me abandonó y viví el tiempo que me amó».

Alfil estaba en el salón de casa, en la tele veía *En un lugar solitario*, una de las películas recomendadas por su mentor. Le encantaban todas las de Humphrey Bogart.

Su abuela estaba muy mal. Después de la muerte de su marido y del accidente de Alfil, deambulaba por la casa como por un velatorio; la tristeza la invadía y su afligido nieto no lograba mejorar sus ánimos. Este añoraba a Clara y se pasaba el día tratando de llamarla por teléfono o encerrado viendo películas clásicas; también intentaba pasar tiempo con la anciana a diario, pero temía empeorar su situación al contaminarla con sus propios problemas.

Las empresas, las acciones, el apellido familiar o la prensa, nada importaba más que poder hablar con Clara. Alfil se consumía despacio. Los días pasaban y todo permanecía igual, incluso se acercó con la Yamaha una noche, bien entrada la madrugada, para volver a recordar días más felices, pero no pudo llegar a la puerta de la casa por la media docena de personas que aguardaban en la calle y tuvo que dar la vuelta antes de que le reconocieran.

¿Por qué la chica aún no había conseguido un teléfono para llamarle? Quizá no deseara hacerlo, tal vez pensaba como sus padres. ¿Y si fuera ella la que impedía que sus padres le pasasen las llamadas porque le culpaba del accidente y no quería volver a verlo? Esa posible realidad lo torturaba. No podía... no quería pensar que ella pudiera no amarle y añorarle como él lo hacía. La necesitaba más que a cualquier otra persona en el mundo.

Solo habían pasado dos semanas pero era una eternidad para Alfil.

«¿Y si la secuestrase?», pensaba en silencio. Disponía de dinero suficiente para lograrlo y desaparecer del país con ella en cuestión de unas pocas horas. Sería perfecto poder estar juntos en algún paraíso perdido del pacífico.

Realmente era una locura, y se había propuesto después del accidente no volver a hacer caso a los impulsos de su corazón. Ahora solo atendería a los razonamientos de su cerebro, y eso después de meditarlos a conciencia.

Un vaso de cristal tallado con *bourbon* descansaba sobre la mano de Alfil en la biblioteca y despacho que ahora era su centro de operaciones y meditación como lo había sido de su abuelo antes, dio un trago mientras mantenía la mirada perdida al infinito, con ojos vidriosos que parecían no contener vida; quizá la poca que le quedase dentro estuviese luchando por seguir adelante, pero ya no contaba con las ganas ni con el esfuerzo del chico. Recostado en la butaca de piel, recordaba las palabras de su abogado esa misma tarde: «Debes dejar que las empresas las manejen los directivos, ellos lo llevan haciendo durante años y es lo mejor para ti. Ahora te interesa no llamar la atención y cuidar de tu abuela, es en lo que debes centrarte hasta que tu mente esté de nuevo al cien por cien».

Es lo que trataba de hacer. Su abuela era su única familia e intentaba parecer despreocupado ante ella, aunque sabía que no lo lograba. Quería darle mimos y los mejores cuidados, pero su mente viajaba a los recuerdos del pasado, a la playa en la que pasaron la primera noche, a la torre en la que hicieron el amor y al profundo mar azul de sus ojos, justo donde deseaba ahogarse y permanecer para siempre. No podía vivir sin ella.

El día anterior había golpeado a su profesor de boxeo de turno hasta dejarlo inconsciente, necesitaba soltar adrenalina y no pudo contenerse; por suerte, Jose Luís se recuperó con la ayuda de las dos enfermeras de su abuela antes de tener que llamar a una ambulancia. La rabia y la tensión crecían cada día y no sabía cómo canalizarlas o eliminarlas para no cometer una locura.

Su mayordomo le despertó casi al amanecer, se había quedado dormido en el sillón que fue de su abuelo. Pasaba tantas horas en aquella sala que había pasado a ser su particular caparazón, como si en una perezosa tortuga centenaria se hubiese convertido. Y así se sentía, sobre todo al ver lo despacio, casi inamoviblemente, que avanzaba el tiempo esos días. Le dolía la espalda y sentía algo de resaca por no ser habitual bebedor de alcohol, pero todo eso se pasó cuando vio la cara de preocupación de su empleado.

—¿Qué pasa?

—¡Señor! Su abuela..., es urgente.

—¿Mi abuela?

—Debe acompañarme, la señora no se encuentra bien.

—¿Y las enfermeras?

—Están con ella, pero necesitamos a un médico.

Alfil, asustado, corría junto al mayordomo por los pasillos de la casa. Entraron en la habitación de la anciana, donde las dos auxiliares se movían muy aceleradas y nerviosas alrededor de la cama; una estaba inclinada sobre el cuerpo de su abuela mientras la otra hablaba por teléfono, quizá recibiendo indicaciones de un doctor o llamándole para solicitar su presencia.

—¿Qué sucede?

—Ahora no, señor. Esperamos al médico.

—¿Se encuentra bien mi abuela?

—No tiene pulso, intentamos reanimarla. Por favor, aquí están estorbando, dejen que hagamos nuestro trabajo.

—¡Pues hablad mientras trabajáis, pero no me tengáis así! —gritó desesperado.

—Ha pasado mala noche, se encuentra muy débil y en este momento no le late el corazón, así que necesitamos poder trabajar con tranquilidad. No somos médicos, no podemos hacer gran cosa, y menos mientras hablamos.

—Disculpadme, no sé lo que digo. Por favor, continuad.

Alfil se apartó, junto al mayordomo, hacia el tresillo que se ubicaba en un lateral del dormitorio. Aquel no había sido el cuarto que la anciana había usado durante las últimas décadas. Se trasladó allí para no tener que subir escaleras cuando quedó viuda, y luego se empeñó en que su nieto usara el que era el dormitorio principal de la mansión, pero el chico decidió continuar en su cuarto. Esos pensamientos de Alfil no le relajaban en absoluto mientras veía cómo una enfermera inyectaba el contenido de una jeringuilla en el esquelético brazo de la anciana y la otra realizaba una reanimación cardiaca, dando fuertes golpes sobre su pecho.

El chico estaba en *shock*, no era lógico que todo aquello le estuviese pasando. No podría soportar otra pérdida y menos la de la única persona que le quedaba en el mundo, el último reducto de su familia, de una estirpe que comenzó muy pobre pero humilde, hasta crear un imperio empresarial tan prolífico en dinero y poder como en secretos y mentiras. Quizá su abuelo debió esforzarse más en conseguir felicidad y unión entre sus miembros. Pero ese no era momento para rencores, ahora no, no quería quedarse solo. Su abuela no merecía un final tan triste. La enfermera le gritó algo, pero él continuaba en estado de *shock*. El mayordomo le dio un codazo para hacerle volver a la realidad.

—Parece que recupera el conocimiento, y que susurra algo como: Poli, ¿dónde está Poli? —dijo la chica.

—Yo soy Poli. —Un rayo de esperanza cruzó la mirada de Alfil y se acercó rápido a la cama.

—Venga aquí y agarre su mano.

Alfil asió con cuidado la frágil mano de su abuela, cuya piel blanca, casi transparente, reflejaba la frialdad de la muerte. El chico trató de darle calidez acunándola entre las suyas, como si ese calor pudiese llegarle al corazón y reanimarla hasta hacerla despertar y sonreír. Daría media vida por lograrlo.

—Dime yaya, estoy aquí. Te quiero. No me dejes, ahora no, sabes que te necesito más que nunca.

—Mi Poli, mi niño, mi Alfil. —La voz parecía brotar de ella como un pensamiento, como si fuese su mente y no su boca el origen de la misma.

—Soy tu Poli, aguanta, sé que puedes hacerlo, no me dejes aún.

—No renuncies.

—¿Cómo?

—No renuncies al amor, a Clara... —La anciana necesitaba salvar a su nieto, darle la clave para su felicidad, antes de partir.

—La perdemos de nuevo, apártese.

Las enfermeras reanudaron la animación por masaje y oxígeno, el chico se apartó para sentarse a los pies de la cama. Lloraba sin parar, no estaba preparado para perderlo todo, y menos aún de golpe.

Los médicos llegaron en unos diez minutos, corrían por los pasillos, pero todo esfuerzo fue inútil, ya estaba muerta cuando entraron en la habitación. Alfil nunca olvidaría el instante en que taparon su cara con una sábana. Entonces gritó de rabia, se levantó y volvió a gritar con todas sus fuerzas, no quería a nadie en aquella sala. Todos le miraron pero nadie se movió, para todos no era más que un chico con un berrinche.

—¡He dicho que fuera, joder, todo el mundo fuera de una puta vez! ¡Dejadme con ella a solas! —repitió, pero esta vez con una ira en su mirada que hizo estremecer a los presentes.

El dormitorio pareció apagarse en cuanto salieron los empleados, el silencio y la exigua iluminación mostraron al muchacho la cruel realidad de lo que ahora era su vida; vacía, lúgubre y solitaria, rodeada de lujos superfluos que no le aportarían cariño.

Nunca más vería sonreír a su abuela, nunca más la volvería a ver entrando en su habitación para darle las buenas noches y recibir su beso en la frente, nunca más podría contarle sus confidencias. Acababa de ver marchar a una buena mujer que repartió bondad y sonrisas hasta el último día de su vida, a pesar de haber estado más de sesenta años casada con un ogro. Una mujer que

vio siempre el lado bueno de las cosas. Ahora no tendría a nadie para equilibrar todo lo malo que le ocurriese.

Alfil lloraba como un niño pequeño, se había levantado para acercarse al cuerpo menudo de su abuela y destaparla, no quería que esa sábana ocultara al ser más cariñoso y bondadoso que había conocido. La besó y abrazó, y continuó llorando hasta desgarrarse el alma, hasta que quedó vacío por dentro, lloraba por toda la familia que le quedaba y que yacía muerta sobre aquella cama.

Ahora estaba solo, completamente solo.

—¿Adónde te fuiste? ¿Por qué me dejaste cuando más te necesitaba? Eres quien más me ha querido en el mundo, no es justo que te hayas ido. La vida es una mierda con mil decepciones por cada alegría, no entiendo cómo viviste tantos años sonriendo. No podré aguantar más, estoy agotado. Necesito tenerte conmigo, necesito tu sonrisa, tu voz, tus besos en mi frente, no puedes dejarme así, no puedes abandonarme, no me dejes solo...

»Aún recuerdo cuando me cargabas el rifle de aire comprimido porque yo no tenía fuerzas, recuerdo verte correr por los jardines jugando al escondite, recuerdo cuando me bañabas siendo muy pequeño. Nunca me has regañado, aunque lo mereciera; nunca una mala palabra, una mala cara, como si tu sonrisa naciera de mí. Como si toda tu vida fuese yo.

»Te has ido por mis disgustos y el abuelo también murió por mi culpa. Soy un irresponsable. Me educasteis para ser perfecto, pero no soy más que un perfecto imbécil que decepciona a los que más le quieren. Casi maté a Clara por no contener mi ira. No debería tener cerca a nadie que me quisiera, no volveré a hacerle daño a nadie. Te lo juro, te lo jura tu Poli. —Cambió la tristeza por la rabia, había mucha ira en su mirada. Luego la abrazó con fuerza, como si quisiera que nunca se separase de él, no quería que se marchase, que le abandonase, pero ella ya se había ido.

Lo último que su abuela le pidió fue que no renunciara al amor, que no renunciara a Clara, pero no le había sido posible contactar con ella, había desaparecido, también le había dejado solo.

—Todo se ha acabado, todo se ha ido a la mierda. Lo único que puedo hacer es empezar desde cero. Si la vida es una partida (o varias) de ajedrez, he perdido desastrosamente la primera de ellas. Ahora solo puedo comenzar una nueva.



## Capítulo 41

Madrid, 2014.

«Nací cuando ella me besó, morí el día que me abandonó y viví el tiempo que me amó».

Alfil recordaba esas palabras de la película *En un lugar solitario*. Su abuela murió la noche en que la vio por última vez, aquella noche fue el punto de inflexión en su vida, el momento en que todo cambió, lo que le hizo ser diferente, más frío, más insensible; en definitiva: autosuficiente.

En ese momento seguía conversando con Clara sobre su futuro, continuaban en la terraza y la decisión de la chica no parecía ir en la línea que él esperaba y deseaba. Sus palabras le dolían y nunca hubiese esperado recibir daño de quien había sido su mayor (o único) motivo para vivir.

—Podemos seguir como hasta ahora —decía Clara—, no es tan malo, después de todo. Yo te veo muy centrado en tu trabajo y con poco tiempo para mí. Mientras tanto, puedo estar en casa con mi familia, ocupándome de ellos; mis hijas necesitan a su padre y no puedo privarlas de él hasta que tú adoptes ese rol, si es que decides hacerlo finalmente. —Deseaba alargar aquella situación, no tomar decisiones que la pudieran llevar a un error grave para ella y para sus hijas.

—Parece ser lo más cómodo para todos..., pero solo lo parece —respondió Alfil—. Que yo tenga mucho trabajo y necesite concentrarme en él, no quiere decir que me guste la idea de que vivas con tu marido y yo quede como un amante ocasional. Quizá pudiera llegar a ser un buen padre para tus hijas, es más, me esforzaré por serlo. Creo que merezco el beneficio de la duda. Cuando te quedaste embarazada, no sabías si Javier sería un buen padre, pero ni te planteaste esa idea, así que no puedes descartarme sin saber lo que puede ocurrir entre las niñas y yo. Sería injusto y cruel por tu parte.

—¿Cómo lo harías? Colmándolas de regalos caros y viajes no te las ganarás, necesitan cariño, amor y tiempo. Son parte de mí y no puedo apostar

con ellas como si esto fuera un casino.

—Precisamente por eso las querré, porque son parte de ti. No pienses que pasaré de largo ante ellas, estaré pendiente de su felicidad. No es una apuesta arriesgada la que estás haciendo, voy a por todas contigo y con ellas.

—¿Durante cuánto tiempo? Los niños necesitan amor a diario, y más aún después de apartarlas de su padre. Tu horario y tus viajes no son muy compatibles con la educación y cuidado de niños pequeños.

—Por tus palabras, parece que fotógrafos, actores o pilotos de aviones no debiéramos tener familia, o que seamos malos padres por el hecho de tener que viajar en nuestros trabajos. Yo no puedo olvidar mis obligaciones de la noche a la mañana, ni tirar por la borda tanto sacrificio realizado durante años; ni deseo hacerlo. Pero de igual modo que yo adaptaría mi vida a ellas, las niñas deberían comprender también mi situación. Tu marido podría tener un trabajo como el mío, pasando días fuera de casa, y eso no te hubiese importado.

—No te lo discuto, pero entiende mi situación, vengo de una vida tradicional y con una familia tradicional. No puedo adaptarme de la noche a la mañana a vivir con alguien que no tiene horarios, que pasará semanas fuera. Tengo miedo a que esto no funcione.

—Entonces, ¿es miedo por tus hijas o miedo por ti? Porque yo sí que estoy dispuesto a cambiar mi vida, de la noche a la mañana, para pasar a ser esposo y padre de dos niñas. Nos amamos desde siempre, llevamos una vida entera soñando con estar juntos. ¿Por qué no iba a funcionar? Es de cobardes el no lanzarse a la piscina. ¿Quieres vivir lamentándote por no haberlo intentado?

—No quiero correr riesgos porque ya no somos niños, tú no estás bajo la tutela de tus abuelos ni yo con mis padres. Ahora somos adultos responsables y debemos tomar decisiones responsables, porque de ello depende la felicidad de mis hijas y la mía propia. Hablas de una época en la que no teníamos ni veinte años, pero ahora nos acercamos a los treinta, debemos pensar fríamente nuestros pasos.

—Te entiendo, aunque no sé cuánto más quieres prolongar esta doble vida. No creo que tu marido la soporte mucho más, cuando yo ya estoy desesperado.

## Capítulo 42

Barcelona, 2003.

—Siento mucho tu pérdida, tío. Ya sabes dónde me tienes.

—Gracias, Jaume.

—Llevo tiempo llamándote, pero siempre me salta un contestador o un mayordomo estirado que me dice que llame en otro momento. A ver si nos ponemos al día. Te echo de menos, echo de menos pasar la tarde de risas contigo.

—Yo también, ya lo sabes.

—¿Sabes algo de ella? Merce sigue sin poder verla, el único trato que mantiene es el de enviarle los apuntes de las clases.

—No, yo tampoco he podido verla.

—Ya se arreglará todo, ya lo verás.

—Gracias por venir, necesitaba ver una cara conocida.

—No hay de qué, aunque me ha costado entrar en el cementerio hoy.

Alfil recibía el pésame de amigos y empleados de la casa y de las empresas. Estaba despidiendo al último de sus familiares en el segundo entierro al que asistía en poco más de un mes. Todos se fueron marchando tras el pésame al chico, el último fue su abogado. Alfil quedó solo ante cuatro tumbas alineadas en el suelo, pero no las observaba, un trozo de papel en sus manos lograba toda su atención, era una foto de Clara que había sacado de su cartera. Ver la imagen de la chica le producía el único calor y amor que sentía en esos momentos, aunque se trataba de una llama muy débil, casi extinta, ya que ella seguía sin comunicarse con él; no lo deseaba o eran sus padres los que se lo impedían. El chico no sabía el motivo y eso le consumía por dentro.

Alfil esperó allí y en silencio durante unas horas más, hasta casi anochecer, pero su situación no cambió. Había enviado a un mensajero con la noticia del fallecimiento y entierro de su abuela, añadiendo que se marcharía del país al día siguiente, y que deseaba despedirse de Clara durante un minuto

antes de partir. Pero nadie había ido al cementerio ni había devuelto respuesta alguna. El chico permaneció a solas, viendo como el sol se ocultaba tras las estatuas y la oscuridad inundaba el lugar, hasta que no le quedaron más fuerzas.

—Eres lo único que me quedaba, te has ido con el abuelo casi sin darme tiempo a asimilarlo. Y ya lo has visto, Clara no ha venido, aunque eso lo esperaba. Me quedé solo. Es curioso que el abuelo me enseñara a manejar cualquier situación menos la soledad, y eso que parecía el hombre más solitario del mundo, ni siquiera hablaba contigo durante semanas.

Hizo una pausa para mirar a su alrededor, nadie aparecía a última hora.

—Qué putada no poder volver atrás en el tiempo, aunque solo fuera un mes y medio. Ese tiempo me bastaría para no enfadarme con el abuelo, no marcharme de casa ni hacer el idiota con la moto. Es asombroso lo rápido que puede cambiar la vida de una persona. Quisiera tenerte aquí de nuevo para darte el cariño que mereces, el que me diste durante toda tu vida. Seríamos todos felices y estaríamos juntos. Siempre tengo que fastidiarlo todo.

A lo largo del día, el cielo se había cubierto de oscuras nubes que ahora descargaban una intensa lluvia sobre Barcelona, pero al chico no parecía importarle, aunque ya estuviese completamente empapado.

—Lo siento mucho, siento haberos defraudado. Tanto esfuerzo invertido para luego fallaros de esta forma..., no me lo perdonaré jamás. El abuelo se esforzó en crear a una persona perfecta pero, en lugar de eso, me tuvo a mí: un idiota que no sabe controlarse a la mínima situación de tensión en su vida, un imbécil que lo tira todo por la borda sin pensar en las consecuencias.

Alfil estaba de rodillas, solo, calado de agua y temblando de frío, apretando con sus manos la tierra del suelo donde descansaba su familia. Decepcionado consigo mismo, nunca volvería a ser el mismo crío que había sido hasta ese momento. Comenzaría una nueva etapa para empezar desde cero, ya no pensaría en su dinero ni en las empresas, lo dejaría todo atado con su abogado y los gestores y directores que tenía en el *holding*. Necesitaba marcharse y comenzar una nueva vida, alejándose de aquel lugar que le producía tanto dolor y le recordaba sus graves errores.

Se marchó del cementerio en su coche, para dirigirse a casa y hacer las maletas. Unas horas después ya se encontraba en un avión camino de la tierra de las oportunidades, donde no le persiguieran los recuerdos ni los fantasmas del pasado. Pero, a pesar de su rabia y su concentración por olvidarlo todo, su abuelo apareció ante él. Oculto entre las nubes que sobrevolaba, la imagen de su mentor apareció portando una sonrisa amable tras el cristal de la ventanilla.

—Tú tenías razón, el equilibrio está en uno mismo, en no sentir nada por nadie. La gente va y viene, pero uno está ahí siempre. Debo buscar la realización personal, buscar mi sitio en el mundo, empezar de cero y ver qué es aquello en lo que puedo encajar. Luchar desde abajo como hiciste tú y luego mi padre. Aparte, debo ser de hierro, impasible.

»Clara no ha llamado y no ha contestado mis llamadas, ha desaparecido. Me equivoqué con ella. Tú tenías razón, me estaba centrando en lo que no era importante. Ganaste la última partida, granuja. Jaque Mate.

## 2

A muchos kilómetros de su avión, mientras Alfil meditaba sobre su vida, los padres de la chica estaban en el salón de casa, en silencio, no había música ni la televisión estaba encendida, permanecían en los sillones sin mirarse. Habían prohibido a Clara ver o hablar con el chico, a pesar del fallecimiento de su abuela, a pesar de ser conscientes de la frialdad y crueldad que suponía esa decisión en un momento tan duro para él. Seguían con su idea de buscar el mal menor, el que acabase con el olvido de aquella pesadilla. Querían que su hija, por fin, superase aquella etapa adolescente en la que se había enamorado como una tonta de quien no debía. Todo fuese por el bien de ella y que aquel infierno terminase de una vez.

En el piso de arriba de la vivienda, la chica ya no lloraba en su habitación, no le quedaban más lágrimas ni ganas por hacerlas brotar. Había perdido mucho peso desde que tuvieron el accidente y no quería ni necesitaba comer, su alimento era el amor por un chico del que la habían privado de forma despiadada. Seguía recluida, sin poder salir de la vivienda ni para ir a clase, aunque el aislamiento del exterior no era tan nocivo para ella como la separación de quien le daba la vida.

La vida... qué poco valor tenía para ella en esos momentos en los que ya no sentía latir su corazón. «¿Qué sentido tiene vivir si no te sientes vivo? —pensaba—. Qué absurda es la vida cuando sientes este vacío en el pecho. ¿Cómo imaginar que las sensaciones más hermosas, cual flores, son las que llevan las espinas más dolorosas? ¿Por qué duele tanto la ausencia de quien amas? No importa cuáles sean las respuestas a estas preguntas, la única

respuesta que se me ocurre es... Alfil. No puedo vivir así, no puedo vivir sin ti».

Divagaba mientras los trozos de plástico de una cuchilla de afeitar desechable, que había cogido del baño de sus padres, estaban esparcidos sobre el suelo de su dormitorio, en mitad de un charco de oscura y viscosa sangre. Era la única salida, la única elección que le habían dejado sus padres. Sus pensamientos se apagaban en un silencio muy dulce, a la vez que emanaba de sus muñecas el poco calor que quedaba en su cuerpo. Tenía frío, mucho frío, pero era una situación agradable comparada con la ausencia de Alfil.

Alfil.

En su mente, solo había espacio para Alfil.

El mundo se apagaba despacio, pero aún quedaba Alfil.

Alfil.

## Capítulo 43

Madrid, 2014

—No sabes lo difícil que resulta para mí el verme obligada a elegir entre mi familia y tú, también estoy desesperada con esta situación. Los momentos con cada uno, en los que me aíso de pensar en esta doble vida que llevo, son los más felices. Entre los dos me hacéis más dichosa de lo que haya sido jamás, pero cuando mi mente os enlaza, todo se tuerce y sufro pensando en el daño que os produzco.

—Antes no podías estar en casa y ahora eres feliz allí, aislada de mí. Y también eres feliz aquí, aislada de ellos. ¿Eso tiene sentido para ti?

—Sé que es difícil de explicar, pero lo tiene, al menos por ahora. Los primeros días contigo estaba en una nube y mi casa era como una sartén en la que ardía, necesitaba saltar y salir huyendo de ella; pero con el paso de los días fui adaptándome hasta comprender que podía ser feliz allí.

—Pero el momento de tener que tomar una decisión y de elegir entre un mundo o el otro está cerca, y no podrás evitarlo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé. Y entiendo que te cueste comprender mi situación, pero piensa que para ti es más fácil: ahora nos metes en tu vida porque quieres, mañana podrías sacarnos porque te cansaste de nosotras. Yo, en cambio, no puedo ir con mis hijas de un sitio para otro, llevada por el viento que sople en ese momento.

—No me cansaré de ti, y seguro que tampoco de tus hijas. Me esforzaré al máximo por ellas, por vosotras.

—Nunca digas nunca jamás. Cruzaste océanos de tiempo por encontrarme, nada menos que once años, ¿recuerdas?

—Sí, lo recuerdo.

—He visto la película de Coppola mil veces para sentirte a mi lado cada vez que Gary Oldman se lo decía a Winona Ryder. He llorado como una niña cada una de esas mil veces.

—Entonces quédate conmigo, haz realidad el sueño y vivamos juntos la magia que comenzó hace once años.

—No. No puedo elegir, quiero estar contigo pero también con Javier, él me da una estabilidad y una seguridad que no tengo contigo, es el padre de mis niñas, somos una familia. ¡Dios! No puedo dejarles, debes entenderme.

Clara se levantó y comenzó a caminar por la terraza con la mirada perdida en el suelo. Pero, por muy desesperada que pareciese, Alfil lo estaba mucho más.

—No es justo, eso lo dices por mi trabajo. No comprendo por qué es tan incompatible con tener una familia, muchos padres trabajan fuera de casa o viajan constantemente. ¿Acaso me pides que deje el trabajo o baje el ritmo rechazando trabajos fuera?

—Comprende que no entienda tu obsesión por ser el número uno, en lugar de buscar la felicidad que tanto perseguiste antaño. Y el dinero no es problema para ti porque no necesitas trabajar. Entendería que tuvieses un trabajo a modo anecdótico, para sentirte realizado y ocupar unas horas de tu tiempo libre, nada más. Pero la gente trabaja para ganar dinero, para vivir, tú no lo necesitas, hace once años no tenías nada que demostrar a nadie, ¿por qué ahora sí lo necesitas? Hace once años no te importaban las empresas de tu familia, tu futuro impuesto por tu abuelo ni ninguna otra cosa que no fuese estar conmigo.

—Hay quien necesita el éxito para conseguir su objetivo en la vida, no es sencillo tener una profesión artística y ser solo uno más. Luchar por ser el mejor es lo que me inculcaron desde pequeño. Dirigir las empresas de mi familia era un futuro trabajo obligado por nacimiento, la fotografía es lo que he decidido hacer, lo que quiero ser, forma parte de mí. Es algo indisoluble, no puedo vivir sin ello.

—¿También te enseñó tu abuelo a soportar la derrota? Porque está bien eso de luchar por los objetivos, pero igualmente hay que saber conformarse con no llegar a lograrlos. Lo importante es el esfuerzo y el perfeccionamiento, mucho más que el logro final. Y, ¿qué hay después? ¿Qué pasa cuando llegas a la meta? No me digas que se acaba, porque nunca se acaba, luego llegan metas nuevas y más obsesiones... y no se puede vivir así. Cuando te conocí no había nada, nada. Solos tú y yo, luchando contra la vida que había planificado para ti tu abuelo y el rechazo de mis padres a nuestra relación.

La que hablaba era una Clara que Alfil desconocía, el chico estaba asombrado, como si acabase de salir de un sueño maravilloso y se chocara de frente con la cruda realidad. El amor de su vida le estaba imponiendo como



condición para estar con ella que abandonase sus sueños. Había sido ella misma la que había aparecido de repente en su vida, después de once años y con dos niñas, para trastocarle los esquemas y pedirle que se hiciese cargo de su familia. A pesar de ello, las había aceptado y estaba dispuesto a poner todo de su parte por cuidarlas, quererlas y adaptarse a ellas. Pero todo lo que había hecho y estaba a punto de hacer no era suficiente, Clara le pedía más, mucho más; y para más inri, le hablaba de fracaso, algo que nunca había contemplado, porque siempre había luchado por vencer en todas las facetas de su vida, o a levantarse e intentarlo una y otra vez.

Estaba confuso, descolocado y mirando a Clara desde otros ojos, un punto de vista tan diferente que ya no le mostraba a su amor de adolescencia, a su apoyo incondicional. ¿Quién era esa chica? Desde luego no se trataba la misma que había preferido morir antes de afrontar una vida sin él. Justo cuando podían pasar el resto de sus vidas juntos, le obligaba a desprenderse de algo tan vital para él como lo eran sus hijas para ella. Pero Alfil nunca le hubiese pedido que abandonar a sus hijas para estar juntos.

El fotógrafo llevaba ocho años cuidando su trabajo, mimándolo a diario, esforzándose por verlo crecer. Su trabajo era su hijo, era su familia, lo único que tenía tras la muerte de su último familiar. Pedirle que lo abandonara o que le dedicase mucha menos atención, era algo mezquino e inconcebible. Clara le exigía, de un modo egoísta, que se desprendiese de algo tan valioso como... como su propio reloj. Alfil miró en su muñeca el recuerdo más querido de su padre, luego volvió a observar a la chica. Ya no la veía como a aquella niña frágil, tímida y cariñosa de hace once años, ahora era un ser ruin que pretendía arrebatarse, robarle, algo muy preciado, igual que aquella ladrona de Córcega. Sí, obviamente era como ella. Comenzó a mirarla como a un rival contra el que debía enfrentarse, contra el que debía competir para sobrevivir.

—Di algo, aunque ya sé que te importa más tu trabajo que yo. Deseas más el triunfo que tener una familia o que tenerme a tu lado, pero quiero que lo digas; ya no eres el Alfil que conocí hace once años. Aquel lo hubiera dejado todo por mí.

—¿Todo? —El tono de voz del chico se hizo grave y seco, estaba abatido ante un nuevo fracaso—. Lo hice todo por verte, incluso perder a mis abuelos por defender mi relación contigo. Aquello que pasó no fue culpa mía, al menos del todo, pero asumí las consecuencias, gravísimas consecuencias. Me marché cuando vi que no había salida, después de esperarte todo lo que pude, pero nunca me di por vencido.

Alfil hizo una pausa, estaba muy nervioso.

—¿Diferente? Claro que sí, soy muy diferente a aquel crío —continuaba—. Ahora sé que todo el mundo busca su propio beneficio, ¿por qué no iba a hacerlo yo también? Tú misma estás aquí estableciendo tus condiciones, tu bienestar, el beneficio que obtendrías al cambiar de pareja.

—Alfil, es lógico. Debes entender que no voy a dejar a mi marido para estar contigo en peores condiciones de las que ya me encuentro. Y es lógico que piense también en el bienestar de mis hijas.

—¿Y qué pasa con el mío? ¿Qué hay de mi bienestar? Yo tengo que abandonar mi trabajo, mi vida, mi casa, adaptarme a vosotras para que tengáis una mejoría, todo a cambio de que yo empeore mi situación. Para mí, mi trabajo es como mi familia, lo único que he tenido todos estos años, y me pides que lo deje como si tal cosa. «No lo necesitas porque eres rico», me dices, ¿qué tiene que ver el dinero? Lo hago porque me llena, porque me da calor y lo necesito. Como tú necesitas a tus hijas, pero yo no te he pedido que las abandones, ni se me ocurriría semejante barbaridad. Es mucho más cómodo pensar solo en ti y continuar con ambos, conmigo y con tu marido. O pedirme que yo me transforme en una especie de versión actualizada y mejor de él.

—No quiero una versión de él, aunque muchas de sus cualidades sean valiosas para mí.

—No te entiendo, no consigo comprenderte. ¿Qué es lo que te gusta tanto de él? ¿Que soporte tu traición y no te mande a la mierda? Le has sido infiel y continúa a tu lado, eso no podría hacerlo yo, tengo una cosa que se llama amor propio.

—Eres un gilipollas. No me puedo creer que hayas dicho eso. Javier es más hombre de lo que has sido tú jamás. —La chica se acercó para darle su característico golpe al hombro, aunque esta vez con más fuerza e intención, no era ninguna broma.

Alfil recibió el golpe con el pecho sin inmutarse ni dejar de mirarla, impassible ante su enfado. Ella se mostraba muy conmovida y comenzó a golpearlo repetidas veces en la cara y en el pecho, estaba fuera de sí. Él la apartó bruscamente con su brazo y Clara permaneció a dos metros de distancia, mirándole, llorando y con la cara desencajada por el odio. Tras unos segundos de silencio y tensión, se acercó de nuevo a él, esta vez más despacio y para besarle, gemía como si tratara de contener un sollozo ahogado, pero Alfil apartó la cara, la rechazó. La chica intentó lanzar un nuevo puñetazo pero él fue más rápido, agarró su cuello y apretó con fuerza hasta que notó

que no había resistencia, luego vio cómo su cuerpo caía sin vida sobre el suelo de la terraza.

Todo había terminado. La tensión y la disputa cesaron, solo quedó el silencio.

Alfil llevaba un tiempo, que ni él mismo sabría calcular, sentado en un sillón al lado del cuerpo sin vida de Clara. El que había sido el amor de toda su vida y por la que habría muerto hace once años, reposaba inerte sobre el césped artificial de su terraza. Y todo había acabado tras esa conversación: todo lo que sentía, todo lo que era su vida al margen de su trabajo. Esa conversación reveladora puso a cada uno en su sitio, eliminó las caretas que habían llevado durante esos días. Máscaras de adolescentes enamorados que escondían adultos con responsabilidades, frustraciones, prejuicios y deseos egoístas. Si la muerte de sus abuelos y la posterior soledad supusieron un punto de inflexión en su vida, lo que acababa de ocurrir era el segundo, aunque ahora no había perdido a un ser querido, lo había eliminado de su camino. Ya no sentía nada, la persona que controlaba sus emociones, su corazón y su razón, estaba muerta. Volvía a ser el frío y calculador Alfil. Ya no sentía remordimientos por sus actos, no es aquel crío de dieciocho años y su formación acababa de finalizar. Lo que empezó su abuelo a los cinco años, había concluido hacía unos minutos.

Estaba pensando en cómo hacer desaparecer el cuerpo y en tapar las acciones, huellas y pistas que pudieran llevar la desaparición de la chica hasta él. Su abuelo creó una máquina sin sentimientos que analiza la situación a cada instante y soluciona rápido los errores. Y así es como estaba pensando ahora.

Según Clara, nunca había hablado de Alfil a su marido, ni siquiera había confirmado sus sospechas sobre tener un amante, todo eran suposiciones de él, que ella no confirmaba ni desmentía. Por otro lado, nunca había visto a nadie siguiéndole, ni a un posible detective que hubiese contratado el marido ni al propio esposo de Clara. Y, aunque estaba seguro de ello al noventa y nueve por ciento, debía tomar precauciones y ser más cauto y observador cada vez que pisara la calle. La chica no llevaba el DNI cuando fueron a Milán, eso era una suerte porque significaba que no había constancia de su presencia allí, salvo por las personas que la vieron y eran todos de la confianza de Alfil. El chico apostaba a que nadie recordaba ya su cara, con la cantidad de gente que verían a diario. En el estudio la conocían de haber hecho una sesión de fotos,

pero igualmente nadie se fijaba en nadie de forma particular y todos la recordarían como una novia más de su jefe. Las únicas conexiones registradas entre ambos eran la de la foto publicada en portada para *Chloë*, en la que aparecía su nombre, pero con su apellido de soltera, y ese vínculo no era suficiente para que le acusaran de asesinato; así como tampoco los testimonios de amigos como Willy y Victor en las carreras o los chicos del Karting, que recordarían el Audi negro pero nunca la cara de la chica que iba con él.

A las cuatro de la madrugada de esa misma noche Alfil ya lo tenía casi todo solucionado, salvo que ocurriera un imprevisto, ya que no podría controlar lo que desconocía. Se sorprendió a sí mismo por la frialdad con la que había actuado para hacer desaparecer el cuerpo y sus huellas. Su abuelo le aconsejó que no tuviese a su lado a una mujer que supusiera un freno en su progreso, pero él rechazó el consejo por segunda vez en su vida, decidió seguir los impulsos de su corazón, aunque al final no pudo tolerar su chantaje para tenerle en las condiciones que a ella le beneficiaban. Su abuelo le adiestró para mantener la calma en todo tipo de situaciones, a actuar con cabeza, y a medida que pasaban los años, las enseñanzas se arraigaban con más fuerza en él. Cada vez tenía más claro que aquel estricto anciano era un sabio al que debió hacer más caso.

Unos días antes había comprado una bolsa de deporte muy grande en una tienda de la calle Preciados para sustituir su bolsa del gimnasio, la usó para sacar el cuerpo de Clara a las dos de la madrugada. Por suerte, el edificio contaba con una salida de servicio que daba a la calle paralela a la Gran Vía, una zona muy poco transitada y menos a esas horas. Introdujo la bolsa en el maletero del Audi, que conduciría con matrícula falsa y así no se podría vincular al corredor de Leganés con las acciones que llevaría a cabo esa noche. Partió hacia el norte, a una enorme zona desierta entre el barrio de Chamartín y la M-40. Si la policía le hubiese perseguido, con ese coche habría sido más fácil despistarles con rapidez que con el Jaguar, y sin que pudiesen recibir apoyo de helicópteros. Una vez llegó a su lugar de destino, buscó montones de escombros que algunas constructoras pequeñas arrojaban allí para no pagar la tasa que cobran en las escombreras municipales. Enterró con paciencia la mochila bajo una tonelada de piedras, ladrillos y otros restos, sabiendo que en pocos días, cuando llegasen más camiones de obras, caerían muchos más residuos sobre ella. Sepultándola para siempre.

Aquel fue el único instante en el que sintió algo dentro de él que no pudo controlar ni definir. Era consciente de que la única persona en el mundo que podría enjaular al monstruo que se había formado en su interior yacía muerta ante sus ojos y enterrada de un modo que no se correspondía con lo que había significado para él. Tras unos segundos observando la improvisada tumba de Clara, apartando de su mente los recuerdos de su adolescencia, se montó en el coche para no volver nunca más a ese lugar.

Al llegar a casa, usó la documentación y la información de la cartera y el bolso de Clara para falsificar su caligrafía. Unos documentos manuscritos de recuerdo, algunos de ellos firmados, le bastaron para, tras hacer varias docenas de pruebas, escribir una nota de despedida para su marido. Alfil evitó pensar en las hijas de la chica, a las que había arrebatado a su madre para siempre. Algo dentro de él repudiaba su comportamiento y los actos que acababa de realizar, algo dentro de él que aparecía al pensar en las niñas que estuvieron a punto de ser sus hijas.

*«Lo siento, Javier.*

*No sabes cuánto siento hacerte un daño que no mereces. Siento pagarte todo el amor que me has dado de la forma más vil y egoísta posible. Nunca me perdonaré abandonaros a ti y a las niñas; y esa es una condena que llevaré conmigo para siempre.*

*Hay impulsos contra los que no se puede luchar. Conocí a William de forma casual hace unos ocho meses, el último de ellos ha sido el que me ha hecho imposible la lucha contra mi corazón, contra mis sentimientos hacía una familia que frena mis impulsos y mis ganas de volar libre.*

*Sé que no me perdonaréis en la vida, ni lo pido. Sin duda que no lo merezco. Me marcho a Estados Unidos con él y deseo para vosotros toda la felicidad que yo no podría haberos dado si me hubiese quedado. Espero que rehagas tu vida y seas muy feliz, te lo digo de todo corazón.*

*Cuida de las niñas como merecen y cuéntales... bueno, cuéntales lo que estimes oportuno.*

*Lo siento mil veces».*

*Clara.*

Alfil dejó la carta en el buzón del edificio de Clara durante esa madrugada. Luego contrató por internet un servicio de limpieza a fondo para su casa y la terraza, no habría huella ni muestra de ADN de la chica en unas horas. Y las sábanas de la cama estaban en una bolsa de basura dentro de un contenedor en la otra punta de la ciudad.

En este momento se sentaba en un taburete alto de su cocina, había abierto una botella de vino y se había servido una copa, la necesitaba, estaba sorprendido por la frialdad que había mostrado, especialmente al escribir la carta, ni se reconocía a sí mismo. Esta vez no se había defendido como en Córcega, había ejecutado un asesinato en toda regla, sin premeditar pero con mucha sangre fría.

—Dios, si he sido capaz de matar a la persona que más quería en el mundo, ¿qué no sería capaz de hacer? ¿Qué clase de monstruo soy?

## 2

—¿Salvador?

—¿Eres Alfil?

—Sí. ¿Qué tal estás? Hace tiempo que no te llamo.

—Bien. Algo cansado, ya sabes... los años no perdonan. ¿Estás en Barcelona o Madrid? No tengo este número en memoria.

—Estoy en Londres, llevo aquí dos días y te llamo porque quiero realizar algunas operaciones en el mercado inmobiliario. He visto un solar en el norte de la ciudad de Madrid, te paso los datos por *e-mail*. Quiero que lo compres hoy mismo, aceptando el precio que te digan sin regatear.

—¿Piensas a edificar allí?

—No. Quiero que hagas vallar el perímetro para decidir en el futuro lo que haré con el terreno. Asegúrate de que tenga una buena valla de seguridad y contrata también a una empresa de vigilancia física de esas de veinticuatro horas. No quiero que entren a fabricar chabolas.

—Perfecto, me pondré con ello ahora mismo. A ver si nos vemos un día de estos para que me cuentes tus andanzas. Y ya sé que no quieres que te molesten con los temas de tus empresas, pero me gustaría saber si lees los informes que te enviamos desde el bufete cada mes con el estado de cuentas.

—Claro que sí. Nos veremos pronto. ¡Un abrazo! —Alfil había colgado sin siquiera haber prestado atención a las últimas palabras de su abogado.

En los aeropuertos de Madrid y Londres, los operarios habían sido sobornados para falsificar las fechas de entrada y salida de su avión privado en los registros oficiales, así como su piloto y las azafatas del mismo.

El chico bebía de su copa, mientras observaba el negro horizonte de la noche sobre Madrid.

—Estábamos predestinados a este final. Desde el principio. Como Mina y el príncipe Vlad, nuestra relación siempre estuvo condenada.

## Capítulo 44

Habían pasado dos semanas desde el fatídico desenlace de su relación con Clara y Alfil estaba en plena etapa de sesiones para las editoriales y las campañas publicitarias de sus clientes. El estado de concentración en su trabajo era máximo, pero no solo eso, los resultados también lo eran. Los diseñadores y las revistas felicitaban efusivamente por sus trabajos, acordaban alargar los contratos e, incluso, aumentar la remuneración. Las fotos eran las mejores que había hecho nunca y se empezaba a hablar de él en el mundo como el futuro número uno, el sucesor de Mario Testino.

Nada se sabía de la desaparición de la chica, ni siquiera la policía la estaba buscando, eso lo sabía porque entraba a menudo en la página web donde se publicaban las fotos y casos de personas desaparecidas. Nadie había ido a su casa a preguntar por la chica, ni el marido ni ningún detective o policía; y nadie le seguía. Se sentía seguro, a salvo y no había tenido que lamentar ningún fallo en su improvisado plan. Unos días antes se había acercado a los alrededores del solar y comprobó que una enorme valla rodeaba el perímetro, con carteles de seguridad y un coche de una empresa de vigilancia en la puerta.

Alfil estaba en el salón de su ático, sentado en el sofá y con la mirada perdida, reflexionado y aterrado por sus propios pensamientos. Aún no había asimilado por completo que hubiese acabado con la vida de una persona, y mucho menos de quién lo había supuesto todo para él. Por otro lado, trataba de buscar el motivo por el que había mejorado tan sustancialmente la calidad de su trabajo.

«Después de cada crimen —pensaba—, realizo mis mejores trabajos y experimento una subida de nivel. Es la segunda vez que quito una vida y la segunda vez que me trae consecuencias positivas en mi trabajo. ¿Qué sentido tiene? ¿Qué relación guardan ambos hechos?».



«Haz lo que sea necesario por conseguir tus metas, alguien que duda, que tiene remordimientos, es débil y no logrará nunca el triunfo». Esas palabras de su abuelo resonaban en su cabeza, así como las sensaciones del día de Córcega y el de la muerte de Clara. En ambos casos fue rápido y borró sus huellas. Hacía mucho que no jugaba al ajedrez, pero había sentido las mismas sensaciones que cuando planificaba los ataques al rey. Pensándolo bien, se trataba de la misma frialdad, la misma planificación y la misma ejecución.

«Parece ser tan fácil matar a una persona... Cuando controlas todos tus pasos y los de la víctima, no dejas opciones a la misma ni capacidad de actuación a la policía. Me siento como jugando una partida de ajedrez, controlando las fichas de mi rival: la policía, ya que está claro que debo impedir que me atrapen, y el momento del jaque mate es sublime».

«¿Hasta dónde podría progresar en mi trabajo si sigo matando? ¿Llegaría a ser el número uno? No cabe duda del incremento de creatividad y de nivel tras cada muerte. ¿Necesitaré matar de nuevo? ¿Y si es el camino al éxito? Dios, espero que no. ¿Qué estoy diciendo? No quiero quitar más vidas, esto es una locura... Pero nunca se sabe, ya lo dijo Clara: nunca digas nunca jamás».

«Tal vez solo suba de nivel y alcance mis metas tras nuevas partidas, ¿por qué las llamo así? Son crímenes, no debiera ni pensar en ello... Pero es difícil negar las sensaciones, el silencio y la paz interior tras cada muerte».

«Si tuviese que hacerlo de nuevo... No lo deseo, pero si tuviera que hacerlo, no puedo permitir que sea como las dos veces anteriores: sin controlar el lugar, a la víctima o el momento, improvisando... es una locura. Es buscar que te atrapen. No quiero ir a la cárcel, no puedo permitir que eso ocurra. Ya no tengo una familia a la que proteger, ni un nombre o apellido que salvaguardar, ahora estoy solo, pero aún así debo aprender a ser invisible, es la única forma de no ser descubierto y encarcelado».

«No, en un futuro lo estudiaré todo al detalle, debo establecer unas normas básicas, saber cómo trabaja la policía, ir siempre un paso o dos por delante de ellos, crear un perfil imposible de encontrar, que les haga volverse locos buscando. Si debo matar de nuevo lo haré de un modo infalible».

## Epílogo

Estados Unidos, 2003

El momento más bello y mágico que podía apreciarse en la ciudad de Nueva York era el atardecer sobre la quinta avenida. Un día sin nubes y a mediados de noviembre, era justo a las cinco y cuarto de la tarde cuando se colocaba el sol al fondo de la calle, ocultándose tras el asfalto como lo haría en un mar en calma. Y como por arte de magia, los cuatro carriles de la calle se convirtieron en un río de lava anaranjada, surcado por las lentas barcazas amarillas que dibujaban los taxis neoyorquinos en su característico atasco, y a nadie parecía importarle. Un espectáculo que aumentaba cuando los cristales de las fachadas de los edificios hacían rebotar los últimos rayos del Sol y ofrecer la estampa más parecida a lo que sería el infierno de Dante en el centro neurálgico del mundo actual.

Turistas y nativos se mezclaban a toda velocidad en su frenético caminar hacia las tiendas, hacia sus casas o hacia donde quiera que se dirigiesen; todos caminando como zombis que no valoraban el paso de un día más..., uno menos en su existencia. Entre todos ellos destacaba, como una estrella en un día sin luna llena, una bella y joven chica que posaba para su novio; dibujaba caras divertidas y muecas ante la desesperación del chico que, con el móvil frente a él, esperaba poder inmortalizar una vez más su viaje a la ciudad donde se cumplen los sueños. Los destellos del largo cabello rubio de la chica, bajo la luz del ocaso, llamaron la atención de otro joven, que frenó su motocicleta en el lateral de la calle para sacar su cámara réflex con teleobjetivo y encuadrar a la bella adolescente.

Sonrisas divertidas, gestos obscenos, miradas cómplices y muecas rocambolescas componían el repertorio de poses que desesperaban al novio de la chica. Luego, cuando ya no se sentía observada ni invadida por los nervios de hacerse una foto, se relajó y pasó a ser ella misma. El brillo de sus ojos y la inocencia de sus facciones encandilaron a su anónimo observador, lo

que hizo que disparase su cámara sin parar. Era muy bella, más aún bajo aquel velo de inocencia y amor que debía sentir hacia el chico que la fotografiaba desde su teléfono móvil.

La chica se cansó de posar y desvió la mirada hacia el fondo de la calle, allí estaba el muchacho sobre su motocicleta, aunque no le vio, seguía absorta en su propio sueño. El motorista no hizo más fotos, lo que observaba en su visor le trajo recuerdos muy dolorosos y aún demasiado frescos. Guardó la cámara en su mochila y volvió a partir, zigzagueando entre el tráfico, hacia su destino.

*«El hombre es un alma pequeñita,  
que lleva a cuestas un cadáver.»*

Epicteto de Frigia

FIN DE ALFIL BLANCO

## Agradecimientos

A Cristina, por seguir apoyando mi sueño.

A mis padres, por su paciencia y cariño.

A Paco Jiménez Pérez por tu ayuda con la gramática y ortografía.

A Oscar Wilde, por mostrarme el secreto del amor verdadero y no del empalagoso romanticismo actual.

A F. Scott Fitzgerald, por el eterno amor que impregnaste en Gatsby, aunque nadie lo mereciera.

A Alfil, porque sigo aprendiendo de ti, aunque te haya creado yo mismo.

A vosotros, porque seguís haciéndolo posible.



FRAN BARRERO (Huelva, España, 1976) estudió Ciencias Empresariales en su ciudad natal para trasladarse a Madrid en 2003, allí trabajó en departamentos contables y financieros de varias empresas. Abandonó en 2006 la empresa privada para establecerse como autónomo desarrollando las actividades de fotógrafo y de profesor de fotografía y retoque digital. En busca de realización personal.

Es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2012 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil: Alfil Negro*, primera entrega de la Trilogía de Alfil, una idea que lleva años rondando por su cabeza, y para la cual usa sus conocimientos del sector moda para documentar la vida y trabajo del protagonista.

# Notas

[1] *Booker*: Trabajador/a de una agencia de modelos, que actúa como representante y responsable de la contratación de modelos para trabajos de moda y publicidad. <<

[2] Semi *slick*: Neumáticos para competición, con muy pocos surcos en su superficie. Diseñados para conducir en circuitos. <<





ALFIL  
BLANCO  
FRAN BARRERO



Lectulandia